

# SEED



NEAL  
SHUSTERMAN

JARROD  
SHUSTERMAN

Traducción de  
Pilar Ramírez Tello

Lectulandia

Alyssa vive con su familia al sur de California, en un barrio residencial muy apacible... Hasta que, un día, del fregadero deja de salir agua. Tras padecer varios años de sequía, eso tampoco es extraño; allí todo el mundo está acostumbrado a las advertencias: no riegues el césped, no llenes la piscina, no te des duchas largas. Pero esta vez ya no queda agua que ahorrar. En muy poco tiempo, el supermercado del apacible barrio residencial se ha llenado de familias desesperadas y dispuestas a todo con tal de conseguir un bidón de agua. Y cuando sus padres salen en busca de provisiones y no regresan, Alyssa, su hermano y el peculiar vecino que los acompaña no tienen más remedio que empezar a tomar decisiones difíciles para sobrevivir. Cueste lo que cueste.

AA. VV.

# Sed

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2019

Título original: *Dry*  
AA. VV., 2019  
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

Este libro está dedicado a todos los que se esfuerzan por deshacer los desastrosos efectos del cambio climático.



PRIMERA PARTE  
RESTRICCIÓN

# DÍA UNO.

## SÁBADO, 4 DE JUNIO

### 1) Alyssa

El grifo de la cocina hace unos ruidos rarísimos.

Tose y resuella como si tuviera asma. Gorgotea como una persona que se ahoga. Escupe una vez y guarda silencio. Nuestro perro, *Kingston*, levanta las orejas, aunque guarda las distancias con el fregadero por si de repente volviera de nuevo a la vida; no tenemos esa suerte.

Mi madre se queda donde está, con el cuenco de agua de *Kingston* en la mano, debajo del grifo, desconcertada. Después cierra el paso del agua y dice:

—Alyssa, ve a por tu padre.

Desde que remodeló la cocina él solo, mi padre se engaña dándose las de gran fontanero. Y electricista. «¿Por qué pagar un dineral a los contratistas cuando puedes hacerlo tú mismo?», decía siempre. Después predicó con el ejemplo. Desde entonces no dejamos de tener problemas de fontanería y electricidad.

Mi padre está en el garaje trabajando en el coche con el tío Laurel, que ha estado viviendo a ratos con nosotros desde que fracasó su plantación de almendros en Modesto. En realidad se llama Herb, pero en algún momento mi hermano y yo empezamos a ponerle los nombres de las distintas hierbas del jardín: tío Eneldo, tío Tomillo, tío Cebollino y, durante un tiempo que mis padres desearían que olvidáramos, tío Cannabis. Al final fue Laurel el nombre que cuajó.

—¡Papá! —grito al interior del garaje—. Problemas en la cocina.

Los pies de mi padre asoman por debajo de su Camry como si de la Malvada Bruja del Oeste se tratara. El tío Laurel está escondido debajo de una masa tormentosa de vapor de cigarrillo electrónico.

—¿No puede esperar? —me dice desde debajo del coche.

Pero yo ya presiento que no.

—Creo que es importante —respondo.

Se desliza hasta el exterior y, tras dejar escapar un profundo suspiro, se encamina a la cocina.

Mi madre ya no está allí, sino de pie en el umbral entre la cocina y el salón. Está ahí, sin más, con el cuenco de agua vacío del perro todavía en la mano izquierda. Me recorre un escalofrío, aunque todavía no sé por qué.

—A ver, ¿qué es ese problema tan importante como para sacarme de...?

—¡Chiss! —lo corta mi madre.

Rara vez interrumpe así a mi padre. A Garrett y a mí nos lo hace continuamente, pero mis padres jamás se mandan a callar el uno al otro. Es una norma tácita.

Está viendo la tele, donde una presentadora parlotea sobre la «crisis de suministro». Así es como los medios han estado llamando a la sequía desde que la gente se cansó de oír la palabra *sequía*. *Más o menos igual que cuando el calentamiento global se convirtió en cambio climático o la guerra, en conflicto. Sin embargo, han dado con un nuevo eslogan, con una nueva fase en nuestros problemas con el agua: la llaman la restricción.*

El tío Laurel sale de su nube de vapor lo justo para preguntar:

—¿Qué pasa?

—Arizona y Nevada acaban de retirarse del acuerdo de ayuda del embalse —responde mi madre—. Han cerrado las esclusas de todas las presas porque dicen que necesitan el agua para ellos.

Lo que significa que el río Colorado ya ni siquiera llegará hasta California.

El tío Laurel intenta procesarlo.

—¡Van a cerrar el río entero como si fuera una espita! Pero ¿pueden hacerlo?

Mi padre arqueó una ceja.

—Ya lo han hecho.

De pronto, la imagen nos muestra una rueda de prensa en directo en la que el gobernador se dirige a un grupo de periodistas angustiados.

—*Se trata de un incidente desafortunado, aunque no del todo imprevisto —dice—. Tenemos a nuestros expertos trabajando las veinticuatro horas del día para negociar un nuevo acuerdo con distintas partes.*

—¿Y eso qué significa? —pregunta el tío Laurel; tanto mamá como yo lo mandamos callar.

—*Como medida de precaución, las empresas de abastecimiento municipales y del condado van a redirigir temporalmente todos sus recursos a los servicios esenciales. Aun así, debo insistir en la necesidad de mantener*



*la calma. Me gustaría asegurarles personalmente a todos que se trata de una medida temporal y que no hay nada de lo que preocuparse.*

La prensa empieza a bombardearlo a preguntas, pero él se marcha sin responder ni una.

—Parece que el cuenco de agua de *Kingston* no es el único que se ha quedado seco —dice el tío Laurel—. Supongo que nosotros también vamos a tener que empezar a beber del váter.

Mi hermano pequeño, Garrett, que está sentado en el sofá esperando a que vuelvan a emitir los programas normales de la tele, pone la mueca apropiada, lo que hace reír a nuestro tío.

—Bueno —le dice mi padre a mi madre sin mucho entusiasmo—, al menos esta vez el problema de fontanería no es mío.

Me meto en la cocina para probar a abrir el grifo, como si yo tuviera el toque mágico. Nada. Ni siquiera un minúsculo goteo. Nuestro grifo ha muerto y no volverá a la vida por mucho que le hagamos el boca a boca. Tomo nota de la hora, igual que hacen en la sala de urgencias: 13:32, 4 de junio.

«Todo el mundo va a recordar dónde estaba cuando se secaron los grifos —pienso—. Como cuando asesinan a un presidente».

En la cocina, detrás de mí, Garrett abre el frigorífico y coge una botella de Gatorade Glazier Freeze. Empieza a bebérselo, pero lo detengo al tercer trago.

—Déjalo en el frigo. Guarda para después.

—Pero tengo sed ahora —protesta.

Tiene diez años, seis menos que yo. Los críos de diez años tienen problemas con esto de la satisfacción inmediata.

De todos modos, ya casi se lo había bebido entero, así que dejo que se lo acabe. Tomo nota de lo que queda en el frigorífico: un par de cervezas, tres botellas más de Gatorade, una botella de leche casi vacía y sobras de comida.

¿No os ha pasado nunca eso de no saber la sed que tenéis hasta darle el primer trago a la bebida? Bueno, pues de repente yo tengo esa sensación con tan sólo mirar el frigo.

Es lo más parecido a una premonición que he tenido en mi vida.

Oigo a los vecinos en la calle. Los conocemos, nos cruzamos con ellos de vez en cuando. El único momento en que muchos de ellos salen a la vez a la calle es el cuatro de julio o cuando hay un terremoto.

Mis padres, Garrett y yo también gravitamos hacia el exterior, todos allí de pie en un extraño conjunto, mirándonos los unos a los otros en busca de consejo o, al menos, de una confirmación de que esto está pasando de verdad. Jeannette y Stu Leeson, del otro lado de la calle, los Malecki y su recién

nacido, y el señor Burnside, que tiene setenta años desde que lo conozco. Y, tal como esperábamos, no vemos a la familia huraña de la casa de al lado, los McCracken, que seguramente se habrán atrincherado dentro de su fortaleza suburbana tras escuchar las noticias.

Nos quedamos allí, mirándonos, con las manos en los bolsillos, evitando mirarnos a los ojos, como mis compañeros en el baile de graduación.

—Vale —dice por fin mi padre—, ¿cuál de vosotros ha cabreado a Arizona y a Nevada?

Todos se ríen entre dientes. No porque tenga mucha gracia, sino porque alivia un poco la tensión.

El señor Burnside arquea las cejas.

—Odio recordaros que os lo dije, pero ¿no os dije que acapararían lo que quedara del río Colorado? Hemos dejado que ese río fuera nuestro único salvavidas. Fue un error ponernos en una posición tan vulnerable.

Antes nadie sabía mucho ni tampoco se interesaba por el origen de nuestra agua. Siempre estaba allí. Pero, cuando el Valle Central empezó a secarse y el precio de los productos agrícolas subió por las nubes, la gente empezó a prestar atención. O, al menos, la suficiente atención como para aprobar leyes y propuestas de los votantes. La mayoría no servía para nada, pero así los ciudadanos tenían la impresión de que se hacía algo. Como la Iniciativa del Uso Frívolo, que ilegalizó cosas como lanzar globos de agua.

—Las Vegas todavía tiene agua —comenta alguien.

Nuestro vecino, Stu, niega con la cabeza.

—Sí, pero acabo de intentar reservar una habitación en un hotel de allí: un millón de habitaciones de hotel y no hay ni una disponible.

El señor Burnside se ríe sin mucho humor, como si disfrutara con la desgracia de Stu.

—Ciento veinticuatro mil habitaciones de hotel, en realidad. Parece que mucha gente ha tenido la misma idea.

—¡Ja! ¿Te imaginas el tráfico en la interestatal para llegar allí? —dice mi madre, algo frustrada—. ¡Mejor que no te pille el atasco!

Y después aporto mi granito de arena:

—Si están desviando el resto del agua a los «servicios esenciales», quiere decir que todavía queda algo. Alguien debería demandarlos para que soltaran un poco. Para que fuera como los apagones programados y cada barrio contara con un poco de agua cada día.

Mis padres parecen impresionados por la sugerencia. Los demás me miran con la típica cara de «ay, qué mona» que tanto me cabrea. Mis padres están

convencidos de que un día seré abogada. Es posible, pero sospecho que, si llego a serlo, no será más que un medio para un fin; aunque todavía no tengo claro de qué fin se trataría.

En cualquier caso, eso ahora no nos ayuda; y, aunque mi idea es buena, imagino que hay demasiados intereses personales entre los poderosos para llevarla a la práctica. Y, quién sabe, quizá no quede agua suficiente para compartir.

Suena un teléfono, un mensaje de texto. Jeannette mira su Android.

—¡Genial! Mis parientes de Ohio se acaban de enterar. Como si necesitara su estrés encima del mío.

—Respóndeles: «Enviad agua» —bromea mi padre.

—Saldremos de esta —asegura mi madre. Es psicóloga clínica, por lo que lo de calmar a la gente forma parte de su naturaleza.

Garrett, que ha guardado silencio hasta ahora, se lleva su botella de Gatorade a los labios... y por un breve instante todos dejan de hablar. Sin querer. Casi como un hipido mental mientras ven a mi hermano tragarse el refrescante líquido azul. Al final, el señor Burnside rompe el silencio:

—Ya hablaremos —dice mientras se vuelve para marcharse.

Siempre termina las conversaciones así, y es la señal que pone fin a nuestra imprecisa hermandad. Todos se despiden y regresan a sus casas, pero más de un par de ojos se detiene en la botella vacía de Gatorade de Garrett antes de marcharse.

—¡Excursión al Costco! —dice el tío Laurel más tarde, sobre las cinco—. ¿Quién se viene?

—¿Me vas a comprar un perrito caliente? —pregunta Garrett, que sabe que, aunque el tío diga que no, se lo comprará de todos modos. Laurel es un blando.

—Los perritos calientes son el menor de nuestros problemas —le digo, y él no me lo discute. Sabe por qué vamos, no es tan estúpido. Aun así, también sabe que le comprarán un perrito caliente.

Nos subimos en la parte de delante de la ranchera todoterreno del tío Laurel, que tiene una suspensión mucho más alta de la que debería permitírsele a un hombre de su edad.

—Mamá dice que tenemos unas cuantas botellas de agua en el garaje —comenta Garrett.

—Vamos a necesitar muchas más —respondo.

Intento calcularlo mentalmente. También he visto las botellas: nueve de medio litro, y somos cinco. No nos durarán ni un día.

Cuando doblamos la esquina para salir del barrio y llegar a la calle principal, nuestro tío dice:

—Puede que el condado tarde un par de días en recuperar el agua corriente. Es probable que no necesitemos más que un par de cajas.

—¡Y Gatorade! —exclama Garrett—. ¡Que no se te olvide el Gatorade! Tiene un montón de electrolitos.

Que es lo que dicen en los anuncios, porque Garrett ni siquiera sabe lo que es un electrolito.

—Miradlo por el lado positivo —dice el tío Laurel—: es probable que os paséis unos cuantos días sin clase.

La versión californiana de cancelar por la nieve.

He estado contando los días que faltan para acabar el penúltimo año de instituto. Ya sólo quedan dos semanas. Pero, conociendo mi instituto, seguro que encuentran el modo de recuperar los días perdidos al final y retrasarnos las vacaciones de verano.

Al entrar en el aparcamiento del Costco vemos la multitud. Al parecer, todo el barrio ha tenido la misma idea. No hacemos más que dar vueltas muy despacio en busca de un hueco vacío. Al final, mi tío saca su tarjeta del Costco y me la da.

—Entrad los dos. Me reuniré con vosotros dentro cuando encuentre un sitio para aparcar.

Me pregunto cómo va a entrar sin su tarjeta, pero la verdad es que siempre consigue salir de cualquier situación. Garrett y yo bajamos de un salto y nos unimos a las hordas de gente que abarrotan la entrada. Dentro es como el peor Black Friday del mundo, aunque hoy nadie quiere comprar televisores ni videojuegos. Los carros de la cola de las cajas están abarrotados de comida enlatada, artículos de aseo y, sobre todo, agua. Lo indispensable para vivir.

Algo no va bien. No consigo distinguir de qué se trata, pero flota en el aire como un olor. Es la impaciencia de la gente que hace cola. La forma en que usa los carros, dispuestos a convertirlos en arietes para abrirse paso entre la muchedumbre. Percibo una especie de hostilidad primitiva a nuestro alrededor, por mucho que la oculte una fachada de educación de clase media. Pero hasta esa educación empieza a desvanecerse.

—Este carro es una mierda —dice Garrett.

Tiene razón: una rueda está doblada, así que la única forma de empujarlo es apoyarlo en las otras tres ruedas. Miro hacia la entrada. Sólo quedaban dos carros cuando cogí este. Ahora no quedará ninguno.

—Yo lo llevo —le digo.

Garrett y yo nos abrimos paso entre la gente hacia la esquina izquierda del fondo, donde están los palés con el agua. Mientras lo hacemos, oímos fragmentos de conversaciones.

—La Agencia Federal para la Gestión de Emergencias ya está empantanada con el huracán Noah —le dice una mujer a otra—. ¿Cómo va la FEMA a ayudarnos a nosotros también?

—¡No es culpa nuestra! ¡La agricultura usa el ochenta por ciento del agua!

—Si el estado hubiera dedicado más tiempo a buscar nuevas fuentes de agua en vez de multarnos por llenar las piscinas, ahora no estaríamos en esta situación —comenta otra.

Garrett se vuelve hacia mí.

—Mi amigo Jason tiene un acuario gigante en su salón y no le pusieron una multa.

—Eso es distinto —le explico—. Los peces se consideran mascotas.

—Pero también es agua.

—Pues bébetela, venga —respondo para callarlo.

No tengo tiempo para pensar en los problemas de los demás; me basta con los propios. Pero parece que soy la única a la que le importan, porque Garrett ya se ha largado a buscar muestras gratis.

Mientras empujo el carro, no deja de torcerse a la izquierda y tengo que apoyarme con fuerza en el lado derecho para evitar que la rueda torcida me haga de timón.

Cuando me acerco a la parte trasera del almacén, veo que es donde hay más gente, y al llegar al último pasillo, el de los palés de agua, me doy cuenta de que es demasiado tarde: ya están vacíos.

En retrospectiva, deberíamos haber venido en cuanto se cortaron los grifos. Pero cuando algo tan drástico sucede, lo sigue un periodo de latencia. No es del todo negación ni tampoco conmoción, sino más bien como una caída libre mental. Dedicás tanto tiempo a asimilar el problema que no comprendes lo que necesitas hacer hasta que la ventana de oportunidad se ha cerrado. Pienso en toda esa gente de Savannah en el momento en que el huracán Noah tomó un giro inesperado y cargó directamente contra ella en vez de volver al mar, como se suponía que iba a hacer. ¿Cuánto tiempo

perdieron mirando las noticias sin parpadear antes de recoger sus cosas y evacuar? Yo lo sé: tres horas y media.

Detrás de mí, la gente que no ve que los palés están vacíos empieza a empujar. Al final, algún empleado tendrá el sentido común suficiente para poner un cartel que diga: «NO QUEDA AGUA», pero, hasta entonces, los clientes no dejan de acumularse y de avanzar hacia el fondo de la tienda, lo que crea una multitud asfixiante, como en el *mosh pit* de un concierto.

Siguiendo una corazonada, maniobro hacia el pasillo lateral y las estanterías de las latas de refrescos, que también empiezan a desaparecer. Pero no he venido a por las latas. Miro entre las pilas de bebidas y encuentro una única caja de agua que alguien seguramente abandonaría aquí ayer, cuando todavía no era un bien tanpreciado. Voy a cogerla, pero en el último segundo me la quita una mujer delgada con nariz aguileña. La coloca encima de su carro, como una corona sobre sus latas de comida.

—Lo siento, pero nosotras llegamos primero —dice, y entonces su hija da un paso adelante; es una chica que reconozco del equipo de fútbol, Hali Hartling. Es popular hasta la náusea y se cree mejor jugadora de lo que realmente es. La mitad de las chicas del instituto quieren ser como ella, mientras que la otra mitad la odian porque saben que nunca lo serán ni de lejos. Por mi parte, la soporto sin más. No se merece que pierda más energía en ella que la justa para serme indiferente.

Aunque siempre parece rebosar seguridad, ahora mismo ni siquiera es capaz de mirarme a los ojos porque sabe, igual que lo sabe su madre, que yo había tocado el agua primero. Mientras su madre empuja el carro para alejarse, Hali se me acerca.

—Lo siento, Morrow —me dice con sinceridad, llamándome por el apellido, como hacemos en el equipo.

—¿No compartí mi agua contigo la semana pasada, en el entrenamiento? —le recuerdo—. A lo mejor me puedes devolver el favor compartiendo unas cuantas botellas conmigo.

Ella mira a su madre, que ya lleva recorrido medio pasillo, y después me mira de nuevo y se encoge de hombros.

—Lo siento, no venden las botellas sueltas. Sólo por cajas.

Y entonces se pone un poco roja y se da la vuelta para largarse antes de ruborizarse por completo.

Observo lo que me rodea. Cada vez hay más gente, y las cosas desaparecen de las estanterías a una velocidad alarmante. Ya no quedan ni refrescos. ¡Qué estúpida! Debería haber cogido algunos. Corro de vuelta a mi

carro vacío antes de que alguien se lo lleve. Todavía no hay ni rastro del tío Laurel, y es probable que Garrett esté inflándose de alguna porquería grasienta. También ha desaparecido el Gatorade que él quería.

Por fin lo encuentro: está en la zona de congelados, con la cara llena de salsa de pizza. Se limpia la boca con la camiseta, sabiendo que le voy a regañar. Pero no me molesto porque he visto algo. Justo detrás de la verdura congelada y los helados hay un congelador hasta arriba de hielo. Enormes bolsas de hielo. Qué poca imaginación tiene la gente, ¿no puedo creerme que no se le haya ocurrido a nadie! O quizá sí, pero se hayan negado a aceptar que estaban tan desesperados. Abro la puerta del congelador y voy a coger una bolsa.

—¿Qué estás haciendo? Necesitamos agua, no hielo.

—El hielo es agua, Einstein.

Agarro una bolsa y veo que pesa mucho más de lo que me esperaba.

—¡Ayúdame!

Entre Garrett y yo llevamos una bolsa de hielo tras otra al carro hasta tenerlo hasta arriba. Llegados a este punto, los demás se han dado cuenta y han empezado a llenar la zona del congelador para vacilarlo.

El carro ahora pesa tantísimo que resulta casi imposible empujarlo, sobre todo con la rueda rota. Entonces, mientras estamos forcejeando con él, arrastrando la rueda torcida por el hormigón, se nos acerca por detrás un hombre trajeado. Sonríe.

—Lleváis una buena carga —dice—. Dejad que os eche una mano.

Sin esperar a nuestra respuesta, coge la barra del carro y empieza a empujarlo con más eficiencia que nosotros.

—Qué locura —comenta con aire jovial—. Imagino que será así en todas partes.

—Gracias por ayudarnos —respondo.

—No es nada. Tenemos que ayudarnos unos a otros.

Sonríe de nuevo, y yo le devuelvo la sonrisa. Es bueno saber que los malos tiempos pueden sacar lo mejor de la gente.

Poco a poco, a empujones cortos pero firmes, llevamos el carro hasta la parte delantera de la tienda y lo colocamos en una de las serpenteantes colas de caja.

—Supongo que ya he hecho todo el ejercicio del día —se ríe.

Miro nuestro carro y decido que un buen gesto se merece otro.

—¿Por qué no se lleva una bolsa de hielo para usted?

—Tengo una idea aún mejor —responde sin perder la sonrisa—. ¿Por qué no os lleváis vosotros una bolsa de hielo y yo me quedo el resto?

Por un momento creo que bromea, hasta que advierto que no lo puede decir más en serio.

—¿Perdone?

—Tienes razón —dice, fingiendo un profundo suspiro—, eso no sería justo para vosotros. Tengo otra idea, ¿por qué no lo dividimos a partes iguales? Yo me llevo una mitad y vosotros, la otra mitad. —Lo dice como si estuviera siendo generoso. Como si nos pudiera dar el hielo porque es suyo. Sigue sonriendo, pero sus ojos me dan miedo—. Creo que mi oferta es más que justa —añade.

Empiezo a preguntarme a qué negocio se dedica y si consiste en engañar a la gente haciéndola creer que no la engaña. Conmigo no cuela. Sin embargo, tiene el carro cogido bien fuerte con ambas manos, y no hay nada que demuestre que es nuestro y no suyo.

—¿Algún problema?

Es el tío Laurel. Ha llegado justo a tiempo. Lanza una mirada fría al hombre, que aparta las manos del carro.

—En absoluto —responde el del traje.

—Bien. No me gustaría enterarme de que ha estado acosando a mis sobrinos. Es un delito.

El hombre mira a nuestro tío a los ojos un momento más antes de ceder. Después le echa un vistazo al hielo, muy serio, y se larga sin llevarse ni una bolsa.

La ranchera del tío Laurel está aparcada ilegalmente, medio metida en una mediana, tras haber tumbado una hilera de ficus.

—He tenido que meterle la tracción a las cuatro ruedas —anuncia con orgullo; es probable que sea la primera vez que tiene que usarla. De improviso, la ranchera que se compró por la crisis de los cuarenta es una bendición en vez de una vergüenza.

Cargamos las bolsas de hielo en la parte de atrás.

—¿Qué me dices de ese perrito caliente? —ofrece nuestro tío para intentar aligerar el ambiente.

—Estoy lleno —responde Garrett, a pesar de que sé que eso sería una hazaña casi imposible para él. Simplemente, no quiere volver al interior. Ninguno de nosotros quiere. Y ahora se ha formado una pequeña



muchedumbre que nos observa cargar el hielo en la ranchera. Aunque intento no prestarles atención, sé que varios pares de ojos nos miran.

—¿Por qué no me siento atrás, con el hielo? —sugiero.

—No, no pasa nada —responde Laurel con calma—. Sube delante. En el camino de vuelta hay algunos baches muy puñeteros. No quiero que vayas dando botes por ahí atrás.

—Vale —respondo, y me subo a la cabina. Y, aunque nadie hable de ello, sé que lo que le preocupa al tío no son los baches.

Entramos en nuestra calle, aunque, por algún motivo, no parece la misma manzana en la que me crie. Hay un ambiente raro, como cuando te equivocas y te metes una calle antes que la tuya, y como todas las casitas son idénticas, es como entrar en un universo paralelo. Intento quitarme de encima esa sensación mientras observo pasar las casas por la ventanilla.

Nuestros vecinos del otro lado de la calle, los Kibler, suelen estar tirados en las tumbonas de su jardín para «supervisar» los juegos de sus críos, lo que en realidad significa cotillear mientras beben Chardonnay y se aseguran de que a los niños no los atropelle un coche. Pero hoy los niños de los Kibler juegan a pillar en la calle sin supervisión. A pesar de su risa, noto un silencio insidioso subrayándolo todo; por otro lado, tal vez el silencio haya estado siempre aquí y acabo de darme cuenta.

El tío Laurel mete la ranchera marcha atrás en nuestro camino y después salimos para descargar. Aunque el sol ya está bajo, sigue haciendo treinta y algo grados, y el hielo ya se está derritiendo. Si queremos meterlo en casa a tiempo, vamos a tener que darnos prisa.

—¿Por qué no vais a limpiar el congelador? Así podemos meter dentro parte del hielo —dice Laurel mientras saca la primera bolsa de la ranchera—. El resto podemos derretirlo y bebérselo hoy.

—Mejor todavía, ¿por qué no limpias la bañera de abajo? —le digo a Garrett—. Podemos dejar que se descongele ahí.

—Buena idea —responde Laurel, aunque Garrett no está muy por la labor de limpiar la bañera.

Mi padre sale del garaje con una llave inglesa grasienta en la mano; está claro que sigue intentando exprimir las tuberías, a ver si sale agua.

—Hielo, ¿eh?

—Se ha agotado todo lo demás —le explico, abreviando.

—Deberíais haber ido a Sam’s Club —dice mientras se rasca la cabeza—. Siempre tienen más artículos almacenados en la parte de atrás.

Aunque sonrío, me doy cuenta de que está más preocupado de lo que parece. Creo que sabe que lo más probable es que en Sam’s Club no queden más líquidos embotellados, igual que en todas las demás tiendas.

Mi tío cambia rápidamente de tema:

—Creía que hoy ibas a la oficina —dice.

Papá se encoge de hombros y coge una bolsa de hielo.

—Lo mejor de tener tu propio negocio es que no hay que trabajar los sábados si no quieres.

Salvo que mi padre siempre trabaja los sábados. Y algunos domingos también. Ahora mucha gente echa horas extra porque el precio de los productos frescos ha subido una barbaridad; pero, incluso sin eso, mi padre siempre nos aseguraba que para sacar un negocio adelante es necesario comprometerse con él las veinticuatro horas, los siete días de la semana.

Saco más hielo de la parte de atrás de la ranchera, pero descubro que, ahora que empieza a derretirse, a pesar de la gruesa bolsa de plástico, es más difícil agarrarlo.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta una voz detrás de mí, y antes de volverme ya sé bien quién es: Kelton McCracken. El no tan típico empollón pelirrojo de al lado.

La mayoría de los críos raros como él se contenta con matar zombis con el mando de la Xbox, pero no Kelton. Él prefiere pasar el rato practicando reconocimiento aéreo con su dron, disparando alimañas con un fusil de *paintball* y escondiéndose en su casa del árbol con unas gafas de visión nocturna para fingir que es Jason Bourne. Es como si su madurez se hubiera detenido a los doce años, así que sus padres no hacían más que comprarle juguetes más grandes. De todos modos, me doy cuenta de que hoy tiene algo distinto. Sí, ha crecido en el último año y parece bastante más maduro, pero no es sólo eso. Es su forma de moverse. Camina con alegría, como si esta crisis del agua le resultara divertida, por muy enfermizo que suene. Kelton sonrío, y veo que ya no lleva aparato y que han conseguido enderezarle a la fuerza los dientes.

—Claro, Kelton, no nos vendría mal la ayuda —dice mi padre—. ¿Por qué no le echas una mano a Alyssa?

Voy a pasarle el hielo, pero a medio camino algo se apodera de mí y no consigo soltar la bolsa.

Mi padre se da cuenta y se queda desconcertado por mi reacción.

—Deja que coja el hielo, Alyssa.

Miro el hielo que tengo en las manos y después a Kelton, y me percató de que todavía no confío en la gente que quiere ayudar.

—¿Algún problema? —me pregunta papá en un tono invasivo y paternal que exige una respuesta... que no le doy.

Me obligo a entregarle el hielo a Kelton.

—Pero no esperes que te dé una bolsa por ayudarme —le suelto, con lo que me gano una miradita de mi padre, que seguramente se pregunta por qué me estoy poniendo tan desagradable. Quizá después le cuente lo que ha sucedido en Costco. O puede que intente olvidar que ha sucedido.

En cuanto a Kelton, de quien me esperaba una respuesta repelente, se queda en el sitio, desconcertado de verdad por mi comentario. Recupero la compostura y me obligo a sonreír con la esperanza de que no parezca forzado.

—Lo siento. Gracias por ayudar.

Entramos para dejar el hielo en la bañera, pero Kelton me agarra por el hombro para detenerme.

—¿Habéis sellado el desagüe? No es buena idea meter el hielo en la bañera si no lo habéis hecho. Como tengáis una fuga diminuta, os quedáis sin hielo en cuestión de horas.

—Creía que lo habría sellado mi tío —respondo, aunque a ninguno se nos había ocurrido. Por mucho que odie reconocerlo, puede que sea la idea más inteligente que he oído en todo el día.

—Iré a por sellador —dice, y sale a toda prisa para buscarlo en su garaje, contento de poder poner en práctica su entrenamiento de *boy scout*.

Kelton y su huraña familia siempre parecen tener un plan para el peor de los casos posibles en cada situación. Mi padre siempre bromeaba con que el señor McCracken vivía una doble vida: de día trabajaba de dentista y de noche se preparaba para el fin del mundo. Estos días, la broma se está volviendo bastante real. El señor McCracken parece pasarse casi todo el tiempo soldando artilugios de hierro forjado hasta altas horas de la noche, como si perforara la caries de la monstruosa boca abierta que es su garaje.

A lo largo de los últimos meses, la familia de Kelton ha montado un sistema de vigilancia desmesurado, un invernadero en miniatura en su patio lateral y una especie de paneles solares independientes e ilegales por todo su tejado. Y en las últimas semanas, Kelton, con el que coincido en demasiadas clases este año, siempre presume de que su padre ha instalado ventanas blindadas en una dirección, de modo que pueda dispararse desde dentro, pero que las balas no entren desde fuera. Aunque el resto de la clase piensa que

miente más que habla, yo creo que es verdad. A su padre le pegaría hacer algo así.

Aparte de nuestras quejas por dedicarse a soldar a las tantas de la noche, nuestras familias suelen llevarse bien, pero siempre ha existido una especie de educada tensión cuando mis padres tratan con ellos. Una vez compartimos una zona de césped entre nuestras dos casas, hasta que el señor McCracken instaló una valla de madera que atravesaba las premiadas bromelias de mi madre. La cerca era de una altura ofensiva comparada con la típica barrera suburbana encalada, pero lo bastante baja como para no violar las normas de la Asociación de Vecinos, con la que siempre parecían estar en guerra. Una vez incluso intentaron reclamar la acera frente a su casa como espacio de aparcamiento privado, con la excusa de que el límite de su propiedad se extendía unos cuantos centímetros hacia la calle, pero la asociación ganó esa batalla. Desde entonces, el tío Laurel procura aparcar la ranchera justo frente a su casa siempre que puede, sólo por fastidiar.

Kelton regresa a los pocos minutos con el sellador y se pone a tapar el desagüe.

—Puede que tarde un par de horas en endurecerse, así que tened cuidado cuando metáis el hielo —me advierte en un tono mucho más entusiasta de lo normal cuando se habla de la silicona. Se produce un silencio incómodo entre los dos que me sirve para caer en que, en realidad, nunca he pasado tiempo a solas con Kelton.

Entonces se me ocurre algo importante, no una tontería para darle conversación.

—Espera un momento. ¿No tenéis vosotros un depósito de agua enorme detrás de vuestra casa?

—Ciento treinta litros —presume Kelton mientras aplica el sellador con la precisión de un joyero—. Pero ese está dentro de casa. El de fuera es para los desechos corporales y está lleno de compuestos químicos de amonio cuaternario. Ya sabes, como esa apestosa sopa azul que echan al fondo de las letrinas portátiles.

—Sí, ya lo capto, Kelton —respondo, debidamente asqueada—. Bueno, está claro que habéis sido previsores —añado, aunque me quedo muy pero que muy corta.

—Bueno, como siempre dice mi padre: «Mejor un error que un error mortal». Seguro que, si vuestro padre también hubiera sido previsor, ahora no os iría tan mal.

Estoy segura de que Kelton no es consciente de lo insultante que suena algunas veces. ¿Habrá ganado la insignia al *scout* más irritante?

Termina el trabajo, le doy las gracias y él se va a su casa a disparar su lanzador de patatas, diseccionar bichos o lo que quiera que hagan los críos como él en su tiempo libre.

En la cocina, mi madre está restregando todas las superficies con un estropajo. Limpia por ansiedad. Cuando algo se escapa de tu control, intentas poner orden en lo demás. Lo entiendo. Sin embargo, nunca ha sido de las que dejan la tele como ruido de fondo... y ahora la tiene puesta a tope en el salón. No sé dónde están mi padre y mi tío. Quizá de vuelta a la reparación del coche. Me resulta extraña la sensación de necesitar saberlo.

En la tele, la CNN se centra en la crisis del huracán Noah, que todavía continúa. No envidio la atención que le dedican a esa pobre gente, aunque desearía que nos dedicaran también alguna a nosotros.

—¿Alguna noticia sobre la restricción? —pregunto.

—Uno de los canales locales ofrece actualizaciones periódicas — responde mi madre—, pero es ese presentador descerebrado que no soporto. Además, no hay nada nuevo.

Aun así, cambio al canal del presentador descerebrado, ese que mi padre dice que empezó como actor porno, aunque no quiero preguntarle cómo lo sabe.

Mi madre tiene razón: están emitiendo las declaraciones que el gobernador hizo esta mañana e intentando, sin éxito, aprovecharlas al máximo.

Regreso a la cadenas de noticias nacionales. La CNN, después la MSNBC, Fox News y de vuelta a la CNN. Todas las nacionales informan sobre Noah y nada más que Noah. Poco a poco entiendo la razón.

No hay imágenes de radar que cubran una crisis hídrica.

No hay marejadas ciclónicas, no hay campos de escombros... La restricción es tan silenciosa como un cáncer. No hay nada que ver, así que en las noticias lo tratan como una nota a pie de página.

Se lo menciono a mi madre. Ella deja de limpiar un momento y lee la rápida sucesión de historias secundarias que se arrastran por el fondo de la pantalla. Al final aparece algo: «Empeora la crisis hídrica en California. Se insta a los ciudadanos a conservar el agua».

Y eso es todo. Es lo único que dicen las noticias nacionales.

—¿Conservar el agua? ¿Están de coña?

Mi madre respira hondo y vuelve a rociar la mesa de la cocina con el limpiador.

—Mientras la FEMA haga su trabajo, ¿a quién le importa lo que digan las noticias?

—A mí —respondo, porque si hay algo que sé sobre las noticias es que son las que deciden lo que la mayoría de la gente (incluido el gobierno federal) considera importante y lo que no. Pero las grandes cadenas no le están dando a la restricción el tiempo en antena que necesita... No lo harán hasta que las imágenes de aquí sean tan dramáticas como las del viento arrancando los tejados.

Y si tardan tanto en tomarse esto en serio, será demasiado tarde.

---

## INSTANTÁNEA: JOHN WAYNE

A Delton le encanta ver cómo despegan los aviones del aeropuerto John Wayne. Es una pasada. Lo llaman «despegue con supresión de sonido modificada» y se instaló con la única intención de evitar que los millonarios de Newport Beach tuvieran que sufrir el ruido del aeropuerto. Básicamente, el avión arranca en la pista con los frenos puestos, luego acelera a fondo para realizar un despegue con una inclinación exagerada y, diez segundos después, se estabiliza de golpe y corta los motores, lo que, para el neófito, suena como si fallaran, así que como mínimo hay una persona por vuelo que ahoga un grito o incluso lo deja escapar, presa del pánico. A continuación, el avión planea sobre Back Bay, Isla Balboa y la península de Newport antes de que el piloto vuelva a poner los motores a tope y siga con el ascenso.

«Deberían llamarlo John Glenn en vez de John Wayne», dijo una vez Dalton, porque el despegue desde allí era lo más parecido a salir disparado al espacio que la mayoría podría experimentar.

Dalton y su hermana pequeña eran viajeros habituales, ya que visitaban a su padre, que vivía en Portland, unas cuantas veces al año: Navidad, Pascua, casi todo el verano y uno de cada dos días de Acción de Gracias. Pero hoy no van al norte ellos solos. Los acompaña su madre.

—Si vuestro padre no tiene sitio para mí, no me importa quedarme en un hotel —dice.

—No te va a hacer eso —le responde Dalton, aunque ella no parece tan segura.

Unos cuantos años antes, la madre de Dalton había abandonado a su marido para irse con un fracasado con buenos pectorales y una barba mosca bajo el labio inferior al que le había dado la patada un año

después. Vivir para ver. El caso es que, cuando el matrimonio se fue a la porra, su padre se fue al norte.

—Entendéis que esto no va de volver con vuestro padre, ¿verdad? — les dijo a Dalton y a su hermana, pero los hijos de divorciados no pierden nunca la esperanza.

A los pocos minutos de la restricción, su madre se había conectado a la red y había comprado tres carísimos billetes de Alaska Air, una de las pocas aerolíneas que volaban sin escalas a Portland en un avión que no hacía falta empujar para que arrancara.

«Los últimos tres billetes —les había anunciado, triunfante—. Tenéis una hora para hacer las maletas. Sólo equipaje de mano».

El viaje al aeropuerto había sido en caravana, unos coches pegados a los otros. Lo que solía ser un recorrido de quince minutos les había llevado casi una hora.

El tema del estacionamiento en el John Wayne es la primera pista de que se avecinan turbulencias. Todos los aparcamientos están llenos, salvo uno. Consiguen uno de los últimos espacios disponibles en el último solar. Cuando se dirigen a la terminal, Dalton se percata de que todos los coches están dando vueltas, como en un enorme juego de sillas musicales en el que no quedan sillas libres.

El control de seguridad es una casa de locos, lo nunca visto en este aeropuerto.

—Mucha gente se va de vacaciones —comenta la hermana de Dalton, que tiene siete años.

—Sí, cielo —responde su madre, medio ausente.

—¿Adónde crees que van?

Su madre suspira, demasiado estresada para seguirle la corriente, así que Dalton mira los paneles y toma el relevo.

—Cabo San Lucas —dice—. Denver, Dallas, Chicago...

—Mi amiga Gigi es de Chicago.

El tipo de seguridad echa un segundo vistazo al pasaporte de Dalton porque tiene el pelo castaño en la foto, pero ahora lo lleva rubio decolorado.

—¿Seguro que eres tú?

—Lo era la última vez que me miré en el espejo.

El tipo de seguridad, poco bromista, los deja pasar a la lentísima cola que conduce al detector de metales, que no responde bien a sus anillos



faciales. Por fin dejan atrás el control, cinco minutos antes de que empiece el embarque. Su madre está aliviada.

—Vale —dice—, ya estamos aquí. No hemos perdido a nadie. No nos faltan dedos ni en las manos ni en los pies.

—Tengo sed —protesta Sarah, pero Dalton ya se ha dado cuenta de que en todas las tiendas por las que han pasado hay carteles de «no tenemos agua».

—Habrá bebidas en el avión —responde su madre.

Dalton cree que quizás esté en lo cierto. Al fin y al cabo, estos aviones vienen todos de otras partes. Y a él también le está entrando un poco de sed.

Entonces, justo cuando están a punto de embarcar, la encargada de la puerta coge el micrófono y hace el siguiente anuncio:

—Por desgracia, hemos vendido más billetes de la cuenta para este vuelo —dice—. Pedimos voluntarios con planes de viaje flexibles que estén dispuestos a volar más tarde.

Sarah tira del brazo de su madre.

—¡Mami, nosotros!

—Esta vez no, preciosa.

Dalton sonrío. Su padre siempre les dice que se presenten voluntarios porque regalan cientos de dólares en cupones de viaje, y eso siempre compensa las molestias. Pero hoy no. Hoy lo importante es salir de aquí. Y por eso les cuesta conseguir voluntarios. El precio de los cupones pasa de los doscientos dólares a los trescientos, y de ahí a los quinientos, pero sigue sin aparecer nadie dispuesto a renunciar a su billete.

Al final, la encargada se rinde. Coge el micrófono y anuncia los nombres de las últimas personas que compraron los billetes: Dalton, Sarah y su madre. Dalton nota un pellizco en el estómago.

—Lo siento —dice la mujer, que en realidad no parece sentirlo en absoluto—, pero como fueron los últimos compradores estoy obligada a cambiarlos a un vuelo posterior.

La madre de Dalton se pone hecha una furia, y su hijo no puede culparla. Esta vez tienen que enfrentarse a los poderes fácticos como sea.

—No. ¡Me da igual lo que diga! ¡Mis hijos y yo vamos a subir a ese avión!

—Recibirán un cupón de quinientos dólares cada uno... Eso son mil quinientos dólares —añade la encargada para intentar aplacarlos, pero su madre no se deja comprar.

—Mis hijos tienen que ver a su padre. ¡No podemos saltarnos el régimen de visitas establecido por el juez! —chilla—. ¡Si los saca de este vuelo, estará incumpliendo la ley y pienso demandarlos!

Por supuesto, no les toca ir con su padre, pero la mujer de la aerolínea no lo sabe.

Aun así, lo único que hace es disculparse y buscar otros vuelos.

—Hay uno que sale esta tarde a las cinco y media... Ah, no, ese también está lleno... A ver... —Sigue tecleando en el ordenador—. Ocho y veinte... No...

Entonces, Dalton se vuelve hacia su hermana y le susurra:

—Ponle ojitos.

Su madre siempre les había dicho a los dos que con sus grandes ojos azules eran capaces de derretir a cualquiera. Con sus desgarrados diecisiete años, un puñado de *piercings* en la cara, un tatuaje de peligro biológico en el cuello y lo que su padre llama «pelo cortado a machete», el común de los mortales ya no se derrite con él. Salvo las chicas de diecisiete años. Pero Sarah todavía cuenta con ese poder sobre los adultos más curtidos. Así que la levanta para que la mujer la vea bien.

—Ay, pero que cosita más linda —exclama; después arranca tres billetes nuevos de la impresora—. Tenga, mañana por la mañana a las seis y media. No puedo conseguirles nada mejor.

Así que esperan. No se marchan, porque la multitud no deja de crecer y saben que es imposible que consigan volver a pasar el control. Duermen en unas incómodas sillas de aeropuerto y beben traguitos de agua de todos los que están dispuestos a compartirla con ellos, y no hay muchos.

Entonces, cuando amanece, a pesar de los billetes confirmados, no queda sitio para ellos en el vuelo de las seis y media. Ni en el siguiente. Ni en el siguiente.

Y no consiguen billetes para volar a otra parte.

Y el aeropuerto se llena tanto que traen a más agentes de policía para mantener el orden.

Y como hay atascos en todas partes, los camiones llenos de combustible para aviones no pueden llegar al aeropuerto.

Y Dalton, su madre y su hermana tienen que enfrentarse al hecho de que no van a salir disparados a ninguna parte.

## **DÍA DOS. DOMINGO, 5 DE JUNIO**

### **2) Kelton**

Mi padre siempre me decía que hay tres tipos de seres humanos en este planeta. Primero están las ovejas, los tipos normales que viven engañándose: se tragan las mentiras de las noticias de la mañana y se dejan machacar por otro día de trabajo monótono que los escupe a las calles de las ciudades del mundo como si fueran un trozo de carne apestosa que lleva un tiempo pudriéndose en el fondo de la nevera. En resumen, las ovejas son la mayoría indefensa que no desea aceptar la inevitabilidad del peligro real y que confía en que el sistema se ocupará de ella.

A continuación están los lobos, los chicos malos que no se rigen por las normas de la sociedad, pero a los que se les da bien fingir cuando les conviene. Se trata de los ladrones, los asesinos, los violadores y los políticos que se alimentan de las ovejas hasta que acaban en la cárcel o, mejor todavía, patas arriba en algún vertedero, junto a los restos de los calcetines que te tricotó tu abuela por Navidad y que picaban demasiado. Esos que todos los años volabas en pedazos con un M80, como una tradición.

Y, por último, está la gente como nosotros, los McCracken, los pastores del mundo. Sí, quizá los nuestros se parezcan mucho a los lobos (grandes colmillos, uñas afiladas y la capacidad de ejercer la violencia), pero lo que nos distingue del resto es que representamos el equilibrio entre ambos. Podemos movernos con libertad entre el rebaño y proteger o repudiar según creamos conveniente. Mi padre dice que somos los pocos elegidos con el poder de decidir, y cuando aparezca el peligro real seremos los que sobrevivan... Y no sólo porque tengamos un Magnum 357, tres Glock G19 y una escopeta Mossberg, sino porque, desde que tengo uso de memoria, llevamos preparándonos de todas las formas posibles para el inevitable desmoronamiento de la sociedad tal y como la conocemos.

Es domingo a mediodía, el segundo día de la restricción. Hace un calor asfixiante, como estar encerrado en una lata de refresco al sol en un solsticio de verano. Me retiro a mi refugio personal. Es decir, a la unidad táctica elevada que construí en el roble de nuestro patio. Algunos la llamarían una casita de árbol, pero eso sería un insulto a su naturaleza fortificada y funcional. No se realizan reconocimientos con infrarrojos ni se guarda un arsenal civil en una casita de árbol cursilona. Aunque no es ni la mitad de guay que nuestro refugio real: una casa segura oculta que nuestra familia construyó en las profundidades del bosque, por si se producía un ataque nuclear, un pulso electromagnético o cualquier otro desencadenante del fin del mundo. La construimos entre todos, como una familia, hace unos cuantos años, antes de que mi hermano mayor, Brady, se fuera de casa. Si las cosas se tuercen, seguro que nos iremos allí. Pero mientras tengo que conformarme con mi refugio del árbol.

Cuento con mi propio almacén de suministros, independiente del que papá tiene en nuestra habitación segura. En cuanto a armas, guardo una pistola de *paintball*, un tirachinas táctico de caza y un fusil de aire comprimido Wildcat Whisper. En cuanto a suministros, tengo Mountain Dew de sobra para mantenerme despierto varias semanas, en caso necesario, por no mencionar el Top Ramen con sabor a pollo, que es la comida que más me consuela..., porque consuela saber que, en caso de lluvia radiactiva, mi comida tiene tanto glutamato y conservantes como para sobrevivir a toda la humanidad.

Miro por la ventana del fuerte y avisto a alguien que se acerca a la casa, así que uso los binoculares para identificar al intruso. El traje marrón y la corbata de cordón no dejan lugar a dudas: es el señor Burnside, el ejecutivo jubilado que nunca llegó a adaptarse al final de su carrera. Sin nada mejor que hacer, organizó un golpe de estado silencioso y se adueñó de la asociación de vecinos unos cuantos años atrás. La dirige con mano de hierro desde entonces. Estamos bastante seguros de que es un fascista. Es probable que venga a notificarnos que nuestras ventanas son demasiado blindadas, que la puerta de nuestro garaje tiene demasiado titanio o que el helipuerto para drones de nuestro tejado es demasiado impresionante. Pero, al observarlo mejor, me percaté de que no lleva la habitual carpeta llena de peticiones y papeleo de demandas. Lo que lleva es un regalo muy bien envuelto, con lazo y todo. Soy un escéptico, así que bajo y me escondo en el lateral de la casa, agazapado detrás de un arbusto desde el que tengo una buena vista de la puerta principal.

Burnside se aplasta un poco la cortinilla gris de pelo y llama cuatro veces, y después una quinta, porque es así de desagradable.

Mi padre responde, aunque sólo abre la puerta un poco.

—Buenas tardes, Bill. ¿A qué debemos el placer de tu visita? —pregunta mi padre, lo que más bien quiere decir: «¿Qué coño quieres?».

Burnside sonríe y enseña unos dientes demasiado blancos para no ser falsos.

—Sólo estaba pasándome a ver cómo les va a las familias de nuestro barrio. —Mira a su alrededor, fingiendo entusiasmo—. Debo decir que empiezo a comprender y a apreciar algunas de tus modificaciones especiales.

—¿Como nuestro invernadero, al que la asociación todavía le pone pegaso? —sugiere mi padre, brusco.

—Agua pasada —responde Burnside con un chabacano gesto de la mano para restarle importancia; su reloj de oro de jubilado tintinea al chocar con la pulsera de identificación médica. No sé bien de qué está enfermo, pero apuesto lo que sea a que no ha hecho acopio de la medicación que necesita.

—Sí, el agua es cosa del pasado, está claro.

Burnside se ríe, aunque, en vez de aliviar la tensión, la risa la alimenta. Así que le da el regalo a mi padre.

—De mi mujer y mío —dice—. Un detallito para hacer borrón y cuenta nueva.

—Bueno, es muy amable por tu parte, Bill. Supongo que eso significa que a la junta y a ti os parecerá bien que mejore las vallas de seguridad. Estaba pensando en unas de tres metros.

Burnside se eriza un poco, aunque dice:

—Hablaré con la junta. No creo que sea problema.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —inquiere mi padre, que está disfrutando de su posición de poder, está claro.

—Bueno, como he dicho, estoy visitando a todos para avisar de que la asociación de vecinos se está esforzando por reunir los recursos del barrio. Ya sabes, para ayudarnos entre nosotros en esta crisis...

En vez de responder, mi padre espera a que continúe, a que sufra un poco más.

—Seguro que a tu familia y a ti os va bien... —prueba a pinchar Burnside, de nuevo con los dientes de porcelana al aire—. Pero, claro, hay otros a los que esta situación del agua los ha sorprendido con la guardia baja.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Bill? —pregunta mi padre, algo menos jovial que antes.

—Estamos pidiendo a todos que realicen un inventario de suministros — responde, y añade—: Seguro que hay cosas que tú necesitas y que otra persona tiene, y viceversa.

—A cada uno según su habilidad, a cada uno según su necesidad. ¿No es esa la base del socialismo, Bill? —dice mi padre—. ¡Jamás pensé que le escucharía algo así a un capitalista acérrimo como tú!

¡Madre mía, mi padre se lo está pasando en grande! La sonrisa de Burnside empieza a parecerse a un gruñido.

—No es necesario insultar, Richard... Aquí vamos todos en el mismo barco. Deberíamos intentar sacar el mayor provecho posible.

—Si todos están haciendo inventario, ¿por qué somos nosotros los que recibimos un regalo?

Burnside toma una inspiración profunda y deja escapar el aire.

—Sé que hemos sido adversarios en el pasado..., pero un poco de buena voluntad por ambas partes nos será muy útil.

Se vuelve para marcharse, pero, antes de llegar al final de nuestro camino de entrada, mi padre desenvuelve el regalo. Es una botella de whisky escocés. Del caro.

—Gracias de nuevo, Bill —le grita mi padre con una sonrisa astuta—. ¡Seguro que sirve para hacer un cóctel molotov excelente!

—¡Es mejor con hielo! —le grita Burnside a su vez, sin entender la broma—. Ya hablaremos.

### 3) Alyssa

El domingo me levanto tarde. Me he pasado gran parte de la noche despierta, escribiendo mensajes a mis amigos, intercambiando historias sobre el día. Mora, que se había plantado en el Ayuntamiento con su familia y una docena de personas más para exigir respuestas. Faraz, que había estado todo el día con su padre, intentando que su sistema de depuración por osmosis inversa transformara la orina en agua potable. Alerta, *spoiler: no funcionó*. Y Cassie, que se había dedicado a llenar botellas de agua para los ancianos en su templo. «*Es mitzvah* —me dijo—. Y el hijo de nuestro rabino está muy bueno».

Todavía medio dormida, entro en el cuarto de baño y, por la fuerza de la costumbre, pongo en marcha la ducha; entonces me doy cuenta de que se me ha olvidado coger una toalla. Voy a por una y regreso al baño, donde por fin veo que no sale agua. Ah. Claro. Ahora me siento como una idiota. Incluso estaba pensando en la restricción cuando abrí la ducha, pero, de algún modo, mi cerebro de mono con pretensiones no supo entender que la ducha también es un grifo. No es que no supiera que no funcionaría, por supuesto que lo sabía. Sin embargo, cuando están funcionando en piloto automático por la mañana, la rutina y la memoria muscular no saben de razones. Giro los grifos sin recordar en qué dirección se abrían o se cerraban. De todos modos, hasta que no vuelva el agua va a darme lo mismo.

No hay duchas. Qué divertido. Me echo más desodorante de lo normal y bajo las escaleras.

—Buenos días, cielo —me saluda mi madre, que me dice que el desayuno es un cuarto de sandía que lleva una semana aparcada en una esquina del frigorífico.

La corteza de Garrett todavía está en su plato, como una gran sonrisa verde. Es una extraña elección para el desayuno, pero explica que tiene mucho líquido, así que consumirla supone matar dos pájaros de un tiro. Además, ya casi es la hora de comer.

Antes de que cortaran el agua, mi plan para el domingo consistía en preparar mi trabajo sobre *El señor de las moscas*. Mi hipótesis es que, de haber sido un grupo de chicas las abandonadas en la isla, en vez de un grupo de chicos, la cosa habría tomado un cariz muy distinto. Cuando se lo sugerí a la profesora, los chicos de clase estuvieron de acuerdo: estaban convencidos de que todas habrían muerto mucho antes. Mi hipótesis era lo contrario, claro. Llevaba una semana retrasando lo del trabajo, y había que entregarlo el lunes. De repente, ya no importaba tanto. Habían anunciado que mañana estarían cerrados los colegios de nuestro distrito escolar y además, por mucho que lo intentaba, no conseguía que me importase quién tenía la caracola y quién atormentaba a Piggy... o a la señorita Piggy, en mi teórica versión.

Aun así, supongo que es mejor mantenerse ocupada que dar vueltas a las cosas. Decido tratar de buscar la normalidad y quedar con otra amiga, Sofía Rodríguez, que anoche no respondía a mis mensajes de texto. Tras unos cuantos mensajes más sin responder, se me ocurre ir a llamar a su puerta, como hacíamos cuando éramos más pequeñas.

Me escabullo de casa y voy hacia la suya, que está una calle más abajo. Mientras camino, tomo nota del estado actual de mi barrio. Casi todos los

parabrisas de los coches están manchados de bichos y demás, y cubiertos de polvo. La mayoría de los céspedes están descuidados o han plantado suculentas en ellos. Algunas personas incluso han pintado los patios de verde, como cuando en las funerarias maquillan a los muertos. La Iniciativa del Uso Frívolo no se limitaba a prohibir los globos de agua. También ilegalizaba llenar las piscinas privadas. Lo de las piscinas nos pareció una buena idea en su momento; a fin de cuentas, en tiempo de sequía, una piscina es una extravagancia. No obstante, desde entonces, la gente con piscinas usaba el agua que quedaba en ellas para lavar los coches, regar los jardines y todo eso. Entre eso y la evaporación, la mayoría de las piscinas se han quedado completamente vacías. Así que lo que solían ser los depósitos en miniatura del barrio, ahora están tan secos como nuestros fregaderos.

Llego a casa de Sofía y veo que su padre está sujetando maletas a la baka de su Hyundai. Al principio intento decirme que quizá se vaya de viaje de negocios, pero en cuanto distingo la bolsa de viaje rosa favorita de Sofía en el techo del coche tengo que aceptar la realidad: han hecho las maletas y se largan.

—Sofía está dentro —me dice su padre sin parar ni un segundo de cargar el coche.

Entro en su casa a través de la puerta del garaje. Dentro, todo parece normal. Los mismos pasillos. Las mismas paredes azul pastel. El mismo sofá de flores. Pero, por el motivo que sea, todo es distinto, como si no fuera la misma casa en la que prácticamente me crie jugando... Y entonces me fijo en el porqué: el televisor está apagado y en el aire no flota el dulce aroma de la comida que prepara la señora Rodríguez. Han quitado las fotos familiares de las paredes y ahora se ven los cuadrados de color más vivo entre las paredes desteñidas por el sol, como sombras de los recuerdos que antes contenían. Es como si a la casa la hubieran desnudado de todas esas cositas que la convertían en un hogar.

Y entonces pienso en mi casa. En que tenemos expuestas en la planta baja nuestras fotos familiares más tontas para que todo el mundo las vea..., y en que, por mucho que odie mi pelo, mi sonrisa o mi ropa en todas ellas, no me imagino teniendo que descolgarlas de las paredes.

Sofía sale de su dormitorio, me ve y me da un abrazo que se alarga un segundo más de lo normal; después retrocede y esboza una sonrisa tímida.

—Iba a pasarme por tu casa antes de irnos...

—¿Adónde vais?

—Al sur.



La brevedad de la respuesta me resulta extraña porque, cualquier otro día, no habría conseguido cerrarle la boca ni pagando. Recuerdo que tiene abuelos en algún sitio de Baja (la península occidental de México), y todo empieza a tener algo más de sentido... Aunque no creo que México esté mucho mejor que el sur de California en estos momentos. También es desierto, en su mayor parte.

—¿Has estado viendo las noticias? —pregunta—. Dicen que incluso el acueducto de Los Ángeles se ha secado. Lleva seco varias semanas y lo han mantenido en secreto. Unos dimiten y a otros los echan. Dicen que es posible que imputen al director del agua de LA.

—¿Por qué no hacen algo en vez de perder el tiempo culpando a los demás?

—Ya, ¿verdad? En fin, que mi padre cree que va a empeorar antes de que mejore. —Deja escapar una risa nerviosa—. Aunque, claro, ya lo conoces: siempre exagera.

Me río, pero es más por obligación que por ganas. La señora Rodríguez entra en la habitación. Tiene al hermano de Sofía, de cinco años, en un brazo y un fajo de los dibujos de Sofía en el otro.

—¿Cuáles de tus obras quieres llevarte?

—Todas —responde Sofía sin la menor vacilación.

Deja los dibujos sobre una pila que ya está sobre la mesa del comedor.

—Elige tus tres favoritos.

Le da un beso a su hija en la frente y después nos sonrío con cariño a las dos. La madre de Sofía siempre ha sido una de esas mujeres tan guapas que la gente las tomaba por hermanas, en vez de por madre e hija. Era joven en todos los sentidos. Siempre me ha encantado eso de ella. Pero hoy sólo parece cansada.

Mi amiga repasa los lienzos.

—Este es tuyo —dice, volviéndose hacia mí—. Me lo pintaste en la clase de arte de séptimo, ¿te acuerdas?

—Sí. Fue un regalo de cumpleaños.

—Creo que deberías quedártelo.

—Bueno, digamos que me lo prestas. Durante una semana o así —la corrijo.

—Sí.

Sofía esboza una sonrisa enorme, aunque sus ojos cuentan una historia distinta. Siempre ha sido de las que ven el vaso medio lleno, pero algo en su

forma de mirarme me dice que su optimismo se está quedando tan vacío como su piscina.

Mi padre es de los que evitan ir al médico a toda costa. No es que no enferme nunca ni que le tenga terror a las agujas, sino que creo que parte de él piensa que llamar la atención sobre algo sólo sirve para empeorarlo. Quizá convierta algo imaginario en real. Y como la gran mayoría de las enfermedades al final se pasan solas, suele funcionarle. Es su forma de enfrentarse a todos los problemas, desde las peleas con mamá a un mal trimestre fiscal para su negocio. Así que esta noche anuncia una cena familiar, lo que viene a ser su tirita colectiva favorita. Evidentemente, tapar el problema con lasaña no es siempre la respuesta, pero estoy convencida de que, cuando mamá y papá cocinan juntos, tiene el poder de mejorar cualquier día. Así que me aseguro de estar en casa a las siete y media en punto.

En cuanto entro por la puerta, mi madre me pone a trabajar, tal como esperaba. Me pasa una jarra vacía.

—Ve a por agua para la mesa.

Una petición muy sencilla que, de pronto, me hace sentir como si me encargaran una tarea sagrada.

—Claro —contesto.

Entro en el cuarto de baño de abajo y meto la jarra entera en la bañera; incluso al cabo de un día entero, todavía queda algo de hielo. En cuanto regreso, sirvo un vaso a cada uno.

—No mucha —dice papá—. Estoy pensando que deberíamos limitarlo a seis vasos al día por persona. He hecho cálculos, y la cantidad que tenemos debería bastar para una semana a ese ritmo.

—Creía que había que beber ocho vasos al día —interviene Garrett.

—Piensa en esos dos vasos de menos como en una inversión a largo plazo —le responde; creo que, llegados a este punto, Garrett podría dirigir su propia compañía siguiendo nada más que las cursis analogías empresariales de papá.

—Además, *Kingston* necesita agua, ¿recuerdas? Pero sólo un vaso dos veces al día —añade mamá.

Se me había olvidado por completo el perro... y me siento culpable por ello. No me imaginaba teniendo que racionarle el agua a un ser tan indefenso.

Miro su cuenco y veo que está vacío, así que, cuando nadie me mira, le echo un poquito de la jarra.

El tío Laurel llega a la mesa al fin y se bebe de golpe todo su vaso, lo que le congela el cerebro de golpe.

—Te está bien empleado, Herb —le dice mi madre, como si fuera un niño pequeño—. Esta noche ya no hay más.

—Es más saludable beber todos tus líquidos diez minutos antes de comer —contesta—. Así, tu cuerpo procesa el agua y la comida por separado, y absorbe más nutrientes.

Sea cierto o no, decido descartarlo como ciencia de cuñados. Creo que el tío Laurel saca todos sus supuestos datos científicos de sus colegas de cervezas. Eso, unido a que el único sobresaliente que sacó en el colegio fue en biología, te da la receta para la desinformación.

A pesar de las palabras de Laurel, todos los demás nos bebemos el agua poco a poco. Quizá porque a nadie le gusta ver un vaso vacío, lo que es cierto incluso cuando no hay escasez de agua.

La lasaña de esta noche está más dura de lo normal, ya que mamá ha cocido la pasta en la salsa roja de papá para intentar usar la menor cantidad de agua posible. Mi padre espera a nuestras reacciones antes de probarla.

—Me encanta. Rica y crujiente —dictamina Garrett.

Claro que le encanta. En realidad, Garrett todavía no ha perdido algunos hábitos infantiles bastante raros, como comer en secreto cacao de labios con sabor a cereza y pasta cruda. No necesariamente a la vez.

—Está buena —le digo, sonriente.

Por desgracia, papá siempre sabe cuándo miento, aunque seguro que aprecia el gesto...

Después de unos incómodos minutos masticando, Laurel se atreve a romper el silencio:

—Al menos, el agua está fría —comenta, lo que consigue que todos soltemos una carcajada y acabemos partidos de risa. Es la clase de risa que sale a la fuerza, como un hipo potente. Me hace sentir algo mejor y, aunque al principio me limito a jugar con la comida, cuanto más como, más acaba por gustarme la cena.

Es entonces cuando, de repente, se apagan las luces.

Y vuelven a encenderse.

Hemos estado a oscuras tan sólo un segundo. Quizá ni siquiera eso, pero basta para que todos dejen de comer. Nos quedamos paralizados. Como esperando a que suceda lo inevitable. Pero no. Las luces están encendidas y

siguen encendidas. Lo que no cambia el hecho de que han parpadeado. Y ahora todos los relojes piensan, muy enfadados, que son las ¡12:00, 12:00, 12:00!

Por fin miro a papá y veo que, por primera vez, empieza a preocuparse de verdad. Es su cara de «debería ir al médico», una frase que le he oído decir una única vez, cinco minutos antes de que lo llevaran corriendo al hospital con apendicitis.

De manera que ahora estamos todos aquí sentados, en silencio, con los tenedores en la mano, atrapados en la mesa del comedor. Y, por algún motivo, no consigo obligarme a mirar a nadie a los ojos, por lo que bajo el tenedor y como. Al cabo de unos segundos, me doy cuenta de que todos hacen lo mismo. Se meten comida en la boca como animales asustados. Y seguimos así hasta que los platos están vacíos. No porque tengamos mucha hambre, sino porque nadie quiere ver de nuevo esa expresión en el rostro de mi padre.

Unas horas después, estoy preparándome para irme a la cama cuando oigo movimiento fuera. El tío Laurel. La ventana de mi dormitorio da a la calle, lo que me brinda el lujo de oírlo cada vez que entra y sale. Miro el reloj. Medianoche es una hora extraña para que salga Laurel. Bajo las escaleras y, cuando llego, me lo encuentro cargando la parte de atrás de su ranchera.

—No quería despertarte —explica, y ya parece culpable por algo.

—¿Te vas?

Me mira con cariño.

—Sólo serán unas noches —dice, aunque la maleta gigante llena de ropa me dice lo contrario. Igual que Sofía—. Además, ya me he zampado toda vuestra comida. No quiero dejaros también sin agua.

El tío Laurel es un poquito susceptible con lo de haberse quedado a vivir un año en casa. Y el tema de la restricción aporta otra dimensión a su dependencia de nosotros. Aun así, creo que la amenaza de perder la electricidad ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—A casa de Daphne. Sigue en ese caserón de Dove Canyon. Parece que allí todavía queda agua. No sé bien cuánto durará, pero algo es algo —añade, bajando la vista.

—¿Te refieres al agua o a tu lío con Daphne? —pregunto con una sonrisa burlona.

Él se ríe.

—A las dos cosas.

Daphne es su novia intermitente. Llevan juntos desde antes de que fracasara su granja. Se mudaron aquí justo al principio de la «Gran Huida», que es como llamaron al éxodo en masa de las comunidades granjeras de Central Valley. Daphne siempre se negó a permitirnos llamarlo tío Laurel en su presencia. Era Herb siempre, lo que me lleva a pensar que, en el fondo, lo quiere de verdad, aunque no dejen de romper.

—Bueno —le digo—, espero que la restricción os junte otra vez.

—No lo hace por mí, sino por ti y...

—¿Por mí?

—Por todos vosotros. Para que no me convierta en una carga para tus padres.

—No eres una carga...

—Gracias por decirlo, Alyssa —me interrumpe, sonriendo.

Le doy un fuerte abrazo de despedida y lo veo marcharse. Después vuelvo dentro, triste de verlo irse así, pero, a la vez, un poco menos preocupada que antes. El hecho de que haya agua corriente en alguna parte me da esperanzas: quizá la cosa no esté tan mal, al fin y al cabo.

---

## INSTANTÁNEA: LAS NOTICIAS DE LA KZLA

*—Las tensiones aumentan en el tercer día de la restricción, pero los portavoces del Gobierno afirman que la ayuda está en camino.*

La presentadora de las noticias locales, Lyla Singh, lee su parte; después da paso a Chase Buxton, su copresentador, que recita la que le indica el teleprompter.

*—Mientras tanto, los efectos en cascada que han dejado a más de veintitrés millones de personas sin agua corriente no parecen resolverse. Donovan Lee, en Silverlake, nos ofrece más información.*

Cuando pasan del estudio al embalse de hormigón vacío que antes era Silverlake, Lyla reflexiona sobre las tribulaciones del día. Llegar al estudio desde Hollywood Hills había sido una pesadilla. Había estado a punto de perderse las últimas novedades de media mañana, y ahora parece que las noticias cada vez sustituyen más programación, lo que significa que no se irá a casa en el futuro próximo.

*—¿Has oído que el jefe de la FEMA no respondía a las llamadas del gobernador? —le había dicho antes uno de los cámaras—. En serio, ahora mismo el huracán Noah es lo único que está en su radar.*

En aquel momento, su productor había pasado por allí y los había regañado a los dos, como si Lyla hubiera hecho algo más que escuchar.

*—Lo nuestro son las noticias, gente, no los rumores.*

La cabina de control devuelve la retransmisión al estudio después del informe de Silverlake, y Lyla regresa rápidamente al presente.

*—Gracias, Donovan. En medio del caos, esta mañana el gobernador hizo las siguientes declaraciones...*

Emiten una grabación que la cadena ha puesto una y otra vez a lo largo del día, y Lyla la escucha por enésima vez, todavía intentando averiguar si algo en la voz del gobernador deja entrever una verdad más profunda que no ha compartido con la prensa.

*—La Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, la FEMA, es consciente de la situación —dice el gobernador— y nos asegura que los camiones cisterna de agua potable para satisfacer las necesidades inmediatas de California ya han salido de Wyoming y están en camino.*

*«¿Wyoming? —piensa Lyla—. ¿Cuánto tardarán unos camiones de agua en llegar aquí desde Wyoming?».*

*—Quiero asegurarle a la gente del sur de California que la ayuda está en camino —sigue diciendo el gobernador—. Contaremos con plantas desalinizadoras móviles a lo largo de toda la costa para convertir el agua de mar en agua potable. Se está haciendo todo lo posible por paliar la situación. Gracias.*

Entonces se va, como siempre, esquivando un aluvión de preguntas.

La luz roja de la cámara se enciende y pilla a Lyla con la guardia baja. Pero es una profesional. En vez de tartamudear, se limita a callarse un instante, como si la pausa fuese intencionada.

*—En estos momentos, se aconseja a todos los habitantes permanecer en el interior para evitar los golpes de calor y seguir atentos a sus pantallas a la espera de más información.*

*—Efectivamente, Lyla —dice Chase—. Y se recomienda no realizar ninguna actividad física excesiva.*

*—Exacto. La mejor forma de conservar agua ahora mismo es no perder la que ya tiene nuestro cuerpo.*

Había dos jarras llenas de agua helada en el camerino de Lyla cuando llegó esta mañana. El mero hecho de pensar en ellas le hace desear un buen vaso.

*—Volveremos con ustedes después de la publicidad.*

Y pasan a un anuncio.

Lyla se relaja mientras echa un vistazo a sus notas sobre las siguientes historias. Cómo se enfrenta el zoo a la restricción. Un hombre que ha recibido un disparo cuando intentaba sacar agua de un camión cisterna que se dirigía a un hospital. Y, noticia de última hora, la primera muerte oficial por deshidratación en San Bernardino.

Chase se vuelve hacia ella y arquea una ceja.

*—Esto va mal —dice con la misma inflexión con la que podría haber dicho «esto está fresco» en su época de actor de doblaje de anuncios de comida rápida..., aunque se rumoreaba que también hacía otro tipo de trabajos. Pero, como decía su productor, lo nuestro son las noticias, no los rumores.*

—Y, a pesar de todo, a la gente le decimos que mantenga la calma y siga atenta a la pantalla.

—¿Y qué le vamos a decir? ¿Corremos desnudos por las calles gritando que se acaba el mundo?

—Si eso ayuda a que abran los ojos, sí.

—Bueno —responde Chase con una sonrisa irritante—, la verdad es que daría para una buena historia.

Cuando terminan las noticias de la tarde, Lyla se va a su camerino y descubre que las dos jarras están vacías. Alguien (o puede que más de una persona) le ha robado el agua.

—Hay más en camino —le promete un nervioso becario—. Diez minutos, máximo.

Pero, diez minutos después, ni el agua ni el becario aparecen por ninguna parte.

En el vestíbulo, Chase está hablando con su agente, y el altavoz del teléfono le grita sus asuntos a todo el que desee escucharlos. El agente le dice que, si maneja bien el asunto, la crisis podría llevarlo a la tele nacional. Quizás a la CNN.

—No me gusta nada que uses esto como si fuera una pértiga —le dice Lyla.

Chase se encoge de hombros y sigue con su conversación.

Aunque Lyla también es ambiciosa; no es un chacal, como su compañero, que intenta raspar un futuro de los huesos del presente.

Mira por una ventana para intentar obtener una perspectiva real de esta crisis desde la planta cuarenta y tres del edificio. Abajo hay multitudes en las calles. ¿Están manifestándose? ¿Están distribuyendo agua? Desde tan arriba es incapaz de distinguirlo. De pronto, siente claustrofobia en esta torre. Se siente aislada.

Más noticias sobre muertos por deshidratación empiezan a llegar a medida que la tarde se sigue agitando. Llegan a toda velocidad, y ella sabe que tienen que informar sobre ellas, y se imagina lo que será estar al otro lado de la pantalla y preguntarse si alguien de tu calle será el siguiente.

Y, durante todo este tiempo, nadie le lleva agua al camerino. Chase también está seco. No parece haber agua para nadie y nadie promete nada más.



Entonces es cuando se le ocurre la idea. Es una posibilidad remota, pero es la única idea que se le ocurre.

—Méteme en el helicóptero Sky-Three —le pide a su productor.

—¿Qué? —pregunta él, que la mira como si delirara—. Lyla, eres presentadora, no has hecho un reportaje aéreo desde que la época en que cubrías el tráfico.

—Revueltas, incendios y atascos... Las historias no están aquí, están ahí fuera. La gente responderá bien —dice, fingiendo que, como Chase, esto va de ambición—. Una presentadora en el cielo captará su atención. Los mantendrá enganchados a nosotros, en vez de cambiar de canal.

—No —responde el productor—. Te necesito en tu mesa.

Pero, cuando se va, Lyla sube a la azotea de todos modos.

El helicóptero Sky-Three está en la pista, ya que ha coincidido con el cambio de turno de tráfico. Por un momento piensa en Vietnam, donde se consiguieron algunos de los mejores trabajos periodísticos de todos los tiempos. Por supuesto, fue mucho antes de que ella naciera, pero no puede evitar mirar el helicóptero e imaginarse cómo habrían vivido aquellos periodistas la ansiosa espera para que los subieran por los aires mientras caía Saigón.

Kurt, el mismo piloto que la llevaba en sus primeros días en la cadena, está asomado al hueco de las escaleras, fumando... No está permitido tan cerca del helicóptero, aunque a él le da igual. Lyla espera que no sea la única regla que le importa un pimiento.

—Kurt, ¿qué alcance tiene tu helicóptero?

—Unos cuatrocientos con el tanque lleno —responde—. Ahora mismo, más bien alrededor de trescientos y algo. ¿Por qué?

Ella respira hondo.

—Necesito un favor.

Cinco minutos después se alejan volando de Los Ángeles en dirección al este. Y una vez que han puesto suficiente distancia de por medio entre ellos y la sala de prensa, envía un mensaje de texto a su productor.

«Me llevo el Sky-Three a Arrowhead. Informaré sobre la situación de los refugiados».

Lo envía. Se lo piensa un momento y añade:

«Cúbreme o despídeme».

**Hala, ya está hecho. Ahora, pase lo que pase, estará en uno de los pocos lugares que todavía tiene agua. Puede que los altos lagos se encuentren por debajo de su cota de agua normal, pero siguen siendo lagos. Respira hondo, aliviada, sintiéndose conectada con sus colegas periodistas de antaño, cuando subían a los helicópteros al otro lado del mundo para escapar del Viet Cong.**

---

## **DÍA TRES.**

### **LUNES, 6 DE JUNIO**

#### **4) Kelton**

Hoy no hay clases. Tampoco noticias sobre cuándo se reanudarán. Como sólo quedan dos semanas para que termine el año escolar, me pregunto si regresaremos antes.

Intento mantenerme ocupado ojeando cómics, pero, por el motivo que sea, hoy no me enganchan. Busco *online* «*equipo de caza*» para mi lista de regalos de Navidad, y eso tampoco consigue mantenerme atento. Así que me pongo a ver vídeos de ajedrez boxeo en YouTube; es un deporte híbrido que combina el ajedrez con rounds de boxeo, además del único deporte sin armas que se me da bien. También es lo único que ha conseguido que me castiguen un sábado en el instituto en toda mi carrera escolar: porque, después de hacer una presentación oral sobre el tema para la clase de Lengua, un trío de no creyentes me arrinconó y me obligó a demostrarles la parte del boxeo en una de sus narices. También los habría machacado en ajedrez, pero me llevaron a rastras al despacho del director.

Veo un par de vídeos, pero hoy ni siquiera el ajedrez boxeo está a la altura de mis nervios. Aunque creo que es más que eso. Me preocupa el estado del mundo de fuera, a pesar de lo preparados que estamos.

Todo empezó cuando Burnside apareció en nuestra puerta con un regalo. Sí, vale, me encanta la idea de que los archienemigos de nuestra familia se conviertan en perritos falderos. Sin embargo, cuando lo imposible por fin se hace realidad, te deja tocado. Es parecido a esa sensación de «¿y ahora qué?» cuando miras a los oscuros ojos del primer ciervo al que derribas... o a la triunfal desesperación de derribar de un tiro a un pato en pleno vuelo, y ver que cae por un barranco y que allí se quedará, sin que nadie lo recupere, para toda la eternidad. Y cuanto más lo pienso, más noto que todo se puede relacionar con la caza. Quiero decir, siempre se dice que lo que hacemos o no hacemos está relacionado con el instinto primigenio de luchar o huir...

Por ejemplo, ganarse el afecto de una chica es muy parecido a disparar a un ciervo. Es importante acercarse despacio y con precaución..., y, a ser posible, desde un ángulo posterior, desde donde tienen poca o ninguna visión. Las mujeres, como los ciervos, pueden asustarse de un almizcle penetrante, y por eso es esencial ponerse siempre desodorante. Vestirse de camuflaje tampoco va mal, porque, por mi experiencia, a las chicas les parece chulo. Pero, si dejamos todo eso a un lado, creo que el aspecto más importante de conseguir a una chica es saber cuándo apretar el gatillo. Metafóricamente, claro. Tienes que aprovechar el momento adecuado si no quieres dar mal rollo. Esto también lo sé por experiencia.

Pero mi vecina de al lado, Alyssa Morrow, es como el ciervo al que nunca he sido capaz de disparar. Me pasa que, cuando estoy a punto de tomar la iniciativa o al menos de decirle lo que siento por ella, nunca parece el momento oportuno. Siempre he supuesto que, de tratarse del lugar correcto, el momento correcto se presentaría solo, así que este año he hackeado el ordenador del instituto para que cinco de mis seis clases sean con ella... Lo habría hecho con las seis, pero habría sido demasiado evidente.

Esta mañana, en concreto, Alyssa está trabajando en su jardín delantero. Parece que intenta sacar agua de su sistema de riego, pero no va a funcionar. A juzgar por el tono marrón de su césped, sus aspersores llevan meses secos, como los de casi todo el mundo. En lo que respecta al momento oportuno, empiezo a pensar que es ahora o nunca, así que me pongo mi chaleco de camuflaje táctico y me dirijo a la casa de al lado.

Salgo y localizo a Alyssa de camino a su garaje, tirando de unas herramientas. Cuento con el posicionamiento a mi favor, de modo que avanzo hacia el flanco izquierdo. Al acercarme, trago saliva; los nervios me han dejado la garganta seca.

—¿Necesitas ayuda? —consigo decir.

Me doy cuenta de que es exactamente lo mismo que les dije el otro día, cuando descargaban el hielo. Espero que sepa valorar la coherencia.

—No pasa nada, creo que voy bien.

Aunque está claro que no. Quizás intente no parecer débil delante de mí, por lo que insisto:

—Bueno, al menos deja que te lleve esto —digo mientras recojo unas cuantas llaves inglesas y me las echo en el bolsillo. Los pantalones cortos tipo cargo son esenciales. A las chicas les encantan los tíos con muchos bolsillos.

—Gracias —responde mientras colocamos las herramientas en sus respectivos sitios del garaje.

Entonces capto el olor de algo desagradable que sale de la casa. Debo de haber arrugado la nariz, porque se da cuenta y aparta la vista, como temiendo que piense que es ella la que huele mal.

—¿Problemas sépticos? —pregunto.

—Creemos que el gas del alcantarillado sube de vuelta a la casa por la falta de agua —me responde—. Mi padre está trabajando en algunas modificaciones para evitarlo.

Yo sabía que era algo inevitable. Es probable que todas las casas del barrio, salvo la nuestra, huelan así en estos momentos. Pero no todos parecen tan dispuestos a hacer algo al respecto como Alyssa y su familia. Por otro lado, claro, su forma de solucionarlo está mal.

—Lo que necesitáis es un líquido sellador antievaporación. Echa como una taza en cada desagüe y los gases no podrán atravesarlo. —Y después añado—: Es lo que se usa en los orinales sin agua. —Ella me pone una mueca de «puaj», y me doy cuenta de que he ofrecido demasiada información—. En fin —digo, trastabillando un poco en mi prisa por cambiar de tema mientras aparto la mirada sin querer—, puedo darte una botella. Tenemos muchas.

Y es cierto, aunque cuando mi padre se entere de que he regalado una, me va a matar.

Pero merece la pena, porque el rostro de Alyssa se ilumina.

—Gracias, Kelton... Es muy generoso por tu parte.

Y después de verla sonreírme, algo me impulsa a meterme hasta el fondo. Le ofrezco mi cantimplora.

—Toma, bebe un poco —le digo—. Parece que tienes sed.

Ella la coge con cautela.

—¿Estás seguro?

—¿Para qué están los amigos? —le aseguro mientras me encojo de hombros, como si nada.

Ella le da unos tragos y me la devuelve. Después, bebo yo. Alyssa y yo acabamos de compartir una cantimplora. Teniendo en cuenta el intercambio de saliva, es casi como besarse. Reprimo un escalofrío.

—Gracias, Kelton —repite.

Guardamos silencio y, por primera vez, el silencio entre nosotros parece un poco más natural. Sienta bien.

Sin previo aviso, Garrett aparece de la nada y me quita la cantimplora.

—¡Gracias, Kelton! —se burla.

—No seas maleducado —le regaña Alyssa—. ¡Eso no es tuyo!

Justo entonces entra su padre con una caja de trapos sucios, y su madre, unos segundos después. Ella sonríe, apenas capaz de contenerse.

—En las noticias dicen que instalarán plantas desalinizadoras a lo largo de la costa. Esta tarde ya habrá unas cuantas funcionando en Laguna Beach.

—¿Qué es una planta desalinizadora? —pregunta Garrett.

—Convierte el agua de mar en agua potable —le explico—. En realidad, ya hay una muy grande en San Diego, pero no nos va a servir.

Lo cierto es que tampoco le servirá ya de gran cosa a San Diego. Fue muy inteligente por su parte construirla hace unos años, así que, por una vez, no es un problema de hacer poco y tarde. Más bien, de hacer poco justo a tiempo. Porque, a plena capacidad, es capaz de proporcionar agua al ocho por ciento de la población de San Diego. Menos de una de cada diez personas. No es la solución que esperaban que fuera.

El padre de Alyssa se limpia el sudor de la frente.

—Pagamos un montón de impuestos para financiar organizaciones como la FEMA. Ya era hora de que hicieran algo.

—Bueno, tampoco van a dejarnos morir de sed —añade su madre, como si la idea fuera ridícula, aunque después espera a que alguien le dé la razón.

—Es cuestión de números —dice su padre, asintiendo con la cabeza—. Después de todo, California es una de las economías más grandes del país. Nos necesitan, y no creo que cometan la estupidez de abandonarnos.

Las palabras del padre de Alyssa se me graban... Y, aunque tienen su mérito, no puedo evitar escuchar la voz de mi padre en mi cabeza quejándose de los miles de errores acumulados que nos han llevado hasta aquí: las fallidas devoluciones al consumidor, los comités de conservación y los intentos radicales de ahorrar agua, como los millones de «bolas de sombra» negras que Los Ángeles soltó en sus embalses para evitar la evaporación y que no sirvieron de nada. Y ahora no sé si de verdad nos dirigimos a una solución real o si no hacemos más que lanzarle botellas de agua al problema, a la desesperada...

Abro la boca para plantear las preguntas, pero, de repente, me detengo y recuerdo lo que mi padre siempre me ha dicho sobre las ovejas. Su comportamiento. Que su primer instinto es seguir a los miembros del rebaño que tienen justo delante y que si se las desvía de su curso, aunque sólo sea un poquito, se provoca un pánico primordial incontenible que puede resultar mortal. Una vez hice una presentación sobre un tema actual en clase, en la que hablé sobre un rebaño de unas quinientas ovejas en algún lugar de Turquía que habían muerto al tirarse por un barranco, una a una, porque todas

ellas seguían a la que tenían justo delante sin comprender la visión de conjunto. ¿Qué es peor? ¿Ver que todo el mundo se cae por el barranco o sacudir su realidad tan fuerte que acabes por destrozarlos?

## 5) Alyssa

Hoy el váter se está vengando con ganas de nosotros por todos estos años de trato cruel e insalubre. Hace ruidos raros, como de gárgaras, y nos escupe un aroma a huevos que llevan seis meses podridos. Así que nuestra misión actual consiste en limpiar los váteres lo mejor que podamos y después verter en ellos dos tazas del líquido sellador de Kelton para que nuestra casa vuelva a oler como una casa y no como un pozo séptico rencoroso. Y, como líder supremo de la casa, papá nos ha elegido a Garrett y a mí para encargarnos de los cuartos de baño.

Esta mañana, mi padre se ha tomado la libertad de delegar tareas a través de Post-its pasivo-agresivos escondidos como huevos de Pascua por toda la casa. En el frigo hay uno que dice: «¡Seis vasos de agua al día!». En la ducha, otro: «¡Sólo baños secos!». Que consisten en gel de ducha y toallitas de papel. Pero creo que el peor de todos es el de: «¡Límpiame, por favor!». Ese es el Post-it que está encima de los váteres. Papá, muy mañoso, ha instalado bolsas bajo cada asiento, y tenemos que tirarlas después de usarlo, pero limpiar de verdad la taza en su actual estado es, simplemente, un castigo cruel y excesivo.

Garrett y yo empezamos en el baño de abajo, ya que nuestra agua está almacenada en la bañera al lado de la taza. Echo un vistazo a la bañera y veo que el nivel del agua ha bajado mucho desde el sábado. Esta mañana, mi madre regaló con mucha discreción unos ocho litros a unos amigos de aquí cerca. Supone que, como están montando plantas desalinizadoras a lo largo de la costa, dentro de nada habrá agua suficiente para todos, así que ¿por qué no ser generosos? Si estuviera en su lugar, probablemente haría lo mismo.

—¿Cómo se supone que vamos a limpiar un baño si no podemos usar agua? —pregunta Garrett mientras se pone uno de esos guantes amarillos de limpieza que chirrían cuando restriegas los dedos.

—Papá ha dicho que hay productos de limpieza debajo del lavabo. Seguro que captas el concepto.

Me tapo la nariz y me atrevo a mirar el interior de la taza. Un líquido negro sale borboteando a la superficie.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? —se queja.

—Porque vamos a turnarnos —le recuerdo, y después apelo a su ego masculino—. Además, eres un tío; la fontanería se te da mejor que a mí por naturaleza.

Asiente para darme la razón, muy satisfecho de oírme decir que es mejor que yo en algo. Después busca los productos de limpieza bajo el lavabo.

—La lejía nos vale —le digo.

Al final se decide por la lata verde de Comet en polvo, un limpiador multiusos con lejía, y va a dejarlo en el borde de la bañera. En cuanto el bote toca el borde, ya veo en mi cabeza lo peor que puede pasar, pero ese miedo no se hace realidad hasta que no suelta el Comet. El contenedor, colocado precariamente en el borde irregular, empieza a resbalarse...

El corazón se me acelera.

—¡Garrett! —chillo, porque es lo único que me sale.

Él se vuelve y, antes de comprender lo que sucede, el contenedor de lejía en polvo ya se ha resbalado por el borde de la bañera y ha caído al agua.

Me mira con el rostro pálido. Y a continuación se hace el más temible de los silencios.

Va a pescar el Comet a toda prisa, pero se le resbala y se aleja flotando. El agua ya se está nublando con un remolino turbio del venenoso limpiador multiusos. Y entonces es cuando por fin lo comprendo del todo.

Garrett acaba de echar a perder el agua que tenemos.

—Quizá podamos salvar una parte —dice cuando por fin agarra el Comet y lo saca del agua bocabajo, de modo que todavía más polvo cae a la bañera.

—Ya está contaminada, idiota —le respondo de mala manera.

—Es culpa tuya —me suelta—. ¡Me dijiste que usara la lejía!

—¡Siempre has sido un patoso! ¿Es que no eres consciente de lo que acabas de hacer?

Pero, en vez de replicar con otra defensa, el rostro se le contrae, entorna los ojos, que empiezan a brillarle, y las lágrimas brotan de ellos; su cuerpo se rinde a la desesperanza.

Mi conciencia de hermana entra en acción y, de pronto, desearía poder retirar mis palabras.



—Lo siento —solloza a través de los gimoteos, y oculta la cara entre las manos.

—No pasa nada —respondo, y lo abrazo, algo que llevo mucho tiempo sin hacer, ahora que caigo—. Tenemos las máquinas desalinizadoras en la playa. Mamá y papá van a tener agua, ¿recuerdas?

Garrett asiente, recuperándose.

—De todos modos, beber de la bañera era una asquerosidad —le digo, y él se ríe, lo que interrumpe las lágrimas lo justo para sacarlo de su desesperación.

Accedo a ser yo la que les cuente a nuestros padres lo que ha pasado con el agua de la bañera, porque Garrett afirma que sonaría mejor si lo contaba yo. Evidentemente, la verdadera razón es que teme dar él la noticia. Por algún motivo, cree que nuestros padres dan mucho más miedo del que dan en realidad... Pero, en fin, no se trata de la típica niñería de comer chuches antes de la cena, lanzar una bomba fétida o romper una ventana.

—Yo se lo cuento, pero no cargaré con la culpa —le advierto a Garrett—. Sé que ha sido un accidente, pero tienes que asumir tu responsabilidad.

Porque ¿qué clase de hermana sería si no le enseño la importancia de asumir la responsabilidad?

Bajo las escaleras para contárselo a mamá y papá, preparada para lo peor..., pero no se enfadan. Lo que no tardo en darme cuenta de que es mucho peor.

—¿Toda? —pregunta mi padre, como si hubiera una forma de dividir el agua con Comet del agua potable.

—No ha sido culpa de Garrett —les digo, aunque sí que lo ha sido—. Estaba intentando lavar el baño, como le dijisteis.

Espero que mi madre diga algo como: «¡No intentes echarnos la culpa a nosotros!». Pero ni siquiera me devuelve la pelota. Me doy cuenta de que esto no es sólo una cagada, sino un Suceso. Los sucesos se saltan la ira y van directos a control de daños.

—Todavía tenemos la jarra del frigorífico —dice mamá, mirando a papá.

—Las plataformas desalinizadoras deberían de empezar a funcionar en algún momento del día. Iremos para allá en cuanto podamos —añade mi padre, asintiendo.

—Quizá podamos hervir el agua de la bañera, cazo a cazo —sugiero—, y recoger el vapor.

En séptimo montamos así una destilería en el laboratorio de ciencias. Según recuerdo, apenas conseguimos llenar de agua un tubo de ensayo, pero seguro que Kelton puede construir algo más funcional.

¿De verdad acabo de pensar en pedirle ayuda a Kelton?

—Ese proyecto lo dejamos para otro día —responde mi padre, abrumado por el peso de la noticia que acabo de darles.

—Lo siento —les digo—. Es un asco, y lo siento.

—No tiene sentido llorar sobre la leche derramada, cielo —responde mamá.

—Ni sobre el agua envenenada —añade papá, lo que me arranca una mueca, aunque aprieto fuerte los labios para reprimirla.

Subo para notificarle a Garrett que no lo van a dar en adopción ni enviar a un campamento de trabajos forzados, ni picar para hacer pasteles de carne... Pero no lo encuentro por ninguna parte. Miro en el cuarto de baño, en el patio de atrás e incluso en el garaje... Y es entonces cuando me percató de que su bici no está. Se ha marchado sin avisar a nadie, tanto miedo tenía de lo que hicieran mamá y papá.

Mis padres lo dejan todo para buscar a Garrett. Quieren que nos dividamos para buscar sistemáticamente en cualquier lugar al que pueda haber ido. Están un poco más preocupados de lo que me imaginaba. Siempre reaccionan de forma exagerada con Garrett. Nació un mes antes de tiempo, y eso activó para siempre el modo sobreprotector; incluso hoy en día, si se hace un arañazo, es como si tuvieran al hospital en marcación rápida para un injerto de piel de emergencia. Intento decirme que no son más que mis padres siendo padres, pero no puedo evitar preocuparme un poco, teniendo en cuenta las circunstancias.

Acordamos que yo vaya a mirar en los parques en los que a sus amigos y a él les gusta pasar el rato y en el carril bici que circula en paralelo a la autovía. Voy a por mi bici, pero las dos ruedas están desinfladas porque llevo años sin sacarla, y ahora no hay manera de inflarlas por mucho que lo intento. Lo único que queda es el GoPed, el patinete motorizado de Garrett, que no tengo ni idea de cómo usar, y un bastón saltador, invento que seguro debemos a Satán, justo después de que creara el monociclo. De modo que, tras agotar

todas las opciones, me doy cuenta de que voy a tener que pedirle a Kelton una ayudita vecinal. Quizá me preste una bici... o me fabrique una solución alternativa con chicle y cerumen.

Llamo al timbre y él responde, casi demasiado deprisa.

No hay tiempo para charlar. Voy directa al grano:

—Tengo que pedirte un favor. Garrett ha desaparecido y necesito una bici. En vez de ponerse raro, contesta como un ser humano normal:

—Puedes usar la de mi padre. Voy a por ella.

Entra de nuevo y se reúne conmigo en la puerta lateral. Es una bicicleta muy bonita. Entonces caigo en la cuenta de que también ha sacado la suya.

—Dos cabezas piensan mejor que una —dice—. Y no es buena idea que vayas por ahí sola ahora mismo. Puede que parezca que está todo tranquilo, pero es lo que pasa siempre antes de la tormenta.

Vale, retiro lo de ser humano normal.

—No pasa nada, Kelton. No tienes que venir.

—El precio de llevarte prestada la bici de mi padre es dejarme ir contigo.

Él tampoco está midiendo sus palabras. Y está claro que tampoco piensa negociar.

—Vale —acepto.

En realidad no me importa, teniendo en cuenta que, oficialmente, ya ha bajado del naranja al amarillo en mi escala de amenazas a la cordura.

Empezamos con los senderos secundarios, lo que al final nos devuelve a la calle principal cerca del colegio de mi hermano; mi instituto está justo enfrente. Y eso me lleva a pensar que quizá se esconda en el lugar que menos nos esperamos; el lugar que odia más que la coliflor y las clases de piano juntas: el colegio de primaria de Meadow Creek.

Tuerzo a la izquierda y redirijo la trayectoria de mi bicicleta, pero, antes de poder incluso girar, un camión pasa volando y está a punto de atropellarnos. Al principio me cabrea que alguien conduzca con semejante temeridad, aunque no tardo en fijarme en la clase de camión que es, y entonces se me tensa la espalda y, sin pensar, dejo de darle a los pedales.

Es un camión militar pintado de verde de camuflaje y abierto por arriba, lleno hasta los topes de soldados. Mi primer pensamiento es estúpido. Lo que suele pensarse antes de que tu mente tenga tiempo de consultarlo con tu cerebro.

—No me jodas. Mis padres han llamado a la puñetera guardia nacional.

—La calma antes de la tormenta —se limita a responder Kelton.

Mi cerebro ha entrado en acción y ya sé que esto es mucho más gordo que la desaparición de mi hermano. Es inquietante ver máquinas de guerra atravesar el barrio en el que has crecido... Y, por si no bastara con eso, el camión gira a la izquierda y se mete justo en el aparcamiento del instituto.

—¿Qué crees que pasa? —le pregunto a Kelton, con la esperanza de que sus amplios conocimientos de datos militares inútiles nos sirvan de algo.

—No lo sé. Es demasiado pronto para la ley marcial...

—En nuestro idioma, por favor.

—Es cuando los militares toman el mando. Significa que los jefazos del gobierno creen que la policía local no es capaz de manejar la situación sin ayuda.

—Bueno, pero eso sería bueno, ¿no? —pregunto, cuando en realidad intento convencerme yo. Me echo atrás en el asiento de la bici—. Quiero decir, que estaremos más seguros...

Kelton intenta sonreír.

—Podría ser —responde, aunque me da la sensación de que no cree que sea bueno en absoluto—. Quizá.

Quizá. ¡Qué harta estoy de ese quizá!

Quizá sea la ley marcial. Quizá la FEMA nos traiga camiones de agua. Quizá todo se resuelva mañana. Vivir en este mundo de incertidumbre absoluta cada vez me resulta más frustrante. Así que continúo pedaleando y sigo al camión de transporte. No es sólo que esté enfadada, sino que tengo que saberlo. Necesito matar ese quizá. Kelton está en mi misma onda, porque pedalea detrás de mí.

Pasamos por delante de la parte baja de las instalaciones, del estadio de fútbol americano y después de las pistas de tenis, esperando a ver dónde para el camión. Pero no obtenemos nuestra respuesta hasta que dejamos atrás el centro de deportes acuáticos.

No se trata de un único camión, sino de un puñado de vehículos militares. Tienen la piscina completamente cerrada... porque las piscinas de los institutos fueron las únicas excluidas de la Iniciativa de usos frívolos. Son las únicas piscinas que todavía tienen agua.

El perímetro del centro de deportes acuáticos ahora está protegido por soldados con armas automáticas. Y una docena de gruesas mangueras contra incendios se introducen en la piscina, como patas de araña: parecen estar succionando el agua para depositarla en una serie de camiones cisterna. Entonces, uno de los militares nos ve y nos mira a los ojos. No aparto la vista,

aunque tampoco me sigo acercando. «Es como si, de algún modo, yo fuera el enemigo».

—Tendría que habérmelo imaginado —dice Kelton, disgustado consigo mismo por no saberlo todo en la historia de todo.

—¿Esos idiotas creen que nos vamos a beber eso? —Me río—. Tengo amigos en el equipo de waterpolo. He oído historias. Ni pagando me bebería esa agua.

—Si son capaces de filtrar la sal, las tripas de pez y las cagadas de ballena del agua del mar, seguro que se las apañan con lo que hayan dejado los imbéciles del equipo de waterpolo.

Y, no sé por qué, eso dispara algo en mi cabeza, me despierta un recuerdo. Algo que dijo Garrett cuando estábamos empujando aquel carro en el Costco...

Ahogo un grito, y Kelton me mira como preguntándome el porqué.

—¡El amigo de Garrett, Jason, tiene una pecera enorme! ¡Seguro que ha ido a su casa a pedirle el agua!

Aunque mi hermano siempre es muy duro consigo mismo, nunca ha sido de los que se enfurruñan, así que tendría mucho sentido que intentara arreglar la situación en vez huir de ella. Voy a coger mi móvil y me doy cuenta de que no lo tengo. Lo he dejado cargando en mi mesilla de noche. Estúpida.

—¿Me dejas tu móvil? Debería decírselo a mis padres. Ellos pueden llegar antes.

Me pasa su móvil, pero, al cabo de unos minutos mirando la pantalla con cara de tonta, me percató de que ni siquiera me sé los números de mis padres. De hecho, no me sé el número de nadie de memoria, salvo el de mi estúpido novio de octavo, que es la última persona de este planeta o de cualquier otro a la que querría llamar.

No quiero reconocer delante de Kelton mi inutilidad, de manera que digo:

—No estamos tan lejos. Vamos nosotros.

Damos dos vueltas alrededor de la manzana de Jason.

—No sabes dónde vive, ¿verdad?

—Cierra la boca, ¿vale? —le suelto, porque sólo tengo una idea aproximada de dónde vive—. Hay un árbol enorme en el patio de delante —le digo—. Pero que muy enorme.

Sin embargo, no veo árboles tan grandes por ninguna parte.

—Estoy segura de que es esta calle —le aseguro después de la tercera vuelta.

Kelton se lo piensa.

—Pues vamos a hacer trabajo de detectives. Si el árbol era tan grande, es probable que se tratara de una violación de las normas de la asociación de vecinos... Y créeme, mi familia sabe de eso, porque todo lo que hacemos constituye una violación de esas normas.

—¿Y?

—Y no todo el mundo decide plantarles cara a las normas...

Por fin lo entiendo.

—¡Un tocón! ¡Estamos buscando un tocón!

Y, cinco casas más allá, ¡ahí está!

Kelton sonrío, muy satisfecho. En otras circunstancias podría resultar irritante, pero se merece un momento para disfrutarlo. Otra persona habría pensado que mentía o que no lo recordaba bien, mientras que él ha aceptado que le decía la verdad y ha partido de esa idea.

—Eso ha sido muy inteligente —reconozco cuando nos dirigimos a la casa.

—Una simple deducción —responde, y se encoge de hombros con falsa modestia.

Entonces es cuando mi propia deducción simple se ve confirmada: porque, al fijarme más, veo la bici de Garrett detrás de un arbusto muerto, junto a la puerta principal.

Bajamos de las bicicletas y nos acercamos a la casa. La puerta está entreabierta. Parece raro llamar a una puerta que ya está medio abierta, pero lo hago. No responde nadie, así que la abro del todo.

Entro y Kelton me sigue. Huele mal. Fatal. A podrido.

—Podría ser un cadáver —susurra Kelton, pero no le hago caso.

La sala de estar parece bastante normal. Salvo por la hortera estatua romana con los genitales cubiertos por hojas. Para gustos, los colores.

—Creo que no hay nadie en casa...

A la mierda. Atravieso la sala y me abro paso por la casa.

—¿Garrett...? —llamo... No hay respuesta—. ¿Hay alguien en casa?

Kelton vacila.

—Sabes que es legal disparar a alguien por entrar en una vivienda sin permiso, ¿no?

—Vale... Ya me dirás «te lo dije» cuando esté muerta.

Por fin me sigue, aunque después se pone delante de mí, como si acabara de recordar que las águilas de los *boy scouts* no deben esconderse detrás de las chicas.

Recorremos un pasillo. Cuanto más avanzamos, más extraña me resulta la moqueta bajo los pies: camino como si chapoteara. Está mojada, y el olor es peor que antes.

Entonces es cuando algo me llama la atención.

Un pez tropical... No, docenas de ellos. Todos muertos, tirados por el suelo de la sala de estar. Levanto la vista y comprendo por qué: el acuario gigante está roto. La gigantesca pecera llega hasta el techo, y la colección de rocas y corales que antes formaba parte del ecosistema acuático sigue intacta. Está claro que es el acuario del que hablaba Garrett. Me acerco para examinarlo mejor. Gran parte de la cara delantera del cristal está reventada, y por ahí ha salido con violencia toda el agua, salvo una fina capa al fondo, de un par de centímetros, que un pequeño pez payaso chupa sin remedio, con el cuerpo medio al aire. Lo levanto y lo llevo a otra zona del acuario en la que tenga más posibilidades de sobrevivir...

—Estaba así cuando llegué —dice una voz detrás de mí. Me vuelvo, y ahí está Garrett, en el umbral de la cocina—. Y, de todos modos, es agua salada.

Me alegro de haberlo encontrado, pero mil pensamientos no tardan en caerme encima como un torrente y revientan el dique que conserva mi paciencia.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —pregunto, brusca, consciente de que estoy cabreada porque por su culpa nos hemos embarcado todos en esta misión absurda.

—Papá dijo que necesitaba más salsa para la pasta, así que pensé en pedir prestados un par de botes —explica, evitando las preguntas importantes, como hace siempre. Baja la vista y le da una patada a una roca invisible—. No me podía ir sin nada.

—Tienes a papá y a mamá muertos de preocupación. Nos tenías a todos muertos de preocupación —le digo, cosa que seguro que ya sabe. Dejo escapar el mosqueo con el aliento y miro a mi alrededor, intentando encontrarle sentido a la escena—. Entonces, ¿qué ha pasado aquí?

—Creo que se han largado de la ciudad y que alguien ha entrado por la fuerza —responde Garrett, encogiéndose de hombros.

—Bueno —dice Kelton, que está mirando los peces muertos—, está claro que no han venido a por sushi.

En cualquier otra situación casi habría tenido gracia.

Kelton se agacha y recoge un fragmento de cristal. Lo sostiene en alto para examinarlo, el fragmento refleja un rayo de luz..., y entonces me doy cuenta de lo que él ya ha visto: hay sangre en el cristal.

—Vámonos ya —dice Garrett.

Kelton y yo no necesitamos que nos lo repitan. Ni siquiera nos molestamos en coger la salsa para la pasta.

Cuando llegamos a casa, mis padres no castigan a Garrett, lo que me preocupa un poco. Lo que hacen es recorrer la casa en busca de contenedores vacíos para llevarlos a las máquinas desalinizadoras.

—¿Crees que nos dejaran llevarnos más de ocho litros? —pregunta mamá a cualquiera que la esté escuchando, con la cabeza metida en la despensa.

—¡Siempre podemos volver a por más! —chilla papá, probablemente desde un armario en alguna parte.

Garrett sale de la puerta del garaje con un contenedor grande que solemos reservar para ir de *camping*.

—¿Servirá esto?

—Es perfecto —responde mamá.

Garrett, al ver que no lo castigan, está intentando ser el hijo ideal. Le doy cinco minutos, máximo.

—Ocúpate de tu hermano —me dice mamá—. Y ten cuidado con los McCracken. Recuerda que la frase «no lo toques ni con un palo» la inventaron por gente como ellos.

Mi padre pasa corriendo por la cocina y coge las llaves del coche del cuenco de la encimera.

—Escucha a tu madre —me recomienda, sin tener ni idea de lo que me ha dicho ella.

—Kelton no es tan malo —respondo, y de repente me doy cuenta de lo extrañas que suenan esas palabras saliendo de mi boca.

Mis padres, con los contenedores vacíos en los brazos, van hacia la puerta.

—Bueno, su hermano mayor salió de ahí en cuanto pudo. Sus zapatos dejaron marcas de derrape en la entrada —comenta papá.

Garrett les sujeta la puerta con mucha elegancia, y mamá le da un beso en la frente.

—Nos vemos dentro de un rato —me despido, sonriendo.

Se llevan el Prius de mi madre, porque el coche de mi padre sigue convaleciente en el garaje. Son los momentos como este, cuando los veo a



todos juntos, los que me ayudan a apreciar la familia que tengo. Cuando eres adolescente, te pasas mucho tiempo quejándote de lo pesados que son tus padres, y entonces ellos encuentran el modo de recordarte que molan más de lo que crees. Y ahora que se han ido los dos, por alguna extraña razón infantil, desearía haberles dado un abrazo de despedida.

## 6) Kelton

Decidí no contarle a mi padre lo de los camiones militares que vimos en el instituto. No es que piense que no tiene importancia, pero teniendo en cuenta que no hemos sido capaces de ponernos en contacto con mi hermano mayor, Brady, no tiene sentido agitar las proverbiales aguas si, de todos modos, vamos a esperarlo aquí en vez de marcharnos a nuestro refugio de las montañas. Conociendo a mi padre, las brasas del Armagedón no tardarán en convertirse en un Apocalipsis ardiente dentro de su cabeza. Ya se le pusieron sus ojos de lunático cuando oyó que cerraban tantos distritos escolares. Lo que, por cierto, para mí no es ninguna tragedia. No es que odie el instituto; es que, al final, siempre aprendo más en casa. Si mis padres tuvieran la paciencia suficiente para eso, lo más probable es que me educaran ellos.

Para no pensar más en el tema, cargo mi fusil de *paintball* y practico en el patio. Estoy acertando en el centro de todas las dianas, e intento decirme que es un buen presagio. Las instalaciones desalinizadoras de la playa harán su trabajo. Nadie pasará sed. Todo irá bien.

—Mi padre sale al patio.

—Que no se te olvide dejar escapar el aire al apretar el gatillo —dice.

Sabe de qué habla; al fin y al cabo, se pasó doce años en el Cuerpo de Marines. A mi madre le gusta burlarse de su carrera como cabezabuque hablando de sus «misiones de extracción», porque, técnicamente, trabajaba de dentista militar y nunca salió de su base.

Después de unos cuantos tiros, mi cartucho de CO<sub>2</sub> está vacío. Entro para recargarlo y, justo después de terminar de meter el cartucho nuevo, alguien llama a la puerta principal. Mi padre la abre: es Roger Malecki, uno de nuestros vecinos. Los Malecki acaban de tener un bebé, así que no los vemos

mucho. De hecho, tampoco los veíamos antes del bebé. En nuestra familia no somos lo que se dice animales sociales.

—¿Cómo te va, Roger? —pregunta mi padre en tono afable.

—Ay, no preguntes. El coche no deja de sobrecalentarse. Además, tenemos problemas con los desagües. La casa entera apesta.

—Te entiendo. Los vecinos de aquí al lado, los Morrow, tenían el mismo problema —dice mi padre, aunque no le ofrece a Malecki el líquido sellador.

Entonces, nuestro vecino empieza a evitar mirarlo a los ojos. Mi padre no tiene paciencia con la gente que no va al grano.

—¿Qué puedo hacer por ti, Roger?

Malecki deja escapar un suspiro.

—Es el bebé. Hannah todavía puede alimentarla, pero se está deshidratando. Me temo que no podrá darle el pecho mucho más. Nos queda algo de fórmula en polvo, pero no sirve de nada sin agua...

—Siento oírlo —responde mi padre con sinceridad—. ¿Cómo podemos ayudar?

—Bueno... Sabemos que tenéis suministros de supervivencia. Joder, todos saben que eres como una ardillita y has guardado lo suficiente para sobrevivir al apocalipsis.

Suelta una risa nerviosa al ver que mi padre frunce el ceño con lo de la «ardillita». Como si prepararse para lo peor fuera motivo de escarnio. Y entonces me doy cuenta de que al vecino le tiemblan mucho las manos, como si hubiera repasado en su cabeza mil veces este diálogo y, a pesar de todo, la estuviera cagando.

Conozco lo bastante a mi padre como para saber que no da «limosna». Además, una vez que empiezas a dar cosas gratis, te metes en una espiral descendente. Y si hay algo que mi padre odie son las espirales descendentes.

Mi padre apoya la mano en la puerta como si nada, en una posición estratégica. No para cerrarla, sino para tener una ventaja si la necesita.

—Roger, aquí la palabra clave es *supervivencia*. Tenemos lo justo para sobrevivir.

Malecki tarda un momento en reagrupar sus ideas y probar de nuevo.

—De acuerdo, lo entiendo —dice—. Tienes principios y no quieres perderlos... Pero te lo estoy suplicando, Richard. Algo podrás hacer... Quiero decir, el bebé...

Mi padre sopesa las posibilidades.

—Seguro que puedo darte algunos consejos —dice.

—¿Consejos?

Mi padre señala el patio de los Malecki.

—Tienes un estupendo jardín de suculentas. Podrías machacarlas y sacarles al menos cuatro litros de agua. Incluso podría enseñarte a fabricar un condensador para extraer el agua.

—¿Los cactus? —se ríe Malecki, incrédulo.

Mi padre sonrío con educación.

—Las suculentas —le corrige con amabilidad—. Podrías tener agua potable mañana mismo.

Malecki pierde la sonrisa al entender que mi padre no bromea.

—Necesito cuidar de mi familia. ¡No tengo tanto tiempo!

—Bueno, si quieres agua, no te queda más remedio.

Pero, en vez de formular una respuesta, Malecki entorna los ojos y frunce los labios de rabia. Da un paso adelante y se planta delante de las narices de mi padre.

—¿Quién coño te crees que eres?

Pero mi padre no pierde los nervios. Sigue tranquilo.

—Roger, te estoy ofreciendo un regalo mucho más valioso que una botella de agua. Te estoy ofreciendo independencia.

El rostro de Malecki se ensombrece y una mirada extraña, salvaje, le aparece en los ojos.

—¿Te vas a quedar ahí parado mientras mi mujer se queda sin leche?

—¡Cómo te atreves a enfadarte conmigo..., como si tu falta de previsión fuera culpa mía!

—Eres un hijo de puta, ¿lo sabías?

Y mi padre ya ha tenido suficiente. No es de los que soportan a los imbéciles... Y, para él, cualquiera que espere que otro le resuelva su problema es un imbécil.

—¿Por qué no vuelves cuando estés listo para comportarte como un miembro útil de la sociedad?

Intenta cerrar la puerta, pero Malecki se coloca rápidamente en el umbral y la bloquea.

—Debería borrarle esa sonrisa a puñetazos —le espeta a mi padre, aunque mi padre no sonrío.

Intenta echarlo fuera con el hombro, pero el vecino cuenta con la adrenalina de la desesperación y empuja a mi padre dentro. Consigue que pierda el equilibrio, y la puerta se abre de par en par.

Entonces es cuando levanto mi fusil, dejo escapar el aire y disparo. Tres veces. Acierto en el pecho de Malecki. Justo en el blanco. La fuerza de los

impactos lo lanza otra vez hacia la jamba de la puerta. Ha perdido toda su bravuconería. Gime, creyendo que se muere. Entonces se lleva la mano al pecho y examina la pringue azul fosforescente de su camisa. El corazón me debe de latir a mí tan deprisa como a él. Me mira con cara triste y desconcertada, como si de verdad le hubiera abierto un agujero en el pecho. Entonces cojo la mochila que cuelga del perchero junto a la puerta, meto el brazo dentro, rebusco y saco una botella de agua que compré en el instituto, cuando era algo que daba por sentado. Se la echo en las manos, que chorrean pintura azul.

—Cógela y vete —le digo.

Malecki mira la botella de agua y se pone rojo, avergonzado, como si no fuera tarde para recuperar su humanidad. Se vuelve y desaparece sin más.

Al cabo de un segundo, mi padre me mira con el labio ensangrentado de la riña, aunque con una expresión radicalmente distinta, y no sé si está cabreado o si de verdad desapueba lo que he hecho; no que haya disparado pintura al vecino, sino que le haya dado mi agua.

—Esto no era asunto tuyo —me regaña, severo—. No deberías haber interferido.

—Sí, señor. Lo sé, señor.

Siempre lo llamo señor cuando está enfadado conmigo.

Entonces cierra la puerta y se aleja.

Lo cierto es que me alegro de haberlo hecho. No sólo porque disparar con mi fusil de *paintball* a los vecinos siempre haya sido una de mis fantasías, sino porque, lo sepa mi padre o no, he podido ver lo que ocurriría a continuación. Lo que habría ocurrido de no haber apretado el gatillo. Porque en el punto culminante de la confrontación, la mano de mi padre había bajado por instinto hasta su cinturón..., donde lleva colgada su pistola.



SEGUNDA PARTE

TRES DÍAS PARA  
CONVERTIRNOS  
EN ANIMALES

---

## INSTANTÁNEA 1 DE 3: ACTIVISTA

Camille Cohen siempre había tenido un problema con la burocracia impasible y las figuras de autoridad. Cuando estaba en el instituto, no dudaba en protestar por las hipocresías del plan de estudios o por las injusticias del sistema disciplinario; y no ha cambiado gran cosa ahora que se especializa en ecología social en la Universidad de California en Irvine. La única diferencia es que ahora ve un camino real para cambiar el mundo.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que nos íbamos a quedar sin agua. Bastaba con leer los informes hidrológicos trimestrales públicos, como había hecho ella: los números estaban ahí mismo. Pero ¿lograr hacer caso omiso de los informes y engañar a la gente para que pensara que el problema estaba bajo control? Eso exigía dominar unas habilidades muy concretas. Se trataba de los supervillanos con los que Camille esperaba acabar algún día. Con suerte, más pronto que tarde.

Unas semanas antes de la restricción, Camille había dirigido una protesta frente a las oficinas del gobierno del condado, en Santa Ana, que había respaldado un número récord de participantes, todos miembros del cuerpo estudiantil de su facultad. Sin embargo, sabía que sería necesaria más de una protesta. Si algo le habían enseñado sus esfuerzos pasados era que el cambio real exige una presión sostenida y una acción inspirada.

**Acción. Brutal. Tangible.**

La acción de hoy se inspira en lo que ve en la carretera que tiene delante de ella. Empieza con una conmoción, seguida de rabia, porque delante circula un camión de suministro de una de las muchas empresas de abastecimiento municipales que han gestionado tan mal el asunto. Se ven con claridad las botellas de cuarenta litros en la parte de atrás, y es como una bofetada en la boca a una población cada vez más sedienta. Este camión está transportando un agua que no debería existir a algún

lugar privilegiado. Representa todas las mentiras que tanto ha luchado por sacar a la luz.

Así que en vez de continuar en dirección oeste, hacia el centro de desalinización de la playa, decide girar el volante a la derecha y seguir el camión.

## **INSTANTÁNEA 2 DE 3: TRANSPORTE DEL OCWD**

David Chen lleva ya casi un año trabajando para la Empresa de Abastecimiento del Condado de Orange (la OCWD), y últimamente no dejan de encargarle tareas cada vez más estresantes. Hoy está conduciendo un camión cargado de agua potable, y su copiloto va armado con una escopeta. Y viste un chaleco antibalas. De hecho, a David también le han dado un chaleco. «Sólo por precaución —le dijeron—. No hay nada de qué preocuparse». Como si fuera estúpido.

El chaleco es pesado y da calor, y por mucho que suba el aire acondicionado del camión, no consigue refrescarse. Está sudando por más de un motivo.

Como todas las cañerías del condado han sufrido un cierre de emergencia y los ordenadores que intentan redirigir el agua que queda han sufrido una multitud de fallos informáticos, él se está encargando de transportar agua manualmente a las instalaciones prioritarias. Ayer condujo uno de los doce camiones cisterna que llevaban el contenido de la piscina de un instituto a la Base del Cuerpo de Marines Camp Pendleton. Pero a tiempos desesperados, medidas desesperadas, y los administradores del agua hacen lo que pueden por evitar que el sistema se venga del todo abajo.

Es última hora de la tarde y David todavía va por la tercera entrega del día. El tráfico cada vez es peor y las aplicaciones de GPS conducen a todo el mundo por las mismas rutas alternativas, lo que empeora el problema. El protocolo actual consiste en que todo el agua de las

empresas de abastecimiento municipales debe ir en primer lugar a hospitales e instalaciones gubernamentales. La Agencia Federal para la Gestión de Emergencias se encargará de abastecer a los ciudadanos particulares.

David ya se ha guardado para él y su familia uno de los contenedores azules del tamaño de fuentes de agua. Nadie echará de menos un miserable contenedor tal como están las cosas. Lo considera su extra por trabajar en zona de combate.

Es agua reciclada. Eso es lo único que hay. El agua que quedaba en el sistema de alcantarillado cuando se cortó el grifo. El agua que estaba saliendo de los hogares justo antes de la restricción, de vuelta a la OCWD.

No se limitan a tirar el agua en el mar, claro; primero se depura. Microfiltración, osmosis inversa, radiación ultravioleta y abracadabra: las aguas residuales del día anterior se transforman en casi doscientos mil litros de agua potable. Por supuesto, se supone que nadie va a beberla. La norma es que sólo se debe usar para el riego de zonas públicas, porque servir agua reciclada a una población beligerante y melindrosa, por muy limpia que esté, sería una pesadilla para las relaciones públicas.

Pero ahora a nadie le importa de dónde venga, siempre que venga.

La entrega de esta tarde es esencial. Lleva agua a los trabajadores enjaulados detrás de la alambrada de la central eléctrica de Huntington Beach. Por lo que ha entendido, la central, que sólo cuenta con unos cuarenta trabajadores en las instalaciones dentro de cada turno, ahora sirve de refugio a los trabajadores de Applied Energy Services y Southern California Edison. Así que tienen a más de trescientas personas dentro. Una especie de campamento de refugiados espontáneo. De ahí el reparto de agua.

Cuando sale de la autopista de la costa del Pacífico, la central tiembla ante él como un feo espejismo industrial por el calor del asfalto. Aun así, tiene que detenerse un poco antes de llegar al control de seguridad de la puerta porque alguien se ha interpuesto en su camino y no le deja seguir. No se trata de un empleado, sino de una chica que no debe de tener más de veinte años. Por el modo en que ha plantado los pies en la carretera y por su mirada, ansiosa y enfadada, le da la sensación de que no lo va a dejar pasar.

Mientras tanto, al otro lado de la misma autopista, en el largo trecho de Huntington Beach, la frustrada multitud que espera a las máquinas



desalinizadoras empieza a percatarse de la presencia de su camión.

## **INSTANTÁNEA 3 DE 3: DIRECTOR DE LA CENTRAL**

De pequeño, Pete Flores quería ser mago. De adulto, encontró su magia en la manipulación de las corrientes eléctricas. Para él, nada podría haberlo acercado más a su sueño original, porque ahora, como director de una central eléctrica, es capaz de crear electricidad de la nada usando gas natural. Su central de Huntington Beach produce cuatrocientos cincuenta megavatios de potencia, lo que basta para abastecer casi medio millón de hogares. Pero, por primera vez en todos los años que lleva allí, la central se enfrenta a una situación sin precedentes.

¿Debería haberse negado a permitir que todos sus empleados se refugiaran dentro del recinto de la central? ¿Debería haberse negado cuando otras empresas eléctricas le solicitaron santuario para sus obreros? ¿Debería haberse negado cuando pidieron llevar con ellos a sus familias?

Las oficinas centrales se habrían negado. No porque fueran insensibles, sino porque estaban muy lejos. No veían los rostros humanos de la crisis. Quizá lo reprendieran por lo que había hecho... o puede que incluso perdiera su trabajo, pero decidió no lamentarlo. Aunque ha aceptado que los días que se avecinan serán cada vez más complicados, su trabajo es motivo de orgullo y honor.

«Esto no es nada», piensa, y recuerda la central nuclear que entró en fusión en Fukushima, después de un terremoto, y el tsunami posterior. Los generadores se inundaron y se pararon, y los reactores se sobrecalentaron, lo que dio lugar a una fusión nuclear completa. Y ¿qué hizo el director de la central? En vez de huir del lugar, decidió quedarse con sus trabajadores a pesar del peligro y enfriar las instalaciones con agua de mar. Quedaron expuestos a niveles letales de radiación, pero redujeron diez veces la contaminación nuclear de Japón. Así es como se

protege el fuerte cuando los destinos de millones de personas están en tus manos. A veces, ser el héroe significa hundirte con el barco.

Como la central eléctrica se considera prioritaria en el reparto de agua, tienen que atender a su solicitud de agua y comida. Y por eso precisamente acudieron a él todas las familias que en este momento tiene a su cuidado. Ahora no es tan sólo un director de central, sino casi un alcalde. Es tan aterrador como emocionante. Se plantea presentarse a un cargo público cuando lo despidan por ayudar a esta gente.

Hoy las turbinas funcionan a plena capacidad porque tanto la central eléctrica de Redondo como la de Palomar se han desconectado. Se rumorea que por la deserción de los empleados. Los trabajadores dejaron de acudir a su puesto. Entre encargarse de las centrales y encargarse de sus familias durante la restricción, eligieron lo segundo, lo que no sirve más que para reafirmar a Pete en su decisión de dar la bienvenida a los familiares de sus empleados. Aun así, los dos cierres de centrales lo inquietan. Si se producen más, se iniciaría un fallo en cascada de la red eléctrica, y con tantos trabajadores desaparecidos en combate es imposible saber cuándo podría resolverse semejante problema.

A última hora de la tarde, su supervisor de la sala de control le advierte de que el camión cargado de agua que llevan esperando todo el día está en la puerta.

—Pero hay un problema —añade.

Pete se toma la noticia con cautela. Aunque su trabajo consista, precisamente, en resolver problemas, los asuntos a los que se enfrenta estos días se salen un poco de su área de especialidad.

—¿Qué clase de problema?

—Será mejor que lo vea usted mismo.

La mayoría de las cámaras de seguridad muestran la actividad esperada en la propiedad. Los técnicos y la maquinaria en las áreas restringidas, y sus numerosos huéspedes dedicados a sus quehaceres en las áreas no restringidas.

Aunque las cámaras de la puerta principal le enseñan algo completamente distinto. Algo que golpea a Pete como una descarga de mil voltios.

Hay docenas de personas a las puertas, todas apretujadas en la entrada. Al principio cree que se trata de una protesta o de alguna manifestación extraña; han tenido bastantes por culpa de la sequía. Pero ¿por qué allí? Y entonces ve el objeto de su atención.

**Es el camión que transporta el agua. Y está rodeado por completo.**

**No se trata de una simple protesta, sino de algo mucho más peligroso... y mucho más desesperado.**

**—¿Cuántos guardias tenemos hoy de servicio? —pregunta Pete al supervisor de la sala de control.**

**—Tres, incluido el de la puerta.**

**—¡Que bajen ahí ahora mismo!**

**—¿Debería avisar a la central?**

**—¿Me tomas el pelo? ¡Llama a la policía!**

**Y entonces, en la pantalla, la multitud parece entrar en acción de golpe. Todos, a la vez. Están sacando las botellas del camión y rompiéndole el retrovisor. Sacan fuera al conductor. ¡Dios mío! ¡Ha sucedido en un abrir y cerrar de ojos!**

**Del asiento del copiloto sale lo que parece ser un guardia de seguridad.**

**—¿Es eso una escopeta?**

**El hombre la levanta y dispara en silencio al aire, y, un segundo después, Pete oye el tiro con retraso, sordo y lejano. Pero el hombre que ha disparado el arma sólo tiene la oportunidad de hacer ese disparo de advertencia, puesto que la turba le arranca la escopeta de las manos y lo baja en medio de una melé de manos enfadadas.**

**El supervisor envía a los otros guardias y empieza a llamar a la policía como loco, pero es demasiado tarde: porque esa muchedumbre, envalentonada por su justa rabia, está echando abajo la valla y entrando en la central de Pete. Y no son docenas de personas. Bien podrían ser cientos.**

**Impotente, el director Pete Flores observa la pantalla de seguridad y se da cuenta de que, como la electricidad, esta turba es una fuerza tan poderosa como el tsunami japonés... y que quizá le toque a él hundirse con el barco.**

## 7) Kelton

A medida que transcurren las horas, empieza a darme la sensación de que mi madre no está muy contenta con el modo en que papá ha manejado el enfrentamiento con Malecki, porque esta noche está preparando la cena una hora antes de tiempo; es una costumbre nerviosa que tiene cuando las cosas se ponen tensas en casa. Cenar temprano significa que puede acostarse antes y acabar antes un día asqueroso. Mi madre también es una *congeladora* compulsiva y, como intentamos conservar la comida que tenemos, de algún modo hemos acabado comiendo el jamón asado con miel de las fiestas de Pascua y medio estofado de judías verdes que quizá lleve con nosotros desde Navidad, pero yo no he dicho nada.

Mamá nos llena los vasos de agua. Es más de lo que se supone que nos corresponde, teniendo en cuenta nuestras raciones, aunque no es sólo eso: es que ha llenado los vasos hasta el borde, de modo que es imposible levantarlos sin derramar algo. Otra señal de que está enfadada con mi padre.

Papá se sienta en su lugar de siempre, presidiendo la mesa, por ahora sin advertir los irritados movimientos de mi madre, y empieza a realizar incisiones en su jamón. El ruido de los cubiertos. El tictac del reloj. Nadie habla, el aire está tan cargado que haría falta un machete para llegar hasta el frigorífico y regresar. Por fin mi padre se entera. Mira a mamá, me mira y sigue cortando.

Intento aligerar el ambiente con algo positivo:

—¿Va a venir Brady? —pregunto a quien quiera responderme.

—Todavía no hemos conseguido localizarlo —responde papá.

A la porra mi intento de aligerar el ambiente. Me doy cuenta de que la falta de respuesta de Brady es otro motivo de estrés. A mi hermano nunca se le han dado bien los teléfonos. Ni los correos electrónicos. Ni ningún tipo de comunicación, así, en general. Últimamente sólo se pone en contacto con nosotros cuando le apetece y sólo responde si no le queda más remedio. Creía que eso cambiaría con la restricción, pero parece que no.

—Vamos a esperarlo, ¿no? —pregunto—. Quiero decir, antes de irnos al refugio.

Mi padre mastica con ganas.

—No deberíamos quedarnos mucho más tiempo —dice—. Ya ves que las cosas empiezan a desmoronarse.

Mi madre vuelve a llenar mi vaso medio vacío hasta el mismísimo borde.

—Marybeth, se supone que el agua nos tiene que durar —dice él al fin, apuntándola con el tenedor.

—Tu hijo tiene sed —responde, aunque la verdad es que no.

—Bien. Un poco de sed nos recordará por qué tenemos que racionar el agua —replica mi padre, al borde también de su paciencia.

—Tenemos de sobra —le recuerda mamá—. Y si no vamos a *compartirla, bien podemos bebérnosla toda nosotros hasta reventar*.

Incluso de pequeño, siempre he sabido cuando mis padres discutían en código delante de mí porque empezaban a enfatizar demasiado las palabras.

—Compartimos todos los días —dice papá—. Les enseñé a los Clark cómo fabricar un invernadero portátil, e incluso les di parte del material. Les enseñé a *tus* amigos del final de la calle cómo montar un retrete exterior.

Mi madre se levanta y tira su plato de papel, aunque apenas ha tocado la comida.

—Bueno, no veo qué mal podría hacer compartir algunos bienes necesarios, como el agua, si de todos modos vamos a dejarla aquí cuando nos marchemos al refugio.

Papá respira hondo, lo que indica el inicio de un sermón.

—Ya sabes cómo funciona, Marybeth. Si empezamos a regalar el agua, la gente nos exigirá más. Y, cuando las cosas se pongan violentas, la tomarán sin más. Y, como has visto —añade, señalando hacia la casa de los Malecki—, incluso compartir información es peligroso llegados a este punto.

—¡Son nuestros vecinos!

—¡A la hora de sobrevivir, no hay vecinos!

—Vamos a tener que vivir con estas personas cuando todo esto acabe.

—¡*Vivir* es la palabra clave! Si está todo tan mal como creo, no todos lo lograrán; y si queremos seguir entre los vivos, tenemos que ajustarnos a nuestro plan de supervivencia y proteger nuestros suministros. ¿Quieres regalar cosas? Vale. Deja la puerta abierta cuando nos marchemos, y que los saqueadores dejen la casa pelada hasta los huesos.

Mamá se desmorona. Papá acaba de pulsar el botón correcto, el que se encuentra entre los comandos de «gritar» y «llorar». El mismo que pulsa siempre: el del apagado. Mi madre se cierra por completo, se encierra en su

capullo y guarda silencio. Lo más probable es que esté así toda la noche y puede que incluso mañana.

Intento defenderla, aunque hablando de un modo que mi padre pueda entender:

—Como pastores, se supone que somos guías, pero no estamos haciendo nada para ayudar a las ovejas —digo.

—Antes de ayudar a nadie, tenemos que asegurarnos de estar a salvo.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando yo te diga.

Y, tras esas palabras, dobla su servilleta, se traga su agua haciendo ruido hasta dejar vacío el vaso y sale de la cocina, dejándome a solas con mi madre hecha polvo y la extraña Cena de Nochebuena Infernal.

Este tipo de discusiones durante la cena son habituales en mi casa desde que tengo uso de razón. Es una de las razones por las que se fue Brady después de graduarse del instituto, además de que lo admitieran en Stanford y se negase a ir. Eso bastó; para mi padre, se convirtió en el enemigo del pueblo. Después de la graduación, papá se pasó unos cuantos meses dándole la brasa con el tema. «¿Te das cuenta de la oportunidad que supone? —le decía—. ¡Estás echando tu vida a perder por una chica!». Porque por eso no quería irse: su novia iba a estudiar en Saddleback, el centro de formación profesional local, y él quería estar donde estuviera ella.

Aunque tampoco era la verdadera razón. Conozco a Brady mejor que mis padres. La verdadera razón de que no quisiera ir a Stanford era que tenía miedo. No sé bien de qué. ¿De quedarse solo? ¿De no estar a la altura? ¿De vivir con desconocidos? Tal vez una mezcla de las tres cosas. En cualquier caso, se fue de casa, empezó a trabajar en GameStop y ahora sólo viene los días festivos. Dejó de venir con su novia, lo que significa que o bien la chica no soporta a nuestra familia, o bien ha roto con ella. Brady no nos ha contado nada.

Puede que mi padre no esté de acuerdo con él, pero sé que lo quiere mucho porque, a pesar de que cambiamos constantemente las cerraduras de las puertas, siempre deja una llave escondida en el patio para Brady, por si viene a casa. Es la única persona del universo con permiso para saltarse nuestras medidas de seguridad.

El día de la restricción le envié un mensaje de texto a Brady y lo llamé, igual que mis padres, y le dije que tenía que venirse con nosotros al refugio; pero, como he dicho, no es la persona más comunicativa del mundo. Nuestra principal forma de comunicación ahora son los juegos de RPG *online*. Él es caballero, mercenario o asesino, según el juego. Yo siempre soy su compinche. He estado conectándome para ver si lo pilló jugando, pero, por ahora, nada.

Hoy, la discusión parental ha dejado a mamá sentada en el sofá, con el rostro en blanco, dopada de ansiolíticos, viendo las noticias mientras se bebe una garrafa entera de cuatro litros de agua con actitud desafiante. Mi padre ha vuelto a retirarse al garaje, donde está soldando y aserrando a toda mecha, así que intuyo que no han hecho las paces todavía.

—¿Estás bien? —le pregunto a mamá.

—Estoy bien, Kelton. Cansada.

Y sé que su definición de *cansada* da para mucho.

Supongo que mi padre está trabajando en una de las trampas que planeamos hace un par de sábados; estoy seguro de que van a salir genial. Mi padre siempre fabrica las mejores armas cuando está enfadado. En cualquier caso, es mi señal para salir de casa. Decido ir a ver a Alyssa.

Me encuentro a Alyssa y a Garrett en el patio de atrás. Ya anochece, y ellos se pelean con una bolsa de basura negra, un cubo y su barbacoa. Parece que intentan montar un colector de humedad condensada para depurar agua, y aunque me impresiona que sepan lo que es eso, lo están haciendo todo al revés.

—Hola —saludo tranquilamente.

—Hola —responde Alyssa desde detrás del cubo de basura.

—¿No creéis que sería mejor hacer eso de día, teniendo en cuenta que ya se va el sol? Por la evaporación y eso...

Alyssa lanza la bolsa, frustrada.

—Empezamos de día —me suelta—. De día o de noche, da igual, porque no funciona.

Se apoya en la pared de su casa y va a beber un trago de una botella de agua que está en las últimas.

—Guarda lo que tienes y bebe de la mía —digo, y le ofrezco mi cantimplora con cortesía. Alyssa la coge sin vacilar y bebe.

—¿Cuánto me vas a cobrar por este trago? —pregunta—. ¿Diez pavos? ¿Veinte?

—No te preocupes por eso —respondo, sonriente—. Tengo un tanque de ciento treinta litros, ¿recuerdas?

Ella me devuelve la cantimplora.

—Lo siento, estoy de los nervios. Nuestros padres bajaron a la playa y todavía no han regresado.

—Hace seis horas y media —añade Garrett, también preocupado.

Me doy cuenta de que aquí mi trabajo consiste en ser optimista, lo que no es algo a lo que esté acostumbrado. Aun así, en tiempos difíciles hay que ser flexible.

—Seguro que están bien —le aseguro a Alyssa—. Las colas deben de ser interminables, y quizá tarden mucho más en la vuelta que en la ida.

—No responden a los móviles —murmura Garrett.

—Ya te he dicho que es probable que tengan los teléfonos sin batería —le dice ella a su hermano—. La del de mamá ya no dura mucho, y ya sabes que a papá siempre se le olvida cargar el suyo.

—Además —sugiero—, podría haber una sobrecarga en el sistema. Las frecuencias móviles se atascan cuando hay una densidad de población muy alta.

—¡Como en un concierto! —exclama Alyssa, incapaz de reprimir una oleada de alivio.

—Exacto.

—Entonces, ahora mismo tenemos que esperar y desear que vaya todo bien —se dice a sí misma.

Me alegro de haber podido inspirarles esperanza, al menos.

Su perro, *Kingston*, que parece algo aletargado, se acerca a Alyssa y le da con el hocico, que está mucho más seco de lo que debería. Le echo un poco de agua en el suelo para que la lama, cosa que hace.

—Oye, me lo he estado pensando y se me ha ocurrido otra forma de que consigáis agua —le digo en tono misterioso, como un mago que presenta su siguiente truco.

—¿Cómo? —pregunta Garrett.

—¡Os lo enseñaré! —exclamo, y los llevo hasta su casa, donde me detengo en la cocina—. El congelador. ¿Habéis raspado en hielo de las paredes?

—Eso lo intentamos el primer día —responde Alyssa, que cruza los brazos—. Es un frigorífico *no-frost*. No tiene hielo.

Abro un poco el congelador.



—Sólo es *no-frost* si lo dejas cerrado. Si lo dejas entreabierto, el agua se acabará por condensar y se congelará sobre las paredes. Después podéis rasparla y derretirla.

—Oye, qué listo —dice Garret, sincero.

Me apoyo como si nada en el frigorífico y cierro sin querer la puerta del congelador de nuevo.

—Bueno, soy el segundo mejor de nuestra clase.

—¿No el primero? —me pincha Garrett.

—No me lo digas: el primero es Zeik Srinivasar-Smith —dice Alyssa, sonriendo.

Suspiro al oír el nombre de mi némesis.

—Zeik Srinivasar-Smith —corroboro. Es un alumno de intercambio de Dios sabe dónde y, seguramente, producto de una mutación genética.

Al parecer estamos a punto de estrechar lazos, porque parece dispuesta a contarme su propia historia sobre Zeik (porque, en el instituto, todo el mundo tiene una historia sobre Zeik), pero, de repente, la tele de la sala de estar le llama la atención. Son las noticias. Hay una grabación de incendios forestales y de antidisturbios en el centro de Los Ángeles. Y el presentador (sólo uno, en lugar de los dos de siempre) dice:

—Como medida de precaución, se pide a los residentes que permanezcan en sus casas y mantengan la calma.

Sin embargo, el texto que aparece por debajo del presentador frustra todos sus intentos por tranquilizar a los televidentes: «La FEMA declara oficialmente zona catastrófica la región de Southland».

Súbitamente, el televisor se apaga. Ha sido Garrett. Procura quitar de en medio el mando, por si su hermana o yo queremos volver a encenderlo.

—No quiero ver eso... ¡Sólo quieren asustarnos!

—Dicen que debemos mantener la calma —le corrige Alyssa.

—Sí, es lo mismo que les dijeron a los del *Titanic* cuando ya sabían que se estaban hundiendo.

Y tiene razón. En lo que respecta a las autoridades, calmar a la gente para que muera en silencio es mucho más sencillo que enfrentarse a gente enfadada que lucha por su vida.

Guardamos un silencio incómodo, hasta que Alyssa hinca una rodilla en el suelo frente a Garrett.

—No va a pasar nada —le dice, no tan segura de ello como intenta parecer—. Está demasiado oscuro para hacer algo ahora mismo. Si mamá y papá no están de vuelta cuando sea de día, iré a buscarlos.

Y después de oír esas palabras, de verle la cara, algo se apodera de mí, una fuerza extraña e innata. Como la que sentí cuando disparé al señor Malecki en el pecho para salvarlo: la sensación de saber lo que hacer y de hacerlo, sin importarme las consecuencias.

—Iremos juntos —le propongo—. Y me quedaré aquí esta noche, para que no os quedéis solos estando tan preocupados.

Alyssa niega con la cabeza y esboza una sonrisa de suficiencia.

—Emmm... Gracias, pero no. Seguro que necesitas esto para una de tus chapas de los *boy scouts*, pero no soy una damisela en apuros.

Noto que me enfado. ¿De eso cree que voy? Aunque puede que fuera cierto la semana pasada, hoy ni se me había pasado por la cabeza.

—Mira —le digo con absoluta sinceridad—, sé que no soy tu primera elección como amigo, pero recuerda que, cuantos más seamos, más seguros estaremos. Hay mucha gente sedienta ahí fuera y las cosas pueden torcerse muy deprisa. Si me quedo, podemos turnarnos para hacer guardia, y así puedes dormir un poco.

—¿De verdad crees que vamos a dormir esta noche?

—Deberíais —asiento—. Sobre todo si piensas ir a buscar a tus padres mañana.

Ella se lo piensa, está claro que le da vueltas... Le fastidia saber que tengo razón.

Justo entonces, las luces empiezan a parpadear.

Todos nos preparamos, como cuando te parece percibir que comienza un terremoto. Y las luces se apagan.

—¡Mierda! —exclama Garrett—. ¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

—Tranquilo —dice Alyssa—. Esto pasó el otro día. Volverán a encenderse. Ya verás.

Pero no lo hacen... Y el silencio ahora es silencio real. El zumbido del frigorífico, el aliento del aire acondicionado..., todo desaparece. Y la rotundidad de este silencio es espeluznante, aterradora. Noto que me agarran el brazo con fuerza: es Garrett. Estaba más cerca de mí que de Alyssa cuando se fue la luz. Soy el puerto más cercano en esta tormenta.

Ahora empezamos a oír voces. Los vecinos se preguntan qué coño pasa y qué coño van a hacer.

Los ojos se nos empiezan a adaptar a la penumbra del resplandor crepuscular que todavía entra por las ventanas del oeste.

Sé lo que debo hacer.

—Tengo que ir...

Pero antes de poder terminar, Garrett me interrumpe:

—¡No! ¡Has dicho que te ibas a quedar!

Y aunque no dice nada, sé que Alyssa está tan asustada por el apagón como Garrett. Como yo.

—Tengo que irme —repito—, pero sólo un momento. Tengo que ir a ver cómo están mis padres, pero volveré enseguida. —Y después doy un paso hacia Alyssa. No le veo bien la cara en la habitación a oscuras, lo que me viene mejor para lo que voy a decir—. Sé que puedes cuidarte sola. Sé que no me necesitas aquí. Pero, de todos modos, te facilitaré un poco la noche.

—Vale. Sólo quiero asegurarme... Quiero decir, no quiero que pienses...

Sé adónde quiere ir a parar, así que le ahorro las molestias:

—Alyssa, porque me ofrezca a pasar la noche en tu casa no te hagas ideas raras sobre mis ideas raras, ¿vale?

—Gracias, Kelton —responde tras un suspiro de alivio, y añade—: Por si te sirve de algo, te has librado oficialmente de tu etiqueta de «el tío raro de al lado».

—¿Creías que era raro?

—Un poco —responde, encogiéndose de hombros.

Me lo pienso un momento.

—Sí, la verdad es que lo soy.

Y entonces me voy, no sin antes recordarles que cierren la puerta con llave cuando salga.

Mi casa es un faro en la oscuridad. Desconectada de la red, autónoma por completo. Dentro, mi madre está dormida en el sofá y mi padre sigue soldando en el garaje. No tienen ni idea de que el resto del barrio está a oscuras. No hablo con ellos porque no hay nada que decir. Les dejo una nota en mi dormitorio para que sepan que voy a pasar la noche en casa de Alyssa para ayudarla hasta que regresen sus padres. A mi madre le gustará porque es algo social que no implica ni videojuegos ni chicos que creen que el desodorante es algo opcional. A mi padre no le gustará, aunque no nos avergonzará a ambos yendo a buscarme. Me caerá una buena por la mañana, pero ya me enfrentaré a ello cuando toque.

Dejo la nota sobre mi edredón, me arrodillo, meto un brazo debajo de la cama y pesco hasta dar con lo que buscaba. Saco un maletín metálico negro y

lo abro; dentro, en toda su gloria, espera mi Ruger LCP plateada calibre cuarenta y cinco. La saco y la cargo, a la vez que intento no sentirme abrumado por su belleza y su poder; por la forma en que el elegante cañón planteado refleja la luz, en contraste con una culata negro mate tan dominante que absorbe toda la luz que le llega. Es perfecta por su naturaleza dual. Luz y oscuridad. Hoy me siento como algo intermedio. Y está bien. Es lo que necesito ser ahora si voy a convertirme en la primera línea de defensa para Alyssa y Garrett. Me meto el arma en el cinturón, corro escaleras abajo y salgo por la puerta principal para volver a su casa... No obstante, lo que veo al salir consigue que se me queden rígidas casi todas las articulaciones.

Aunque ha caído la noche y todas las demás viviendas están ya a oscuras, juro que puedo distinguir figuras en la calle, apenas iluminadas por una luna baja. Casi todo el barrio ha salido de casa para maravillarse ante nuestra luz, como polillas hipnotizadas por la caricia de las llamas de una hoguera. Al tener nuestro propio suministro eléctrico, mi familia se ha convertido en la inesperada envidia del barrio. Y en un objetivo. Así que me quedo clavado en el umbral, paralizado entre lo que antes fuera mi vida y lo que pronto será, mirando cien ojos oscuros que me devuelven agrias miradas desde la oscuridad.

Y estoy muerto de miedo porque, ahora mismo, no sé si miro a los ojos de ovejas o de lobos.

## **DÍA CUATRO. MARTES, 7 DE JUNIO**

### **8) Alyssa**

A la mañana siguiente me despierto con una horrenda sinfonía digital: la alarma de mi móvil, que, milagrosamente, sigue conservando parte de su carga. Son las 5:45. El alba. Al principio no conseguía dormirme: cada ruido era una señal del regreso de mis padres o de alguien que intentaba entrar por la fuerza. Pero ninguna de esas cosas sucedió. Dos veces bajé las escaleras y me encontré a Kelton en plan *boy scout*: leyendo un libro a la luz de una linterna mientras vigilaba a los inexistentes malos que estaba tan seguro de que entrarían por las ventanas para chuparnos la humedad de las venas. Ahora, a la luz del día, parece todo muy absurdo.

Salvo por el hecho de que mis padres todavía no están en casa. Por muy alegre que se levante el sol, eso no va a cambiar.

Garrett, que había insistido en que no le importaba dormir solo en su dormitorio, en algún momento decidió olvidarse de la falsa fachada de machote para acurrucarse a mi lado. Ahora duerme y se encuentra en ese maravilloso lugar en el que su única preocupación en el mundo es qué darle de comer a Spider-Man y a los Pokémon que acaban de venir a cenar... o lo que sea que sueñen los niños de diez años. No lo despierto cuando salgo de la cama y bajo las escaleras.

Medio espero que mis padres hayan llegado mientras dormíamos y no quisieran despertarnos, pero no hay suerte. En el salón está Kelton, roncando como un descosido en el sofá. Menudo vigía. Aunque se suponía que tenía que ir a buscarme hace unas horas para sustituirlo, ha intentado encargarse él de toda la noche, como un soldado.

Entonces veo la pistola. Está sobre la mesa auxiliar, a su lado, como si formara parte de la decoración: lámpara, foto familiar, pistola. Debió de

esconderla para que no la viera cuando regresó de su casa, porque sabía que no lo aprobaría; y no lo apruebo. Consigue que me plantee volver a colgarle la etiqueta de tío raro; peor todavía, porque ahora es un tío raro con una pistola.

La cojo y, de inmediato, descubro que pesa mucho más de lo que esperaba; y después me pongo un poco nerviosa al darme cuenta de que nunca antes he tenido un arma en la mano. Esta cosa mata. La dejo, aunque la aparto un poco del alcance de Kelton antes de despertarlo.

En cuanto recupera la consciencia, se levanta de un salto.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien? ¿Me he quedado dormido?

—Sí y sí. Y ahora le vas a sacar las balas a esa puñetera pistola.

Me mira y después aparta la vista.

—No tiene balas —dice—. El cargador está en mi bolsillo. No soy idiota.

—Eso todavía no lo tengo claro —respondo, y extendiendo una mano—. Trae.

Me entrega el cargador a regañadientes... y, aunque no lo quiero en el bolsillo, lo prefiero en el mío antes que en el suyo. Después miro otra vez la pistola, furiosa de que esté en mi casa.

—¡Participé en una manifestación contra esto! —le informo—. ¿Cómo has podido traer una a mi casa?

—Te manifestaste contra las armas de asalto —replica con mucha más calma que yo—. Lo respeto. Pero no es lo mismo. Esto es un arma de defensa. Puede que la necesitemos para protegernos.

No intenta cogerla ni intenta desechar mis objeciones con bravuconería. Lo que hace es esperar a que le dé permiso. El hecho de que lo deje en mis manos me hace sentir mejor. Aunque sólo un poco. Alargo una mano y empujo la pistola unos cuantos centímetros en su dirección.

—Si quieres llevarla para presumir, vale. Pero hoy no vas a disparar a nadie.

—Entendido. Pero un arma no vale nada si no estás preparado para usarla —dice, probablemente porque su padre se lo habrá grabado a fuego en la cabeza.

Miro por la ventana. La calle está vacía, aunque todavía no son ni las seis. No espero que haya nadie ahí fuera. En lo único que pienso ahora es en mis padres y en todas las cosas horribles que probablemente no hayan pasado, pero que me inquietan igual. Pruebo a llamarlos otra vez. El de mi madre salta directo al buzón de voz, pero el de mi padre suena primero unas cuantas veces, lo que me dice que, al menos, está encendido.

Kelton se pasa un momento por su casa para coger sellador de neumáticos, de modo que podamos llevarnos las tres bicis, y cuando regresa va vestido con lo que parece un traje de cazar patos, completamente equipado con cuerda de supervivencia y un millón de bolsillos. No me queda energía para burlarme de él, y al final confío en que tiene una razón para todo lo que hace. En realidad, puede que necesitemos la cuerda y cualquier otra cosa que lleve escondida en esos bolsillos.

Lo cierto es que lo necesitamos; además, en lo que respecta al agua, es la persona adecuada; sin él, no estoy segura de que hubiésemos contado con las raciones necesarias para llegar hasta Laguna Beach y volver.

Anoche preparé una mochila para la carretera. Cecina. El resto del agua y un cuchillo de cocina, aunque seguro que Kelton tiene algo mucho más impresionante en su traje. No pregunto. De todos modos, está bien tener mi propio medio de protección, para no sentir que dependo del *krav magá* de Kelton o de cualquier otro arte marcial que conozca. Acaricio a *Kingston* y le doy una ración de agua que sé que no basta, pero es la única que podemos permitirnos. Entonces, justo antes de salir de casa, enciendo un interruptor para ver si ha regresado la electricidad. No hay suerte. Me pregunto cómo se las estarán apañando ahora mismo los vecinos sin luz.

Con las bicis operativas, las sacamos fuera, bajamos a mano la puerta del garaje y rodamos por la calle. Miro a mi alrededor, temiendo que esté todo en ruinas. Pero todo sigue como siempre y comprendo que la ruina es interna.

Continuamos pedaleando por la calle, dejando el alba a nuestras espaldas.

—Hay un camino que recorre el cañón de Aliso y baja directo hasta la playa —le digo a Kelton—. Aunque nunca he llegado hasta abajo del todo y no sé cómo será el terreno.

—Mala idea. Es todo salvaje y estaremos aislados. Blancos para cualquiera que pretenda quitarnos el agua. —Quiero decirle que está paranoico, pero sé que quizá tenga razón, y eso me cabrea—. Cuanto más cerca estemos de la civilización, más probable es que la gente sea civilizada. Al menos, por ahora.

Me vuelvo hacia Garrett cuando salimos de nuestro barrio y nos metemos en el carril bici de una avenida principal.

—¿Cómo lo llevas?

—Mejor que tú —presume—. Yo voy en mi bici todo el tiempo, pero tú no, así que intenta seguirme el ritmo.

Que se comporte como un mocoso responde a mi pregunta: está de buen humor.

No tardamos en dar con un paso elevado sobre la autopista 5. Al mirar abajo, veo la típica cola de coches, aunque esta parece distinta. Es un atasco parachoques contra parachoques que no había visto nunca. La hora punta de la mañana suele ser en dirección norte, hacia Los Ángeles, pero hoy el tráfico está parado en ambas direcciones hasta donde alcanza la vista..., que acaba por desaparecer en una densa bruma carmesí, tragada entera por el sol que asoma por encima de los picos de Saddlebag.

«No es problema nuestro», me digo, un poco asustada. Intento concentrarme en lo que tengo delante mientras pedaleamos por el paso, pero no consigo aislarme de la realidad que me rodea.

—¿Adónde va todo el mundo? —pregunta Garrett.

—A cualquier sitio menos aquí —responde Kelton.

—Sí. Bueno, pues parece que no van a llegar.

Creo que no se da cuenta de lo profunda que es esa verdad... a todos los niveles. Pero Kelton sí.

—Cuando llega la hora de marcharse, existen rutas poco tradicionales que la mayoría de la gente no conoce. No estarán congestionadas, como ocurre con las autopistas.

Que diga «cuando» en vez de «si» se me queda grabado más de lo que me gustaría.

Unos cinco minutos después, Garrett recurre a su maniobra de viaje favorita y más frustrante.

—Tengo que ir al baño —dice.

Le respondo que puede hacer pis en algún arbusto, pero, claro, no se refiere a esa clase de problema. Me imagino que, teniendo en cuenta el horroroso estado de nuestro cuarto de baño, a pesar del arreglo sin agua de Kelton, Garrett ha estado aguantándose las ganas para no enfrentarse a él. Sin embargo, llega un punto en que la naturaleza toma el mando. Y siempre en el peor momento.

Un poco más adelante hay una gasolinera con tienda a la que hemos ido más de una vez. Y aunque sé que el baño estará incluso peor que el nuestro, no se lo digo a Garrett. Pedaleamos hacia allí.

Los tres nos acercamos a la tienda, entramos y miramos a nuestro alrededor. Como el resto del mundo, la tienda constituye una ligera aberración de la normalidad. Lúgubre y polvoriento, la atmósfera está tan cargada que se te pega a la garganta. El aire acondicionado no está puesto, cosa que ya sabíamos, porque no hay ni un semáforo funcionando entre nuestra casa y esto. Los frigoríficos en los que suele haber refrescos, bebidas energéticas y



agua están vacíos, como cabría esperar. Pero lo que no me esperaba era lo desnudo que está todo; no es sólo que no haya productos, es que no hay esperanza de que vuelvan. En los estantes quedan uno de cada diez: una clase de patatas fritas, una marca de chicle. Me recuerda a las fotografías que nos pusieron en clase de un mercado desabastecido en un país destrozado por la guerra, donde las únicas opciones eran judías en lata y pan, y, si tardabas en decidir, te quedabas sin nada. Mientras tanto, la música pop de los años cincuenta que sale de una vieja radio con pilas se burla de la desesperación.

Al otro lado de la tienda, el dependiente está sentado detrás del mostrador. Alguien que no me suena. El caso es que conozco esta tienda. Mi madre y yo siempre nos paramos aquí cuando salimos del entrenamiento de fútbol para coger un Powerade y kikos. Es como un ritual que tenemos para el camino de vuelta. Creía que conocía a todos los dependientes que trabajan aquí..., pero a este no. Es el típico tío sobre el que te advierten tus padres. El de la furgoneta blanca sin ventanas que circula despacio junto al parque. Se parece a Santa Claus tras dos periodos de servicio en Vietnam. Clava en nosotros una mirada sospechosa y mantiene una mano escondida debajo del mostrador.

Garrett se va para el servicio y el hombre le grita:

—¡Tienes que comprar algo para usar el retrete!

Así que, mientras mi hermano cierra la puerta, Kelton y yo nos paseamos por uno de los pasillos para elegir algo y salir del campo visual del tío.

Me decido por una bolsa de cacahuets. Cuando me acerco al mostrador, le echo un vistazo más de cerca al dependiente: parece hecho polvo, tiene grandes bolsas hinchadas bajo los ojos.

—No le había visto antes por aquí —comento mientras me prepara la cuenta.

—Soy nuevo —responde, examinándome con frialdad.

—¿Cuánto tiempo llevan así los coches de la autopista? —le pregunto para cambiar de tema.

—Desde la noche, supongo —dice mientras se rasca el cuello—. Han venido muchos clientes. Algunos estaban bien, pero otros creían que podían llevarse lo que quisieran.

—¿Por qué no ha llamado a la policía?

El hombre se ríe entre dientes, aunque sale como un silbido.

—¿No lo has oído? No se puede. Las líneas de la policía están sobrecargadas desde ayer. —Sonríe, como si tuviera gracia—. Son cuarenta dólares.

Al principio creo que bromea, hasta que me doy cuenta de que no, de que va muy en serio.

—Economía de libre mercado —suelta—. Oferta y demanda. Y ahora mismo hay mucha más demanda que oferta. —Se acerca más—. Así que, como he dicho, son cuarenta dólares.

Kelton se me pone al lado con una barrita energética, ya que no ha oído mi charla con el dependiente. Entonces me fijo en la caja registradora. La han abierto a golpes. Y me doy cuenta de que el tío no lleva la fea camisa azul y amarilla que siempre visten los encargados de la tienda. Cuanto más intento comprender lo que ha sucedido aquí, menos quiero saberlo.

Garrett sale del baño y yo le quito la barrita a Kelton de la mano, la lanzo sobre el mostrador y, antes de que él pueda protestar, cojo a Garrett de la mano, porque sé que eso le sorprenderá tanto que me seguirá la corriente, y huyo corriendo de allí con los dos.

—¡Tenéis que pagar por el puto baño! —nos chilla el hombre de dentro, pero ya nos hemos ido.

Subo de un salto a mi bici y nos alejamos a toda prisa, aunque me pongo delante para marcar el ritmo, y el ritmo es rápido. Cuando llevamos recorridas unas cuantas manzanas, freno para que Garrett y Kelton puedan alcanzarme. Me detengo y vuelvo la vista atrás, por si el tío de la tienda nos sigue.

—¿De qué iba eso? —pregunta Kelton.

No se lo cuento. No porque no quiera, sino porque los detalles ya no importan.

—Esa pistola tuya... La llevas en la mochila, ¿no?

—Sí...

—¿Y sabes usarla?

—Claro que sí.

Metó la mano en mi mochila y saco el cartucho compacto de balas. El cargador, como lo había llamado él. Lo miro. Me lo pienso mucho. Representa todo lo que odio del mundo. Por otro lado, este no es el mismo mundo de ayer. Al final le doy el cargador y sigo pedaleando; no quiero ver cómo lo mete en el arma.

---

## **INSTANTÁNEA: INTERESTATAL, SENTIDO NORTE, 6:30**

Cuando Charity aprendió a conducir, allá por los años sesenta, le enseñaron que debía dejar la distancia de un coche entre el suyo y el siguiente por cada quince kilómetros por hora de la velocidad que llevara. Así había tiempo de sobra para pisar el freno.

Sin embargo, cuando nadie va a ninguna parte, da igual que los parachoques estén pegados.

**Punto muerto.**

**O algo peor, si es que eso es posible.**

Al principio se trata de la típica situación de hora punta en la que paras y sigues, paras y sigues. Pero este martes en concreto las cosas empiezan a cambiar muy deprisa. El aire está muy denso, preñado de claustrofobia; resulta evidente por la posición de los coches, más apretujados de lo habitual, y no tarda en aparecer un sexto carril en la cuneta, porque los vehículos han empezado a meterse ahí como en un embudo. Y a pararse.

Charity había salido de su piso justo antes de las cinco de la mañana con la esperanza de adelantarse al tráfico de camino a Henderson, en Nevada, donde piensa pasar lo peor de la crisis con su hija y sus nietos; pero se ve que no ha sido la única con planes de huida.

Mira hacia el otro lado de la carretera y se fija en que los conductores que van por ese carril se encuentran en el mismo apuro, tal vez incluso peor, ya que hay unos cuantos coches atrapados en sentido contrario, algo que no había visto nunca. Está claro que el tráfico se puso tan mal que la gente dio media vuelta para intentar cambiar de dirección con la esperanza de ahorrarse lo peor del atasco. Es la misma lógica elíptica por la que seguramente se había acabado embotando la autopista.

Charity observa lo que la rodea. Un hombre impaciente montado en una Harley intenta abrirse paso entre los coches, como si ensartara una

aguja. Una familia en un monovolumen. Una camioneta de reparación de cable. Para matar el tiempo, piensa sobre quién podría ser esa gente y cuáles son sus historias. De dónde vienen y adónde van. Sí, claro, la crisis es grave, pero seguro que no toda esta gente la ha visto tan seria como para buscar costas más tranquilas.

Echa un vistazo a una vieja fotografía en blanco y negro de su marido y ella, que tiene metida en el salpicadero. «Si siguiera vivo —piensa—, seguramente estaría ya pataleando y gritando». Los dos fueron propietarios de una casa de empeños durante varias décadas, y allí Charity se encargaba de los clientes; ella era la que tenía el genio más templado. Sus padres le habían puesto Charity por la caridad, una de las siete virtudes, y ella siempre había intentado estar a la altura de ese nombre, de modo que se entregaba en cuerpo y alma a todo el que conocía, algo raro en el negocio de los empeños, pero así era. Procuraba ser un rayo de luz en las circunstancias más adversas. No obstante, ahora, al observar el interminable atasco de vehículos, empezaba a desear haberse llamado Paciencia.

Otra media hora y sigue sin moverse nada. Ni un centímetro. La gente empieza a ponerse nerviosa, se sube a los techos de los coches como manadas de suricatas, todos intentando ver mejor la carretera que tienen por delante. Un hombre y su hijo, que caminan por la fila de coches, pasan junto a Charity. Ella baja la ventanilla.

—¿Van a estirar las piernas? —les pregunta.

El padre esboza una sonrisa débil.

—Vamos a ver cómo están las cosas por ahí delante, por si alguien sabe por qué estamos atascados.

Charity se siente un poco mejor al ver que hay gente que hace algo por ayudar a resolver la situación. Y podría ser peor. En los distintos carriles ahora hay niños jugando al pillapilla que se meten entre los coches parados mientras sus padres juegan a las cartas en los capós. Le recuerdan a su hija. En lo mucho que se preocupa por su madre cuando sabe que se pone al volante para hacer el largo viaje hasta Nevada. A estas alturas, quizá no logre llegar hasta entrada la noche.

Otros cuarenta y cinco minutos. Ahora el sol cae de lleno, y ya no se oyen bocinazos de impaciencia. La mayoría de los motores están parados. La gente de los coches que la rodean parece haber renunciado por completo a la esperanza, aunque siguen en sus vehículos. Algunos incluso se agrupan en los arcenes o se tumban a la sombra entre los coches, como

si irse a dormir y despertarse después pudiera hacer desaparecer la situación de golpe. Charity tamborilea en el salpicadero, cada vez más ansiosa. El hombre y su hijo no regresan a su coche. Tendrán que llevárselo con una grúa, lo que añadirá más dificultades al proceso. Echa los seguros y se reclina en el asiento para descansar los ojos un instante...

Treinta minutos después, abre los ojos de golpe cuando la despierta el ruido de gritos rebotando entre los coches y que surgen de Dios sabe dónde; y, entonces, alguien pasa corriendo junto a su ventanilla. Y otra persona, y, antes de poder reaccionar siquiera, la escena es un caos absoluto. Todo el mundo abandona los coches y corre hacia el sur, en dirección contraria al tráfico. ¿Qué los impulsa a correr en dirección opuesta a la pretendida?

Charity sale de su coche para verlo mejor y camina hacia el norte, hacia la estampida... Y por fin ve de qué huye la gente.

Es un incendio.

El humo negro sube en remolino hacia el cielo nocturno y, por debajo de él, a unos cincuenta metros de donde se encuentra ella, hay un único coche incendiado. Es una razón válida para huir, puesto que, si ese coche estalla y la explosión es lo bastante grande, podría dar inicio a una reacción en cadena de explosiones a lo largo de la autopista. Pero, si algo ha aprendido Charity a lo largo de los años, es a mantener la calma, sobre todo ante el caos. Es una hija de los sesenta; seguir a ciegas el camino marcado nunca ha sido lo suyo. Así que decide plantearse las preguntas opuestas al sentimiento común, porque las preguntas únicas siempre ofrecen respuestas únicas.

Marcha hacia delante, contra corriente, a pesar de que la muchedumbre crece y huye en una avalancha de pánico que se contagia a todos los demás a su paso, incluidos los que ni siquiera saben por qué corren. Charity avanza hacia el fuego, y la histeria aumenta. Hay gente pisoteada, magullada y ensangrentada.

Aun así, donde los demás ven un desastre, ella ve una oportunidad. Cuando su marido y ella tenían la casa de empeños, aprendió un par de cosas sobre la basura. Siempre era cuestión de mirar más de cerca. De encontrar tesoros entre los trastos. De identificar los verdaderos diamantes, que valían más que el anillo de oro falso que los sostenía.

Busca entre las docenas de coches algo que le ayude a apagar el fuego. «¿En qué clase de vehículo habrá un extintor?», piensa. Se acerca a la furgoneta del electricista y abre las puertas dobles traseras, pero no hay

suerte. Nada más que cajas de cables y cachivaches. Y entonces la situación empeora aún más porque se oye un estallido. El coche que está ardiendo ha explotado, el capó ha salido volando y ha prendido fuego al sofá que había en la parte de atrás de una camioneta. La cosa va rápidamente de mal en peor.

Charity examina las filas de vehículos por última vez y localiza una furgoneta de electricista, aunque el electricista se ha largado hace rato. Abre a toda prisa las puertas traseras y... ¡bingo! Un extintor ahí mismo, enganchado a la puerta. Así que se encamina hacia el fuego con un extintor en la mano y, en los ojos, unas llamas mucho más ardientes que las de cualquier infierno terrenal.

---

## 9) Alyssa

Pedaleamos por la carretera de Laguna Canyon, una arteria principal que siempre usamos para ir a la playa. Intento transportarme a una de las veces que he disfrutado del camino, pero no es lo mismo. El viento árido me corta la cara. El ardor de las piernas es más un castigo terrible que el producto del ejercicio.

Al menos, pasar junto a los barrios de una calle principal me permite echar un vistazo desde una distancia prudencial, y veo que algunas zonas todavía tienen electricidad, lo que resulta reconfortante. Me lleva a pensar que están intentando resolver estos problemas. Quizá las antenas de telefonía móvil no funcionen porque no tienen electricidad. Intento convencerme de que esa es la razón por la que nadie responde cada vez que llamo a mis padres.

—Deberías dejar de llamar —me dice Kelton—. Estás agotando la batería y tal vez necesites el móvil después.

—Puede que haya mucha gente —añade Garrett, que anda metido en sus propias racionalizaciones—. Como cuando todas esas personas acamparon varios días para ver la última peli de *Star Wars*.

Pero ¿acamparían mamá y papá en la playa para esperar el agua si sabían que Garrett y yo estábamos en casa esperándolos a ellos? Por mucho que desee una respuesta tan sencilla como esa, algo de lo que reírnos después, cuanto más tardamos en saber de ellos, más me cuesta pintar una imagen de color de rosa.

Llegamos a Laguna Beach a media mañana. Allí, la bruma marina todavía crea una sombra que mantiene la costa a una temperatura fresca muy de agradecer. Huelo el mar y noto que el aire salado me pega la ropa a la piel. Las olas atruenan a lo lejos y, aunque la cadencia del océano siempre me ha reconfortado, el silencio que flota entre cada ola que se estrella me resulta extraño. A pesar de todo, sigo adelante con la bici y vuelo por el último tramo de carretera, que acaba en la autopista de la costa del Pacífico y la playa que hay un poco más allá. Ya no siento las ampollas de las manos ni el dolor de las piernas. Tengo que ver esa playa. Tengo que saber que mis padres están ahí y que están bien.

Pero cuando cruzamos la autopista, al borde del paseo marítimo, piso el freno y paro en seco, porque delante de mí no hay una playa llena de familias que recogen raciones de agua, sino un enorme páramo vacío. Está prácticamente desierto, no hay más que unas cuantas personas que parecen vagar sin rumbo. Más allá, cerca de la orilla, hay unas máquinas acopladas a las traseras de unos camiones (una media docena, repartida a lo largo de la playa), pero no producen agua. No hacen nada. De hecho, una de ellas escupe humo negro y otra está volcada de lado.

Dejo la bicicleta y bajo por la pasarela hasta la arena, con Garrett y Kelton detrás. Recorro la playa con los ojos, en busca de mis padres, desesperada por cualquier rastro de ellos.

Y entonces, Garrett dice:

—Alyssa, ¿oyes eso?

Lo oigo, es un sonido casi musical y espeluznantemente electrónico que se distingue por debajo del ruido de las olas. Camino por la arena y el sonido aumenta de volumen, hasta que me doy cuenta de que no es un único sonido, sino muchos, todos mezclados. Y, de repente, entiendo lo que es.

Móviles.

Tonos de móviles.

Hay decenas de ellos tirados por la arena a nuestro alrededor, y entre todos crean una horripilante sinfonía de ocho bits. Las llamadas perdidas de un millar de almas.

Ninguno de nosotros sabe cómo reaccionar. Nos quedamos mirando los móviles que vibran y suenan mientras intentamos superar nuestra conmoción. Y, de pronto, comprendo que, hasta hace muy poco, yo estaba al otro lado de una de esas líneas llamando sin parar, deseando de corazón que alguien respondiera. Veo un teléfono que vibra, medio enterrado en la arena, y me atrevo a cogerlo... Lo sostengo en la mano y, después de una llamada más, respondo y me llevo el iPhone a la oreja.

—¿Hola? —me dice un niño al otro lado de la línea—. ¿Mamá?

No parece mayor que Garrett. Intento elegir las palabras con cuidado.

—No soy tu madre —respondo.

—¿Dónde está mi madre? —suplica él—. ¿Quién eres? ¿Por qué tienes su teléfono?

Hago una pausa porque no sé bien cómo calmarlo.



—Estoy en la playa —respondo—. A tu madre se le cayó el móvil en la arena.

—Fue allí a por agua...

—Creo que aquí no hay agua —le explico—. ¿Puedes decírselo a un adulto? Díselo a un adulto, por favor.

—¿Dónde está mi mamá? —llora el niño.

Intento formular la mejor respuesta que puedo, pero es como si hubiera perdido mi capacidad de hilar pensamientos coherentes. No tengo contestación para él, como tampoco la tengo para mí.

—Lo siento.

Cuelgo y suelto el teléfono en la arena y, cuando suena de nuevo, lo entierro. Lo entierro a la suficiente profundidad para que al menos haya un móvil menos que escuchar.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Kelton.

Y, poco a poco, aparecen las pistas. Están a plena vista, a nuestro alrededor, en la misma arena. Es como si un tornado hubiera arrasado aquello y hubiera dejado escombros por doquier, escombros que se alzan como una sombra de acontecimientos terribles que ni siquiera soy capaz de imaginarme. Mesas y sillas de plástico tiradas, basura que picotean las gaviotas. Un único zapato abandonado que, no sé por qué, es lo más espeluznante de todo. Y la arena está salpicada de latas de aluminio negras, decenas de ellas. Me llega una nube de hedor asqueroso, como a lejía mezclada con mucosidades. Empieza a picarme el interior de la nariz, así que me la tapo, pero no ayuda mucho. Kelton se agacha y recoge una de las latas, aunque procura sostenerla a una distancia prudente.

—Son latas de gas lacrimógeno —dice—. Por aquí deben de haber pasado los antidisturbios...

Y también están las máquinas. Nos acercamos a la más próxima; veo que está hecha pedazos. Todas lo están. A esta le han arrancado la superficie de acero inoxidable y sus entrañas están al aire, como si se pudriera de dentro a fuera. Los tubos y los cables salen como hernias de la abertura, y todos conducen a una serie de discos e indicadores conectados a tres tanques rotos y, detrás de eso, a una serie de pistones parados.

¿Lo habrá hecho la gente? ¿Habrán luchado entre ellos por las máquinas salvavidas hasta reducirlas a chatarra? ¿Estamos tan desesperados por conseguir agua potable que acabamos por destruir las máquinas capaces de crearla con tal de dar el primer trago? Y, de ser así, ¿estaban mis padres entre esas personas?

Ahora veo que al lado de cada máquina desalinizadora destrozada hay un agente de policía con uniforme de antidisturbios y fusil automático que advierte a los curiosos que se alejen, como si quedara algo que proteger.

—¿Qué ha pasado? —pregunto al que tenemos más cerca, procurando mantenerme a una distancia segura.

—Tiene que salir de la playa, señorita. Váyase a casa. Espere allí a recibir instrucciones.

—¿Qué le ha pasado a la gente que estaba aquí? —insisto—. ¿Los han enviado a otro lugar? ¿A otra playa?

—No es seguro estar aquí —responde—. Tiene que irse a casa.

Retrocedo y me choco con Garrett, al que se le han llenado los ojos de lágrimas, y no tiene nada que ver con el gas lacrimógeno.

—¡Oblígalo a decirte dónde están! —me ordena, como si pudiera exigirle algo a un agente armado.

—Eeh... ¿Chicos?

Miro a Kelton, que está más cerca de la orilla. Sigo su mirada hacia el vengativo océano y dirijo toda mi rabia contra él. No soporto la forma en que cada ola de agua imbebible se burla de nosotros.

—¿Qué es eso? —pregunta Kelton. Señala algo que flota y se mece adelante y atrás con la espuma..., una silueta oscura en el agua, sólo visible unos instantes, entre ola y ola—. ¿Es eso...? —Entorna los ojos—. ¿Es eso un cadáver?

Y sé que, sea lo que sea, he tenido suficiente. Es algo más que no quiero saber. Ni siquiera deseo saber hasta dónde llegan las cosas que no quiero saber. Agarro a Garrett y lo alejo de allí mientras llamo a Kelton.

—¡Kelton! ¡Nos vamos!

Porque no puedo darle órdenes a un agente antidisturbios, pero a Kelton puedo darle las órdenes que me dé la gana. Sobre todo cuando es por su propio bien.

No voy a pensar en mis padres ahora porque, si lo hago, me derrumbaré. Volver a casa se me hará cuesta arriba en más de un sentido, y en eso debe concentrarse toda mi energía mental: en regresar a casa.

Llegamos a nuestras bicicletas, en el paseo.

—¡Tenemos que hacer algo! —insiste Garrett—. ¡No podemos irnos así!

Y me vuelvo hacia él con una furia que ni siquiera era consciente de poseer.

—¡Garrett, si no cierras la boca ahora mismo, te la cierro yo!

Lo que no sirve más que para arrancarle un mar de lágrimas. Pero yo no puedo llorar. Tengo que mantenerme fuerte, y siento mucho, muchísimo, haber pagado mi frustración con él. Lo dejo sollozar. No digo nada. Lo dejo sollozar porque sé que eso es lo que necesita. Y él sabe que no lo he dicho en serio. Lo sabe porque lo abrazo con fuerza. Y no lo soltaré hasta que esté listo para que lo haga.

—Alyssa, tenemos que irnos —murmura Kelton, que parece todavía más alterado por el objeto flotante que yo.

Garrett se separa de mí con cuidado.

—Vámonos, venga —dice, cansado, derrotado.

El plan es regresar por donde hemos venido, pero, incluso antes de empezar, algo me llama la atención al otro lado de la calle: voces que gritan. Es un trío de chicos de nuestra edad, puede que un par de años mayores. Están frente al cine abandonado de Laguna. Han formado un círculo y juegan a algo, como si fuera el momento más oportuno para eso. Me vuelvo para pedalear hacia ellos con la esperanza de que nos informen sobre lo que ha sucedido aquí, pero, cuando rodeo un coche aparcado, veo la verdad de la situación: no están jugando, sino empujando a un hombre mayor, de unos sesenta años. Es tres contra uno, y el hombre está indefenso. Sin pensarlo bien, me bajo de un salto de la bici, cierro los puños y marchó hacia ellos.

—Alyssa, espera —me llama Kelton, pero yo ya estoy entregada a mi misión.

—¡Eh! —les chillo—. ¿Qué coño estáis haciendo?

El más alto de ellos se gira hacia mí. Tiene el pelo decolorado y alborotado, y unos ojos azules muy fríos. Está fuerte, como el típico deportista de instituto, aunque sus múltiples *piercings* me dicen que no lo es.

—¡No te metas donde no te llaman!

El hombre al que empujan tropieza y cae al suelo. Y el chico le da una patada. ¡Le da una patada!

—¡Déjalo en paz si no quieres que llame a los agentes de la playa! —le grito.

—Les va a dar igual —responde otro de los chicos—. No van a abandonar sus puestos.

—¡Sois unos monstruos! —espeto, y el de los ojos azules se pone hecho una furia.

—¿Monstruos? ¿Que nosotros somos los monstruos? ¡Tú no me conoces!

—¡Sé todo lo que tengo que saber! ¡Estáis dándole una paliza a un pobre hombre indefenso!

—¿Sabes lo que ha hecho este gilipollas? —chilla el de los ojos azules—. ¡Lo hemos visto esconder una botella de agua en su coche! ¡Y no quiere compartir ni una gota!

—¿Y qué? ¡El agua es suya! ¡No tenéis derecho!

—¡Tenemos todo el derecho del mundo!

Entonces veo lo secos que tiene los labios. No sólo secos, sino cuarteados y despellejados hasta sangrar. Ninguno de estos chicos tiene buen aspecto. Su piel está demasiado fina y de un gris casi leproso. Las comisuras de los labios se ven blancas de saliva seca. Y tienen cara de perros rabiosos.

El alto se gira y le da otra patada al hombre.

—¡Danos las puñeteras llaves!

—Por favor —suplica el hombre—, ¡necesito el agua! ¡La necesito para mi familia!

—¡Y yo también, capullo! ¿Crees que por conducir un puto BMW vuestras vidas valen más?

Antes de que pueda darle otra patada, me meto entre ellos. Su pie me da en la pantorrilla. Después me dará calambre, pero al menos le habré ahorrado a este tío una costilla rota.

—No tiene que darles nada —le aseguro al hombre, que está demasiado asustado para seguir luchando contra ellos. Se mete la mano en el bolsillo y le da las llaves al de los ojos azules. Sin embargo, antes de que el chico se las pueda quitar, las cojo yo y las sostengo en el puño.

—No vais a quitárselas —le digo al chico.

El hombre, al ver que ya no es el centro de su furia, se aleja a toda prisa sin preocuparse ni de su BMW ni de su agua; sólo quiere salir de aquí con vida. Y ahora me doy cuenta de que soy yo la que quizá no lo haga. El chico rubio me agarra. Tiene un tatuaje en el cuello que parece palpar de rabia. Es un símbolo de peligro biológico.

—Dale una paliza, Dalton —interviene otro de los chicos.

—Oye, ¡a lo mejor también tiene agua! —añade el tercero.

El rubio, Dalton, intenta arrancarme las llaves de la mano, pero no se las doy. Me niego a permitir que este pobre remedo de ser humano se las quede. Sus inquietantes ojos azules me recorren la cara y sus labios cortados se abren en una sonrisa realmente horrible. Demente y peligrosa.

—Estás sudando —dice—. Lo que significa que has estado bebiendo agua... —Y, entonces, la sonrisa desaparece—. ¿Dónde está?

—¡Aléjate de mi hermana! —oigo gritar a Garrett, que sale corriendo hacia nosotros, pero uno de los chicos lo sujeta.

Por mucho que intento zafarme de Dalton, no lo consigo.

—¿Dónde está tu agua? —insiste.

Entonces algo se apodera de mí. Mi propia naturaleza animal.

—Aquí mismo —mascullo, y le escupo en la cara.

Eso no le molesta en absoluto. Y, de repente, tengo una sensación extraña, como una alarma de emergencia que me suena en la cabeza, aunque mi cerebro no es capaz de identificar el origen. Mientras el chico se limpia la saliva de la mejilla con la mano libre, logro identificar la sensación: es un horror que me revuelve las tripas. Sé lo que va a hacer antes de que lo haga.

Se mira los dedos, que están relucientes de mi saliva... y se los lame. Intento soltarme, pero Dalton me empuja contra la pared y me mira a los ojos.

—¡Hazlo otra vez! —exige y, como no lo hago, empuja su cuerpo contra el mío. No puedo moverme—. ¡¡Hazlo otra vez o te juro que te la chupo del cuerpo!!

Y acerca su boca seca como el cartón a la mía.

Es entonces cuando oigo una voz salvadora, a unos cuantos metros:

—¡O la sueltas o te vuelo los sesos!

## 10) Kelton

No quería tener que sacar la pistola, pero en cuanto ese capullo se acerca demasiado a Alyssa, entra en acción una especie de instinto protector. Ahora le apunto a la cabeza con mi Ruger. Se supone que tengo que apuntar al pecho, pero con este ángulo sólo le acertaría en la espalda, y una bala ahí podría atravesarlo y darle a Alyssa. Pero es más alto que ella, así que si disparo a la cabeza no corro peligro de hacerle daño a ella.

Tan pronto como los otros dos capullos ven la Ruger, sueltan a Garrett y salen corriendo. Pero el chico alto y rubio sigue sujetando a Alyssa.

—¡Te he dicho que la sueltes!

Me tiembla la mano. Levanto la otra para agarrar el arma con ambas, aunque no ayuda mucho.

Ahora se vuelve y ve la pistola, y Alyssa aprovecha para zafarse, alejarse y correr a proteger a Garrett.

El capullo se queda donde está y me mira como si le diera igual que apretara el gatillo. Como si ya se hubiera resignado a la muerte.

Lo miro a los ojos, que son de un azul glacial, y vuelvo a concentrarme en apuntar. Ahora no es que me tiemblen un poco las manos, es que se sacuden. Mucho. Intento evitarlo, pero es como si mi cerebro no consiguiera enviar la señal tan lejos, como si estuviera desconectado de mi cuerpo. Y ahora se apodera de mí un pánico paralizante que me empieza en el pecho y me lo hunde como una gravedad letal, me aplasta los pulmones hasta que implosiono por dentro y no puedo respirar. Apenas puedo jadear.

—¡Lo hará! —chilla Alyssa, y el sonido reverbera y produce eco—. Será mejor que corras, como tus amigos.

—No —dice.

Sólo «no». Y da un paso a mí. ¿O no? Apenas lo sé porque ahora veo puntos negros; es mi cerebro, que falla, se apaga pistón a pistón.

—¡Hazlo, Kelton! ¡Hazlo! —chilla Garrett.

Pero no puedo. A pesar de todo el entrenamiento, de todo lo que he aprendido sobre defensa personal y el manejo de armas, dentro de mí salta un fusible esencial. No consigo apretar el gatillo.

Y el crío lo sabe.

Se abalanza sobre mí, me derriba y la pistola sale volando. ¡No puedo dejar que la coja! ¡Nos matará a todos! Está lo bastante loco para hacerlo..., ¡lo sé!

El arma aterriza en la cuneta, entre la basura. Los dos corremos a recuperarla. No sé cuál de nosotros está más desesperado por cogerla. Y cuando llego a donde creía haberla visto aterrizar, no está allí. Lo que está es una chica que parece salida de la nada. Una chica que no había visto nunca... y que sujeta mi pistola. Y me apunta a mí.

La amortilla y mete una bala en la recámara con precisión de experta, y entonces me doy cuenta de que, de haber apretado el gatillo, no habría sucedido nada porque no había quitado el seguro. Ella esboza una sonrisa casi seductora..., y en ese momento me percató de que no me apunta a mí, sino al capullo de ojos de hielo que tengo justo detrás.

Me aparta de su camino con una confianza enloquecida y apoya el cañón en la frente del chico.

Miro a Alyssa, que, como yo, está boquiabierta por la presencia de la chica misteriosa y aterrorizada por sus intenciones. Me esfuerzo por superar mi ataque de ansiedad.

El chico hace una mueca cuando ella aprieta más la pistola contra su frente, mucho más aterrado que cuando era yo el que lo amenazaba. Tartamudea excusas, cualquier cosa para ganar tiempo.

—Son ellos, no yo... Ellos tienen agua... ¿Por qué yo?

—¿Que por qué tú? —pregunta en un tono curiosamente pensativo—. Supongo que porque no me gusta tu cara. Aunque seguro que antes era bonita. Un surfero guapete. Me han dejado demasiados.

Aunque no entiendo por qué la iba a dejar nadie. No es que sea dura, es que es imponente a su salvaje estilo. Oscura y misteriosa. Pero, en fin, quizá la dejaran porque es una puñetera psicópata.

Sopla para apartarse un mechón de pelo negro de la cara, lo que deja al descubierto unos inescrutables ojos oscuros que son intensos de un modo muy distinto a los del chico.

Entonces alarga la mano libre hacia Alyssa, sin dejar de apuntar a la frente del rubio.

—Las llaves, por favor —dice y, como Alyssa no se mueve, añade—: Las llaves o lo mato.

Ahí es cuando todo empieza a encajar. Si esta chica sabe lo de las llaves es que no pasaba por aquí sin más, sino que lo ha visto todo. Estaba observando y esperando para actuar en el momento oportuno. Pero, si lo ha visto, ¿por qué cree que Alyssa salvará al chico?

Y, de improviso, lo sé.

Porque Alyssa lo hará. Esta chica ha sabido verlo con tan sólo observarla unos segundos.

—Por favor —lloriquea él; creo que se mearía encima si le quedara agua dentro—. Por favor, mi madre y mi hermana... Están esperando a que les lleve agua. Si me matas, ¡las matas también a ellas!

—Vaya, qué penita —dice la chica, y aprieta más el cañón contra su frente—. Las llaves, por favor —le pide de nuevo a Alyssa.

—Vale —asiente ella para intentar apaciguarla—, no tiene que morir nadie.

—¡No! —se queja Garrett—. ¡Deja que le dispare!

Pero Alyssa no le hace caso y le da las llaves a la chica.

La otra aparta la pistola de inmediato de la frente del rubio, le planta un pie en el pecho y lo empuja hacia atrás. ¿Quién narices es? Actúa con un alegre desenfado, aunque lo cierto es que no creo que haya nada desenfado en ella. Creo que es calculadora y lista.

En cuanto al chico de ojos azules, se queda en el suelo, hecho un ovillo, en posición fetal, roto y lloroso, y así es como me imagino que se pasará el resto de la eternidad.

## 11) Alyssa

Yo la vi primero. La vi salir disparada de un umbral oculto en cuanto Kelton perdió el arma. Vi su sonrisa cuando la recogió. Ha sucedido todo demasiado deprisa para reaccionar, y lo único que yo quería era proteger a Garrett, que parece ser el único de los tres que quiere desparramar por la acera los sesos de un desconocido. No quiero pensar en eso. Nuestra nueva amenaza es la chica.

Va vestida de negro, y tiene el pelo largo y oscuro. Su tono de piel es tirando a aceitunado. Cuesta distinguir su etnia, más o menos como nos pasa a Garrett y a mí. Nadie sabe tampoco qué somos, lo que tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La chica es atlética, musculosa. También tiene bastantes moratones y un corte en el brazo. Sabe Dios cómo se lo ha hecho. También le veo un rubor raro en las mejillas, un color que no es como el de la sed. Tampoco sé muy bien de qué va eso. Lo único que sé es que está lo bastante loca como para ponerle una pistola en la cabeza a alguien como si no fuera gran cosa. Nos ha salvado, pero ¿por qué? ¿Sólo para conseguir las llaves? Y tiene la pistola de Kelton. Así que, en realidad, ¿hasta qué punto estamos a salvo?

—Eso ha sido genial —exclama Garrett; le brillan los ojos como si acabara de rescatarnos Wonder Woman.

La chica se aleja, pero la sigo con Garrett y Kelton detrás.

—Oye, esa pistola es nuestra —le digo, aunque ni siquiera frena.

—No lo creo. Os he salvado el pellejo del zombi del agua, de modo que me quedo la pistola. Trato justo.

—Zombi del agua... —repite Kelton, meditándolo—. Justo eso es lo que era.

—El cuerpo humano está compuesto por un sesenta por ciento de agua —responde la chica—. Diría que él iba ya por el cuarenta y cinco por ciento. No sé qué porcentaje te deja frito, pero a ese no le queda mucho.

Me tomo un momento para mirar al chico tirado frente al cine. ¿Cómo podía darme tanto miedo hace un instante si ahora me parece tan indefenso?



¿Y cuántos zombis del agua más vamos a encontrarnos entre este sitio y nuestra casa? Y sin forma de defendernos. De golpe, el mundo seguro y cuerdo que conocía está lleno de incógnitas aterradoras. Por tanto, ¿qué es peor? ¿Esas incógnitas o la chica rara que nos acaba de salvar la vida?

—Oye, si vas a quedarte el coche, al menos podrías llevarnos a un sitio.

Ella se vuelve hacia mí, cabreada.

—¿Cuántos años tienes, dieciséis? ¿Una de esas animadoras presumidas con una familia perfecta? ¿Crees que todo el mundo te debe algo?

—Pero ¿a ti qué te pasa? —respondo, porque también me estoy enfadando.

Ella da otro paso hacia mí y se acerca peligrosamente. Por el rabillo del ojo veo que aprieta la culata del arma. Intento no demostrarle miedo.

—Tú cuéntanos qué ha pasado aquí —añado—. Hemos venido en busca de mis padres, pero no los encontramos.

Al oírlo, su actitud se ablanda un poquitín. Quizá tenga alma, al fin y al cabo.

—No puedo ayudarte. No ha sido bonito. Es lo único que sé. Lo mejor que podéis hacer es volver a meteros bajo vuestra roca y esperar a que pase todo.

Y entonces, Kelton, que está bastante apagado desde que ha perdido la pistola, dice:

—Ese corte del brazo está infectado, ¿no?

—Sólo es un corte.

—Sé reconocer una herida infectada cuando la veo. Está mal.

Ella lo examina, y de repente ya no parece tan despreocupada.

—¿Y? —pregunta.

—Y si la infección se te mete en la sangre, vas a desear morirte de sed... Pero tengo antibióticos en casa. Si nos llevas, te doy todos los que necesites.

La chica se enrolla un mechón en el dedo y se lo piensa. Intento calcular su edad. Puede que diecinueve. O treinta. ¿De verdad es buena idea? No. Pero últimamente sólo se nos ocurren ideas con distintos grados de fatalidad.

—¿Tenéis nombres?

—Yo soy Alyssa. Este es mi hermano, Garrett. Ese es Kelton.

—Kelton —se burla ella—. ¿Quién le pone Kelton a su hijo?

—Eso me pregunto yo todos los días —responde él, suspirando.

Ella sonrío al oírlo. Así sólo parece medio psicótica.

—Yo soy Jacqui. Será mejor que no me mientas sobre esos antibióticos. Ahora, vámonos de aquí de una puta vez.

Miro hacia nuestras bicis, que siguen en la calle, y me queda claro que, si acaban por ser las únicas víctimas de esta mañana, me doy por satisfecha.

## 12) Jacqui

Es una sensación poderosa la de retar al universo a que acabe contigo. Todos la conocemos. Como cuando, por ejemplo, pensamos durante medio segundo en meternos en sentido contrario al tráfico. O en saltar de un balcón. O en jugar a la ruleta rusa con el revólver que tu padre cree que no sabes que guarda. No es que en realidad vayamos a hacer ninguna de esas cosas, pero la sensación está ahí, como el viento a tu espalda al borde de un barranco, que te empuja con cuidado. «Y si... Y si...».

Es lo que mi psiquiatra, más conocido como el doctor Charlatán, denomina la llamada del vacío. Es algo real, definido en las revistas de psiquiatría y todo.

Conozco bien la sensación. Vivo en ella. Como, duermo y sueño con el vacío, y siempre que me llama por mi nombre, estoy ahí, en primera fila, lista para responder.

Supongo que el imbécil del surfista de pelo rubio oxigenado vislumbró eso cuando le coloqué la pistola entre los ojos. La verdad es que no iba a apretar el gatillo, pero y si...

Amenazarlo ni siquiera entraba dentro de mi plan inicial. Nada de lo que pasó entraba. No soy ni una salvadora ni una mártir ni una heroína de ninguna clase. Demasiada atención innecesaria. Lo que pretendía era esperar a que acabara el enfrentamiento hasta que los tres críos que estaban pegándole la paliza al viejo le quitaran las llaves, y me condujeran hasta el coche y el agua. Pero la chica y su pequeña comitiva aparecieron y complicaron las cosas. En cuanto vi al empollón con la pistola, supe que no iba a acabar bien si no intervenía. Así que ahora tengo un coche y un arma, y puede que algo de agua. No está mal para un martes por la mañana.

Si Alyssa y compañía tuvieran algo de sentido común, habrían huido en cuanto dejaron de prestarles atención, igual que habían hecho los «amigos» del rubio. O, al menos, es lo que yo esperaba que hicieran. Por otro lado, la restricción ha vuelto a la gente pero que muy impredecible.

Existe un motivo por el cual no le contaré lo que sucedió ayer en la playa. Es porque nada de lo que diga le ayudará a enfrentarse a esa realidad. Podría decirse que mi silencio es compasión.

Estaba allí ayer. No lo bastante cerca para conseguir agua, pero sí para ver cómo se torcían las cosas. Veréis, llevaba como una semana durmiendo en una casa de playa situada sobre un acantilado que daba a una de las calas más pequeñas de Laguna Beach. Con una enorme letra D de hierro en la chimenea. Creo que en algún momento perteneció a Bette Davis, una de mis actrices favoritas de los viejos tiempos, porque no era guapa, pero, joder, ¡era muy sexy! No sé de quién es la casa ahora, aunque no han venido este verano. Veréis, la gente podrida de pasta hace una cosa que sólo hacen los podridos de pasta: compran una casa nada más que para tener el dinero metido en alguna parte. Y si son lo bastante ricos, no se molestan en alquilarla, de modo que, en cualquier época del año, habrá unas cinco viviendas vacías en el acantilado de Laguna Beach. Y las alarmas antirrobo sólo son de verdad la mitad de las veces. Añade a la mezcla mis habilidades como cerrajera y la capacidad de pasar desapercibida, y conseguirás vivir a todo lujo periódicamente. Lo normal es que me quede una semana, limpie como si fuera un Airbnb y me largue sin que los dueños se enteren nunca de que he pasado por allí. Salvo que sí se enteran: les dejo una nota en una tarjeta de Hello Kitty para darles las gracias por su hospitalidad y decirles que les he dejado Dr Pepper en el frigo para su siguiente huésped sin invitación. ¿Qué sentido tiene la vida si no le tomas el pelo a nadie?

Me corté el brazo al entrar por la ventana del baño de arriba del sitio en el que estoy ahora. La herida no tenía importancia... hasta la restricción. Me pilló con la guardia baja, como a todos, lo que fue una estupidez por mi parte, ya que suelo estar más pendiente. Entonces, cuando anunciaron que convertirían en agua potable la bazofia llena de algas de las playas del sur de California (y la ubicación más cercana estaba justo calle arriba), cogí una docena de botellas de agua vacías y me las metí en la mochila..., que también es de Hello Kitty, porque, vale, me gusta Hello Kitty. Es un placer culpable, como el motero machote que se pone ropa interior femenina en secreto.

Llegué como una hora antes de la que habían anunciado para el inicio de la operación, pero ya había colas por la playa y por el paseo que llegaban más allá del cine y bajaban por las calles secundarias. Cientos, si no miles de personas. Tengo por norma no hacer cola. Suelo fundirme con ellas. Me acerco al principio de la fila y me cuelo con la misma habilidad con la que

David Copperfield hizo desaparecer la Estatua de la Libertad. Sólo necesito descubrir la abertura correcta, así que me quedé por la playa y observé.

Las máquinas desalinizadoras eran más pequeñas de lo que me imaginaba. Los que las manejaban parecían personal de la FEMA, aunque no llevaban los uniformes oficiales azul cobalto. Estos eran azul celeste. Resulta que se trataba del cuerpo de voluntarios de la FEMA, y eso me cabreó. ¿Tan mal habían juzgado la crisis del agua como para considerar que no era tan grave y dejarla en manos de voluntarios? Sé que estaban cortos de mano de obra, pero no se puede dejar toda una operación de ayuda de este nivel a un puñado de aspirantes a funcionarios. No es que sea una receta para el desastre, es que es una receta a la que le faltan la mitad de los ingredientes.

Las máquinas funcionaron al principio y los voluntarios parecían saber lo que se hacían... Hasta que la primera máquina empezó a echar humo. Entonces fue cuando quedó claro que los conocimientos de los encargados se limitaban a abrir los grifos y cerrarlos otra vez.

—Son las algas —oí decir a un gordo sabelotodo—. Estos idiotas no han tenido en cuenta las algas.

Al parecer, las máquinas estaban diseñadas para procesar... el agua ya filtrada. Y aunque intentaron crear unos filtros improvisados, los cacharros se ensuciaban y recalentaban uno tras otro.

—Calma —pedían los inútiles voluntarios a la enfadada multitud—. Van a venir unos técnicos para resolver el problema. Habrá agua para todos.

Pero, claro, no vino nadie, y no tardaron en quedarse con tan sólo dos de las seis máquinas funcionando.

Entonces, el tipo al mando cometió el siguiente de una larga lista de errores. Le dijo a la gente que estaba delante de las máquinas rotas que se pusiera detrás de la gente de las máquinas que aún funcionaban.

Si las palabrotas fueran misiles nucleares, habríamos barrido el planeta.

«¡Me cago en la p\*\*\*! ¡Llevamos esperando bajo el p\*\*\* sol tres p\*\*\* horas, co\*\*!».

Como dicen en el Antiguo Testamento, allí fue el llanto y el crujir de dientes.

La gente intentó desafiar las órdenes y colarse en las otras filas, pero sin la delicadeza que yo empleo para ese menester. Y los que ya estaban ahí los empujaban, a lo que los otros respondían empujando más...

«¡Largaos! ¡Llevamos todo el día en esta cola!».

«¡Sí, y nosotros llevamos todo el día en esa cola!».

«¡Pues volved allí y esperad a que arreglen vuestra asquerosa máquina!».

Y en un segundo ya no había colas, sino una sola masa de gente que empujaba hacia delante.

No vi la primera pelea, aunque la sentí, porque toda la turba se movió y estuvo a punto de derribarme. Ahora empujaban tan fuerte que una de las máquinas operativas cayó de lado; aun así, la gente se abatió sobre ella para intentar llenar sus contenedores, pero no consiguieron más que lodo negro.

Llegados a este punto, seguía conservando la sensatez suficiente para alejarme hacia la orilla, pero estaba atrapada, obligada a observar la escena. Una pelea dio pie a otra, y a otra, y de pronto a todo el mundo se le apagó el cerebro a la vez.

Hay una cosa que pasa en las turbas. Se llama desindividualización. Es lo que sucede cuando un poli se pone el uniforme o cuando llevas unas gafas de sol y la gente no te ve bien los ojos. Es como que te sales de tu forma de ser habitual... y te sientes diferente. Te comportas de un modo distinto. Entonces, ¿qué sucede cuando no eres más que otra alma sedienta en un mar de zombis del agua? Te conviertes en uno.

Vi a un anciano morir pisoteado. Vi a una madre robarle agua al hijo de otra persona. Incluso vi a un hombre sacar un cuchillo y asesinar a un desconocido a sangre fría. La muchedumbre se abalanzó sobre las máquinas, atacó a los encargados, algunos de los cuales tenían armas y empezaron a disparar a la gente.

La policía antidisturbios no tardó en llegar, y se puso a empujar a la multitud con escudos protectores, como si pensaran llevarlos hasta el mar y ahogarlos. Y algunas personas se ahogaron. No tuvieron más remedio que meterse entre las olas. Y las más débiles y las que no sabían nadar se hundieron. Los antidisturbios dispararon pelotas de goma, lanzaron gas lacrimógeno y golpearon con porras a la gente.

Conseguí salir de allí y subirme a una roca playa abajo, con mi mochila de Hello Kitty todavía llena de botellas vacías. En ese momento, noté que empezaba darme fiebre y supe que era del puñetero corte infectado. Me quedé allí atrás, viendo a los demás dejarse llevar por la llamada del vacío.

Tras casi una hora entera de caos absoluto y después de cientos de detenciones, la turba empezó a menguar, lo que por fin permitió a los paramédicos entrar para ayudar a los heridos y llevarse a los muertos. Para la puesta de sol, la playa estaba prácticamente vacía, y los antidisturbios que se quedaron atrás disparaban tiros de advertencia a cualquiera que se atreviera a acercarse a las máquinas destrozadas. Puede que un par de esos tiros no fueran de advertencia.

Decidí no regresar a la casa de la playa. Allí no había nada. Ni agua. Ni suministros. Me di cuenta de que tendría más posibilidades de sobrevivir si me mezclaba entre la gente, en vez de esconderme de ella. Porque allí estaba la oportunidad. A la gente se la puede engañar, conmover y sacrificar. Así que, en ese sentido, supongo que podría decirse que soy una mala persona. La moraleja de la historia es esta: a veces es mejor no dar las malas noticias. Al menos, es mejor que no las dé yo. Porque en lo que respecta a los padres de Alyssa y Garrett, lo cierto es que, entre toda la sangre y el agua derramadas, podrían estar en cualquier parte. Incluso en el depósito de cadáveres.

Rastreamos las calles de los alrededores en busca del BMW mientras la fiebre me hace sentir cada vez peor. Pasamos junto a escaparates vacíos y pequeños aparcamientos, y yo pulso el botón de las llaves una y otra vez, aunque sin suerte.

Alyssa y su hermano no dejan de mirar a un lado y a otro, y sé que no es porque busquen el BMW.

—¿Qué clase de coche conducían vuestros padres? —pregunto.

—Un Prius azul —responde Garrett.

—Pues buena suerte —contesto entre risas—. Es igual que la mitad de los coches de Laguna.

Alzo las llaves y vuelvo a pulsar el botón.

—Si te pegas las llaves a la barbilla, el alcance será mayor —dice Kelton—. La corriente eléctrica viaja por los líquidos de tu cerebro y convierte tu cabeza en una antena.

No funciona, pero sonrío de todos modos, claramente orgulloso de su habilidad para escupir información inútil. Los empollones son como las deportivas con ruedas: te sirven hasta que tienes que usar los pies. En situaciones en las que hay que decidir entre luchar y huir, lo que te mantiene viva es tener mundo. Yo tengo una suerte excepcional porque cuento con ambas cosas. Ya llevo sola un par de años y he conseguido apañármelas sin una dirección permanente ni una nómina fija. Me ha ido bien, ya fuera en casa del novio de turno, en una vivienda desahuciada o disfrutando del lujo de una casa de playa llena de naftalina. La vida al límite encaja con mi personalidad. Era igual cuando iba al instituto. No tenía el egocentrismo melodramático necesario para ser una gótica ni aparecía lo bastante por clase para hacer de empollona. Mi coeficiente intelectual no era lo bastante bajo como para tolerar al grupo de los populares... y estoy bastante segura de que habría

preferido que me empalaran en el asta de la bandera del colegio antes que ser una hipster.

Mis padres (que tienen tantos problemas propios que estaban decididos a que yo también los tuviera) no dejaban de llevarme a terapeutas y psicofarmacólogos, y todos les decían que mis dificultades procedían más por disfunción ambiental que por desequilibrio químico. Y eso les cabreaba. ¿Qué podría tener de disfuncional una madre tan rencorosa que dejaba poco hecho adrede el pollo de su marido y un padre tan narcisista que se hizo un *lifting* facial a los cuarenta? Al final, sin embargo, consiguieron encontrar a un tío que les dio el diagnóstico que buscaban para mí: trastorno disociativo con tendencias nihilistas. Lo que básicamente significa que no soy alegre como una burbujita. Y me medicaron. Gracias, doctor Charlatán.

Era genial. Para ellos. A mí no me quedaba ni motivación para expresar opiniones ni energía para que me importara. Lo que pasa con la medicación es que te salva la vida si de verdad la necesitas. Pero, si no la necesitas, es un coñazo.

Cuando mi madre por fin le echó narices y anunció que quería divorciarse, me largué de allí. Aquel era un espectáculo del que no deseaba ser testigo, por muy buenos asientos de primera fila que tuviera. Llamaba de vez en cuando para asegurarme de que no se habían comido el uno al otro ni unido a una secta suicida. Por lo demás, no nos alejábamos de nuestro lado de la zona de distensión.

Por estar sola durante estos dos últimos años casi consigo acabar como víctima de trata de blancas o muerta..., y eso fue antes de la restricción. Un material estupendo para la autobiografía que nunca viviré lo suficiente para escribir.

Así que ahora soy la chófer de tres críos insoportables. Y al final quizá sea la situación más peligrosa en la que me he encontrado jamás.

Por fin damos con el BMW en un aparcamiento abandonado. Es plateado, elegante y parece muy caro, lo que significa que existe la posibilidad de que esté cargado de agua, como decía el rubio. La idea me pone a bombear la glándula suprarrenal. Pero, cuando miramos dentro, el coche está hecho una pena. Montañas de basura inservible. Hojas de papel, basura, DVD que probablemente nadie volverá a ver jamás... No puede ser. ¿Qué clase de acaparador de segunda se lleva basura en vez de suministros? Busco debajo

de los asientos, entre ellos, e incluso el maletero está a reventar de porquería. No encuentro mi salvación hasta que abro la guantera; bueno, al menos casi medio litro de ella. Empiezo a bebérmela sin intención de compartir, porque sé que estos críos ya tienen agua. Me obligo a apartar los labios de la botella para no ahogarme.

Respiro hondo y echo un vistazo a la basura. Docenas de fotos del tío al que pertenecía el coche: un brillante retrato de familia en el que todos sus miembros van vestidos con aburridos jerséis de cuello alto a juego. Joder, se parece a las fotos que vienen con los marcos. Pero, por algún motivo, cuanto más miro los retratos, más me afectan, lo que es raro porque no conocía a este tío. Son los objetos lo que me mata. Saber que fueron las últimas cosas que se llevó. Lo que eligió guardar antes de salir de su casa, puede que para siempre. Entiendo y me identifico con esa desesperación. Y con todas estas emociones, la gravedad de nuestra situación vuelve a caerme encima. Me mareo. Es la fiebre. Intento prepararme para el viaje. No es el momento de ponerse sentimental ni de enfermar; es el momento de levantar el ánimo.

Le doy otro trago a la botella de agua y veo que Alyssa me mira.

—Deberías reservarla —dice. Como si recitara lo que ha oído en un anuncio de servicio público mientras veía los dibujos con el idiota de su hermano.

—Kelton se sienta delante —contesto mientras le lanzo una mirada asesina—. Porque, al menos, cuando se pone insoportable, te cuenta cosas que no sabes.

La verdadera razón es, por supuesto, que el que se siente conmigo será mi mayor amenaza, y ahora mismo el pelirrojo atontado que no es capaz de disparar un arma es el que menor riesgo ofrece. De hecho, parece muy decidido a resultar útil.

—Yo te dirijo —propone—. Puede que tengamos que salirnos de la carretera.

Alyssa me mira con escepticismo y después abre de nuevo la boca.

—¿Quién te ha puesto al mando?

—Yo —le respondo al arrancar el coche—. Si no te gusta, puedes volver a por tu bici y volver pedaleando a casa.

Al final sube al coche; se echa atrás, como sabía que haría. Porque, en realidad, me necesita más a mí que yo a ella. Y yo no la necesito en absoluto. La única razón por la que su hermano y ella están en el coche es porque Kelton seguramente no vendría sin ellos; y Kelton es el que tiene los



antibióticos. Si no está mintiendo, claro. Aunque no creo que lo haga. Es sincero hasta decir basta. La clase de sinceridad que podría conseguir que lo maten.

En cuanto a Alyssa, confío tanto en ella como ella en mí. Lo que está bien, siempre que yo conserve el control. La supervivencia significa no dejar ningún factor a discreción de nadie. Aun así, al mirarla mejor por el retrovisor, noto algo que no había captado antes. Cuando la conocí, supuse que era de las que ladraban mucho, pero no mordían; ahora, en el coche, cuando la luz del sol se refracta en su cara e ilumina lo que no veía antes, veo que no son tan mates e insulsos como había pensado en un principio. Es astuta. Lo que quiere decir que podría convertirse en un problema.

### 13) Alyssa

No se me escapa que Jacqui me mira mucho a través del retrovisor. Ni me gusta ni confío en ella, y lo sabe. Me recuerda a algo que aprendí en biología: que los animales gregarios que abandonan la manada siempre están más hambrientos y son más peligrosos, puesto que resulta más difícil encontrar comida sin ayuda... Y, además, en el fondo no tienes ni idea de qué han hecho para que los excluyan de la manada. Jacqui es una incógnita en una botella sin etiquetar, y ahora mismo estamos a su merced. Por lo que sé, puede que nos esté secuestrando.

Delante, Kelton enciende la radio. Está puesta en una cadena de country por satélite, lo que, por algún motivo, me resulta obsceno. Luke Bryan canta sobre la lluvia, el whisky y su novia juguetona.

Jacqui mira a Kelton y dice:

—Si no cambias de emisora, te disparo y después me pego yo un tiro.

Le hace caso de inmediato.

—¿A quién se le ocurre poner hoy una canción sobre lluvia? —pregunta Kelton mientras cambia a una emisora de noticias de la AM.

—... *Mientras la restricción sigue devastando la región de Southland, el gobernador y las autoridades locales aseguran a los residentes que los centros de evacuación...*

Jacqui alarga una mano para apagar la radio.

—¡Eh! ¡Que podría ser importante! —le recuerdo.

—No dejan de emitir la misma grabación, llevo toda la mañana escuchándola. No hay ningún «centro de evacuación». Al menos, todavía no.

—Déjala apagada —pide Garrett—. No quiero oír nada más.

Yo tampoco, la verdad. Aunque tampoco quiero quedarme a solas con mis pensamientos. Pero lo único peor que mis pensamientos son los de Kelton.

—Las cosas se van a desmoronar muy deprisa —dice—. Los servicios esenciales se pierden, las comunicaciones empiezan a fallar... En cualquier momento todo eso dará paso al darwinismo urbano. Veréis, hay una teoría que se llama «Tres días para convertirnos en animales» que dice que...

—No quiero saber lo que dice, Kelton —lo interrumpo—. Cierra la boca.

—Vale —responde, pero no se calla—. Es que ya estamos en el cuarto día..., así que creo que la teoría sólo se equivoca por uno.

Odio que lo más probable es que tenga razón. Una cosa son el desastre y las revueltas, pero ¿la desintegración absoluta de la sociedad? ¿Es eso lo que estamos presenciando? Por mi cabeza dan vueltas las visiones de una realidad posapocalíptica que nunca pensé que podría suceder antes de que se nos caducara la leche que tenemos en casa.

—Me parto con vosotros, niños —exclama Jacqui—. No hacéis más que pelearos. Ya sólo falta que me preguntéis: «¿Cuánto faltaaaa?».

A lo que Garrett responde:

—¿Cuánto falta?

Le doy una colleja un poco más fuerte de lo que pretendía, pero no reacciona. Se limita a hundirse más en el asiento y mirar por la ventana, seguramente porque él también intenta evitar sus propios pensamientos.

—Nos llamas niños —le digo a Jacqui—, pero tú tampoco pareces mayor de dieciocho.

—Diecinueve.

Cuando pasamos por encima de la autovía, los mismos coches siguen abajo y ahora hay pruebas claras de abandono. Me obligo a no pensar en ello.

—Entonces, ¿a qué instituto ibas? —le pregunto a Jacqui, aunque sólo me interesa para distraerme de cosas peores.

—Mission —responde, lo que me sorprende, porque es mi instituto. Quiere decir que hemos coincidido en el tiempo y el espacio allí, aunque no la recuerdo. Pero, claro, el instituto de Mission Viejo es bastante grande.

—¿También eres un Diablo? —inquire Kelton, igual de sorprendido.

—Era. Hasta que me largué.

—No serás Jacqui Costa, ¿no? —dice Kelton, boquiabierto.

—¿Cómo narices sabes mi nombre? —pregunta ella, volviéndose hacia Kelton.

—¿Estás de coña? Eres una leyenda. —Entonces se gira para mirarme—. Está en una placa de la oficina... En el récord del instituto en los exámenes SAT: ¡una puntuación casi perfecta! —Kelton vuelve a mirar a Jacqui—. ¡Llevo todo el año odiándote!

—Bueno, pues ahora puedes ponerle cara a tu odio.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste? —le pregunto, ahora con curiosidad genuina.

Pero, claro, ella evita la pregunta con un:

—Tenía cosas mejores que hacer.

—Hmmm —digo—. Parece que tu restricción empezó hace tiempo.

Me mira de nuevo a través del espejo. Una mirada rápida, fría. Tengo que recordarme que no debo ponerme a malas con ella. Tiene el arma, además de una conciencia del tamaño de una pasa, si es que la tiene. Creo que ya es un animal y que no ha necesitado tres días para conseguirlo.

Cuando entramos en nuestro barrio, parte de mí empieza a relajarse, mientras que otra parte se tensa más. Regresar a casa significa algo de seguridad, pero también un fracaso. A no ser que mamá y papá hayan regresado mientras estábamos fuera. Me aferro a esa esperanza como si fuera el extremo deshilachado de una cuerda salvavidas porque sigo negándome a enfrentarme a las demás posibilidades.

Las hileras de casas se cuecen al sol y sus habitantes no se ven por ninguna parte; está más o menos como lo dejamos. Estoy estirando el cuello, pegada a la ventanilla tintada, para ver mejor nuestra casa. Nos encontramos a media manzana de distancia, aunque ya veo nuestra entrada. El coche de mamá sigue sin estar. La puerta del garaje sigue bajada. La cancela lateral sigue cerrada.

¡Pero la puerta principal está abierta!

Antes de que Jacqui pare, Garrett y yo saltamos del coche y corremos hacia ella.

—¡Están en casa! —chilla Garrett—. ¡Sabía que teníamos que haberlos esperado! Lo sabía.

Pero si están en casa, ¿por qué han dejado la puerta abierta de par en par?

Mientras corremos hacia la puerta, veo una nota pegada a ella. Por un breve instante creo que es de ellos, pero no es más que un aviso que anuncia una reunión de emergencia de la asociación de vecinos para hoy mismo. Entonces es cuando me fijo en las astillas de madera en los escalones y por todas las losetas de la entrada. No es que la puerta esté abierta: es que la han abierto de una patada.

—¿Papá? —chilla Garrett—. ¿Mamá?

Su deseo de creerlo es tan fuerte que no ve lo que tiene delante de los ojos. Mira la jamba destrozada.

—A lo mejor han perdido las llaves. O el tío Laurel ha regresado y no podía entrar...

Se agarra a un clavo ardiendo. Esto es allanamiento. Y entonces caigo en la cuenta...

—¡Kingston!

La idea de que nuestro perro haya tenido que enfrentarse a los intrusos nos empuja a entrar.

No han saqueado la casa, pero las cosas no están en su sitio. Hay una fina banda de acero en el suelo, trozos de tuberías de cobre, huellas grasientas en la alfombra y, al doblar una esquina, vemos nuestro calentador de agua tirado como un barco naufragado en el comedor. Lo han arrancado de la pared y reventado, y yace muerto en la mesa como un paciente que no ha sobrevivido a la operación.

—¿Kingston? —lo llama mi hermano—. ¡Kingston! ¿Dónde estás?

Y me muero de alivio cuando el perro aparece en el umbral que separa la cocina del comedor.

—¡Ven aquí, chico! —lo llamo—. ¿Has echado a los intrusos?

Alargo una mano para acariciarlo, pero no viene. Lo que hace es gemir y vacilar, no del todo desafiante, sino de otro modo...

—¿Kingston? —pregunto, intentando procesar su reacción. Sé que tendrá hambre después de una mañana sin comida, así que me meto la mano en el bolsillo y saco un trozo de la cecina que me llevé para el camino.

En cuanto lo hago, otro perro sale de la cocina al oler la carne. Es el rottweiler de una familia del otro lado de la calle. Qué raro. ¿Por qué está aquí? Debe de haber entrado por la puerta abierta en busca de agua. Siempre lo he tenido por un perro amistoso, aunque ahora mismo no lo parece.

Sin inmutarme, me levanto, parto la cecina por la mitad, y lanzo un trozo a cada uno. Pero se limitan a olisquearlo. No es eso lo que quieren. Sé lo que quieren, pero ahora mismo tengo la cantimplora vacía.

Y entonces aparece un tercer perro. Uno que no reconozco. Es un dóberman, y me mira como si yo le resultara mucho más apetecible que la cecina.

Me sorprende tanto que casi se me para el corazón.

—Garrett, no sigas andando.

Entonces, el dóberman empieza a gruñir.

—¡*Kingston!* —lo llamo, pero *Kingston* se queda con los otros perros y no viene. Es como si ya no fuera nuestro perro. Porque lo traicionamos al no darle suficiente agua. Esta es su nueva familia.

Los músculos del dóberman se tensan, como si estuviera listo para atacar, por lo que agarro a Garrett y corro de vuelta a la puerta.

—¡No! —grita él—. ¡No podemos dejarlo! ¡No podemos abandonar a *Kingston!*

Detrás de nosotros, los perros han empezado a ladrar, y no sé si nos van a perseguir por la calle o sólo hasta echarnos de su territorio. Así que tiro de mi hermano porque sé que no tengo tiempo de darle explicaciones, de decirle que *Kingston*, un perro que, en cualquier otra circunstancia, nos habría sido leal hasta la muerte, ha tomado por instinto la decisión que ha considerado mejor para su supervivencia.

## 14) Kelton

Alyssa y Garrett salen corriendo de la casa, prácticamente se lanzan al interior del coche y cierran la puerta... Y sólo tardo un momento en comprender por qué. Un dóberman pinscher con pinta bastante letal sale de su puerta principal, seguido de *Kingston* y otro perro grande. Siguen a su líder dóberman, que rodea el coche. Alyssa explica lo sucedido y Jacqui saca mi pistola.

—¡No! —le digo—. Vamos a ver qué hacen.

*Kingston* apoya las patas delanteras en la puerta de atrás y mira con tristeza por la ventanilla de Garrett, que tiene los ojos empañados de lágrimas. Después, el perro sigue a los otros dos de vuelta al interior de la casa. Alyssa suspira, aliviada.

—¿Así que habéis decidido renunciar a vuestra casa por una jauría de perros? —pregunta Jacqui.

Alyssa no responde. Ni siquiera levanta la vista. Es como si el procesador de su cerebro se acabara de bloquear con esta última gota.

—Da igual —le digo a Jacqui—. Vamos a mi casa. De todos modos, es más segura.

Por supuesto, convencer a mi padre de que los deje entrar será muy divertido. Teniendo en cuenta el ritmo al que empeora la situación, seguro que ya ha entrado en modo comando total: armas cargadas, la camioneta preparada para el peregrinaje al refugio y cabreado como una mona porque esta mañana me he ido sin dejar una nota. Sin embargo, permaneceré firme e insistiré en que ir con Alyssa era lo correcto.

¿Y Jacqui? Bueno, es un gambito necesario. Eso es un término ajedrecístico. Se sacrifica una pieza importante al principio de la partida para obtener una ventaja importante más adelante. Pero a veces es lo que se debe hacer para ganar. Correr riesgos. Sé que llevar a Jacqui será un gran riesgo. Aun así, a pesar de que está claro que Alyssa no confía en ella, esa chica es la única razón por la que seguimos vivos, nos guste o no. Me alegro de haberme fijado en su infección, porque sabía que no rechazaría la oportunidad de conseguir antibióticos. No puedo evitar pensar que la decisión de unirse a nosotros ha sido su propio gambito. Y ahora sólo me queda la esperanza de que no se vuelva contra nosotros en cuanto consiga lo que quiere.

Aparcamos en la entrada y los conduzco hasta mi casa. Veo que mi padre ha estado ocupado. Los agujeros de araña del patio están cubiertos y listos para usarse, ha montado las trampas y las persianas de seguridad están bajadas. Incluso ha montado más cámaras de seguridad en el perímetro.

Jacqui mira a su alrededor, pasmada; se sale del camino de cemento, pisa el césped y, en cuanto su pie toca el suelo, la tierra se hunde. La agarro por el brazo y la cojo para que no caiga al pozo, que no tiene más que medio metro de profundidad, pero está revestido de clavos, como algo sacado de una peli de Indiana Jones.

—Trampa —les aviso. Mirad bien dónde pisáis.

Jacqui sacude la cabeza; no va a dejar que la veamos horrorizarse.

—Y ¿cuánto tiempo lleváis preparándoos para el apocalipsis?

—Bastante. El fin del mundo es nuestro pasatiempo familiar.

Mira a su alrededor, cautivada por la lúgubre maravilla de nuestro patio.

—Es mejor que el punto —dice.

Ahora, la parte complicada. Me acerco a la puerta, respiro hondo, me peleo con las llaves... Pero antes de meter la llave en la cerradura me quedo paralizado: Jacqui todavía tiene mi pistola. Si mi padre la ve, la tempestad que se avecina se elevará a la enésima potencia. Que ahora la tenga ella no sólo me hace parecer un tremendo irresponsable, sino también cien por cien culpable de lo que Jacqui acabe haciendo con ella.

Entonces, la puerta se abre antes de meter la llave: es mi padre. Es como si nos hubiera estado esperando.

—Bienvenido a casa —dice con una frialdad inexpresiva—. ¿Te has divertido?

—En absoluto. Es justo como dijiste.

—¿Y las autopistas?

—Atascadas —informo.

Ahí es cuando sale mi madre, me rodea con los brazos y me avergüenza delante de todos.

—¡Kelton! ¿Estás bien? ¡No vuelvas a darnos estos sustos!

Ni siquiera tengo que mirar para ver la sonrisita de Jacqui.

Mi padre le hace un gesto a mamá para que entre y lo deje manejar el asunto. Después se vuelve hacia los demás.

—Veo que has traído a tus amigos. Hola, Alyssa. Garrett.

Ellos lo saludan, incómodos.

Luego le echa un vistazo a Jacqui.

—Y ¿quién es esta?

—Me llamo Jacqui. Soy la que le ha salvado el pellejo a tu hijo ahí fuera —responde, dando un valiente paso adelante—. Estoy aquí porque me ha prometido antibióticos.

Mi padre se pone rojo de rabia. Sin embargo, en vez de gritar, respira hondo y se lo guarda dentro. Asiente sin perder la compostura y reserva su furia para otra ocasión.

—¿Es eso cierto, Kelton?

—Sí. Nos ha salvado la vida y nos ha devuelto de una pieza a casa.

—Gracias por eso, Jacqui —dice mi padre—. Pero, por desgracia, mi hijo no puede prometerle antibióticos a nadie porque no son suyos.

Jacqui le lanza una mirada asesina; sólo le falta gruñir como el dóberman de la casa de Alyssa, y mi cerebro ya va a mil por hora porque sé que esto no acabará bien. Da un paso amenazante hacia mi padre.

—Ya, pues eso no me vale —dice.

Pienso en la pistola oculta en la cintura de sus pantalones. En qué haría mi padre si la viera. En que no puede enterarse. Antes de que el momento estalle, me coloco entre los dos.

—Como dice Jacqui, ¡me ha salvado la vida! —le recuerdo a mi padre, fingiendo indignación hasta que me doy cuenta de que no tengo que fingirla porque la siento—. ¿Me estás diciendo que mi vida no vale unos míseros antibióticos?

—Kelton, no entiendes la base del problema...

—¡Después me dirás que Alyssa y Garrett no pueden entrar!

—¡Tienen su propia casa!

—¡En la que ha entrado alguien y no es segura! ¡Y sus padres han desaparecido!

Entonces se acerca más a mí y me habla en voz baja. No susurrando, pero lo bastante bajo para que no lo oiga nadie más que yo.

—No vamos a hablar de esto. Ya sabes cómo funciona.

Yo estallo, chillando, para que mi madre lo oiga dentro, y probablemente cualquiera que esté a varias manzanas a la redonda.

—¡Sí, sé perfectamente cómo funciona! Y tienes razón, no vamos a hablar de esto. Porque me largo.

Me vuelvo y me voy hacia el BMW.

—¡Kelton! —grita mi padre.

No puedo evitar el impulso de pararme cuando me llama así, pero lo uso en beneficio propio. Me giro hacia él.

—Ahora entiendo por qué Brady se marchó en cuanto pudo. Pero yo no voy a esperar a cumplir los dieciocho. —Después miro a los otros—. Venga, nos largamos. Jacqui, le pediremos tus antibióticos a alguien al que le importen algo los demás.

Espero que Jacqui entienda lo que estoy haciendo y me siga la corriente..., porque en una situación real, esta chica jamás aceptaría órdenes mías.

Aun así, lo capta: mira a mi padre con una sonrisa, se encoge de hombros y dice:

—Hasta luego, primo.

Por un momento me pregunto si de verdad seremos familia. Después caigo en que no lo dice por eso.

Recorremos la mitad del camino de vuelta al coche..., y entonces mi madre sale corriendo de la casa.



—¡Kelton! —grita con más energía incluso que mi padre—. ¡No te atrevas a meterte en ese coche!

Me vuelvo hacia ella y espero a ver cómo se desarrolla la historia.

—Alyssa, Garrett, claro que podéis quedaros con nosotros —dice—. Tú también, Jacqui. Tenemos toda la comida y el agua que necesitéis. —Después se vuelve hacia mi padre y agrega con un apasionado tono de desafío—: Y antibióticos.

Mete en casa a Alyssa y a Garrett, pasando junto a mi padre, que no puede hacer nada para detenerla.

—Marybeth, ¿podemos hablarlo?

—No.

Y lo empuja a un lado, sin hacer caso de su autoridad.

Me siento tan triunfal como preocupado, porque mi padre lleva la cuenta de mis faltas. Sé que algún día tendré que pagar por esto. Pero no va a ser hoy.

Jacqui entra contoneándose y lo baña en sarcasmo.

—¡Gracias por tu hospitalidad!

Por suerte, esta vez no añade lo de «primo», aunque sí que coge la nota rosa de la reunión de vecinos y se la pone en las manos, como si le estuviese haciendo un favor.

En cuanto a mí, conservo mi cara de póquer y no miro a mi padre al pasar. Pero por dentro sonrío porque, por primera vez en mi vida, he conseguido que el miedo sople a mi favor, en vez de en mi contra.

Mi círculo de amigos suele limitarse a los *scouts*, los supervivencialistas o la prole de otros odontólogos, así que tener a Alyssa, Garrett y Jacqui aquí es algo bastante gordo. Les enseño toda la casa, empezando por mi lugar favorito: nuestra habitación segura. Ahí guardamos todos los suministros que normalmente no se nos permite tocar. Botiquines de primeros auxilios, contenedores de agua, pistolas, munición y comida enlatada imperecedera. Está escondida detrás de una estantería con bisagras. Tiro de un libro que se mueve como una manilla y toda la estantería se abre.

—Mi padre la sacó de una antigua película de James Bond —les explico con la esperanza de redimirlo ante ellos. Están debidamente impresionados. También es el sitio en el que mi padre guarda los antibióticos... Hay varias

ampollas y frascos de pastillas en bolsas de plástico herméticas—. ¿Tienes alergia a algún antibiótico? —le pregunto a Jacqui.

—No.

Le paso dos frascos naranjas de pastillas.

—Debería bastar con uno, pero, si no, seguro que funciona con el segundo.

Le ofrezco los dos botes y ella los mira como si fuese una trampa. Después me los quita de las manos, abre uno y se traga dos pastillas sin agua ni nada.

—Por fin —dice, suspirando, mientras se guarda los botes en el bolsillo. Después me sonrío y, por primera vez, no es una sonrisa de loca—. Gracias, Kelton —añade, y creo que es sincera.

Alyssa mira a su alrededor.

—¿Hay cerradura en la puerta? —pregunta.

—Sólo por dentro. Es una habitación segura, ¿recuerdas? ¿Por?

—Porque cree que voy a saquearla al amparo de la noche para llevarme todas vuestras cosas —responde Jacqui por ella.

—No todo gira en torno a ti —dice Alyssa, aunque por el modo en que evita la mirada asesina de Jacqui creo que esta vez sí. Y quizá por un buen motivo.

—No te preocupes —le aseguro a Alyssa mientras le guiño un ojo en secreto—. Dentro hay un sensor de movimiento que dispara una alarma; si alguien entra por la noche, lo sabremos.

No es del todo cierto, porque todos los sensores de movimiento están en el perímetro de la propiedad, pero Jacqui no tiene por qué saberlo.

Los conduzco a la parte de atrás para presumir de mi zona de práctica de tiro. Y señalo el retrete.

—No desperdiciamos agua en los baños interiores, así que hacemos todo ahí.

Aunque a nadie le gustan los retretes químicos, ninguno se queja.

En la cocina les enseño el contenedor de acero inoxidable en el que guardamos nuestro principal suministro de agua. Desenrosco el tapón de seguridad de goma y preparo el grifo.

—Mi padre racionará el agua —explico mientras miro a mi alrededor para asegurarme de que no ande por aquí. Está otra vez en el garaje, siendo diligente—. Pero, por ahora, podéis hartaros.

Jacqui está casi salivando, ha puesto los ojos como platos. Me parece que empieza a encariñarse de mi casa.

Alyssa y Garrett llenan las cantimploras que les doy. Jacqui llena su botella de agua. Sin embargo, me fijo en que Alyssa no bebe. No hace más que mirar el agujero negro de la boca de su cantimplora.

—¿Qué pasa? —le pregunto justo después de que su hermano y Jacqui hayan salido de la cocina.

—Nada. —Intenta superarlo y se acerca la cantimplora a los labios, pero en cuanto lo hace... los ojos se le empañan, y noto que la presión crece dentro de ella hasta que, de repente, la presa se rompe. Me rodea con los brazos y me aprieta con fuerza. Y yo le devuelvo el abrazo, no con el típico enamoramiento de la vecina de al lado con el que quizá lo hubiera hecho en el pasado, sino con una sinceridad que no había sentido antes. Me sorprende, aunque también entiendo que tiene todo el sentido del mundo. Se zafa de mí de prisa, avergonzada—. Lo siento. Me comporto como una estúpida.

—¿Qué? No...

No sé bien qué decir en una situación así.

Ella se restriega los ojos.

—Qué pérdida de agua. —Y se ríe.

—Todos necesitamos desperdiciar un poquito de agua de vez en cuando —respondo—. Es mejor que mojar la cama.

Lo que quizá sea la cosa más estúpida que le he dicho a otro ser humano, pero ella se ríe un poco más. No de mí, sino conmigo. O, al menos, a mi lado.

—La semana pasada habría dicho que tu casa es rara —reconoce—, pero ahora creo que es asombrosa. —Me mira a los ojos—. Gracias. Por todo. Por jugártelo todo ahí fuera para que pudiéramos quedarnos.

—*Scout* águila, ¿recuerdas? —le digo con una sonrisa torcida para intentar arrancarle otra a ella. Funciona—. Y, de todos modos, tenía que hacer algo para compensar lo inútil que he sido en la playa.

—No has sido inútil.

—Tuvo que venir la Reina de la Oscuridad a salvarnos —le recuerdo.

—¿Habría sido mejor que apretaras el gatillo y mataras al chico?

Eso me da que pensar. Mi padre siempre me ha dicho que no se debe sacar un arma si no estás preparado para usarla. Yo no estaba preparado. Y quizás eso sea bueno.

Nos reunimos con Jacqui y Garrett, que ya han subido a la planta de arriba y le están echando un vistazo a nuestra sala de juegos. Jacqui está en plena partida de nuestra máquina clásica de *Twilight Zone*.

—Mi vida, resumida en un cómodo juego de pinball —comenta Jacqui mientras le da porrazos a los flippers y mantiene la pelota metálica en

movimiento. Garrett examina una consola de Pac-Man y anuncia que es una chorrada.

—Perdónalo, Señor, porque no sabe lo que dice —le digo al techo.

Alyssa lo reta a una partida. Él juega una vez y se engancha.

Pero veo que Jacqui se ha aburrido de su máquina aunque todavía le queda una bola esperando para salir. Está tirada en un puf y parece tener más fiebre que antes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Déjame en paz.

Voy al baño y regreso con ibuprofeno.

—Los antibióticos tardarán un día o así en hacer efecto. Esto te bajará la fiebre.

Ella coge el frasco y se toma tres con un trago de agua. Esta vez no me da las gracias. Quizá racione su gratitud como los demás racionamos el agua.

Bajo a ver la tele con mi madre un rato. No está viendo las noticias, sino *Regreso al futuro*, porque es una de esas películas que tienes que ver si te la encuentras haciendo zapping. Doc Brown está hablando sobre los 1,21 gigavatios que necesitan para viajar en el tiempo, aunque siempre me ha fastidiado que lo pronuncie mal.

No me sorprende que no esté viendo las noticias, que siempre enfatizan lo peor. Ya tenemos bastante con mi padre. Mamá suele adscribirse a la escuela de pensamiento más positiva y optimista, mientras que papá cree que los agoreros embellecen la verdad. Supongo que podría decirse que se complementan.

Mi madre baja el volumen y se vuelve hacia mí.

—Tienes que hacer las paces con tu padre.

—¿Ahora?

—Después será más difícil.

Y sé que tiene razón.

Me lo encuentro soldando algo nuevo en el garaje. Es una especie de pala híbrida con un hacha en el extremo contrario. No sé bien si se trata de una herramienta o de un arma. No parece demasiado práctica en ninguno de los dos casos. Contemplo su espalda un rato, meditando, sin saber cómo empezar.

—Papá... —consigo decir al final.

Él apaga la soldadora sin girarse hacia mí.

—¿Sí, Kelton? —pregunta en tono helado.

—Tengo que hablar contigo de lo que ha pasado en la playa.

—Deja que lo adivine: las plantas desalinizadoras fallaron y la gente se amotinó.

—¿Lo han contado en las noticias?

—Están sucediendo demasiadas cosas como para que las noticias lleguen a todas —responde tras levantarse la visera y sacudir la cabeza—. Pero, si le echas un vistazo a la historia de la mala gestión de las crisis, es una predicción sencilla.

—Sí, bueno, en realidad no vimos cómo ocurría, aunque, por el aspecto de aquello, fue bastante malo. —Me aclaro la garganta y por fin digo lo que he venido a decir—. Siento haberte puesto en una situación tan difícil antes. Pero de verdad que no me has dejado otra alternativa.

—Nos vamos mañana por la mañana —dice deprisa, sin aceptar ni rechazar mis disculpas.

—¿Al refugio?

—Sí, ha llegado la hora.

—Pero ¿qué pasa con Brady?

—No podemos seguir esperándolo, Kelton. —Me doy cuenta de que no ha sido una decisión fácil—. Tengo que creer que al menos ha aprendido algunas de las lecciones que le enseñamos y que contará con sus propios suministros de emergencia... Puede que incluso con su propio refugio.

—¿Qué pasa con Alyssa y Garrett? —pregunto, menos preocupado por Jacqui que por ellos. Aunque conozco la respuesta antes de preguntarlo.

—No podemos llevárnoslos —dice mi padre, rotundo. Y esta vez sé que no cambiaré de idea.

—Pues deja que se queden aquí —sugiero—. Tendrán agua y comida... Y podemos enseñarles a usar el sistema de seguridad.

Mi padre se lo piensa. No lo rechaza de plano, lo que es buena señal. Le doy otro empujoncito.

—No podemos dejarlos tirados en la calle...

Entonces me mira a los ojos, pero, en vez de su típica mirada espeluznante, sus ojos tienen un aspecto distinto. Brillan, están vidriosos. Vulnerables. Una muestra sincera de emoción que no había visto antes. Y sólo con esa mirada siento como si hubiera abierto su archivo .zip personal; de repente, años de información emocional comprimida salen disparados, y la sobrecogedora verdad me golpea: esto es lo que se esconde debajo de su indignación. Todos los exagerados juguetes del juicio final que adoraba de pequeño, la rabia y la manipulación que alejaron a Brady y amenazan con

alejarse a mi madre... No son más que los hilos de un velo tejido para ocultar su terror.

De niño idolatras a tus padres. Crees que son perfectos porque son la referencia que usas para medirte a ti y al resto del mundo. Después, de adolescente, te cabrean porque te das cuenta de que no sólo no son perfectos, sino que además quizás estén un poco más jodidos que tú. Sin embargo, llega un momento en el que te percatas de que no son ni superhéroes ni villanos. Son dolorosa e imperdonablemente humanos. La pregunta es: ¿puedes perdonarlos por serlo?

Como un nervio al aire, se queda ahí, con su extraña herramienta híbrida del terror, y veo que el instrumento es una manifestación física de todo lo que teme. Y no sé qué hacer más que decirle:

—Las trampas funcionan.

—¿Ah, sí? —farfulla, desconcertado, porque no se esperaba el comentario.

—Sí, Jacqui casi se cae en una. No se lo vio venir.

Él sale de su estado de archivo .zip y sonrío, como esperaba que haría.

—¡Genial! —exclama, como un niño pequeño—. Quiero decir, que es reconfortante saber que funcionan.

—Le parecieron muy guays —le digo—. Aunque casi la lisiaran.

—Deja que termine esto —responde mientras le echa un vistazo a su extraña arma de jardín; la tensión se ha esfumado—. Saldré dentro de un ratito y podemos enseñarles a tus amigos todo lo que tiene la casa.

Decido no contarle que ya lo he hecho.

## 15) Alyssa

—En estos momentos, todas las líneas están ocupadas. Por favor, pruebe más tarde.

La voz suena a una mezcla entre Siri y Google Maps: alegre, segura de sí misma y sin un alma detrás. Estoy intentando llamar a los hospitales cercanos a Laguna Beach con la esperanza de localizar a mis padres, pero para eso tendría que conseguir que me respondieran. Cuelgo y pruebo de nuevo.

—En estos momentos, todas las líneas están ocupadas. Por favor, pruebe más tarde.

Así que la compañía telefónica está tan muerta como la mayoría de los móviles, ¿no? ¿Cómo pueden estar ocupadas las líneas si casi todos los teléfonos del sur de California están sin batería? Cuelgo y le envío un mensaje de texto a Garrett: «Esto es un mensaje de prueba para ver si funciona el sistema».

El texto sale. Me responde con una «K» porque un «OK» es demasiado largo para nuestro mundo moderno. Sabiendo que al menos algunas antenas siguen funcionando, pruebo a llamar otra vez. A la policía.

—En estos momentos, todas las líneas están ocupadas. Por favor, pruebe más tarde.

Resisto el impulso de machacar el móvil porque sé que esa satisfacción momentánea no merecerá la pena. Pero todo esto tiene un lado positivo que resulta algo reconfortante. Porque, si me está costando tanto comunicarme con mis padres, es probable que a ellos les cueste igual comunicarse con nosotros. Sería mucho peor que el sistema telefónico funcionara a la perfección y siguiéramos sin saber de ellos.

Intento quitármelo todo de la cabeza yendo a ver qué hacen los demás. Jacqui sigue desmayada en un puf. El padre de Kelton está en el garaje, del que salen unos ruidos metálicos muy masculinos, y Kelton parece estar en todas partes a la vez, como un perro guardián que comprueba obsesivamente que todo va bien en su mundo.

—¿Estás bien? —pregunta por tercera vez, más o menos, en la última hora, cuando paso junto a él por las escaleras.

—Sí, sigo bien.

Es adorable que se preocupe por mí, aunque ya basta. ¿Kelton McCracken, adorable? Me he metido en un universo muy extraño.

Veo a la señora McCracken en el invernadero, ocupada con sus tomates y lo que sea que cultiven allí. Mi madre limpia cuando está estresada, y parece que la de Kelton se dedica a cuidar del jardín. Entonces veo a Garrett en el comedor, mirando por la ventana, inexpresivo. Lo veo recoger un cuenco decorativo de la mesa y acercarse a la puerta principal. No tengo ni idea de lo que pretende. Empuja la puerta y, aunque mis instintos de hermana mayor me gritan que lo detenga, se mueve con tal decisión que sólo quiero ver qué va a hacer, así que lo sigo en silencio.

Sale por la puerta de seguridad y se mete en el camino de nuestra casa, donde deja el cuenco, coge la cantimplora que lleva al hombro y la vacía entera en el cuenco. Ahora lo entiendo.

Es agua, para *Kingston*.

Garrett se queda ahí, sin querer llegar hasta nuestra puerta. Está abierta de par en par y, aunque no veo ni oigo a los perros, podrían estar en cualquier parte. Podrían hacerse ido para siempre, y me duele pensar que quizá no volvamos a ver a *Kingston*.

Garrett por fin se vuelve y me ve. Se pone colorado, avergonzado.

—Siempre he sido el que se encarga de ponerle agua a *Kingston* —dice, incapaz de mirarme a los ojos—. Pero siempre se me olvidaba, así que mamá lo hacía por mí. Pero ahora no puede.

Entiendo que necesita esto por muchos motivos. Y aunque el agua no es nuestra, a veces hacer lo correcto requiere hacer primero algo incorrecto. Con eso en mente, me doy cuenta de que yo también debo hacer algo. Algo en lo que lo bueno es mucho mayor que lo malo. Pero necesito un cómplice.

—Garrett, tengo una misión para ti.

—¿Una misión? —pregunta, interesado al instante.

—Necesito que le preguntes a Kelton qué es el ajedrez boxeo.

Me mira, desconcertado.

—No quiero saber lo que es.

—Da igual. Necesito que Kelton te lo enseñe.

Conociendo a Kelton, así conseguiré librarme al menos una hora de su escrutinio. Y con la señora McCracken ocupada en el jardín y su marido jugando con objetos afilados en el garaje, tengo la ventana de oportunidad que necesito.

Garrett acepta; no lo entiende, pero confía en mí.

Regresamos a la casa y, de inmediato, localizo la pequeña papelera cerca de la entrada. Escarbo entre los pañuelos de papel, los envoltorios y los trozos de folio hasta que doy con la nota rosa, la nota que estaba en la puerta y avisaba sobre la reunión de vecinos.

La leo, esta vez con más detenimiento. Es en la casa de los Burnside. Empezó hace media hora.

Agarro la mochila de Kelton, saco las cosas de clase y, tras asegurarme de que no hay nadie mirando, me acerco a la estantería cerca de las escaleras, la entrada a la habitación segura.

No recuerdo qué libro abre la puerta, así que tengo que probar con un montón antes de encontrarlo. Al final, el cerrojo se suelta y abro la puerta para entrar en la cueva del tesoro. Armas, herramientas, comida en lata y, lo más importante, cajas de agua embotellada.



Empiezo a meter botellas de medio litro en la mochila. Sólo me caben diez. Entonces me quedo paralizada: hay alguien más conmigo.

La madre de Kelton está en la puerta.

Atrapada, tartamudeo para intentar encontrar una excusa, porque sé la mala pinta que tiene esto; aun así, a la señora McCracken se le ablanda la expresión y me ofrece una pequeña sonrisa de ánimo.

—Puedes meterte dos más en los bolsillos —me dice, y me pasa las botellas—. La reunión ya ha empezado, tendrás que darte prisa.

Me sorprende tanto que no sé responder. Entonces, sin mediar palabra, se marcha y desaparece en otra habitación como si ni siquiera me hubiera visto.

Caminar por mi calle después de lo sucedido en la playa esta mañana es inquietante. Me siento vulnerable, como si algo fuera a comerme si paso demasiado tiempo en el exterior. Es la misma sensación que tengo cuando me meto en el mar hasta la cintura y creo ver la silueta de un tiburón. Sé que está en mi cabeza, pero la sensación sigue ahí de todos modos. Así que me enfrento a ella y me meto más en el agua. No quiero que me vean salir de casa de los McCracken, porque cualquiera que me vea sabrá que no tengo tanta sed como ellos. Sin embargo, aunque no me vean, quizá sepan que estoy hidratada con tan sólo mirarme.

Un chico baja por la calle. Tiene mi edad. Lo conozco, pero no mucho; se llama Jacob algo. Temo el momento de cruzarme con él. Nunca me he sentido tan poco sociable.

Arrastra algo por el suelo. Una especie de palo que silba al rozar con el hormigón. No me mira a los ojos. Parece tan incómodo de pasar junto a mí como yo de pasar junto a él. Y entonces me doy cuenta de que no arrastra una rama, sino un palo de golf. Un madero del uno.

—Hola —me saluda al pasar.

—Hola.

Sigue su camino, sigo el mío. No miro atrás. No tengo ni idea de lo que piensa hacer con el palo de golf, aunque sé que no tiene nada que ver con el golf.

La casa de los Burnside está al doblar la esquina. La señora Burnside ganaba premios con su jardín: rosas, azaleas y buganvillas trepaban por los troncos de unas altas palmeras. Sólo quedan las palmeras, que todavía no están muertas; todo lo demás ha desaparecido. Lo que antes fuera césped,

ahora es un mosaico tricolor de piedras de río que crean una imagen de Kokopelli, el flautista jorobado de la mitología de los nativos americanos; una idea que la señora Burnside habrá sacado de alguna visita a Santa Fe, Taos o algún lugar semejante. Seguro que su paisaje de piedras también ganará algún premio.

La puerta está cerrada, pero sin llave. Al entrar veo que su gran salón está lleno de gente. Parece que, en su mayoría, hay un representante por cada familia que todavía no se ha ido.

Están haciendo recuento de suministros, tanto físicos como intelectuales. La señora Jarvis afirma que su hermana es una experta legítima en radiestesia y que, por una «tarifa mínima», puede encontrar agua. Roger Malecki dice que ha metido todo su jardín de cactus en la batidora y que así ha sacado casi cuatro litros.

La señora Burnside me ve junto a la puerta y se me acerca para abrazarme.

—Allison, me alegro mucho de verte. —Me doy cuenta de que lo dice en serio, así que no la corrijo—. ¿Cómo están tus padres? Esperaba verlos aquí.

Respiro hondo y respondo:

—Ahora mismo no están en casa.

Lo que es cierto y, a la vez, no suscita preguntas ni preocupación; no estoy preparada para ninguna de las dos cosas.

—Bueno, pues salúdalos de mi parte, por favor, y diles que tengan cuidado. Las cosas se están poniendo muy raras ahí fuera.

Me subo la mochila y doy unos cuantos pasos adelante. Aprovecho una pausa en la conversación para intentar llamar la atención del señor Burnside.

—Perdone —digo, pero no lo bastante alto porque nadie parece oírme. Siguen hablando sobre el calor, y alguien sugiere usar el efecto refrigerante del alcohol evaporado en la piel, aunque sospecho que el alcohol que quede se estará aprovechando de otro modo—. Perdone —repito, más alto—. Tengo agua.

Es la primera vez en toda mi vida que una habitación entera se vuelve para mirarme. Jamás he llamado tanto la atención.

—¿Tienes agua? —pregunta alguien.

Cojo la mochila, abro la cremallera un poco y saco una de las botellas.

—Bueno, no hay suficiente para todos, pero es mejor que nada.

Me miran. Se miran.

—¿Cuántas tienes? —pregunta Stu Leeson con una mezcla de expectación y sospecha.

Entonces, el señor Burnside vuelve a tomar el control:

—Vaya, qué buena noticia —dice, y ofrece lo que me parece una cita de la Biblia o, al menos, una paráfrasis—. «Y un niño los conducirá». —Después cuenta a los presentes—. ¿Cuánta agua tienes, Alyssa?

—Doce botellas. De medio litro cada una.

Silencio durante un instante.

Alguien señala lo evidente.

—Eso significa que cinco de nosotros nos quedaremos sin botella.

—Esperad un momento —dice Burnside—. No tiene por qué ser así.

Ahora todo el mundo tiene una opinión.

—Si se divide, nos toca el setenta por ciento de una botella a cada uno.

—¡Eso es absurdo!

—¡Las familias con niños pequeños deberían quedarse con una botella llena!

—¡Eso es discriminación!

—Mi mujer está embarazada.

Burnside levanta las manos.

—¡De acuerdo, tranquilos!

Pero el genio ha salido de la botella. Empiezan a hablar entre ellos. Veo que se forman alianzas, que se establecen límites... Todo en cuestión de segundos y sólo porque he anunciado que tengo un suministro limitado de algo que necesitan desesperadamente.

—La echaremos en una olla y cada familia se llevará una medida.

—Eso no es justo. En mi familia somos cinco.

—Entonces contaremos a todo el mundo y lo dividiremos por ese número.

—¿Y los animales?

—¿Animales? ¿Lo dices en serio?

—¡Que decida la chica!

Se lo piensan.

—Sí —coincide otra persona—. El agua es suya, que decida quién se la queda.

Y, por segunda vez en cinco minutos, todos se vuelven hacia mí.

No soy la clase de persona que se deja intimidar fácilmente. Soy capaz de plantarme delante de una clase y exponer un trabajo sin miedo. Soy capaz de rebatir los argumentos de cualquiera en un debate, siempre que sea un tema que me apasione. Pero nunca antes he tenido el destino de otro ser humano en mis manos. De repente, me vuelvo tímida. Y yo no soy tímida.

—Bueno... Creo... Quizá deberíamos... Quiero decir...

Entonces, Stu Leeson grita:

—¿De verdad vais a dejarlo en manos de una adolescente?

Y antes de poder evitarlo, suelto:

—Bueno, ya sólo tengo que decidir entre dieciséis, en vez de diecisiete, entonces.

No lo digo en serio. O quizá sí. No lo sé. Ahora tengo que darle una botella a Leeson por haberlo dicho. Pero, si lo hago, se la niego a otro. ¿Es eso justo?

—Alyssa, cielo —dice Vicky Mirales, a quien apenas conozco—, confiamos en tu decisión, cariño. Sabemos que eres una chica lista y sincera.

—¡Venga, Victoria, le estás haciendo la pelota! —exclama la señorita Bouman—. ¿De verdad crees que te la dará a ti si le peloteas?

—Vale, estamos todos en el mismo barco —interviene otra persona.

Y es cierto. Pero, como Garrett dijo hace poco, ese barco es el *Titanic*. Queda un bote salvavidas, y yo estoy dentro. No me gusta. No me gusta nada y, aunque sé que es horrible, empiezo a arrepentirme de haber venido con el agua.

Esta gente se parece al crío de la playa. Tienen los labios blancos y despellejados. Están ansiosos e irritados, y su irritación se vuelve hacia mí como un foco.

—Bueno, ¿qué va a ser? —pregunta un hombre al que ni siquiera conozco y que está perdiendo la paciencia—. ¡No tenemos todo el día!

No respondo porque, por una fracción de segundo, sus ojos se apartan de mí, y capto en ellos una mirada salvaje, una que empiezo a reconocer; y creo saber lo que sucederá a continuación.

Entonces, el señor Burnside le hace un gesto a su mujer y, al parecer, se comunican telepáticamente, como ocurre a veces con las parejas, porque ella se pone detrás de mí y me quita la mochila con delicadeza.

—Por qué no te vas, Alyssa —dice, esta vez con el nombre correcto—. Ya nos aclararemos. Gracias por el agua. Siento que te hayamos puesto en esta posición tan desagradable. Es problema nuestro, no tuyo.

No discuto. Ni siquiera pido que me devuelvan la mochila. Me da igual. Sólo quiero salir de aquí.

Hasta que no me voy, no caigo en que es la mochila de Kelton y lleva su nombre escrito. Si no sabían ya que los McCracken tenían agua, ahora seguro que sí.

El sol se pone, y nos reunimos para la que me temo que será la cena más incómoda de mi vida. Hasta la comida es absurda: ternera con col, primero, y,

de postre, una tarta de calabaza que todavía está congelada por dentro.

—No preguntes —me dice Kelton en un susurro. Lo que me parece perfecto.

A pesar del sistema eléctrico independiente del que los Kelton están tan orgullosos, las luces de la casa están apagadas y la señora McCracken ha encendido velas para la mesa.

El señor McCracken la preside y se dedica a mirar con rabia a todos, como si fuera un señor que contempla su feudo. Me imagino que se trata de uno de esos padres autoritarios que te obliga a pedir permiso para levantarte, y eso sólo si antes te has comido todos los guisantes y las zanahorias. De todos modos, ahora mismo su odio se concentra en Jacqui, que ya lleva tres platos de ternera. Se atiborra y trata a todo el mundo con una irreverencia jovial, hasta que, llegado cierto punto, señala con el tenedor y dice:

—¿Qué pasa con las velas?

—Buena pregunta —masculla el señor McCracken mirando su comida, aunque por el tono entiendo que se dirige a su mujer—. Yo también me lo pregunto.

—No queremos restregarles por la cara a los vecinos nuestra electricidad más de lo necesario —responde la madre de Kelton con demasiada calma.

—Tardamos seis meses en instalar nuestra red eléctrica. Me gustaría poder usarla —objeta su padre—. Además, vamos a necesitar algo más que unas cuantas velas perfumadas para mantener a raya a los vecinos.

—No tendríamos que preocuparnos por eso si hubiésemos sido un poco más compasivos —replica su mujer.

—Deberíamos invitarlos a todos a comer.

—Deberíamos, sí —dice ella, retándolo.

Él mira a su alrededor, a los demás, como un fiscal que presenta su caso a un jurado.

—O no compartes nada o lo compartes todo. No hay término medio.

—Gracias, maestro Yoda —contesta Jacqui.

No creo que sea la primera vez que los padres de Kelton mantienen esta discusión, porque su hijo reacciona deprisa:

—Se llama psicología de la escasez y de la privación —dice Kelton, que siente la necesidad de defender a su padre..., aunque, en realidad, más bien parece disculparse por él—. Si añadimos la dinámica de la muchedumbre, nos encontramos con una turba que no dejará de tomar hasta dejarte tan desposeído como ella.

—Desposeído —repite Jacqui—. Buen trabajo. Seguro que dentro de nada me alcanzas en la puntuación del SAT. —Después coge más ternera.

—Bueno, es una forma de pensar inmoral y egoísta —insiste la señora McCracken.

—Pero tiene razón —me oigo decir, lo que sorprende a todos..., incluida yo.

Recuerdo la forma en que nuestros propios vecinos manejaron la división de las botellas de agua y que muchos de ellos estaban dispuestos a volverse contra mí, la persona que la había llevado. Por mucho que odie reconocerlo, entiendo el punto de vista del señor McCracken. No se les puede culpar, pero entiendo que, cuando los humanos creen que su vida corre peligro, recurren a cualquier opción a su alcance. Si no quieres que sea a tu costa, lo mejor es quitarte de en medio.

—O abres las puertas de par en par o las bloqueas —concluyo con tristeza—. La gente es demasiado complicada como para optar por algo intermedio.

La señora McCracken me observa, quizá porque se siente algo traicionada. El señor McCracken me mira, sorprendido (casi orgulloso), lo que me incomoda, como si hubiera completado mi viaje al lado oscuro.

Se aclara la garganta.

—Ya da igual —dice—. Nos vamos al refugio en cuanto despunte el alba.

—¿Qué refugio? —pregunta Garrett.

—Nuestro refugio de emergencia —explica Kelton—. Un lugar secreto al que ir en caso de desastre.

—Entonces, ¿cuándo nos vamos? —pregunta Jacqui con la boca llena de comida.

Kelton no responde, y por su silencio sé que no formamos parte de la ecuación de los McCracken.

—Sólo hay sitio para nosotros —dice su padre—. Lo siento.

Y creo que es sincero. Si lo soy yo también, la verdad es que no me había planteado lo que sucedería después de esta cena. No he tenido tiempo de proyectar ningún tipo de futuro, ni siquiera a corto plazo. Entonces, el señor McCracken me sorprende:

—Voy a dejarte a ti las llaves de la casa, Alyssa.

—¿Qué? —suelto sin querer.

—Te enseñaré a usar el sistema de seguridad y te diré dónde están todas las trampas. Este sitio será tuyo mientras dure esto —dice. Después mira a Jacqui y añade, a regañadientes—. De los tres.

Me pregunto cuál es su razonamiento para entregarme las llaves del castillo. Me recuerda a cuando mi madre dejaba siempre el televisor encendido cuando nos íbamos de vacaciones, para que los posibles ladrones creyeran que había alguien en casa. Quizá sea una versión más elaborada de lo mismo. ¿Lo ha convencido Kelton? ¿O es porque he corroborado su visión pesimista de la humanidad?

Pienso en los días que se avecinan. Tiene que acabar en algún momento, ¿no? «Mientras dure esto», como lo ha dicho el señor McCracken, no puede ser más de un par de semanas, como mucho. Entonces, justo cuando empiezo a proyectar un futuro más esperanzador, las cosas se ponen mucho peor.

Todos los móviles vibran y suenan al unísono en una extraña y perturbadora cacofonía. Los levantamos para ver el mismo mensaje, que dice:

ALERTA DE EMERGENCIA: SE HA DECLARADO LA LEY MARCIAL  
EN LOS CONDADOS DE LOS ÁNGELES, ORANGE, VENTURA,  
RIVERSIDE, SAN BERNARDINO Y SAN DIEGO. PERMANEZCAN  
ATENTOS PARA RECIBIR MÁS INSTRUCCIONES.

## 16) Kelton

Todo está sucediendo como decían en los libros sobre supervivencialismo. Eso no me consuela. Ni siquiera un poquito. Los escenarios del fin del mundo sólo tienen gracia cuando se trata de hipótesis. Ahora desearía que se hubieran equivocado.

La ley marcial es el último paso antes de que todo se desmorone.

Ahora podrían pasar dos cosas: 1) La ley marcial es efectiva; se cuenta con personal militar suficiente para contrarrestar el caos; las revueltas son puntuales, en vez de generalizadas; la destrucción no será grave y se recuperará la normalidad con relativa facilidad. 2) La ley marcial fracasa; los militares subestiman la necesidad o no son capaces de organizarse lo bastante deprisa; las revueltas se vuelven sistémicas y graves; el sur de California se destruye y tarda años en recuperarse, si es que lo hace.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —me pregunta Alyssa antes de acostarnos.

No le cuento lo de las dos posibilidades.

—Habrás que esperar a ver —le contesto.

Sé que es una persona capaz y que podrá encargarse de la casa mientras mis padres y yo no estemos, pero me preocupa Jacqui. Querrá tomar el mando, y eso no me gusta.

Con esos pensamientos me voy a la cama. Temo que me mantengan despierto, pero, a veces, tu cuerpo te hace un gran favor. Estoy tan agotado que me quedo frito a los diez minutos de tocar la almohada.

Me despierta de golpe el zumbido de nuestra alarma de detección de movimiento. Contamos con detectores de segunda generación; sólo se disparan si el objeto en movimiento es lo bastante grande como para ser un humano, lo que significa que alguien ha saltado la valla. Miro la hora. Casi las cinco de la mañana. Entro en la sala de juegos, donde Alyssa, Garrett y Jacqui ya están despiertos y alerta.

—¿Qué coño es eso? —inquire Jacqui.

—Alerta de intrusos —respondo, y me doy cuenta de que sueno más a ciencia-ficción de lo que pretendía—. ¿Dónde está mi padre?

Nadie responde, pero oigo a papá llamarme desde abajo. Entonces es cuando Jacqui se acerca a una ventana, y lo que ve la empuja a mirarme con los ojos como platos..., algo que ni siquiera sabía que entrara dentro de su repertorio.

—Esto no puede ser bueno... —musita.

Miro por la ventana y veo luces, docenas de ellas en la oscuridad previa al alba, agrupadas como constelaciones de estrellas. Me restriego los ojos mientras espero a que se adapten a la oscuridad... y ahora veo las formas. Gente con linternas, y todos van hacia nuestra casa.

—¿Qué está pasando? —pregunta Alyssa.

Entonces oigo los golpes.

¡Pum, pum, pum!

Hay alguien ante nuestra puerta.

—Alejaos de las ventanas —les digo a los tres, y bajo las escaleras volando.

Mi padre está en el comedor; va un paso por delante de nosotros y ya ha sacado un montón de armas que ha dispuesto sobre la mesa. Pistolas, munición, cuchillos y un surtido de otras herramientas tácticas, algunas que ni siquiera reconozco.



Veo a mi madre en la habitación segura, moviendo objetos a toda prisa para hacernos sitio.

¡Pum, pum, pum!

Por fin han llegado los lobos. El estómago se me revuelve. Me recuerdo que la puerta principal está blindada y que todas las ventanas son a prueba de balas. Nuestra casa es impenetrable y nadie va a entrar. Pero, si todo eso es cierto, ¿por qué tengo tanto miedo?

—¡Kelton! —grita mi padre mientras Alyssa, Garrett y Jacqui bajan las escaleras—. Mete a tus amigos en la habitación segura. Después, ve a por tu pistola.

Pero no logro procesar su orden.

—¿Dónde está tu pistola? —pregunta al comprender mi vacilación.

—Aquí mismo —responde Jacqui, que se señala la culata que asoma de la cintura de su pantalón.

Mi padre mira la pistola, a Jacqui y a mí, y calcula cómo ha podido suceder lo impensable; a la vez que, quizá, evalúa el nivel de amenaza de la chica. Al final decide que la amenaza de fuera es más inminente que la de Jacqui, que está claro que no piensa devolverme la pistola; así que mi padre no me pregunta cómo la ha conseguido. Después me echará la bronca, estoy seguro.

Papá abre el cuadro eléctrico del pasillo de abajo y baja el interruptor principal que apaga los focos de fuera y las luces de dentro, aparte de su linterna. Después le acopla los infrarrojos a las armas que los aceptan para ver a los intrusos sin que ellos le vean a él.

Los golpes, que habían parado unos segundos, cambian de timbre y dirección. Ahora llegan de la puerta trasera, en vez de la principal, y son aún más insistentes que antes. Nuestra puerta trasera cuenta con una cerradura de doble cilindro de alpaca, pero mi padre siempre se ha quejado de que el marco no es lo bastante grueso. Si el marco no está a la altura, la cerradura no sirve de nada.

Mi madre intenta llevar a los demás a la habitación segura, pero Jacqui no se mueve; ni tampoco Alyssa, y Garrett no se va sin su hermana.

Papá carga las armas y quita los seguros.

—Richard, ¿qué estás haciendo? —pregunta mamá, horrorizada. Una cosa es ver las armas en la mesa y otra, ver que las cargan.

—Proteger a mi familia. —Los golpes en la puerta son más frenéticos que nunca.

—No nos apresuremos a sacar conclusiones —responde mamá con voz temblorosa.

Pero mi padre está decidido. Se pone su chaleco antibalas.

—Mete a todo el mundo en la habitación segura.

—¡Ven con nosotros! —le grita mi madre, desesperada—. ¡No tienes que hacer esto!

—¡Pues claro que tengo que hacerlo!

No deja de cargar armas, y ahora veo que le tiemblan las manos. Lo único que evita que implusione es su colección de juguetes mortíferos.

—¡Al menos vamos a ver lo que quieren! —chilla ella.

—¡Ya sabes lo que quieren!

Por fin mira a mi madre a los ojos, le deja verlos, de verdad, por primera vez en mucho tiempo. La persona que vi en el garaje antes. No un monstruo indignado en busca de violencia, sino un ser humano sincero, atrapado en esta casa con nosotros, muerto de miedo.

Se decide por la escopeta y se mete en la cocina para apostarse en el extremo contrario a la puerta abierta. Nadie ha entrado en la habitación segura. Todos quieren estar aquí. Ver qué sucede. Ver cómo acaba esto; como si estando aquí pudiera evitarse.

Más golpes en la puerta. El pomo se mueve con violencia, aunque no se gira.

Mientras tanto, las voces de la calle aumentan de volumen. Oigo que la puerta de seguridad cae. También a alguien gritar tras caer en una de las trampas de nuestro patio delantero, pero no hay suficientes para detener este asalto.

Entonces paran los golpes en la puerta de atrás.

Mi padre respira hondo y se prepara. Alza el arma y apunta a la puerta, listo para lo que venga a continuación. No consigo apartar la mirada de la puerta, como cuando era pequeño y creía que había un monstruo en el armario. Me quedaba mirándolo sin moverme, sin parpadear, para asegurarme de ver lo que saliera por allí antes de que lo que saliera pudiera verme. «Esta puerta está bien cerrada —me digo—. Con llave. Nadie va a entrar».

Entonces oigo un ruido familiar y terrible: una cerradura al abrirse. El pomo gira. La puerta se abre. Los intrusos lo han conseguido.

Y de repente todo ocurre en imágenes rápidas y desconectadas, como si la realidad parpadeara con fuerza a mi alrededor.

La puerta se abre de par en par.

Una figura da un paso adelante.

Mi padre grita y aprieta el gatillo.  
El mundo estalla con el disparo de la escopeta.  
El intruso vuela de espaldas y se estrella contra el marco de la puerta.  
Hay sangre por todas partes.  
Tengo sangre encima.  
Me pica un ojo por culpa de la sangre.  
El intruso rebota en el marco. Cae sobre el suelo de la cocina, bocabajo, delante de la puerta abierta.  
Y en la puerta...  
Hay una llave en la cerradura.  
Una llave solitaria.  
Mi padre contiene el aliento, todavía conmocionado por haber apretado el gatillo.  
Pero mi madre da un paso hacia el cuerpo, en una especie de trance...  
Entonces mi padre suelta el arma...  
Y cae de rodillas...  
Y ahora por fin empiezo a unir las piezas.  
Porque me doy cuenta de que el cuerpo que está tirado bocabajo en el suelo no es el de un intruso asesino enloquecido por la sed.  
Es mi hermano, Brady.  
Mi padre, gimiendo de dolor, le da la vuelta para confirmar la inevitable verdad. Me destroza, aunque de una forma extraña, hueca. Pierdo el control de mis sentidos. Ahora mismo me he salido de mi cuerpo y miro lo que sucede desde fuera, como un observador envuelto en la piel de otro.  
Mi madre se tira sobre el cuerpo inmóvil de Brady. Su camisón blanco absorbe la sangre. Mi padre le da palmadas en la cara, negándose a aceptar la realidad, como si pretendiera despertarlo de un mal sueño.  
—No, no, no, no, no, no, no...  
Estoy tan hipnotizado por la escena que no me he dado cuenta de lo que sucede en la casa. La gente ha entrado en tromba por la puerta principal. Los vecinos. Los intrusos. Pasan como sombras y lo saquean todo. Con ojos rabiosos y salvajes. Entran armados con palas, atizadores y bates de béisbol.  
Pero mis padres permanecen ajenos a todo. ¿Qué más da? ¿Qué más da todo esto? Mi hermano mayor está muerto.  
Brady recibió nuestros mensajes. Sabía que esta mañana nos íbamos al refugio y, como siempre, ha llegado en el último minuto. Y al ver a la muchedumbre acercarse, intentó advertirnos llamando como loco a la puerta para entrar.

Deberíamos haber sabido que era él al ver que el pomo giraba. Todos deberíamos haberlo sabido, por la llave que mi padre siempre le dejaba escondida en el mismo lugar desde que éramos pequeños, en un hueco en la barandilla del porche de atrás. El fallo intencionado de nuestro sistema de seguridad.

Alyssa me chilla desde atrás, pero tardo unos segundos en registrar sus palabras.

—¡Tenemos que irnos! ¡Kelton, tenemos que salir de aquí!

Pero no me voy. No voy a abandonar a mi hermano, y mis padres tampoco. Me tiemblan las piernas, y me dirijo al centro de la habitación. Mi mano toca algo y lo cojo: la escopeta que ha soltado mi padre.

Metó otra bala en el cañón.

Miro a los muchos ojos brillantes de los lobos.

Van a morir hoy. Todos ellos.

Apunto a la cabeza de una figura que lleva una caja de agua.

Metó el dedo en el gatillo.

Y, de pronto, todo se funde a negro.

## 17) Jacqui

Nunca había visto a nadie derribado por el marco de una foto, y menos de una foto propia. Pero, oye, hay una primera vez para todo. El marco de metal era lo bastante pesado, y Alyssa lo descargó sobre la cabeza de Kelton con la cantidad precisa de fuerza. Y justo a tiempo, porque Kelton iba a hacerlo de verdad. Iba a empezar a volarle la cabeza a la gente, de verdad.

Lo único que distingo es la cegadora lluvia de linternas que apunta en todas direcciones. Mantengo las manos relajadas y los dedos en la pistola; pero no pienso malgastar ni una bala, a no ser que no me quede más remedio.

Alyssa se vuelve hacia mí y saca unas llaves. Las del BMW. Debe de haberlas recuperado durante el caos. Mientras los demás nos quedábamos paralizados por la conmoción, ella ya estaba calculando nuestra huida.

—Tenemos que salir de aquí ya. —Se acerca al cuerpo inmóvil de Kelton—. Cógelo.

Ella agarra las llaves con fuerza, y constato que se han convertido en una ventaja dentro de un juego de poder.

—¿Quién te ha puesto al mando? —la reto, pero teniendo en cuenta que están vaciando la casa delante de nuestras narices, quedarse no es una opción; y si ese refugio ahora va a estar disponible, necesitamos que Kelton nos enseñe cómo llegar allí. En resumen, tiene razón, y lo odio.

Alyssa corre de vuelta a la cocina e intenta convencer a los padres de Kelton de que vengan con nosotros, pero no ceden. Lo único que quieren hacer (lo único que son capaces de hacer) es consolar inútilmente al que ahora entiendo que es su hijo muerto.

—Marchaos —le dicen a Alyssa, inmersos en su tristeza—, marchaos...

Mientras, a nuestro alrededor, los intrusos lo saquean todo como chacales.

Lo que ha sucedido era inevitable. Tenían que presumir de su sistema eléctrico y de sus recursos. El padre de Kelton tenía que ser el héroe de la familia. Es como si estuviera tan obsesionado por proteger la casa que se le olvidara que el objetivo principal era proteger a sus ocupantes.

Agarro a Kelton por debajo de los hombros y lo levanto. Lanzo una mirada a Garrett, que está escondido, acurrucado detrás de un sofá. Arrastramos entre los dos a Kelton por el pasillo, hacia la puerta delantera, con Alyssa delante. Por el camino decido observar lo que sucede de verdad a nuestro alrededor, pero está demasiado oscuro, no son más que figuras y siluetas. No obstante, lo oigo todo: los gemidos ahogados de los padres de Kelton, enmudecidos por decenas de pies que corren por el suelo: chirridos, taconeos, rasguños contra el suelo de madera. Alguien abre una puerta de una patada; la oigo astillarse. Los tarros tintinean y se rompen en la cocina cuando los tiran de los estantes de la despensa o se caen de los brazos sobrecargados de la gente. Un contenedor de agua que habíamos subido hace un rato cae por las escaleras y se estrella contra el suelo. Van a arrasar y despedazar esta casa hasta que no quede más que el almacén.

Alyssa abre la puerta principal, y más gente entra en tromba. Una verdadera corriente cruzada de zombis del agua.

Justo cuando estamos saliendo por la puerta, un hombre levanta un bate de béisbol y amenaza con golpear a Alyssa con él. Lo sostiene en alto un momento, pero lo baja al reconocerla.

—¡No nos han dejado otra opción! —exclama, como si eso fuera excusa para sus acciones.

Alyssa no responde. De hecho, no le ofrece ni la más ligera satisfacción de un gesto humano: lo empuja a un lado y sigue caminando hacia el BMW de la entrada.

Garrett y yo metemos a Kelton dentro; es como si lo secuestráramos, y entonces recuerdo que, técnicamente, eso es justo lo que estamos haciendo. Alyssa se sube en el asiento de atrás para cuidar de él, así que Garrett me hace de carabina delante. Menudo momento para usar esa palabra.

Me siento tras el volante, cierro la puerta y le doy al botón para bloquear los pestillos; es un alivio oírlos bajar. Aunque los intrusos están demasiado enloquecidos como para percatarse de nuestra huida.

Extiendo una mano hacia Alyssa.

—Si quieres que conduzca, vas a tener que darme las llaves.

Pero no me las da. Las aprieta con fuerza en su puño.

—No hacen falta para arrancar. Tú pulsa el botón.

Malditos BMW. Siempre que la llave esté dentro del coche, arrancan, da igual que la asquerosa manita que la sostenga no sea la de la conductora. De nuevo, me parece que no tengo alternativa. Arranco el coche, doy marcha atrás entre los zombis que acechan a nuestro alrededor y salgo disparada hacia la oscuridad, a punto de olvidar encender los faros.

Izquierda. Derecha. Otra derecha. Izquierda.

Estoy conduciendo demasiado deprisa y lo sé, pero no consigo frenar. La adrenalina ha vuelto mi pie de plomo. Paso por encima de un escombros en la carretera. Lo oigo arañar los bajos del coche. Rezo a Dios para que no nos haya agujereado el depósito.

—Voy a vomitar —balbucea Garrett—. Creo que voy a vomitar.

—¡Trágate! y no seas llorica! —le respondo.

—¡No le hables así a mi hermano!

Giro a la derecha. No sé por qué; estoy en una bifurcación y tengo que elegir. Pongo las largas porque quiero ver todo lo que tengo delante. Me da igual cegar a los coches que van en sentido contrario. No hay otros coches. Todos los que iban a alguna parte ya han llegado o se han rendido.

Me reprendo por haberme metido en una situación semejante. Debería haber encontrado el modo de quitarle las llaves al padre de Kelton por la noche, pero me rendí a la comodidad y la seguridad de una casa bien abastecida. Falsa seguridad. No había nada seguro en ese lugar; todos esos suministros, todos esos vecinos sedientos y cabreados... Era un pararrayos en una tormenta de mierda, y ellos no lo veían. Bueno, ¿qué se puede esperar cuando te escondes con una familia de empollones enfadados? Eso es la familia de Kelton. Empollones que cambiaron sus entradas a la Comic-Con

por entradas para exposiciones de armamento. En vez de tonterías sobre *Star Trek*, seguro que son capaces de contarme todas y cada una de las aplicaciones de un arma, pero nunca serían capaces de imaginarse lo que se siente al acabar de verdad con una vida humana. Bueno, ahora el padre de Kelton sí que puede. Empollones con pistolas. Ahora sí que lo he visto todo.

—¿Adónde vamos? —pregunta Garrett, que ha conseguido no potar.

—Lejos de esa maldita casa —es la única respuesta que puedo darle.

Conducimos por otra calle de extrarradio idéntica a la anterior, pasamos junto a interminables hileras de casas bien juntitas, antes llenas de vida y ahora con fachadas como rostros muertos de ojos hundidos que rezuman desesperación. Este sitio es como los espeluznantes barrios abandonados que rodean las centrales nucleares en las que se ha producido una fuga. La misma sensación desoladora. El lugar al que va a morir la esperanza.

Giro a la izquierda. No es más que otro callejón residencial sin salida. ¡Joder! Al llegar al final, giro casi en redondo y regreso por donde he venido.

—¡No podemos seguir conduciendo en círculos! —me grita Alyssa desde atrás.

—¡Vale! ¡Pues dirígeme tú!

—¿Adónde?

—¡A donde sea!

Se inclina hacia delante y mira a nuestro alrededor. Apenas vemos el exterior, aunque ella parece saber dónde estamos.

—De acuerdo. Gira a la derecha. Aquí no, en la siguiente.

Dos giros más y, por fin, salimos del barrio y entramos en una calle principal. Aunque no sé bien si eso es bueno o malo.

Miro por el retrovisor. Kelton está apoyado en la puerta, detrás de Garrett. Sigue inmóvil e inconsciente.

—Despiértalo —le digo.

—Quiero dejarlo dormir.

—¿Cómo sabes que no está muerto? Le diste bastante fuerte.

—Respira —responde ella, irritada por mi pregunta—. Los muertos no respiran.

Garrett se vuelve para mirarlo.

—Quizá tengáis razón las dos. Quizá sea muerte cerebral.

Y eso sí que cabrea a Alyssa, que dice:

—Puede que sufra una contusión. No lo sabremos seguro hasta que se despierte.

—Pues despiértalo —insisto.

Esta vez, Alyssa se acerca a Kelton y lo sacude. Él se despierta, y creo que estoy tan aliviada como ella.

El chico tose, se restriega la parte de atrás de la cabeza y parpadea unas cuantas veces, todavía medio atontado.

Me pregunto si sabe que lo han dejado inconsciente de un golpe y lo han arrastrado hasta el coche. Me pregunto si recuerda lo que ha sucedido en su casa. A veces, cuando sufres un daño cerebral, te borra la memoria a corto plazo. Pierdes los últimos minutos, como un asqueroso documento de Word que se te ha olvidado guardar.

La niebla tarda unos segundos en disiparse, aunque está claro que recuerda, porque se pone hecho una furia.

—¡¡¡No!!! ¿Qué estáis haciendo? ¡Tenemos que volver! —Alyssa lo agarra con ambas manos, pero él se zafa de ella—. ¡Tenemos que detenerlos!

—¡Es demasiado tarde, Kelton! —le grita Alyssa.

Él tira de la manilla de la puerta, preparado para saltar del coche en marcha. Que el cierre esté echado es suerte pura y dura; la puerta no se abre.

Gime de rabia y pateo el tirador hasta que se rompe. Pero la puerta sigue sin abrirse.

Cambio de carril para apartarlo de la puerta. Funciona. Cae sobre Alyssa, que lo sujeta con más fuerza de la que le creía capaz mientras él se resiste.

—¡Mis padres!

—Intenté convencerlos para que vinieran. No quisieron.

—¡Esa gente los va a matar!

Y, entonces, Garrett dice algo que suena bastante sabio, la verdad:

—No lo creo —murmura—. Bueno, no se estaban resistiendo. Los zombis del agua sólo quieren una cosa, ¿no? Si no te interpones en su camino, seguro que te dejan en paz.

Eso parece calmar un poco a Kelton. Al menos, lo suficiente para que Alyssa decida soltarlo. El chico se deja caer en el asiento y niega con la cabeza.

—No, no, no, no. No podemos... No podemos...

Pero ya no hay convicción en sus palabras. Se queda callado un momento mientras la furia se aleja y aparece la verdadera emoción que se escondía tras ella.

—Mi hermano está muerto...

No digo nada. ¿Qué puedo decir? Es imposible deshacerlo, las únicas opciones son enfrentarse a ello o morir. Kelton seguramente elegiría lo segundo ahora mismo. Le dejo lo de la compasión a Alyssa. Seguro que a ella



se le da mucho mejor. Sólo puedo imaginarme las cosas oscuras y desquiciadas que se le deben de estar pasando por la cabeza ahora mismo a Kelton. Sigo reviviendo en mi cabeza los acontecimientos de los últimos quince minutos una y otra vez, y cuanto más permito que continúe girando la noria mental, más veo que Garrett tenía razón. Yo también tengo ganas de vomitar. Lo que ha pasado en esa casa... Nunca había experimentado algo tan salvaje, tan inhumano.

—Lo siento, Kelton —murmura Alyssa—. Es una mierda.

Y eso lo vuelve loco.

—¿Una mierda? ¿Que es una mierda? No, Alyssa. Suspender un examen final es una mierda. Que se te caiga el móvil en el agua es una mierda. ¡Mi padre acaba de disparar a mi hermano en el pecho y yo lo he visto morir! ¡No me insultes diciendo que es una mierda! —Entonces le da tal patada al asiento de delante que casi pierdo el control del volante—. ¡Y no te perdonaré nunca por ese golpe!

—¿A mí? —pregunto—. Por mucho que hubiera disfrutado dejándote inconsciente, no fui yo.

—Fui yo, Kelton —dice Alyssa—. Tuve que hacerlo... Ibas a matar a Stu Leeson.

—¿Y? ¡Ojalá lo hubiera hecho! ¡Se merece morir! ¡Todos se lo merecen!

—Hazme caso, Kelton... Más adelante te alegrarás de que te detuviera.

El chico aprieta la mandíbula y aparta la cara. Tiene los ojos rojos y nublados por las lágrimas. Se da cuenta de que lo miro por el retrovisor.

—¡No me mires, zorra!

Lo normal habría sido reaccionar con la contundencia apropiada, pero Kelton está fuera de sí. La tristeza suele convertir a la gente en lo que no es. Así que se lo permitiré por esta vez.

Más adelante hay una curva en la carretera. Restaurantes de comida rápida a oscuras a ambos lados. Después, justo detrás de un cruce importante, veo docenas de coches y tiendas alrededor de un hipermercado Target. Es probable que se trate de un centro de ayuda que todavía no ha visto ayuda alguna.

—¿Crees que tendrán agua? —pregunta Alyssa.

—Ni de lejos. Pero están todos esperándola como si fuera la segunda venida de Cristo —respondo.

Hay muchísima gente. «Desgracia compartida, menos sentida», pienso; aunque, bueno, estar con otras personas también ofrece esperanza. Si no fuera así, yo no estaría aquí, con estos idiotas.

Cuando pasamos junto al campamento del Target, me doy de bruces contra la realidad. ¿Es este el mismo planeta en el que estaba la semana pasada? ¿Cómo es posible? Jamás me habría imaginado que el «perfecto» condado de Orange pudiera volverse tan loco. Qué gracia que antes despreciara tanto este lugar como para desear que Dios todopoderoso le lanzara una plaga de langostas e implantes mamarios reventados. Sin embargo, ahora que todo el sur de California ha sufrido una plaga de verdad, estoy un poquito decepcionada. No porque quiera sufrir más de lo que ya he sufrido, sino por sus habitantes; por lo débiles que son, por lo frágiles que deben de ser sus psiques para permitir que la escasez de agua los convierta en turbas asesinas. Si algo sé con certeza es que no quiero caer tan bajo; joder, ni siquiera quiero estar cerca de ellos.

Eso no significa que sea una santa. He roto unas cuantas ventanas. He saqueado incontables frigoríficos y almacenes. Me he aficionado a entrar en casas ajenas, vivir la buena vida y pasar a la siguiente. La diferencia es que yo lo he elegido, y no a costa de nadie. Quiero decir, sí, vale, mis delitos han dejado alguna víctima, pero las víctimas apenas se dieron cuenta de lo que les faltaba y, si lo hacían, tenían buenos seguros. Soy una malhechora traviesa y simpática. No creo que pudiera formar parte de una muchedumbre descerebrada que asalta una casa. Más bien sería la que se lleva el camión en el que la multitud guarda lo robado y deja una nota de Hello Kitty que pone: «Nos vemos, capullos». Para mí, ese es el estilo Betty Davis.

—¡Mirad eso! —exclama Garrett.

Está apuntando adelante, donde hay una iglesia iluminada por cientos de velas. La puerta está abierta y el santuario está abarrotado, la gente se desparrama por la calle. Decenas de familias que rezan juntas por que termine la sed. Mi abuela creía en el poder de la oración. Entre los fieles se suele decir que Dios responde a todas las plegarias, y a veces la respuesta es no. Mi abuela odiaba ese dicho. «Dios nunca dice que no —me aseguraba—. Lo que dice es: “Hoy no”». Que es justo la respuesta que recibe esta vigilia a la luz de las velas.

Detrás de mí, Kelton guarda silencio. Ahora mismo, su cerebro está más que cortocircuitado, y soy consciente de que necesitará reiniciarlo del todo si quiere salir con vida de esta situación.

Garrett, al ver que Kelton está conmocionado, le ofrece su cantimplora.

—Toma, bebe un poco —le recomienda—. Te sentirás mejor.

Qué curioso que, en medio de todo el caos, sea Garrett el único que ha recordado coger lo más importante.

Kelton ni siquiera reacciona, como si el agua fuera el enemigo que ha matado a su hermano. Supongo que, en cierto modo, así es.

Como no acepta la cantimplora, la cojo yo; aunque, en vez de actuar como una zombi del agua, le doy un traguito pequeño y se la devuelvo a Garrett. Alyssa me mira con rabia y frunce los labios, seguramente para evitar decirme alguna estupidez. Después le pide la cantimplora a Garret y también toma un traguito.

Seguimos sin tener un destino. Ya no conduzco en círculos, pero eso no cambia el hecho de que no tenemos adonde ir.

—Kelton, ¿dónde está vuestro refugio? —le pregunto.

—En tu culo.

—Aaah, mira quién dice palabras feotas ahora —me burlo. Responde con una expresión que un águila de los *boy scouts* como él no debería conocer.

—Déjalo en paz —espetea Alyssa.

—Como me des otra orden, te echo del coche con una nota en la espalda que ponga: «Bébeme».

Y consigo arrancarle un ligero resoplido a Kelton. Bien. Un avance.

Ahora, a nuestra derecha, hay un montón de familias que migran en manada, como si participaran en una especie de peregrinaje divino. Al menos están haciendo algo, en vez de sentarse a esperar que alguien los salve. Es como si todo el mundo se hubiera dividido en campamentos, cada uno con su propia teoría sobre cómo actuar.

—¿Adónde creéis que van? —pregunta Garrett.

—No estoy segura de que lo sepan —respondo.

Y, entonces, Kelton señala al frente, donde la luz del alba asoma por el lejano pico de la montaña.

—Van a Lake Arrowhead —dice—. Pero no van a llegar. Hay dos cadenas montañosas y dos condados en medio.

Parece que el peregrinaje lo ha devuelto al planeta Tierra. Aprovecho la oportunidad para sonsacarle más información.

—¿Ahí está el refugio?

—No... Está en el Bosque Nacional Angeles. Mucho más cerca. Al norte, en vez del este. —Mira en otra dirección—. Pero no vamos a poder llegar en este coche. Necesitamos algo con un bastidor elevado. Tracción a las cuatro ruedas.

—¿Te refieres a una ranchera con la suspensión elevada? —pregunta Garrett—. ¿Como la del tío Laurel?

—Exactamente igual que la del tío Laurel —asiente Kelton.

—Está en casa de su especie de novia —dice Alyssa—. En Dove Canyon.  
Y por fin sabemos a dónde vamos.



TERCERA PARTE  
EL ABISMO  
INTERMEDIO

## **DÍA CINCO. MIÉRCOLES, 8 DE JUNIO**

### **18) Henry**

Para lograr un éxito real, hay que pensar de una forma muy específica. Puedes dirigir la mejor compañía textil del mundo, diseñar un nuevo sistema de propulsión para la NASA o incluso pintar la Mona Lisa..., pero, por mucho dinero que tengas en ese momento, seguirá faltándote algo muy importante para obtener la verdadera riqueza.

Porque la riqueza es una actitud.

O como mi mentor, el subdirector Metzger, siempre dice: «Rico es un adjetivo, riqueza es un verbo». En realidad es un sustantivo, pero eso no viene al caso.

La verdadera riqueza sólo se establece cuando eres lo bastante disciplinado como para invertir en activos que generan los ingresos suficientes para cubrir tus gastos. Ahora mismo, mis gastos son mínimos y mi nuevo negocio de hidratación ha alzado el vuelo, atravesado el tejado y volado hasta la estratosfera.

Mis padres y yo vivimos en una comunidad cerrada llamada Dove Canyon. Y cuando vives en este condado de clase media alta que es Orange (y más en un cañón), la altura lo es todo. Por eso mi madre y mi padre invirtieron en una casa cerca de la cumbre de la colina. Es una de las más grandes de la comunidad, con una vista panorámica, y desde las alturas preside el campo de golf y casi todas las demás viviendas de nuestro código postal. Y como mis padres se fueron de vacaciones la semana pasada, yo me he encargado de cuidar de nuestro hogar, incluso cuando empezaron estos tiempos tan difíciles.

Además de contribuir a mi crecimiento como persona, la restricción ha demostrado ser una fantástica experiencia de aprendizaje sobre los negocios y el comercio. Hace un tiempo, mi padre animó a mi madre a fundar su propio

negocio; sin embargo, ella prefirió dejar que una de sus amigas la convenciera para comprar sesenta cajas de AguaViva, una estafa piramidal en la que te gastas una cantidad de dinero absurda en comprar setecientos veinte botellas de agua mineral de baya de goji tratada con álcalis..., que al final acaba almacenada en el dormitorio de invitados durante seis meses porque nadie quiere comprar agua mineral de baya de goji tratada con álcalis. No obstante, ahora que el valor del agua se ha incrementado exponencialmente, he conseguido unos beneficios sustanciales gracias al AguaViva.

Si algo he aprendido de mis estudios, es que los inversores más importantes aprovechan los tiempos de crisis. Aunque, al principio, quizá suene frío, el deber de los gigantes consiste en permanecer erguidos y generar beneficios, que a su vez conducen al gasto, lo que finalmente estimula la economía para el bien común.

Estoy comiendo regaliz rojo y las galletas que sobraron de la última fiesta de empresa de mi padre cuando alguien llama al timbre. ¡Otro cliente! Respondo a la puerta y compruebo, sorprendido, que se trata de Spencer, un chico que vive unas casas más arriba. Nunca me ha gustado demasiado; su casa está justo en la cima; se encuentra a más altura y es más grande que la nuestra, pero, técnicamente, la nuestra es más alta. En primaria abríamos puestos de limonada en la calle, uno a cada lado. Al crecer un poco más, competíamos en silencio por vender suscripciones a revistas cuando había que recaudar dinero para el instituto, y si él creía que no iba a ganar, sus padres compraban la *Reader's Digest* para todos los amigos de su lista de contactos. Mis padres, por el contrario, se negaban, así que siempre quedaba el segundo. Antes me molestaba; ahora lo veo como una primera lección sobre el valor inherente de una sana competencia. Aunque sigue sin caerme bien.

—Hola, Henry.

—Hola. ¿Qué tal estás, Spencer? Pasa.

Le doy la bienvenida a mi casa y lo conduzco a la sala de estar. Me fijo en sus movimientos lentos y vacilantes al caminar.

—¿Te puedo ofrecer algo? —pregunto, porque es una formalidad y la manera de iniciar las negociaciones.

Se sienta en el sofá de cuero. Parece débil. Enfebrecido. Mucha gente está así. Creo que es algo más que la deshidratación pura y dura.

—¿Estás bien? —le digo; sé que no, pero me pregunto si lo reconocerá.

—El agua del viejo depósito de la colina —responde—. No sé, creo que estaba mal o algo.

Mientras el resto del sur de California se las deseaba para conseguir agua, Dove Canyon creía estar a salvo. Aunque nuestro principal depósito de agua ya estaba en las últimas antes de la restricción, había otro más antiguo en lo alto de la colina, uno que habían apartado del servicio. Alguien tuvo la genial idea de volver a conectarlo para conseguir lo que quedara de agua y ¡bingo! Tuvimos agua dos días más que los demás. El problema es que ahora todo el mundo está enfermando por su culpa. Todos menos yo, claro, porque nunca he confiado en el agua del grifo, ni siquiera cuando se suponía que era buena. Además, cuando te dedicas a las ventas no sólo debes creer en tu producto, sino vivir en consecuencia.

Spencer deja escapar una respiración pesada y dolorida, gira el cuello y dice:

—He oído que tienes agua.

—La tengo —respondo, y me dejo caer en el sofá de al lado para que el momento resulte incómodo, adrede.

—Te daré la pelota con el autógrafo de Peyton Manning —dice, haciendo su primera oferta, que ya lo deja en desventaja. Aunque él piense que es su mejor oferta, no es más que la base para la negociación.

—Apenas vale media botella —le explico—. Y ya sabes que no soy aficionado al fútbol americano. Además, ya lo he comprobado: esa pelota vale doscientos cincuenta dólares.

Spencer piensa deprisa.

—La pelota y una botella de Johnny Walker, edición King George. —Y añade—: Para tu padre.

Un gesto bonito, pero tengo que rechazarlo. El problema con casi todo el mundo en la economía del trueque es que no hacen más que cambiar un artículo consumible por otro. Pero, si de verdad quieres acumular riqueza, necesitas artículos que se revaloricen. Mi padre siempre ha enfatizado la importancia de la diversificación, y me gusta pensar que he adquirido una cartera diversa gracias a mi negocio de hidratación: una cartera a la que pretendo sacar beneficios en eBay. Hasta ahora he adquirido un sistema de sonido *surround*, una colección de vinilos *vintage*, un cuadro de *Thomas Kinkaid*, una primera edición autografiada de *El halcón maltés* y una pitón real de color amarillo.

Entonces, ¿qué posee Spencer que merezca la pena añadir a mi colección?



—¿Y mi Xbox? —pregunta.

—Todo el mundo me las ofrece —respondo, negando con la cabeza.

Sabe lo que quiero, y este baile no hace más que acercarnos a eso. Porque en su habitación de juegos, en un marco, tiene colgado un jersey autografiado de Michael Jordan; el celeste, de cuando estaba en la universidad. Es un artículo casi único, valorado en unos dos mil dólares.

No lo quiere decir. No lo va a ofrecer. Me obligará a pedírselo. Me parece justo.

—El jersey de Jordan —le digo—. Una caja de agua, es decir, doce botellas de un litro, por el jersey de Jordan.

—¡No puedo! ¡Mi padre me matará!

—Esa es la oferta —insisto, y me encojo de hombros.

Spencer aprieta los dientes y entorna los ojos como si estuviera estreñido antes de responder:

—Dos cajas.

Y entonces sé que he ganado.

Me levanto y finjo que ha terminado la negociación.

—Si no vas en serio, te voy a tener que pedir que te marches.

—¿Caja y media?

—Vale —suspiro—. Pero sólo porque nos conocemos desde hace tiempo.

En realidad habría aceptado las dos cajas, pero, como decía, Spencer no me cae bien.

Meto la mano bajo el sofá y saco una botella de agua que suelo reservar para ofrecer muestras. Sólo queda un tercio, así que se la lanzo.

—El primer trago es gratis —le digo—. Considéralo un extra.

Y se abalanza sobre ella.

—ÁguaViva procede de un acuífero artesiano de Portugal, casi kilómetro y medio bajo la superficie terrestre —le informo mientras bebe—. Después lo ionizan para conseguir el equilibrio perfecto del pH, lo que aumenta el oxígeno en sangre y mantiene tu energía a lo largo de un día entero. Y justo antes de embotellarla, añaden en infusión las bayas de goji, ricas en antioxidantes, que no sólo sirven para desintoxicar el hígado, sino que mejoran la función inmunitaria.

Spencer se acaba la botella y me mira como si estuviese enamorado. Quizá lo esté. Me han llegado algunos rumores sobre él, aunque ahora mismo creo que se trata de la adoración típica que se siente por tu salvador.

—Vamos a hacer una cosa —le digo—: te cambio la caja y media por el jersey, la pelota y la botella de whisky.

Él asiente, cediendo como un socavón.

—Sí. Sí, vale. ¡Gracias, Henry!

—De nada, Spencer —respondo con una sonrisa cordial.

Y lo digo en serio. En mi opinión, no hay nada mejor que una situación en la que todos ganan.

## 19) Alyssa

Justo a las puertas de Dove Canyon hay una fuente. Cuando la sequía no era más que una sequía normal, antes de los cortes de agua de verdad, la fuente atraía a los pumas. Bajaban de las colinas como gatos domésticos para beber agua de su cuenco. Eso debería haber sido una señal de advertencia para cualquiera que prestara atención.

Entonces, la gente empezó a abandonar las comunidades granjeras del Valle Central de California, cuando se convirtió en la Cuenca de Polvo del Pacífico, y a abarrotar las ciudades, que ya estaban de por sí abarrotadas, como los grandes felinos que abandonaban las colinas secas. Por mucha advertencia que fuera, no nos caló tanto como debería... porque las respuestas oficiales eran, bueno, literalmente, una gota que no colmaba el vaso. Multas para los que regaban el césped. La Iniciativa del Uso Frívolo. Anuncios de servicio público recordando a la gente que no malgastara el agua. No sirvió de nada. El agua se acabó de todos modos. Ahora, la fuente de Dove Canyon está vacía. Los pumas han muerto o emigrado, y los humanos se enfrentan a las mismas alternativas.

Sólo hay una ruta para entrar o salir de Dove Canyon: una única puerta vigilada por guardias de seguridad privados. Algunos son simpáticos; otros actúan como si formaran parte del servicio secreto que protege la Casa Blanca. Hoy no hay ninguno de ellos, y la puerta la han reventado.

—Hablando de falsas sensaciones de seguridad —observa Jacqui—. Es probable que derribaran esa puerta el primer día.

—Alyssa, mira —dice Garrett, que señala algo.

Hay una extraña barricada improvisada justo al otro lado de la puerta rota.

Aparcamos a un lado de la carretera, salimos del coche y entramos andando por la puerta abandonada, desconcertados por la barrera que debieron de montar después de la caída de la valla.

—Parece que lo hicieron a toda prisa —comenta Kelton.

Construyeron la barricada con toda la basura que consiguieron sacar de los garajes del barrio: escaleras y muebles viejos, estanterías de Ikea que habían visto días mejores; tumbonas y bicicletas oxidadas. Básicamente, toda la porquería que se habría vendido en el patio si la asociación de vecinos permitiera ese tipo de mercadillos.

—Nuestro tío nos dijo que Dove Canyon todavía tenía agua después de la restricción —le explico a los demás.

—Sí —responde Garrett—. Es probable que hayan tenido que echar a los intrusos.

La idea de ver a las amas de casa ricas y a los miembros del club de golf de Dove Canyon echando a los intrusos casi me hace reír... Hasta que recuerdo que nuestros vecinos asaltaron la casa de los McCracken.

Como la barricada está diseñada para detener vehículos, no peatones, podemos rodearla sin problemas. Y, durante todo este tiempo, no hemos visto ni un alma. Es inquietante.

—Cabría pensar que, si montaron una barricada, al menos habría alguien para vigilarla —dice Jacqui.

—Cabría pensar —repite Kelton. Ninguno de los dos quiere seguir ese hilo hasta su conclusión más lógica.

De repente, mi hermano pierde los nervios.

—Alyssa, esto no me gusta, vámonos.

—No podemos —le recuerdo—. Necesitamos la ranchera del tío Laurel.

—¡No la necesitamos! —insiste Garrett—. Hemos visto un montón de rancheras con tracción a las cuatro ruedas de camino aquí. Podemos robar una. Seguro que Jacqui sabe cómo hacer un puente, ¿verdad?

Jacqui le lanza una mirada asesina.

—Me ofende que des por sentado que sé cometer delitos.

—¿Y sabes? —pregunto.

—Sí —confirma—, pero me sigue ofendiendo.

Miro hacia delante, hacia la calle arbolada. La hierba de las zonas verdes comunes sigue bastante verde. El tío Laurel nos contó que el cañón solía tener su propia agua reciclada para regar. Como la casa de los McCracken, que todavía brillaba cuando nadie tenía electricidad, las zonas verdes de Dove Canyon habían convertido este lugar en un objetivo.

—La casa de nuestro tío no está lejos de la puerta —le digo a los demás—. Hay que torcer a la derecha en el primer *stop* y después caminar como medio kilómetro. —Luego añado—: Robar un coche será el plan B.

Jacqui se levanta el borde de la blusa para enseñarnos que todavía tiene la pistola de Kelton allí escondida.

—Por si hay problemas —dice.

—Si hay problemas, nos comportaremos como personas civilizadas — respondo, molesta.

—No se refiere a usarla —explica Kelton—. Si la enseña, la mayoría de la gente retrocederá.

Respiro hondo y decido no discutir. Me sorprende que no se ponga de mi lado, sobre todo contra Jacqui, y más en algo relacionado con la violencia. Pero, en fin, él es el que metió un arma en esta ecuación. Quizá lo mío sea menos sorpresa y más preocupación. Después de ver su expresión cuando cogió la escopeta, no sé quién es ahora el más impredecible, Jacqui o él.

Daphne (la novia a ratos de nuestro tío) tiene aquí una casa enorme que le dejó su madre. Antes de mudarse, era agente inmobiliaria en Modesto, la misma ciudad en la que el tío Laurel tenía su plantación de almendros. Pero los almendros necesitan más agua que casi todo lo demás y, con tanto racionamiento, fueron lo primero en hundirse. Se fue a la quiebra, dejó que el banco se quedara la plantación y se mudó con Daphne, quien, durante unos escasos cinco minutos, se sintió en la cima del mundo, porque tenía una cantidad increíble de propiedades a la venta. Pero, como nadie en su sano juicio quería comprar una casa allí, no conseguía cerrar ni una sola venta. Los precios de las propiedades se desplomaron. Después empezaron a llamar al Valle Central la Cuenca de Polvo del Pacífico, y eso fue como clavar el último clavo del ataúd de la región. Supongo que ahora Modesto será una ciudad fantasma, junto con Bakersfield, Fresno y Merced. De todos modos, fueron lo bastante sensatos como para marcharse antes de la Gran Huida y evitaron lo peor de la avalancha. Metieron todas sus posesiones en un remolque de alquiler y se mudaron con la madre de Daphne, que tuvo la práctica idea de estar moribunda, con lo que le dejó en herencia la casa de Dove Canyon.

Después le dio la patada al tío Laurel y él se mudó con nosotros. Dos veces.

Lo entiendo, la verdad. Es decir, que no la culpo. El caso es que no era sólo que el tío no consiguiera encontrar trabajo, es que no lo buscaba. Creo que estaba destrozado por haber perdido la granja. A ella le importaba lo suficiente como para darle una segunda oportunidad, pero supongo que no mejoró nada, porque regresó con nosotros... Y la segunda vez estábamos bastante seguros de que sería la última.

«Hasta que me recupere», nos decía siempre. Pero ¿cómo te vas a recuperar cuando te han cortado la vida a la altura de las rodillas?

Llegamos a la calle de Daphne. Seguimos sin ver a nadie.

Aunque las zonas verdes comunes siguen vivas, los patios de la gente están como los de nuestro barrio. Algunos, muertos del todo. Hierba marrón y árboles sin hojas. Otros, sustituidos por paisajes desérticos: cactus, suculentas y piedras de río. Un tercio de las casas tienen un ridículo césped artificial, una forma burguesa de fingir que todo va bien. La casa de Daphne es de las últimas. No cuesta identificarla porque también tiene un ficus falso, lo que significa llevar la ficción un paso más allá del absurdo. Es la única cosa con hojas en toda la calle, lo que da un poco de vergüenza.

La ranchera del tío Laurel no está en la entrada. Supongo que la habrá metido en el garaje.

—¿Y si se han ido? —pregunta Garrett—. ¿Y si se han largado, como cuando se fueron de la granja del norte?

Es algo que debería haber tenido en cuenta, pero no. No sé responderle. Así que me acerco a la puerta y toco el timbre que, por supuesto, no suena. Tonta. Después llamo. Fuerte.

Nada durante unos segundos. Empiezo a preguntarme si Garrett tendrá razón, pero entonces la puerta se abre una rendija, y ahí está el tío Laurel.

—¿Alyssa? ¿Garrett? —Está tan sorprendido como contento de vernos, aunque se le ve apagado—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Dónde están mamá y papá?

Es una pregunta en la que no quiero pensar. La he aparcado en un rincón de mi cabeza para seguir funcionando. Ni siquiera soy capaz de responder que no lo sabemos sin que se me empañen los ojos, de modo que no respondo.

—¿Podemos entrar?

—Sí, sí, por supuesto.

Se aparta y entramos. Dentro hace calor. Demasiado. La casa de Daphne da al sur y tiene muchas ventanas, sin las persianas suficientes para cubrirlas. Han colgado sábanas para protegerse de la luz y el calor, aunque no sirven de mucho. Y huele raro. A humedad y rancio, como la habitación de un enfermo que lleva mucho tiempo sin airearse. Eso debería haberme dado la pista de que algo va mal, pero no es más que otro detalle en una larga lista de irrealidades demasiado numerosas para contarlas, así que ya no hablemos de procesarlas.

Nuestro tío parece deshidratado. Peor. Está pálido y con el rostro caído, como si la piel se le hubiera cansado de pegarse al hueso. Tiene los ojos

oscuros y algo hundidos. Parece un drogadicto, aunque sé que no lo es. Aparte de algún que otro porro, el tío Laurel no es así. No, es otra cosa.

—¿Queréis agua? —ofrece—. Tengo mucha.

—¿Ah, sí? —dice Garrett, tan sorprendido como yo.

—Joder, claro que quiero —afirma Jacqui sin vacilar.

Nos conduce a la cocina, donde hay una caja de agua embotellada. Quedan seis botellas. Saca unos vasos de plástico y nos sirve un poco. Pero, después de hacerlo, vacila, se agarra a la encimera, y cierra los ojos con una mueca. Parece a punto de caerse.

—¿Tío Herb? —le digo, usando su nombre real en vez del apodo—. ¿Estás bien?

—Lo estaré —responde. Lo que significa que, ahora mismo, no lo está.

—No tienes buen aspecto —dice Jacqui, tan delicada como siempre—. Estás hecho una mierda.

—No es nada —insiste—. Tengo diarrea, nada más.

Diarrea. Quizá comiera algo del frigorífico que se pudrió cuando se fue la luz. Nuestro tío siempre pescaba restos de comida en el frigo si mi madre no llegaba antes para tirarlos.

—¿Dónde está Daphne? —pregunto.

—Descansando. Ella tampoco se siente bien.

Kelton me mira, preocupado. No sé bien qué es, pero cuando me llevo el agua a los labios, me detiene. Después mira su vaso, lo huele y le da un trago.

—Es buena —dice.

—¿Por qué no iba a serlo?

Miro la botella de la que nos ha servido nuestro tío. Es AguaViva, que, si mal no recuerdo, es carísima. El vino sale más barato.

—¿Tenéis hambre? —nos pregunta el tío—. Todavía me queda comida en lata. No hay una gran variedad, pero ¿qué le vamos a hacer?

Le echo un vistazo a la despensa para ver si están bien abastecidos. Son sobre todo frascos de condimentos, como una docena de distintos tipos de salsa. Hay mezclas para tartas de Sara Lee y las típicas conservas que guardas durante años hasta que las necesitas. Cosas como piña y aceitunas cortadas. Muchas, pero nada que guste comer.

—No, gracias —contesto—. Estamos bien.

Y, al ver lo que hay, nadie me lleva la contraria. Todos tenemos hambre, pero comimos bien en la casa de Kelton el día anterior. Y si esto es lo único que tienen para ellos, no queremos quitárselo.

Entonces, Kelton hace algo raro. Se acerca al grifo y lo abre. No sale nada, claro, pero después lo huele. Se vuelve hacia nuestro tío.

—He oído que aquí había agua después de la restricción.

—Sí, un tiempo. Conectaron el viejo depósito de agua. Tuvimos agua un par de días. Unas gotas, la verdad. No lo bastante para bañarse, pero sí para beber.

Kelton asiente y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Alyssa, ¿puedo hablar contigo un momento?

Después me agarra por el brazo y me lleva al comedor.

Me sacudo su mano de encima cuando llegamos allí. No me gusta que tiren de mí así.

—¿Qué pasa? ¿No podías decírmelo en la cocina?

—Alyssa, tenemos que salir de aquí —me susurra, ansioso.

—Estoy en ello. No puedo aparecer sin más, llevarme su ranchera y largarme.

—¡No lo entiendes! —exclama en el mismo susurro, casi maníaco—. ¿No te parece muy raro que esté todo tan tranquilo?

Y, ahora que lo pienso, sí que lo es. En todos los sitios en los que hemos estado, por muy tranquilos que estuvieran, siempre había algún rastro de vida. Pero en este lugar no hay nada de nada.

Se me acerca más. No habla tan fuerte, pero sí con la misma intensidad:

—Estoy bastante seguro de que el agua del grifo estaba mala. Peor que mala. Creo que tu tío tiene disentería. Quizá todo Dove Canyon la tenga.

No sé mucho sobre disentería, salvo que es una diarrea muy grave que sufre la gente en el tercer mundo.

—Entonces... ¿Qué hacemos?

Kelton niega con la cabeza.

—No podemos hacer nada. No sin un montón de medicinas que no tenemos.

Se toma un momento para evaluarme, para asegurarse de que lo he entendido. Lo he entendido, aunque eso no significa que me guste el mensaje.

—No deberíamos tocar nada —dice—. Y no deberíamos comer nada, eso está claro.

—¡Está todo en latas! —exclamo, aunque no tengo ninguna intención de comer.

—¡Sí, pero todo lo que toque podría estar contaminado!

No puedo discutirsele. Por muy paranoico que suene, probablemente sea cierto.

Y cuando volvemos a la cocina, el tío Laurel le está sirviendo un cuenco de piña a Garrett.

—¡No he sido yo! —se justifica Garrett—. El tío Laurel ha insistido.

Nuestro tío le pone una cuchara delante.

—Necesitáis energía. Sé que no es mucho, ¡pero no dejaré que paséis hambre en mi casa!

Resignado, Garrett va a coger la cuchara.

—¡No! —le ordeno, a punto de lanzar por los aires la cuchara de un manotazo. Me vuelvo hacia nuestro tío enfermo. Mi acción hablaba por sí misma, así que no oculto mis motivos—. Lo que te ha puesto enfermo es el agua del grifo, tío Herb —le digo para acabar con cualquier proceso de negación en el que se encuentre—. Es disentería, que puede ser contagiosa, y no deberíamos comer nada que hayas tocado. Lo siento.

Suspira al darse cuenta que tengo razón, quizá molesto consigo mismo por no haberlo pensado antes.

—Pues abrid una lata nueva. Tengo gel antiséptico.

Pero Garrett se aparta de la mesa, sin apetito para nada.

—No te preocupes, no tengo hambre.

Ahora comprendo que mi tío no tiene ni idea de lo enfermos que Daphne y él podrían estar. Entonces, Jacqui dice:

—Acepto la oferta del antiséptico. —Al mirarla, veo que vuelve a tener un poco de fiebre. Se señala la herida, que supura y está claro que necesita venda nueva—. Y gasa, si tienes.

—Claro —responde mi tío. Coge el gel, pero se lava él las manos y la botella antes de entregársela con una sonrisa incómoda—. Arriba, segunda puerta a la izquierda. Debería haber un botiquín debajo del lavabo.

La veo subir las escaleras, y entonces me doy cuenta de algo: Jacqui tiene antibióticos. No estoy segura de dónde están ahora. ¿En su bolsillo? ¿Todavía en el BMW? ¿O, con la conmoción, se los olvidó en casa de Kelton? ¿Soy capaz de quitárselos para dárselos a mí tío? No, me digo. Quizá Jacqui no me caiga muy bien, pero no se los robaré. Jamás arriesgaría la vida de una persona para ayudar a otra, ni siquiera si esa persona es alguien que me importa. Si lo hiciera, no sería mejor que los saqueadores.

—Deberíais marcharos —le digo a mi tío—. Daphne y tú. Están montando refugios. Quizá todavía no tengan agua, pero tendrán medicinas... Seguro.

No obstante, él rechaza la idea con un gesto de la mano.



—No creo que Daphne esté en condiciones de viajar. Y ya hemos pasado por lo peor.

No sé si se refiere a la enfermedad o a la crisis. En cualquier caso, mi respuesta es la misma:

—Creo que lo peor está por llegar...

Pero nada de lo que digo lo convence.

—Estaremos bien.

Y quiero creerlo más que nada en este mundo, pero mis días de quedarme sentada y esperar que todo vaya bien han terminado. Ahora, la esperanza es algo en movimiento constante, como un tiburón.

## 20) Jacqui

Doy con el baño, cierro la puerta y me meto la mano en el bolsillo para sacar uno de los dos frascos naranja de antibióticos. No recuerdo con cuál empecé, pero ¿qué más da? Examino las dos pequeñas cápsulas de color verde. Me asombra pensar que estas diminutas vainas que me ruedan por la mano supongan la diferencia entre la vida y la muerte. Seguro que valen cien veces su peso en oro ahora mismo. Por otro lado, no se puede poner precio a la vida humana, así que para dentro.

A continuación toca la venda. Encuentro el botiquín justo donde Laurel, Herb, Eneldo o como se llame me dijo que estaría. Tengo la venda vieja pegada al brazo; la herida se está curando con la gasa dentro. Bueno, al menos se está curando. La limpio bien, dolorosamente bien, con algodón y alcohol, procurando no tocar nada que pueda infectarme, y después vendo la herida. Como nueva.

Doy una vuelta por la planta de arriba para echar un vistazo. Menuda casa. De esas en las que no me importaría colarme en distintas circunstancias, aunque la decoración es demasiado remilgada para mi gusto. La novia de Laurel debe de ser fan de los tapetes y los lacitos. ¿Cómo se llamaba? «Debería llamarse Rosemary», pienso, y se me escapa una risilla.

Regreso hacia las escaleras y, al pasar junto a las puertas dobles del dormitorio principal, veo que una de ellas está entreabierta. A través de la rendija distingo la silueta de una mujer inmóvil sobre una cama blanca. Un

olor acre sale de la habitación. Oscuro y decrepito. Lo que espantaría a cualquiera, a mí me acerca, la escena me atrae con una gravedad difícil de resistir. La llamada del vacío. Abro más la puerta y doy un único paso hacia el interior. Es como dejarse llevar por el viento al borde de un precipicio.

Sobre la cama flota una de esas mosquiteras decorativas dignas de una reina, pero aquí parece mantener dentro la enfermedad, más que proteger de ella. Daphne, así se llama. Esta emperadora postrada debe de ser Daphne.

El silencio es sobrecogedor. Y entonces entiendo por qué.

La mujer no respira.

Ahora es algo más que el vacío lo que me llama. Es la escena de un accidente de coche. Son los escombros tras el tornado. Tengo que acercarme. No la tocaré. No cruzaré la barrera de esa red, pero tengo que verlo. Tengo que mirarle el pecho para ver si sube y baja. Necesito saberlo. Y ahora el olor es horrible. Bilis y azufre, y todos los hedores fétidos orgánicos que nos pasamos la vida intentando mantener a raya.

Entonces, antes de acercarme lo bastante para mirarla bien, se mueve, se agita levemente bajo las sábanas. El corazón me late tan fuerte que creo que lo oye, porque gira la cabeza muy despacio hacia mí y, cuando me mira, sus ojos están oscuros y vidriosos. Está demasiado débil para hablar o para preguntarse qué hace una desconocida en su casa.

No está muerta, aunque su cuerpo no lo sabe y creo que ya empieza a descomponerse; y por mucho que me mire, nuestras miradas no se encuentran. Entonces es cuando entiendo que no me ve en absoluto.

Ve el vacío.

Unos minutos después estoy abajo de nuevo, con los demás, pero en silencio. En mi mundo. Porque, sobre todo lo que miro, veo la imagen de Daphne grabada en mi retina. Alyssa intenta convencer a Laurel para que vaya con su novia a un centro de evacuación, pero, claro, él se niega. Y cuanto más lo intenta convencer, más se niega. Me pregunto si el hombre se da cuenta de lo mal que está la mujer. En el fondo, debe de saberlo. Y aunque está guardando las apariencias delante de sus sobrinos, no creo que esté tan lejos de meterse en esa cama con ella y dejar que llegue el fin. Entonces caigo en algo y me recorre un escalofrío: es probable que la escena de arriba se esté repitiendo en

muchos de los hogares que nos rodean. Esta comunidad cerrada se ha convertido en un depósito de cadáveres de lujo.

Alyssa todavía no le ha pedido las llaves a su tío. Esta vena educada suya va a matarla, y a nosotros con ella. Al parecer, la paciencia de Kelton también se ha agotado, porque decide ir al grano:

—Si no se va a ir, préstenos su ranchera. Necesitamos un vehículo con tracción a las cuatro ruedas para ir a donde queremos ir.

—Lo haría si pudiera —responde, avergonzado, tanto que recupera un poco el color de la cara—, pero la cambié por otra cosa.

—¿Que qué? —le suelto.

—Por el ÁguaViva que habéis estado bebiendo. La recuperaré en cuanto pase todo esto —dice, y baja la vista—. En fin, seguro que una cosa como esa no tiene validez legal.

—¿Con quién hiciste el trato? —pregunta Alyssa.

—Con un crío de lo alto de la colina —murmura con la cabeza gacha, de nuevo avergonzado.

La casa es grande hasta resultar ofensiva, como las que la rodean, y está construida todo lo cerca del borde de su propiedad que le permite la ley. Acaban de pintarla de un color tostado, como si alguien intentara darle un bronceado artificial. Es lo que suele llamarse una McMansión: una vivienda ostentosa que te fabrican en una cadena de montaje mientras esperas.

La puerta del garaje se abre unos ocho centímetros y escupe gases. Oigo dentro un generador, lo que significa que tiene una fuente de electricidad. Al parecer, dejar el generador fuera, que es donde debería estar, supone arriesgarte a que te lo roben. Este crío no es idiota. Por encima del zumbido del generador oigo música de baile electrónica dentro de la casa. Vale, quizá sí que lo sea.

Alyssa no hace caso de la gran aldaba de latón, que parece sacada de Oz, y golpea directamente en la puerta. Nada... Me doy cuenta de que se cabrea porque empieza a golpear de nuevo y no para hasta que la puerta se abre del todo y nos permite ver a un chico atractivo y bien aseado que viste una chaqueta deportiva del instituto católico de Santa Margarita, de esas con letra, con un polo por debajo. Una chaqueta con este calor. Sí, el generador mantiene encendido el aire acondicionado, pero la chaqueta parece fuera de lugar. Guardo la información en mi carpeta de gilipolleces raras que no me

importan lo bastante como para preguntar. Laurel nos ha dicho que los padres del chico no estaban en la ciudad. Un tío de instituto privado caro que se queda solo en casa. Que Dios nos ayude.

Esboza una amplia sonrisa.

—¿En qué puedo ayudaros? —pregunta, como si estuviéramos a punto de pedir una hamburguesa con patatas fritas en su McMansión.

—He venido a por la ranchera de mi tío —dice Alyssa.

Él hace uso del derecho de admisión.

—Lo siento, no puedo ayudarte. —Después intenta cerrar la puerta. Y yo meto el pie. Él se apoya contra la puerta y mantiene la presión—. ¡Si metes un pie en mi casa, es allanamiento! —suelta; pretende resultar más intimidatorio de lo que en realidad es. Quizá la aldaba de Oz resulte apropiada—. Existen ramificaciones legales si no sacas el pie de mi puerta.

—Abre, gilipollas —respondo mientras apoyo el hombro en la madera.

Alyssa y Garrett se me unen y los tres empujamos juntos.

—Mi padre es abogado, te va a meter una denuncia por el...

Antes de poder terminar su amenaza vacía, Kelton se lanza también contra la puerta, y con esa fuerza añadida la abrimos de par en par y derribamos al chico rico. Él se pone en pie como puede y pisa la alfombra persa.

Entonces, de repente, se gira, mete la mano en el cajón del aparador del vestíbulo y saca una pistola.

Mierda.

«No hagas movimientos bruscos», pienso mientras mi mano baja muy despacio hacia el arma que llevo en la cintura.

—Eso es, no sigáis. Las manos donde yo las vea —dice; seguro que lo ha sacado de alguna serie de la tele.

Todos nos quedamos paralizados..., salvo Kelton, que sigue caminando hacia el chico. ¡Se le ha ido la cabeza de verdad!

El chico rico aprieta la pistola con fuerza y grita, casi como loco:

—¡Tengo todo el derecho del mundo a disparar! ¡Te juro que lo hago!

Pero Kelton no tiene miedo. Se lanza sobre el chico, le agarra la muñeca y, en un único movimiento, le retuerce el brazo detrás de la espalda.

El chico chilla, pero Kelton no ha terminado. Le retuerce el brazo más arriba y le da la vuelta para usar su propio impulso contra él. Ahora tiene el brazo torcido en un ángulo obscuro, y oímos un chasquido.

El chico rico cae al suelo gritando barbaridades, y Kelton sostiene la pistola. Por un momento parece tan sorprendido como nosotros. Como si se

dijera: «Joder, no puedo creerme que haya funcionado». Mientras el otro se retuerce en el suelo, Kelton examina el arma.

—Kelton, ¿te has vuelto loco? —le espeta Alyssa—. Podría haberte matado.

—Qué va. Es una WG Panther. Una pistola de aire comprimido; un juguete, vamos. Mira, la punta naranja está pintada de negro con un rotulador.

Estoy tan cabreada por haberme dejado engañar con una puñetera pistola de aire comprimido que, de repente, siento el impulso de darle una patada al crío en la barriga. Entonces recuerdo que tiene el brazo completamente desencajado. Le está bien merecido.

Kelton se arrodilla para ayudarlo, pero el chico rico retrocede y le apunta con el brazo bueno.

—¡No! ¡Que no se acerque ese psicópata! —grita.

Es agradable oír que llaman psicópata a otra persona, por una vez. La ironía es que el chico debería darle las gracias a Kelton por lo que ha hecho. Porque, de no haberlo desarmado, lo habría hecho yo. Y las pistolas de verdad no disparan balines de plástico.

—Deja que te ayude —le dice Alyssa—. Sabe lo que se hace.

Y, por el motivo que sea, el chico rico la escucha. La gente parece confiar en Alyssa, para bien o para mal. Yo confío tanto en ella como en el pollo *kunk pao* de la mininevera de una fraternidad: lo justo para no vomitar.

Kelton le pide al chico que se tumbe bocarriba y le sujeta el brazo con fuerza.

—Respira hondo y aguanta la respiración —dice Kelton—. ¿Listo? Uno..., dos...

Y, a la de tres, Kelton le recoloca el hombro en su sitio. El chaval grita, aunque menos que cuando se lo dislocó.

Después se sienta y se apoya en la pared, sudando.

—Hielo. Traedme hielo, ¿vale? —le dice al que quiera oírlo.

Tardo en ser consciente de lo que dice. ¿Hielo? ¿Este tío tiene hielo? Ahora que lo pienso, tiene muchas cosas que no tienen los demás.

—En la cocina —aclara, porque confunde nuestra conmoción con estupidez.

—Claro que sí, Roycroft —le respondo con una sonrisa, y hago un gesto con la cabeza a Garrett, que va a por el hielo.

El chico me mira con rabia; ahora está tan desconcertado como enfadado.

—No te sorprendas tanto —le digo—. Tu nombre está en la chaqueta.

—Ah, claro.

—Muy bien, ahora ya puedo llamarte por tu apellido.

—Sigo sin saber el tuyo.

—Cierto. Qué curioso, cómo son las cosas.

Miro a mi alrededor e intento evaluar nuestra situación, pero los números no cuadran. Aquí hay un exceso de recursos. Una pila de portátiles, varias Xbox (¿quién tiene varias Xbox?). También hay un puñado de recuerdos deportivos firmados... y, en la otra punta de un pasillo, una especie de acuario con una gigantesca...

Me vuelvo, apenas capaz de mirarla.

¡¡Serpiente!!

Me concentro y respiro hondo para calmarme, porque acaban de recordarme lo único que tengo en común con Indiana Jones, además de la habilidad con el látigo. Pero ese es otro tema.

Me giro hacia él. Se ha trasladado al sofá de cuero, todavía sosteniéndose el hombro.

—¿Qué es todo esto? —le pregunto.

De algún modo consigue esbozar una sonrisa presumida, a pesar de la humillación.

—Son artículos que he adquirido de forma justa.

Alyssa da un paso adelante.

—¿Fue justo que te quedaras la ranchera de mi tío?

—Claro que sí —contesta, sorprendido por la mera insinuación de falta de honradez—. Tengo todo el papeleo.

—¡Te aprovechaste de él!

—El precio del agua ha subido —responde, a la defensiva—. No me digas que es culpa mía.

Alyssa cierra un puño, lista para dislocarle más partes del cuerpo. La verdad es que pagaría para verlo.

—Él fue quien vino a verme —añade el chico rico, todavía ofendido porque hayamos puesto en duda su decencia.

Kelton se impacienta.

—El agua de este sitio está contaminada. ¿Qué sentido tiene tener toda esta basura si vas a enfermar como los demás?

—Yo no la he bebido. Tenía mi propia fuente de hidratación.

—No has salido de aquí, ¿verdad? —deduce Kelton—. No has visto lo que pasa ahí fuera.

Y eso parece darle que pensar. Debe de ser cierto: este pequeño príncipe ha estado viviendo en su propio planeta desde la restricción.

—¿Por qué estás aquí solo, ahora que caigo? —le pregunto.

—Mis padres están de crucero. Me dejaron a cargo de la casa. Estoy seguro de que habrían regresado si no estuvieran en medio del océano Atlántico.

—Qué suerte tienen —digo.

Garrett le da una raquílica bolsa de hielo y él se la pega al hombro.

—¿Es que no has visto ni las noticias? —se asombra Alyssa.

—La tele chupa demasiada potencia del generador —explica después de negar con la cabeza.

Nos conduce a una sala de estar que más bien parece un cine en casa, con un televisor de sesenta pulgadas que, como bien dice, chupa tanta potencia del generador que las luces bajan de intensidad cuando lo enciende. Kelton coge el mando a distancia y busca el canal de noticias local..., que no es más que una pantalla con barras de colores.

Prueba con el otro canal local.

Estática.

Quiero creer que es cosa del proveedor de cable y no de las cadenas en sí. Kelton cambia a un canal nacional, la CNN, y por fin vemos un reportaje. Aunque desearía no haberlo visto. Por mucho que nos enseñe lo que ya sabíamos, verlo en una pantalla gigante de alta definición lo empeora.

Hay un mapa de California con un círculo alrededor, como si señalaran el camino seguido por un huracán. «COBERTURA DE LA RESTRICCIÓN DEL SUR DE CALIFORNIA» es lo que se lee en el texto de abajo, como si fuera un espectáculo para el resto del país. En otras ocasiones he sido yo la audiencia de este tipo de retransmisiones desde otros lugares, pero es la primera vez, que yo recuerde, que me encuentro en el epicentro de la zona catastrófica.

Me vuelvo hacia los demás y veo que están todos tan afectados como yo, incluso el niño rico.

—Por fin ha pasado —musita Alyssa—. El resto del mundo por fin ha despertado y se toma la restricción en serio.

—El resto del mundo llega demasiado tarde —dice Kelton.

Y está en lo cierto: no se puede esperar una semana para movilizar en serio los recursos necesarios para un desastre de esta magnitud. Las noticias pasan a toda velocidad por la pantalla y se mezclan; mi cerebro apenas es capaz de registrarlo.

Una reportera vuela en un helicóptero sobre el centro de Los Ángeles y muestra unas revueltas que dejan en pañales a las de los años noventa. Hay

otro periodista que informa desde las afueras de Riverside, a distancia segura, asomándose a la pecera del caos; le da miedo meterse más. Un grupo de niños de primaria de Florida han montado una campaña para recoger agua embotellada, como si fueran a llegar a tiempo para que sirva de algo. Se ve una imagen de los funcionarios de la FEMA (los de verdad, no voluntarios de la reserva) que reparten agua en un centro de evacuación, pero una panorámica más amplia revela que hay más gente de la que pueden manejar. Las estrellas de rock organizan conciertos de ayuda para reunir fondos. Los famosos patrocinan ONG. La autocomplacencia de siempre. La única diferencia es que ahora nosotros somos las víctimas, en vez de estar sentados cómodamente en nuestros sofás mientras enviamos cinco pavos a través de la aplicación de una organización benéfica y nos damos una palmadita en la espalda por lo generosos que somos.

—*Si están escuchando estas noticias y se encuentran en Southland en estos momentos: hay una orden de evacuación obligatoria —dice Anderson Cooper. Su imagen se acompaña de grabaciones de personal militar que ayuda a las familias a subir a unos camiones enormes y que reparten agua a largas colas de gente—. Se están instalando centros de evacuación a lo largo del sur de California, en los gimnasios de los colegios, en las iglesias y en los centros comerciales; pero parece haber una cantidad abrumadora de personas que deciden no cooperar con estas órdenes gubernamentales.*

—Miradlo por el lado positivo —comento—. Los centros comerciales vuelven a servir para algo.

En el siguiente vídeo vemos a masas de personas que fluyen como un río humano por una serpenteante carretera de montaña y desaparecen bajo el dosel arbóreo de un bosque.

—*Estas familias han decidido viajar por su cuenta hacia Lake Arrowhead y la zona de Big Bear Lake, pero nuestros enviados sobre el terreno nos informan de que la gente que entra en estas áreas verdes no sale por el otro lado...*

Todos observamos en silencio y después me vuelvo hacia Kelton.

—Oye, chico del refugio, si no consiguen atravesar el bosque, ¿qué te hace pensar que nosotros seremos capaces de hacerlo?

—Ya te he dicho que no vamos a donde van ellos.

Y eso está bien, porque si todas esas personas no consiguen llegar a los altos lagos, sólo pueden ir a uno de dos lugares. Y de ninguno de ellos se regresa.



## 21) Henry

Tratar con gente irracional requiere concentración, inteligencia y disciplina extrema (hay que conservar una verdadera estasis emocional), como afirma uno de mis libros favoritos: *El poder transformador*, de Pearce Tidwell. Hay que aprender a gestionar el estado emocional para ser capaces de funcionar siempre con ingenio y lograr los resultados deseados. Tienes que actuar, no reaccionar.

Por eso, en vez de rendirme al horroroso dolor del hombro derecho, lo canalizo y uso el dolor para concentrarme más. Aunque duele mucho, Dios, cómo duele. No permitiré que me controle. Mi agonía actual no me define. Usaré este intenso malestar como el trampolín que me lance a una realidad mejor.

Hasta ahora había evitado ver las noticias; siempre manipulan. Pero ahora no puedo evitar reconocer que la restricción es una tragedia y los trabajos de ayuda, una farsa. Las ciudades son las más afectadas, está claro; las ruinosas zonas pobres llenas de personas marginadas que no están preparadas para un desastre social.

Aunque siempre hay margen para la oportunidad en las desdichas ajenas. Así que la pregunta es: ¿cómo aprovecho la situación en mi beneficio? Porque, al fin y al cabo, no se puede trabajar por el bien común si primero no tienes tus asuntos en orden.

Bien visto, puede que lo mejor para mí sea abandonar el barco en vez de hundirme con él y mi tesoro. Por otro lado, si las cosas de verdad han empeorado hasta ese punto, mi agua debe de valer más que nunca. Todo lo que he conseguido hasta ahora serán unas migajas comparado con lo que puedo sacar en mis próximas transacciones. ¡Estoy acelerado! Pero procuro parecer tranquilo... Uno nunca debe mostrar una reacción exagerada cuando le cae dinero del cielo. Decido que lo mejor es hacer inventario de mi actual... «liquidez», por lo que me levanto y me dirijo al despacho de mi padre, donde guardo el resto de mi AguaViva.

—¿Adónde vas, Roycroft? —me pregunta la chica durilla, la de la perpetua sonrisa despectiva. Digo «durilla» porque dudo que sea tan dura como quiere que crea todo el mundo. Aunque no negaré que quizá le falten un par de tornillos.

—A por más hielo —miento.

Todos se lo creen, porque no me siguen. Están todavía pegados a la pantalla del televisor. Supongo que, con mi brazo así, no me ven como una gran amenaza. Craso error. Mientras me subestimen, cuento con ventaja.

Cierro la puerta del despacho para asegurarme mi intimidad y saco la última caja de AguaViva. Es bastante grande, dentro hay dos cajas más pequeñas. La abro y descubro un pequeño bache en mi actual situación.

La vida está repleta de momentos de infortunio, y debemos aprender a verlos como oportunidades. Infortunios, como, por ejemplo, que al abrir una caja en la que crees que hay cuarenta y ocho botellas de agua descubras que está llena de varias capas de folletos para los distribuidores independientes de la marca.

En estas situaciones, hay que mantener la calma.

Mucha. Calma.

Me aferro al lado positivo de esta debacle personal: al menos, ahora no me costará tomar la decisión de quedarme o marcharme. No me queda alternativa; voy a tener que irme. Mi generador no tardará en quedarse sin combustible, de todos modos, y puedo esconder mis artículos recién adquiridos en el desván, detrás de las cajas de los adornos de Navidad. Salvo, claro, la pitón... Pero esa cosa puede pasarse varias semanas sin comer y, además, supongo que está bien acostumbrada a los climas cálidos. A fin de cuentas, puede que encontrar un lugar más seguro no sea mala idea... Y si Dove Canyon de verdad es la placa de petri bacteriana que mis huéspedes no deseados dicen que es, supongo que cualquier sitio será mejor que este.

En cuyo caso, su llegada ha sido una suerte, sin duda.

Aunque podría haber prescindido del hombro dislocado.

Sello la enorme caja de cartón lo mejor que puedo con cinta de embalar. Después sigo poniéndole cinta hasta que es casi imposible abrirla. Entonces entra uno de ellos, la menos mordaz de las chicas. La que reclama la propiedad de la ranchera perdida por su tío.

—Creía que ibas a por hielo.

—Se ha acabado —respondo de un modo muy convincente—. Lo que me ha recordado que debía comprobar mi suministro de agua.

Le doy unos golpecitos a la caja y apunto al logo gigantesco de AguaViva que adorna su lateral.

La conversación se detiene un momento. Sé a la perfección lo que va a suceder. Sólo puede pasar una cosa. La ranchera. No se marcharán hasta que les dé lo que quieren. Ellos son cuatro y yo, uno. Está claro que no voy a

poder con ellos, y menos con su pitbull pelirrojo psicótico por ahí. Tendré que considerar la ranchera como una pérdida a corto plazo porque, a fin de cuentas, ya no estoy en posición de negociar. Pero ella todavía no lo sabe, y ahora mismo estamos los dos solos. Así que doy el primer golpe:

—Todavía no nos hemos presentado oficialmente —le digo, recurriendo al encanto—. Soy Henry. —Le ofrezco la mano izquierda, ya que apenas puedo mover la derecha. Ella vacila un momento, escéptica. Comprensible.

—Yo soy Alyssa.

—Es un placer conocerte, Alyssa. —Sonrío y me aclaro la garganta—. Te diré lo que vamos a hacer. Agradezco la pasión que demuestras por el bienestar de tus amigos y de tu familia, y entiendo por qué crees tener derecho a llevarte esa ranchera. —Cruza los brazos, pero sigue escuchando—. Por eso estoy preparado para dártela. —Hago una pausa por el efecto dramático—. Con una única condición. —Ella arquea una ceja—. Que me llevéis con vosotros.

Se lo piensa, aunque ya veo que todo se inclina a mi favor. Una vez leí en *El empresario de éxito*, de R. J. Sherman, que la mejor forma de conservar un trabajo hoy en día es convertirte en alguien indispensable. O, al menos, conseguir que la gente crea que lo eres. Lo medita... y, justo cuando noto que ha llegado al momento decisivo en el que sus emociones y su sensatez mantienen un equilibrio precario, le doy el empujoncito que la inclinará hacia el lado correcto.

—Me llevaré esta caja de AguaViva —añado, y esbozo una sonrisa zalamera.

—Podríamos quitártela —señala.

—Cierto... Pero tú no eres así. Los otros, puede, pero tú no.

Y por su expresión veo que se desploma en caída libre hacia una decisión unilateral. Si me llevan, ellos consiguen lo que quieren y yo me aseguro mi supervivencia. Otra situación en la que todos ganan.

La chica durilla, que ahora sé que se llama Jacqui, insiste en conducir. Me parece justo. Mientras conducimos por mi calle, empiezo a pensar que he subestimado con creces el efecto de la escasez de agua en esta comunidad.

Una cosa es ver las revueltas en la tele, en las zonas urbanas más pobladas y proclives a la insurgencia social, y otra muy distinta ver hogares con los cristales rotos en una comunidad exclusiva como Dove Canyon. No es que las personas con dinero sean mejores; es decir, la naturaleza humana es la

naturaleza humana. Sin embargo, cuando el espacio personal es un lujo, la tensión suele estallar mucho antes que en un lugar en el que tu grito de batalla llega a unos diez vecinos, en vez de cien. Lo que significa que en las urbanizaciones exclusivas y las zonas residenciales cuesta más generar la masa crítica necesaria para disparar un comportamiento realmente malo.

O tal vez no.

Porque, a medida que nos alejamos, las pruebas de mal comportamiento no se limitan a las ventanas rotas. Hay buzones destrozados, coches que se han subido a la acera y se han metido en los setos, y los desechos varios que uno no espera encontrar en una comunidad cerrada como esta. No porque la gente no sea guarra (seguro que muchos lo son), sino porque está tan obsesionada con el valor de su propiedad que prefiere morir antes que permitir que el detritus de la civilización mancille el atractivo de su acera.

—Me preocupa dejar a mi tío —murmura Alyssa, que está sentada a mi lado en el asiento de atrás. Es como un amortiguador entre el pelirrojo psicótico que tiene a su otro lado y yo. Habría preferido sentarme delante, pero el hermano de Alyssa lo pidió primero, y si no me adhiero a la costumbre de que el asiento del copiloto es para el primero que lo pida, ¿qué leyes nos quedan?

—El tío Perejil estará bien —asegura Jacqui—. Y, aunque no lo esté, no puedes hacer nada para ayudarlo. Le pediste que viniera y no quiso. Fin de la historia.

Alyssa acepta su perla de sabiduría, aunque eso no la consuela.

—Bueno, tiene mucha Águaviva —comento—. Aunque no se le quede dentro, se beneficiará de los electrolitos. De hecho, está demostrado que su fórmula patentada mejora la calidad de vida.

—Genial, justo lo que necesitamos —dice Jacqui—: un publlirreportaje con pelazo.

Es lo que llamamos un cumplido envenenado. Decido ver el lado positivo, porque yo soy así.

—Esa información podría salvar vidas —le respondo—. Lo mismo que el pelazo, en ciertas situaciones.

En la ranchera sigue haciendo calor. El aire acondicionado lleva encendido desde que subimos, pero no sirve para mucho. Jacqui también lo nota, porque empieza a toquetear los controles.

—¿Qué le pasa a esta cosa?

—Ay, sí, se me olvidó: el aire acondicionado no funciona —nos informa Alyssa—. Nuestro tío no dejaba de decir que iba a arreglarlo, pero nunca lo

hizo.

—Podrías habérmelo dicho antes —se queja Jacqui, furiosa.

Todos bajamos las ventanas, aunque fuera hace tanto calor como dentro. El termómetro digital del salpicadero marca treinta y siete grados. La temperatura corporal parece mucho más alta cuando está fuera de tu cuerpo. Su tío debería haberme informado de que el aire acondicionado no funcionaba cuando cerró el trato conmigo. Legalmente, tienes que informar de estas cosas.

Entonces, el hermano de Alyssa se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿A qué deporte jugabas para que te dieran la chaqueta?

Señalo los parches de la chaqueta, que cada vez pega menos con este tiempo, pero me niego a quitármela.

—Este es de fútbol —respondo, lo que llama la atención de Alyssa, aunque me doy cuenta de que pretende disimularlo—. Y este, de *lacrosse*.

—Lacrosse —repite Jacqui—. No me sorprende que se te den bien los palos.

Decido no responder.

Alyssa observa el otro parche.

—¿Capitán del equipo de debate?

Me encojo de hombros, como si no tuviera importancia.

—Sé argumentar.

—¿Y los tatuajes de la muñeca? —pregunta el hermano de Alyssa, que señala las palabras que me asoman por debajo de la manga—. ¿Qué son?

—No son tatuajes —le respondo—. Sólo tinta normal.

—¿Y qué dice?

Me levanto un poco las mangas de la chaqueta e intento levantar el brazo para enseñárselo, pero me palpita el hombro. Mi dislocación es un regalo que no deja de darme alegrías. Al final soy capaz de levantarlo lo suficiente para que vea las palabras. Las lee a trompicones.

—In-sur-gen-cia. De-tri-tus.

—Mis palabras del día.

Alyssa me mira, parece que le hace gracia.

—¿Te escribes vocabulario en el brazo?

—«Hay que fertilizar el vocabulario todos los días para que no muera» —respondo, citando a Evelyn Waugh. Que en realidad no sé quién es, pero lo importante es conocer la fuente de una cita—. Cuando la palabra se borra, ya la he memorizado para siempre.

—A mí se me ocurren un par de palabras que podrías escribirte en el brazo —dice Jacqui.

Cuando llegamos a la cancela de la comunidad, veo que está bloqueada por una especie de barricada; otra señal de lo profunda que es la crisis. Debe de haberla diseñado un comité, porque es bastante lamentable. Como algo que podrían haber montado unos castores si tuvieran pulgares oponibles y mucha fuerza en la parte superior del cuerpo.

—Se me había olvidado esto —masculla Jacqui.

—A lo mejor podemos pasar por encima —sugiere el pelirrojo psicótico—. Esta ranchera tiene un bastidor bastante alto.

—¿Para qué vamos a arriesgarnos a averiar la camioneta de su tío? —pregunto—. Nos bajamos y desmontamos la barricada.

En realidad es la única opción razonable, aunque al decirlo yo primero subo unos cuantos centímetros más hacia la posición de liderazgo.

Bajamos todos para abrir un camino hasta la puerta. No obstante, no resulto tan eficiente como me gustaría y Jacqui lo nota.

—¿Qué te pasa, Roycroft? ¿Levantar pesos no entra dentro de tus atribuciones?

—Déjalo en paz —le dice Garrett—. Tiene mal el hombro.

Sonrío y me encojo de un único hombro.

Cuando conseguimos despejar el camino lo suficiente para pasar, regresamos a la ranchera. Vuelvo a meterme detrás, al lado de Alyssa. Estamos un poco apretados, aunque, para ser sincero, no me molesta.

—Mirad eso —digo al atravesar la puerta—: alguien ha abandonado un BMW a un lado de la carretera.

—Sí, qué idiotas —responde Jacqui.

Mientras nos alejamos de Dove Canyon, me tomo un instante para evaluar con más detenimiento a mis compañeros de viaje.

Alyssa parece ser la que lleva la voz cantante, aunque Jacqui quiere serlo. Después está el hermano pequeño de Alyssa, que me ha defendido en la cancela, así que creo que ya me lo he ganado. Y después está el chico loco. Es la parte de esta ecuación que me gustaría poder anular. Conozco a los de su clase. Enfadados. Sádicos. Sociópatas. Seguro que ha dejado los estudios y está camino de convertirse en un delincuente profesional. En un camello. Sí. La clase de tipo que pega palizas a las águilas de los *scouts* para divertirse.

Ni siquiera intentaré ganarme su confianza. Por ahora me concentro en Jacqui. Intento descifrarla. Seguro que mucha gente la toma por latina por su

tono de piel, pero no lo es. Su entonación y su lenguaje corporal apuntan a otro lado. Por los ojos y el aspecto de la frente, diría que es más bien europea.

Me descubre mirándola por el retrovisor, así que no lo escondo.

—¿Italiana? —pregunto, por probar.

—Griega —responde—. Pero no es asunto tuyo.

—Grecorromana, entonces. No me he equivocado del todo. —Después añado—: Tienes un aspecto clásico. Si la Venus de Milo tuviera brazos, se parecería a ti.

—Si la Venus de Milo tuviera brazos, te daría una buena hostia — responde.

—¿Y nosotros? —me pregunta el hermano de Alyssa.

—Garrett, ni te molestes —replica Alyssa—. Nadie acierta.

Pero Garrett quiere que lo intente. Estoy en terreno resbaladizo porque, teniendo en cuenta la volátil naturaleza de nuestra sociedad, si fallo, es probable que ofenda a alguien.

—Diría que vuestra familia procede de varios continentes.

—Pues... más o menos —responde Alyssa, impresionada.

Entonces, Garrett interviene:

—¡Somos un cuarto holandeses, un cuarto francocanadienses, un cuarto jamaicanos y cuarto ucranianos!

—¡Una amalgama estupenda! —respondo—. Lo que mi padre llamaría «un estofado con todo el sabor». —Bueno, en realidad los llamaría mestizos, pero es que mi padre puede ser muy gilipollas. Es el palo del que prefiero no ser astilla—. En fin, vuestra genealogía es mucho más amplia que la de vuestro amigo, el vikingo, aquí presente.

—¡No somos escandinavos! —me suelta Kelton—. Somos escoceses e ingleses. Tengo un antepasado que llegó en el Mayflower.

—¿En serio? ¿Rata o cucaracha?

Me siento lo bastante seguro para decirlo porque Alyssa está entre los dos... Aunque puede que me lo haga pagar después, cuando no miren los demás. Pero Garrett se ríe, y la risa de Garrett hace sonreír a su hermana, por lo que merece la pena el riesgo. Con la excepción del señor Mayflower, empiezo a sentirme a gusto con este grupito. Dicen que las experiencias comunes intensas forjan amistades duraderas, y me parece que aquí tengo una oportunidad real.

—¿Y tú? —pregunta Alyssa.

—No tengo ni idea. Soy adoptado.

Con la desolación que nos rodea cuesta no desanimarse. La desesperación no se ha adueñado tan sólo de mi barrio. «Al menos los de aquí fuera no tienen disentería», pienso, aunque si «no tener disentería» es lo mejor que puede decirse, mal vamos.

El ánimo lo es todo en tiempos difíciles (es lo único que evita que el estrés se vuelva tóxico), pero no es algo que ocurra sin más. Empieza a nivel de gestión y baja hacia los puestos inferiores. Considero mi responsabilidad hacer caso omiso del vacío de las calles, de los semáforos rotos y de los ocasionales grupos de muertos vivientes. Uno no puede dejarse arrastrar por esas cosas. Si mis decisiones reflejaran esta realidad catastrófica, ¿cómo va a mejorar nada? Me doy cuenta de que este grupo necesita algo más que un líder competente. Necesita un héroe. Pretendo hacer todo lo que pueda por estar a la altura de la ocasión.



---

## **DIAPPOSITIVA 1 DE 2: CH-47D CHINOOK**

**Alyce Marasco no es nueva en los cielos, pero nunca antes había pilotado su helicóptero como parte de los servicios de emergencia. Aun así, ahora que se ha declarado la ley marcial y la guardia nacional está en activo, Alyce tiene que transportar agua potable a los centros de evacuación.**

Como todos los demás, ha tardado en percatarse de que la crisis, desde un punto de vista humanitario, es tan grave como cualquier desastre natural debido al gran número de personas afectadas y a la situación desesperada en que se encuentra cada una de ellas. Sí, hubo advertencias (años de ellas, de hecho), pero los anuncios de servicio público sobre el ahorro de agua son muy diferentes a un corte total. No se advirtió en ningún momento que el agua se acabaría. Sin más.

Alyce suele visitar a un tío con demencia que vive en una residencia de ancianos de Tustin, una comunidad justo en el centro de la zona afectada. Y como no ha conseguido confirmar que lo hayan evacuado a tiempo, decide salirse un poco de la ruta y volar hacia allí. Aunque no podrá ver mucho desde esta altitud, necesita hacerse una idea del estado de las cosas; una panorámica al menos la consolará un poco. Examina las calles de abajo, sin saber siquiera qué busca exactamente. Recuerda haber leído que, durante los desastres, las residencias se sitúan entre los que peor lo pasan. No reciben ni la atención ni los recursos que se dedican a los hospitales, y a menudo cuentan con poco personal, de modo que, si en un día normal apenas consiguen apañárselas, menos aún en una crisis.

Existen páginas de Facebook de decenas de barrios en los que la gente ha empezado a registrarse como evacuada, a salvo y con acceso al agua; porque esas dos cosas no tienen por qué ir unidas. De hecho, esas páginas son el registro de evacuados más fiable. Ha estado buscando en ellas a la gente que conoce, pero no ha encontrado a nadie; y menos a su tío, para el que las redes sociales consisten en sentarse en una habitación abarrotada a leer el periódico.

El barrio de su tío tiene el mismo aspecto que la mayoría: sin vida, salvo por los abarrotados centros de evacuación, que parecen hormigueros repartidos cada ocho kilómetros. Los lugares sin vida parecen falsos desde el aire, como miniaturas con árboles de plástico o una maqueta de arquitectura en fieltro. No tiene tiempo para buscar el edificio concreto, pero, aunque lo hiciera, ¿después qué? Cuando su copiloto le indica que se han desviado del rumbo, ella ajusta la dirección y se marcha.

Más adelante se encuentra uno de esos núcleos de actividad. Miles de personas se congregan en el aparcamiento de un centro comercial. Desde esta altura, es como Coachella o cualquier festival importante, lo que la inquieta, puesto que lo que menos desea esta gente ahora mismo es entretenimiento.

Han despejado un gran círculo en el aparcamiento. La gente se ha apartado para crear una pista de aterrizaje, un helipuerto improvisado para que les suministre el agua de la vida.

Pero Alyce no puede hacer nada por ellos.

Ese no es su destino.

Ni siquiera se trata de un centro de evacuación oficial.

Entonces la sacude una ola de emoción, una turbulencia interna que la estremece hasta la médula. Empieza a realizar cálculos: llegados a este punto, hay unos doscientos refugios con evacuados. Con que la mitad de la población acuda a ellos, habrá casi doce millones de personas ahí, a la espera de agua. Son seis mil por centro. Aun así, los helicópteros en servicio tienen capacidad para abastecer a seiscientas personas por refugio al día.

Lo que significa que nueve de cada diez personas no recibirá agua hoy.

Y eso es sólo en los centros oficiales.

Las lágrimas empiezan a empañarle los ojos, pero se las limpia. Quizás el agua de su vehículo no sea más que una gota en el océano, pero ayudará a alguien en alguna parte. Y no puede hacer nada por los demás.

Así que sobrevuela el aparcamiento abarrotado, aunque no sin rezar en silencio una oración por las almas de abajo.

## **DIAPPOSITIVA 2 DE 2: OBJETIVO**

**Seis.**

Ese es el número de helicópteros que han sobrevolado la cabeza de Hali desde que llegó ayer al aparcamiento del Target. Todos dicen que los helicópteros militares transportan agua. Que van a aterrizar aquí y que los salvarán a todos. Por eso la gente «al mando» no deja de despejar espacios para que aterricen. Por eso todas las familias tienen a alguien esperando en una larga cola serpenteante: por si llega algo para lo que haya que hacer cola.

El ruido de otro helicóptero surge por el norte. Todos miran, a la expectativa. El ruido aumenta. Su sombra cruza el aparcamiento. No se acerca más. El ruido de su motor se pierde al desaparecer por el sur. Con este son siete.

—No nos llegarán envíos militares —le dice la mujer que tiene al lado a quien quiera escucharla, o quizá lo diga para sí—. Pero los otros helicópteros... Esos son los que van a los puntos de abastecimiento no oficiales. —Se enciende un cigarrillo para consolarse—. De todos modos, hay más helicópteros civiles que militares ahí fuera.

«¿Dónde? —quiere preguntarle Hali—. ¿Dónde están esos helicópteros de los que habla?». Sin duda, no hay ninguno lo bastante grande como para transportar agua. La mayoría son helicópteros pequeños que apenas pueden cargar con un puñado de pasajeros, y el agua pesa. ¿De verdad cree esta mujer que una empresa de vuelos turísticos va a enviarles agua?

Regresa con su madre, que se ha colocado en la cola, a sólo treinta personas de la primera, con silla plegable y todo. No tiene esa posición por llegar pronto, sino porque vio a una amiga cuando llegó y se ofreció a guardarle el sitio para que fuera al servicio. La amiga se fue hace tiempo del aparcamiento en busca de mejores perspectivas de futuro, así que la madre de Hali heredó su sitio. Así ha sido siempre su madre: averigua el modo de conseguir lo que quiere.

—Cabrones —dice entre dientes mientras Hali se sienta en el suelo a su lado.

No le explica a qué cabrones se refiere. Es evidente. Los cabrones de los helicópteros que los sobrevuelan y todos los demás que no prestan atención a este aparcamiento; los dioses del agua que tiran los dados y deciden adónde va el agua.

—El siguiente será para nosotros —le dice Hali.

Ella le responde con una débil sonrisa. Ambas saben que es un deseo rayano en la ilusión, aunque ahora mismo es lo único que tienen. No pueden elegir. El agua tiene que llegar hasta ellas porque no se van a ir a ninguna parte. Su madre no piensa abandonar su sitio en la cola, ni loca.

Tuvieron agua durante los dos primeros días de la restricción. Su madre le había quitado una caja de las manos a una de las compañeras del equipo de fútbol de Hali en el Costco. «Quien va a la villa pierde su silla —le dijo su madre cuando llegaron a la cola de la caja—. Recuérdalo».

Aun así, estaba claro que su madre se había perdido algunas de esas enseñanzas de la vida. Como: «No te laves el pelo si sólo tienes agua embotellada». O: «No salgas a correr como cada mañana cuando el sudor es tu enemigo». Y quizá la más obvia de todas: «Deja que se mueran las plantas de la casa».

Aquella caja de agua les había durado dos días.

En la calle, justo detrás del aparcamiento, se para un pequeño autobús Volkswagen rojo. Como los que se veían en Woodstock. Un monovolumen de cuando todavía no existían los monovolúmenes. También estaba ahí ayer. Dos veces. Hoy, tres chicas más o menos de su edad, quizás algo mayores, salen de él. No ve al conductor, aunque sabe que es un hombre. Lo sabe por instinto.

—Hali, cielo —le dice su madre, que intenta protegerse los ojos del sol—, ¿por qué no te pones en la sombra, contra la fachada del edificio, que hará más fresco? Y pega la oreja, a ver qué dice la gente. A lo mejor sacas información.

—Lo que la gente dice no sirve de nada —responde Hali.

—En general, así es. Pero de vez en cuando surge algo que merece la pena escuchar.

Odia dejar a su madre asándose al sol, pero le ha encargado una misión, así que allá va, sin dejar de pensar en las cosas que las dos han tenido que hacer a lo largo de los dos últimos días para llegar hasta este punto.

Cuando todavía estaban en casa, su madre había flirteado con el señor Weidner, un vecino que se había divorciado el año pasado. Lo cierto era que la madre de Hali siempre flirteaba con él. Sin embargo, cuando supo que tenía agua, le puso un poco más de empeño. Él fue educado y, aunque no correspondió al coqueteo, les ofreció una botella de agua.

«Misión cumplida», había afirmado su madre al regresar a casa, pero le costaba mirar a Hali a los ojos mientras lo hacía.

A la mañana siguiente, Hali puso en práctica la lección de supervivencia de su madre y le enseñó unos movimientos de fútbol al insoportable crío del otro lado de la calle, un enano al que no soportaba, pero cuya familia se rumoreaba que tenía agua. Al final, la madre del niño le dio un vaso de plástico lleno de agua. Hali había sudado más que eso jugando con el mocoso,

pero era mejor que nada. Le llevó la mitad a su madre, que la rechazó e insistió en que su hija se la bebiera toda.

Ahora, mientras esperaban, sin muchos ánimos, a que llegara ayuda, una cita inspiradora no dejaba de repetírsele en la cabeza: «Para conseguir lo que nunca has tenido, debes hacer algo que no hayas hecho nunca».

Es algo que le dijo su entrenador en algún momento de su vida. Aunque fuera cursi, se le quedó grabado. Supone que no sólo se aplica a las cosas que no has tenido nunca, sino también a las que has tenido y perdido. Cosas que necesitas con desesperación.

A la sombra del Target, Hali se encuentra con su amiga Sydney, que es famosa por hablar una barbaridad, aunque sin decir nada en absoluto.

—Qué locura, ¿eh? —dice Sydney—. Es como: ¿qué pasa? ¿Verdad? ¡Dadme un respiro o algo! Pero es lo que hay, supongo.

—Te entiendo —responde Hali, porque es la mejor forma de responderle.

Entonces, Sydney se le acerca más y dice:

—¿Quieres ver algo?

Abre con disimulo un bolsillo de su mochila y le enseña una botellita de agua. Verla le corta la respiración. De repente, Sydney es su BFF.

—Venga, te daré un trago —le susurra.

Se van hacia unos setos, y Sydney saca la botella procurando que no la vea nadie, como si fuera algo ilegal, y deja que Hali le dé un traguito. El traguito se convierte en un buen trago antes de que Sydney le quite la botella. No está enfadada ni nada. Debe de saber lo difícil que es dejar de beber una vez que has empezado.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta Hali—. Cuando te vi ayer, no la tenías.

Sydney señala con la cabeza a un lado y Hali se vuelve para ver que apunta al Volkswagen rojo. El conductor está apoyado en ella, fumando. Veintimuchos o treinta y pocos. Coleta. Patillas pobladas. Vaqueros rotos, aunque no por la moda.

—Está regalando agua —explica Sydney—. Pero es bastante exigente con las personas a las que se la regala. En fin, no puede dársela a todo el mundo, ¿verdad?

Sydney deja escapar una risita nerviosa que desvela la fría y dura realidad de que no existe el agua gratis..., y Hali se da cuenta de por qué no había visto a Sydney hasta ahora: es una de las tres chicas que acaban de bajar del minibús rojo.

—No es malo ni nada —dice Sydney—. Incluso me ha dado una botella para mi familia...

Hali observa a una chica guapa a la que no conoce entrar en la furgoneta. El tío de la coleta le abre la puerta y finge ser un caballero en vez de una basura.

Después se vuelve hacia Sydney.

—Gracias, pero no, gracias —le dice, e intenta alejarse con la indignación apropiada. Pero Sydney la agarra del brazo.

—No seas estúpida, Hali. ¿Todavía no te has dado cuenta? ¡Nadie va a venir a ayudarnos! Lo más probable es que todos mueran de sed. ¿Es que quieres ser uno de ellos?

Pero Hali no acaba de creérselo. Esas cosas no ocurren aquí. Aun así, Sydney no la suelta. Parece desesperada.

—¿Y por qué te importa tanto lo que haga? —le pregunta—. Tienes tu agua, ¿por qué no me dejas en paz?

Y, por fin, Sydney escupe su verdadero motivo:

—Me ha dicho que me dará otra botella si le llevo a alguien. A alguien como tú...

Hali se zafa de su mano y corre sin mirar atrás.

Sin embargo, antes de llegar hasta su madre, oye un ruido arriba. ¡Un helicóptero! ¡Y este suena más fuerte, más cerca que los otros! Todos se levantan y miran al cielo como una multitud embelesada esperando el segundo advenimiento de Cristo.

El helicóptero aparece sobre las copas de los árboles. No es grande. No es uno de los civiles de los que hablaba la mujer. Sobrevuela la multitud en círculos. Otra vez. Una tercera vez, y entonces Hali se da cuenta de que no es más que un helicóptero de las noticias. Ha venido para enseñarle al mundo el drama de la crisis y el verdadero significado de la desesperación. Se pregunta si el equipo de televisión de arriba entiende la esperanza que destroza con su mera presencia.

Una vuelta más y se marcha. La gente sigue de pie, se niega a creer que se ha ido. Mientras permanezcan de pie, quizá regrese. Quizá. Quizá.

—¡Cabrones! —grita su madre.

Hali la mira. Mira hacia la acera. Mira de nuevo a su madre.

«Para conseguir lo que nunca has tenido, debes hacer algo que no hayas hecho nunca —piensa Hali—. O para conseguir algo que quizá no vuelvas a tener».

—Ahora vuelvo —le dice a su madre—. Te lo prometo.

**Y se dirige al pequeño autobús Volkswagen rojo, donde el hombre de la coleta le abre la puerta. Como un caballero.**

---

## 22) Henry

El secreto para lograr que un grupo colabore es contar con un líder sensible y dinámico, y la clave para ser un buen líder es la observación atenta y la manipulación sutil, tan sutil que nadie sepa que lo estás manipulando. Ahora que lo pienso, también es la clave de un buen gobierno.

Mientras conducimos, guardo silencio, lo que va en contra de mi naturaleza, pero es necesario en estos momentos. Observo. Escucho. Tomo nota mental.

—Bueno, pues ya tenemos nuestro cuatro por cuatro —dice Jacqui, que se vuelve hacia el pelirrojo psicótico que tiene al lado—. ¿Adónde quieres que lo lleve?

—Ya te lo he dicho, al Bosque Nacional Angeles —dice Kelton.

—Vale: ¿cómo... llegamos... allí? —pregunta Jacqui con condescendencia y un toque de amenaza vago pero insistente.

—No estoy seguro... Sólo he estado dos veces en el refugio. Pero te lo puedo señalar a la perfección en un mapa.

Alyssa coge el móvil por instinto, pero recibe un mensaje de error cuando intenta abrir la aplicación.

—Maldita sea. Maps no funciona.

—Pues usa Waze —sugiere Garrett.

Aunque me dan ganas de reír, como hace Jacqui, respondo con mucha amabilidad:

—Creo que lo que tu hermana quiere decir es que no hay servicio. Aunque quizás haya un mapa de verdad aquí dentro. Alguna gente todavía los usa, aunque parezca mentira.

—Claro —dice Alyssa—, y puede que nuestro tío sea de esos.

Sonrío. Punto para mí.

No hay nada en la guantera, salvo los papeles del coche, envoltorios de chicle y un cepillo para la pelusa. En los compartimentos de las puertas no encontramos nada más que una lata vacía de Red Bull, un boli que pierde tinta y otros tantos envoltorios de chicle. Y, entonces, Kelton mira en el compartimento del centro, entre los asientos delanteros. No hay mapa, pero sí una bolsa de cierre hermético tamaño sándwich de aspecto cuestionable.



—Pero ¿qué...? —exclama, y se la lanza a Alyssa como si se tratara de una patata caliente.

Alyssa la examina. No cabe duda: es una bolsa de hierba. Se vuelve hacia su hermano y los dos dicen a la vez:

—El tío Cannabis.

—Bueno —dice Jacqui—, puede que muramos de sed, pero así no nos importará tanto.

La mera mención de la sed impulsa a Garrett a abrir su cantimplora, que resulta estar más seca que la suela de un zapato.

—El bosque está al norte de Pasadena, ¿no? —pregunto—. Podemos coger la 241 hasta la 91, y después la 57 hasta la 210. Eso nos dejará cerca.

—Ni de coña —objeta Jacqui—. Las autopistas están muertas. En ambos sentidos. Todas.

—Hay otras formas de llegar —dice Kelton—. Formas no tradicionales..., pero necesitamos un mapa para empezar.

De repente, un helicóptero militar nos sobrevuela a baja altitud. Pasamos junto a un camión militar que circula en sentido contrario al nuestro, aunque, por lo demás, hay muy pocos vehículos en la carretera. Entonces, un poco más adelante, llegamos a un control, también militar. Los soldados de camuflaje nos hacen gestos para que vayamos hacia la izquierda y nos chillan.

—¡Esta carretera se reserva para asuntos oficiales! ¡Torced a la izquierda! ¡Las señales os conducirán al centro de evacuación!

—No le hagas caso —dice Kelton—. Ahora mismo lo que menos nos conviene en el mundo es ir a un centro de evacuación.

—¿Y qué me sugieres? —pregunta Jacqui—. ¿Que atravesase la barricada? ¿Tú te has fijado en el tamaño que tienen las armas de esta gente?

—Tuerce a la izquierda —digo antes de que Alyssa pueda decirlo—. Por ahora, haz lo que dicen hasta que nos surja la posibilidad de rodear los controles.

Y aunque está claro que Jacqui no quiere aceptar órdenes de mí, no le queda más remedio. No existe otra opción viable salvo hacerlo y reforzar mi liderazgo.

—Estoy de acuerdo —opina Alyssa. Punto para mí.

Torcemos a la izquierda por la carretera de El Toro. Ahora hay unos cuantos coches más con nosotros, y más controles. Parece que todo el tráfico civil se está redirigiendo a esta carretera.

—Deberíamos ir en sentido contrario —protesta Kelton.

—No te preocupes —le respondo, obligándome a usar un tono de hermano mayor—. Para dar dos pasos adelante a veces hay que dar uno hacia atrás.

—¿Qué pasa, Roycroft, es que te has escapado del póster de superación personal del despacho de tu orientador? —pregunta Jacqui—. ¿Qué te parece esta?: «En la vida hay ocasiones en las que estás jodido de verdad».

—Vale, ¿puedes cortar ese rollo tuyo? —responde Alyssa—. No nos ayuda en nada.

Es la base perfecta para lo que voy a decir a continuación.

—No pasa nada, Alyssa —intervengo, con una comprensión infinita—. Es que Jacqui está estresada y asustada. Y así es como se enfrenta a ello.

—¡No te atrevas a analizarme! —me suelta, lo que demuestra mi afirmación.

Alyssa me mira, y le ofrezco una sonrisita y un encogimiento de hombros. A cambio, ella arquea las cejas, compadeciéndose de mí; es el paso previo a la sonrisa amistosa. ¡Un fantástico giro de los acontecimientos! Reconoceré que ella sigue al mando, pero empieza a vernos a los dos como a un equipo. Es un progreso excelente hacia una dinámica sostenible. Una vez que empiece a solicitar mi opinión, sabré que me he colado en el asiento virtual del conductor, esté quien esté tras el volante.

Ahora hay más coches en la carretera que tenemos delante y todo el tráfico se desvía a la derecha. Empiezo a darme cuenta de que hemos entrado en un embudo que nos conduce directamente al instituto de El Toro, donde han establecido un centro de evacuación oficial. No creo que haya visto antes a tanta gente en el mismo sitio. Multitudes en el aparcamiento, multitudes en los campos, y en la pista de tenis y en la cancha de baloncesto... Salvo por un par de pistas en las que han montado un helipuerto. Los helicópteros militares que hemos visto antes están aquí, descargando agua detrás de un pasillo de soldados armados.

Más adelante, un soldado nos indica que paremos a un lado de la carretera, junto con los demás coches.

—No podemos dejar que nos lleven y acorralen como si fuésemos ovejas —insiste Kelton—. Así empieza. Es el principio del fin.

—Guau, qué desalentador —comenta Jacqui, lo que dice mucho, viniendo de ella.

Pero Kelton se mantiene firme:

—Tenemos que decirles que nos hemos perdido. Después, damos media vuelta antes de que sea tarde.

Un soldado llama a la ventanilla de Jacqui, y ella no tiene más remedio que bajarla.

—Aparque aquí —le ordena—. Después, siga a la gente.

—Hemos venido por error —responde Jacqui, que ha tomado nota de la advertencia de Kelton.

—Sí —añade Kelton—. Tenemos un sitio al que ir.

El soldado no se lo traga.

—¿Y por qué no están ya allí?

Entonces, Garrett pone su carita de cachorrito triste y dice:

—¡Mi abuela! Por favor, ¡tenemos que ir a por mi abuela! ¡Nos está esperando!

El crío es listo, lo reconozco.

Después, añade:

—No quería dejar a sus perros.

La guinda perfecta para la historia. Debería presentarse a presidente. Joder, incluso yo votaría por él, sin programa ni nada.

Al final, el soldado dice:

—Danos la dirección y enviaremos a alguien a buscarla.

Lo que deja a Garrett sin palabras y, antes de que alguno de nosotros pueda evitar que su historia termine de desinflarse, el soldado se asoma, mira a Garrett y pregunta:

—¿Me puedes decir qué es eso?

Todos miramos hacia la bolsa de maría que Garrett tiene en el regazo.

—Mierda —dice el crío, y otra prometedor carrera política se va a pique.

Ahora sí que hablan los demás, aunque lo que dicen sólo sirve para empeorar las cosas.

—¡No es lo que cree! —exclama Alyssa.

—¡Venía con el coche! —dice Kelton.

—Es orégano —afirma Jacqui.

Rara vez he visto a alguien cavar mejor su propia tumba.

—Vale, ¡fuera de la ranchera! —grita el soldado, que usa su mejor voz de campamento militar—. ¡¡He dicho que afuera!! ¡¡Ahora!!

Así que corremos a hacer lo que dice, porque que te pillen in fraganti es lo que tiene, y esto es la ley marcial, y el póster de superación personal de Jacqui ahora mismo es muy pero que muy cierto. Estamos jodidos, y no veo la forma de salir de esta.

Le quita las llaves a Jacqui y nos deja sin ruedas.

—¡Daos la vuelta! —exige, agitando el arma—. Las manos arriba, contra el vehículo.

Lo intento, pero hago una mueca.

—¡He dicho que las manos arriba!!

—No puedo —respondo—. Tengo el hombro dislocado.

—Es verdad —dice Kelton—. Se lo disloqué yo.

—Tú mantén las manos donde pueda verlas —masculla el soldado, que tiene el detalle de no desgraciarme el brazo otra vez. Pero ahora tengo miedo. Miedo de verdad, porque veo a otras personas esposadas a lo largo de la cuneta. Gente que ha causado problemas o riñas y otro tipo de personajes indeseables que es mejor tener atados, y Dios sabe qué harán con ellos durante la ley marcial. Intento no perder los nervios, porque el liderazgo exige, al menos, fingir elegancia bajo presión.

Y, entonces, Alyssa abre la boca, y lo que sale de ella es absolutamente mágico:

—¿Así que vas a detener a un puñado de críos por tener maría? ¡Pero si ahora es legal!

—No en un vehículo en movimiento —responde el soldado mientras empieza a cachearnos—. ¡Y sois todos menores!

Alyssa no se deja amilanar:

—¿En serio? ¿De verdad es esta tu prioridad número uno en medio de una crisis?

—¡Silencio! —ordena el soldado; después registra a Kelton y está a punto de pasar a Alyssa.

—¡Es la típica intimidación física y psicológica a los menores...! ¡Ni siquiera la ley marcial lo permite! —chilla ella—. ¡Seguro que a mi prima, que trabaja en el *LA Times*, le va a encantar la historia!

Y, por un milagro, el soldado retrocede. Aunque no antes de coger la bolsa de hierba.

—¡Voy a confiscar esto! ¡Ahora, moved el coche! ¡Poneos en la cola, como todos los demás!

Ya está, somos libres. Imagino que tienen tanta gente que procesar que detenernos no merecía la pena. Nos alejamos de él a toda prisa, pasando por delante de las personas esposadas y abandonadas junto a la cuneta, y nos unimos a la muchedumbre que se dirige al instituto, mientras todos dejamos escapar un suspiro colectivo de alivio.

—Eso ha sido una genialidad —le digo a Alyssa, y ni siquiera es por hacerle la pelota. Va en serio—. Nos has salvado... ¡y ni siquiera has tenido

que mentir!

—En realidad, no tengo una prima que trabaja en el *LA Times*.

Y, de repente, creo que me he enamorado.

## 23) Alyssa

«Puede, puede que esto salga bien», me digo. Ahora que se toman en serio la restricción (ahora que están movilizando todos estos recursos), saldrá bien. No tendremos que arriesgarnos a viajar al misterioso refugio, que siempre me ha sonado un poco sospechoso, la verdad.

No obstante, Kelton se comporta como un animal en una trampa y está listo para morderse el pie con tal de escapar. Se detiene, se niega a seguir caminando y se queda plantado en medio del camino. Los cuatro tenemos que luchar contra el río de gente para no dejarnos llevar por él.

—¡No podemos quedarnos aquí! —insiste.

—Pero vamos a hacerlo —le responde Jacqui mientras devuelve codazos—. Acéptalo.

Teniendo en cuenta por lo que ha pasado Kelton, creo que necesita algo mejor que un poco de mano dura cariñosa de alguien que en realidad no le tiene cariño, así que intento ser más amable.

—Quizá sea positivo —le digo—. No es que nos tengan prisioneros, no nos van a obligar a quedarnos si no queremos. Y quién sabe, puede que queramos quedarnos.

Pero ahora que estamos aquí, como cantos rodados contra el implacable flujo de gente que entra en el centro, no parece haber demasiada elección.

—Quizá papá y mamá estén aquí —grita Garrett por encima del clamor de los helicópteros.

No obstante, creo que, de haber estado aquí, se habrían marchado para recogernos. O quizá, como el soldado iba a hacer por nuestra abuela imaginaria, enviaron a alguien a buscarnos, pero ya no estábamos.

—Es posible —le contesto, porque no quiero destrozar sus esperanzas.

Entonces, Jacqui grita:

—¿Dónde narices está Roycroft?

Miro atrás: no está. Ha desaparecido por completo.

—Olvídate de él —gruñe Kelton. Alguien se choca contra él, y está a punto de caerse—. Si quiere quedarse, que se quede, ¡pero nosotros no podemos!

—¡Para ya! —le grita Jacqui—. Bastante estresante es esto como para que encima te dé un ataque de nervios.

Kelton aprieta los dientes, cada vez más enfadado.

—No tenéis ni idea, ¿no? —Apunta hacia el campo de fútbol americano, que está subiendo una pequeña colina—. ¿Creéis que aquí no hay prisioneros? ¡Echad un vistazo a la valla! Subid ahí y preguntad a la gente del otro lado cuánto tiempo llevan esperando, ¡venga!

Y sólo por apaciguarlo, lo hago.

—Ahora mismo vuelvo —les aseguro—. No os separéis.

Me abro paso entre la gente hasta el terraplén de hierba. Cuando llego al campo de fútbol, me fijo en lo lleno que está: las gradas, la pista, el campo... Ni siquiera se ve el césped, es todo gente. Hay sombrillas y toldos montados para protegerlos del sol, pero no los suficientes.

La valla es bastante alta. Todos los campos de fútbol americano de los institutos tienen vallas para evitar que los aficionados de los equipos enfrentados se peleen entre sí y para mantener fuera a la gente que no ha pagado entrada. Hoy hay muchos soldados armados en cada una de las entradas. Por mucho que odie reconocerlo, Kelton tiene razón: ahora mismo, esas vallas se usan para que no salga nadie. Han puesto en cuarentena a los zombis del agua. A miles de ellos.

—Perdone —grito a través de la valla a quien quiera oírme.

Una mujer huesuda con el pelo castaño largo y descuidado se me acerca.

—¿Lo has visto? —me pregunta—. ¿Has visto adónde se la han llevado? —Pero no sé bien qué me pregunta. Se impacienta—. ¡El agua! ¿Has visto adónde se la han llevado? Todos hemos visto el helicóptero, pero ¿adónde se han llevado el agua?

Vi que empezaban a descargarla, aunque no sé adónde se la han llevado. Hay tantos puestos alrededor de este instituto que podría estar en cualquier parte.

—No, lo siento, no —respondo.

Ella le da un manotazo a la alambrada, que se sacude. Se muerde el labio. Entorna los ojos y empieza a parpadear, y me doy cuenta de lo que está haciendo: llora. Llora, pero no le quedan lágrimas.

Por fin le pregunto lo que he venido a preguntar:

—¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Llegamos ayer por la tarde —me responde—. Es el tercer helicóptero que viene desde entonces, ¡y la cola no se mueve! No hemos visto agua todavía. ¡Tenemos que averiguar adónde la llevan!

Entonces, oigo a Jacqui detrás de mí.

—El gimnasio —le chilla a la multitud—. Los he visto llevarla al gimnasio. Allí también hay mucha gente.

La mujer, desesperada, se agarra a la alambrada con tanta fuerza que se le ponen blancas las puntas de los dedos.

—¡Tienes que conseguirnos un poco! Lo harás, ¿verdad? ¿Irás al gimnasio y nos traerás un poco de agua?

No hay nada que pueda decirle.

—¡Por favor, prométeme que lo harás, por favor!

—Alyssa, vamos.

—Lo siento... Me... Me...

Entonces, Jacqui se pone frente a mí y me tapa la vista de la mujer antes de moverme de espaldas, colina abajo.

—No te impliqués —responde—. Así no ayudarás a nadie, y menos a ti.

Pienso en la caja de AguaViva en la ranchera, escondida debajo de una manta. ¿Seguirá allí? ¿Se la habrán llevado? ¿Debería abrirla y lanzar botellas por encima de la valla? Pero, claro, recuerdo lo que sucedió ayer cuando llevé el agua a la casa de los Burnside. Y esta gente está mucho más sedienta.

«No te impliqués».

¿Cómo te alejas sin más? Aunque tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo.

—Bueno, ¿qué habéis averiguado? —pregunta Kelton cuando regresamos con él.

Sabe la respuesta con tan sólo verme la cara.

## 24) Henry

No tenía pensado dejar a los otros... Es que estaba demasiado ocupado observando, absorbiendo la situación que me rodeaba, y cuando la cola se dividió, fui por la que no era. Pero no pasa nada. Sé dónde están y, aunque en

otras circunstancias me habría ido mejor como agente libre, creo que quizá merezca la pena mantener nuestro extraño grupito. O, al menos, a Alyssa. Ya veremos.

Me concentro en la situación que tengo delante. Existen oportunidades en cualquier circunstancia, incluso en una tan compleja e inquietante como esta... Sin embargo, mientras observo lo que me rodea, me cuesta encontrar una. Miles de personas sedientas. Barriles de agua que transportan al gimnasio, protegidos por soldados bien armados, y personas que intentan llegar hasta dichos barriles con la misma angustia de un cuadro barroco.

Todavía tengo el corazón acelerado tras el encuentro con el soldado en la ranchera, pero todo lo que veo lo empeora. La cola en la que estoy conduce a la gente al campo de béisbol, y veo que se detiene en la entrada. El campo también está lleno. ¿Qué demonios van a hacer con estas personas?

Cuando la cola se transforma en una gran muchedumbre acordonada, me largo. Hay soldados por todas partes, aunque también muchos puntos sin vigilancia, y hasta ahora no he oído tiros, así que supongo que no están disparando a la gente que vive fuera de las colas. Me abro paso hasta una zona menos abarrotada, sin perder de vista la entrada del gimnasio y los barriles de agua. Mi padre siempre decía que, cuando quieres ir a algún sitio al que se supone que no puedes ir, lo mejor es entrar como si fuera tuyo y, nueve de cada diez veces, entrarás. No obstante, estoy bastante seguro de que esta es esa décima vez. Y si consigo entrar, ¿qué hago? No seré más que una de las miles de personas que esperan probar esa agua. Eso no es una oportunidad, sino un callejón sin salida.

Cuando doblo la esquina, vislumbro la piscina. Vacía. Se llevaron el agua de las piscinas de los institutos para usarla en otra parte antes de darse cuenta de que iban a convertir esos institutos en centros de evacuación. El cortoplacismo de este mundo no tiene límites. Pero no es la falta de agua en la piscina lo que me preocupa. Es lo que veo en la zona que la rodea.

Hay bolsas para cadáveres.

No una ni dos, sino una docena, como mínimo. Y algo me dice que va a haber más.

Vale. Vale. Esto ya no tiene gracia. Vale. Vale. Quizá nunca la haya tenido. Vale. Vale. Hay personas muertas. En bolsas. Y el helicóptero se aleja, y no tengo ni idea de cuándo volverá con agua para evitar que otras personas acaben dentro de bolsas. Y nunca me he orinado en los pantalones ni nunca lo haré, pero juro que me falta muy, muy poco.

—¡Eh! ¡Tú! ¡No puedes estar ahí!



No necesito que me lo digan dos veces. Retrocedo y vuelvo al lugar donde la gente sigue caminando y respirando. Kelton tenía razón. No podemos quedarnos aquí. Y ahora sé con exactitud lo que debo hacer. Esto va a ser difícil, pero si hay alguien capaz de lograr el trato que acaba con todos los tratos, ese soy yo.

## 25) Alyssa

De pronto, la cola deja de moverse. Más gente llega por detrás y nos empuja contra la que tenemos delante. Todos apretujados como ganado. No suelto la mano de Garrett para asegurarme de que no nos separemos. Los que tenemos detrás son los soldados, que han empezado a empujar a la multitud para despejar un camino en la carretera. Y entonces llegan los autobuses escolares vacíos, como si fuera un día normal de clases.

—¡Atención, por favor! —brama una voz por un megáfono sibilante—. Este centro de evacuación está al máximo de su capacidad. —Lo que es una forma muy suave de decirlo. No creo que estuviera equipado para manejar ni una fracción de la masa de gente que hay aquí—. Estos autobuses los llevarán a unas instalaciones de apoyo.

—¿Adónde? —chilla alguien—. ¿Adónde coño nos llevan?

Pero nadie responde.

Mientras el desfile de autobuses sigue llegando, los soldados les hacen sitio en el aparcamiento. Estamos demasiado pegados, y huelo el aliento de todo el mundo, lo que no me agrada demasiado. Kelton ni siquiera tiene que inclinarse para susurrarme:

—No responden porque no lo saben. Es probable que estén todavía intentando decidir adónde envían a los autobuses, pero, sea donde sea, no es un centro de evacuación. No tienen ni tiempo ni personal para montar más. Lo único que pueden hacer es soltar a la gente en «instalaciones de apoyo».

Jacqui ha sacado los codos e intenta conservar su espacio personal.

—¿Cómo es que conoces todas las respuestas?

No se molesta en responder, sino que dice:

—¿Conoces el concepto del triaje o selectividad social? ¿No? Porque yo sí. En una emergencia a gran escala, ayudas a los que puedes y, a los que no,

los apartas para que no molesten. —Después mira hacia el primer autobús, al que la gente ya empieza a subir, obediente—. Te garantizo que la mitad de las personas que suban a esos autobuses va a morir, porque, vayan a donde vayan, será lejos del agua.

Me pongo de puntillas y miro por encima de las cabezas de los demás a los soldados que conducen los rebaños gigantes. Uno de ellos ayuda amablemente a una anciana a subir al autobús. No es que su intención sea matar a nadie, pero, después de varios días sin agua, la muerte no necesita invitación.

—No hay vallas alrededor de este aparcamiento —digo—. Todavía no estamos atrapados.

Sin embargo, antes de poder formular un plan, aparece Henry, salido de la nada, sin aliento y con cara de espanto.

—Mirad lo que tengo —anuncia, y levanta el llavero del tío Laurel, con su estúpida pata de conejo y todo. Esto cambia la situación por completo.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunto, apenas capaz de creer lo que ven mis ojos.

—He hecho un trato, pero tenemos que darnos prisa. ¡Vamos!

Corremos detrás de él, luchando contra la corriente de personas que avanza hacia los autobuses.

—Espera... ¿Has hecho un trato con el tipo que se llevó las llaves? —dice Garrett, muy impresionado—. Iba a detenernos, ¿cómo has conseguido hacer un trato?

—¡Porque esa es mi especialidad! Venga, no tenemos mucho tiempo.

Llegamos a la ranchera y, al instante, veo que la manta de la parte de atrás está levantada y que la caja que ocultaba ha desaparecido.

—¡El agua!

Al mencionarla, una docena de ojos se vuelven hacia mí.

—¡Olvídate de ella! —insiste Henry—. La he cambiado por las llaves.

Jacqui lo mira, incrédula.

—¿Has cambiado el agua que nos quedaba por las llaves? ¿Y no se te ha ocurrido que podríamos hacer un puente... o largarnos de aquí a toda leche y buscar otra ranchera? ¿Una que tenga aire acondicionado de verdad?

Pero, antes de que pueda responder, otra voz interrumpe la conversación:

—¡Eh! ¡Roycroft! ¡Espera!

Lo que impulsa a Henry a correr más deprisa.

Un idiota musculoso se abre paso entre la gente: labios agrietados, ojos vidriosos, aunque todavía no ha llegado a convertirse en un zombi del agua.

Agarra a Henry por el hombro y le da la vuelta... Entonces, el chico le lanza una mirada desconcertada a Henry.

—Eh, espera un momento, tú no eres Trent Roycroft...

Henry pasa de él y se vuelve hacia nosotros.

—¡Entrad ya en la ranchera!

Pero el musculitos no va a permitir que pasen de él.

—¿Quién coño eres? ¿Por qué llevas la chaqueta de Roycroft? ¿Dónde está Roycroft?

Henry se lía con las llaves y se le caen. Se cuelan debajo de la camioneta.

—¡Eh! —insiste el musculitos—. Estoy hablando contigo.

Entonces, Henry se mete debajo de la ranchera, no como si intentara recuperar las llaves, sino como si pretendiera escapar. Y ahora me doy cuenta de que Jacqui no está.

—¡Alyssa! —grita Garrett—. ¡Nos ha dicho que subamos!

La puerta no está cerrada, así que Garrett se sube detrás, con Kelton. Busco a Jacqui con la mirada, pero no la veo por ninguna parte. ¡Maldita sea! Henry sale del coche por el lado contrario al musculitos, pero justo en la puerta del conductor, y tiene otra vez las llaves.

—¡Eh, que te he hecho una pregunta! —le grita el otro.

—Que te den —responde Henry, ahora que sabe que tiene un coche de por medio.

Después entra y cierra de un portazo.

El musculitos está más pasmado que enfadado.

—¡Ni siquiera creo que vayas al instituto de Santa Margarita!

Henry arranca y yo salto al asiento del copiloto.

—¡Tenemos que esperar a Jacqui! —insisto.

—¡No hay tiempo!

Es como si algo se hubiera roto dentro de Henry. Si es que se llama Henry. Ya no sé nada. Da marcha atrás, y nos estrellamos contra un Toyota aparcado que nos bloquea. Cambia de marcha y hace lo mismo con el Audi que tenemos delante. Después retrocede de nuevo hasta dar contra el Toyota, lo que obliga a los coches a separarse y dejarnos espacio para salir.

Entonces, por fin, veo a Jacqui. Corre hacia nosotros. ¡Y lleva la caja de AguaViva!

—¡Noooooo! —chilla Henry cuando la ve.

Por fin ha provocado el daño suficiente como para poder sacar la ranchera de allí. Sale disparado, dispersando a la gente que se dirige a los autobuses.

Los soldados ya se han dado cuenta... y el que ha hecho el trato persigue a Jacqui, pero ella es demasiado rápida.

Henry da un violento giro de ciento ochenta grados con el que derriba un pequeño mirto de la mediana, y nos quedamos varados, con las ruedas girando y escupiendo hojas y flores de color rosa.

Eso le da tiempo a Jacqui para alcanzarnos. Lanza la caja detrás y, al darse cuenta de que Henry no tiene intención de esperar a que se suba al coche, trepa por el parachoques y se mete en la plataforma de atrás, con la caja y la otra basura que el tío Laurel tenga por ahí.

Henry pisa el acelerador, entre palabrotas, y, en vez de decirle lo que debe hacer, alargó una mano y meto la tracción a las cuatro ruedas.

Ahora, cuando pisa, salimos disparados, dejamos el arbolito reducido a astillas, y nos alejamos quemando rueda del instituto, de la gente que nos miraba boquiabierto y de los soldados frustrados que no parecen seguirnos. Simplemente se alegran de que dejemos de ser problema suyo.

—¿Es que te has vuelto loco? —le grito a Henry—. ¡Casi nos matas!

Él me mira con esos ojos de espanto, enloquecidos.

—¿Que casi os mato? ¿Que os mato? ¡Acabo de salvaros la vida! ¡Al menos podrías demostrar gratitud!

—¡Frena! —le ordeno.

Está tan frenético que no consigue ni ir en línea recta. Si hubiera más coches en la carretera, ya nos habríamos estrellado contra alguno.

Se aferra al volante, mira al frente.

—Vale. Vale —dice, y respira hondo. Endereza el coche, suelta un poco el acelerador—. Vale, vale. Ya está todo bajo control. Todo va bien. —Se vuelve hacia mí—. Había bolsas para cadáveres, Alyssa. Algunas llenas, pero vi un montón más de bolsas vacías.

—¿En serio? —pregunta Garrett con los ojos muy abiertos, como si alguien acabara de demostrarle que el hombre del saco es real.

—¿Ves por qué tenía que sacaros de ahí, Alyssa? ¿Lo entiendes? Tenía que salvarnos porque, si no, nadie más lo habría hecho. ¿Lo entiendes?

—Tú no apartes la vista de la carretera —le respondo, asintiendo.

—Vale, vale —dice de nuevo, mirando al frente, intentando calmar el pánico. Fingiendo que no es pánico. No conduce bien, pero ¿quién lo haría en semejantes circunstancias?

—Las bolsas para cadáveres no tienen nada de malo —dice de repente Kelton—. Son para el transporte y para evitar que se extienda la enfermedad. Yo tengo una en mi dormitorio: la uso para la colada.

Alguien da unos golpecitos en la luna trasera de la cabina. El viento tira del cabello de Jacqui, que no parece muy contenta ahí sentada.

—Para el coche —le digo a Henry—. Deja que entre Jacqui.

—Estaré encantado de dejarla entrar en cuanto nos hayamos alejado lo suficiente de ese sitio.

Y, al parecer, veinte metros más es suficiente, porque pisa el freno y para a un lado de la carretera. Jacqui se baja de un salto y se acerca a la ventanilla de Henry, hecha una furia.

—¡Sal de ahí, conduzco yo!

—Atrás o fuera —le contesta Henry.

—Ni de coña.

—Vale, pues fuera —dice Henry, y arranca otra vez, dejando a la chica detrás, envuelta en una nube de polvo.

—¡Serás cabrón! —grita Jacqui mientras corre detrás de nosotros.

—¡No puedes dejarla ahí! —chillo.

—¡No la voy a dejar! —asegura, ahora más calmado que nadie—. Es una negociación, y yo me estoy haciendo el duro. —Detiene el coche para dejar que Jacqui nos alcance—. Si quieres atar corto a un perro peligroso, lo mejor es no darle demasiada cuerda, ¿entiendes?

Jacqui nos alcanza sin dejar de escupir originales combinaciones de palabras malsonantes. Henry no se deja amilanar.

—Atrás —advierte—. O me largo, y nuestros caminos se separan para siempre.

Disgustada, Jacqui se sube atrás y empuja a Garrett hacia el centro antes de cerrar la puerta.

—Recuérdame que te mate mientras duermes, Roycroft.

Y entonces recuerdo que no estaba con nosotros cuando el musculitos deportista se cargó la tapadera de Henry. Henry, que ya ha encontrado de nuevo su zona de confort, permanece impasible.

—Bueno, ¿quién es Roycroft? —pregunto.

—Un gilipollas que me cambió su chaqueta por dos botellas de ÁguaViva —responde él sin vacilar.

—Espera, espera —dice Jacqui—. ¿Quieres decir que nos has estado mintiendo todo este tiempo?

—Nunca dije que me llamara Roycroft, lo supusiste tú. Y yo te seguí la corriente.

—Entonces, ¿cómo te llamas? —pregunto.

—Ya sabes cómo me llamo.

—No tu apellido.

—Aquí nos llamamos por los nombres, así que ¿qué más te da? —  
Después se vuelve hacia Kelton—. ¿Cómo se va al refugio?

---

## **INSTANTÁNEA: RIDGECREST 13 (DOVE CANYON)**

**Herb se sintió aliviado al ver a sus sobrinos por la mañana, y se alegra de que estén bien, aunque le preocupan su hermana y su cuñado. Nunca habrían enviado a Alyssa y a Garrett sin ellos. Estaba claro que su sobrina le ocultaba algo y... ¿quién era la chica nueva? No se trataba de una de las amigas habituales de Alyssa. Con Kelton no tenía problema; todo el mundo se las tiene que ver con un vecino raro pero inofensivo. Pero Jacqui tenía un aire peligroso.**

Cierra los ojos y se agarra a la barandilla del pie de las escaleras. El dolor de esta fiebre y el peso de su cuerpo le dicen a su cerebro que las escaleras bien podrían ser el monte Everest. Respira hondo, tembloroso, y suspira. Cada crisis a su debido tiempo. Ahora no puede preocuparse ni por su hermana ni por el dudoso gusto de su sobrina para elegir compañeros de viaje.

Además, el que Alyssa y los demás no hayan regresado es buena señal. Había oído el inconfundible ruido de su camioneta calle abajo, y apostaría lo que fuera a que ellos estaban dentro.

Sube las escaleras paso a paso, con descansos para respirar entre ellos, sin dejar de fustigarse por haber confiado en el agua del grifo cuando se conectaron al viejo depósito de la colina. Todo el vecindario estaba muy satisfecho de lo listos que habían sido al dar con una solución improvisada a la restricción. Así que bebieron. Y Herb bebió. Y Daphne bebió. Se saciaron de agua estancada sin depurar que llevaba vete a saber cuánto tiempo metida en un depósito oscuro.

No sabía mal. No te daban ganas de escupirla con una mueca. Sí, sabía un poco a tierra, pero nada más. Se preguntó si alguien habría tenido el sentido común suficiente como para hervirla antes de beberla. Seguramente no. Cuando abres el reluciente grifo de cromo de tu cocina, sientes una falsa seguridad. Sí, esperas que no sepa tan bien como el agua filtrada, con tanto

flúor, cloro y lo que le echen para tratarla, pero no esperas que te mate. ¿Cómo iban a saberlo?

Ahora la comunidad guarda un silencio poco común. Tardó un rato en darse cuenta de que aquella apariencia de paz era un claro indicador de lo mal que iban las cosas. Nadie salía de sus hogares porque, como Daphne y él, estaban demasiado enfermos y débiles.

Ya lleva recorrida la mitad de las escaleras.

Sostiene una botella de ÁguaViva en una mano y se agarra a la barandilla con la otra. La única razón por la que todavía es capaz de permanecer de pie es que ha estado reteniendo dentro el ÁguaViva. Sí, va directa para fuera, pero, al atravesar sus inquietos intestinos, debe de estar absorbiendo una parte. Le ha dado la fuerza necesaria para mantenerse bastante entero delante de Alyssa y Garrett. No han visto lo mucho que le costaba seguir en pie. Además, verlos a ellos le ha supuesto un chute de adrenalina.

Ahora está pagando por ello, claro, porque lo recorre una marejada debilitante tras otra.

El escalón de arriba. Se detiene para recuperar el aliento e intenta no hacer caso de los pálpitos en las articulaciones. Piensa que quizá sea la última vez que usa las escaleras.

Por un tiempo. Sólo por un tiempo.

Entra en el dormitorio principal, donde el hedor ha empeorado. Ya ha cambiado hoy las sábanas dos veces. No sabe si será capaz de volver a hacerlo, pero sabe que lo hará.

No anuncia su llegada. Herb dejó de hablar con Daphne ayer. Se convirtió en algo demasiado doloroso cuando ella dejó de responderle. Ahora se limita a cuidar de ella en silencio, a darle algo de comida blanda con la esperanza de que empiece a retenerlo y a regarle un poco la boca con ÁguaViva, aunque ella tose y se ahoga, y acaba por echarla en las sábanas blancas.

Se sienta al borde de la cama y le toca la piel pálida, tan fina ahora que le ve las venas de debajo. Sus ojos son como canicas opacas que miran a través de él. Ni siquiera parpadean.

Presta atención, pero no la oye respirar, así que le pega la cabeza al pecho. Ahí está el latido. Débil. Forzado. Está escalando su propio Everest sin tan siquiera moverse. Se pregunta qué hará cuando le pegue la oreja al pecho y no oiga nada.

Entonces, mientras se prepara para cambiar las sábanas, le llama la atención algo justo al lado de la cama de Daphne.



Hay un frasquito naranja que no estaba ahí antes. ¿Lo ha dejado alguien? ¿Quién podría haberlo hecho?

**Herb nunca ha creído en los milagros. Sin duda, ningún milagro había salvado su granja o, ya puestos, nada de lo que había perdido a lo largo de su vida. Pero, cuando ve el frasco de píldoras y la etiqueta que pone «cefalexina», se ve obligado a replantearse su concepto de la realidad.**

---

## 26) Kelton

Desconocidos. Estoy en un coche con unos desconocidos. Jacqui, misteriosa y demente. Henry, que no es quien dice ser. Incluso Alyssa y Garrett son interrogantes. Porque es como si ya no conociera a nadie. Aunque el mayor desconocido soy yo. Por supuesto, sé cómo me llamo. Sé dónde vivo... o vivía, porque no sé si ya sigo viviendo allí. Tengo los mismos recuerdos, aunque los nuevos... El nuevo recuerdo que no dejo de revivir en mi cabeza junto con el ruido del disparo de la escopeta ha conseguido que todo lo que ha sucedido antes sea completamente irrelevante.

Justo antes del alba, esta mañana, cuando llegó el momento de luchar o huir, mi cuerpo por fin eligió luchar. Cuando elige huir, te dejas llevar por una especie de fuerza... Pero, cuando eliges luchar, cedés ante otra fuerza incluso mayor. Habría causado graves daños si Alyssa no me hubiera dejado inconsciente. Al menos, ahora tengo la certeza de que ese instinto de lucha existe dentro de mí. Y quizás ahora que sé lo que es y lo que se siente sea capaz de empezar a controlar su poder.

Como resultado, me entrego a pensamientos más violentos y destructivos. Como cuando ese soldado me apuntó con el arma y una parte de mí quería volarle los sesos por los aires. Quería que Henry atropellara a la gente al huir. Quería que todo estallara y que todos sintieran la metralla tan profundamente como yo. Sé que está mal. Pero esos sentimientos me recorren y ¿quién soy yo para intentar detenerlos?

Entonces oigo la voz de mi madre. Mi madre, que quizás esté muerta, por lo que sé. Y dice: «Todo pasa. Incluso lo peor. Y cuando lo dejamos atrás, ya no parece tan malo».

Y también la voz de mi padre. Más rígida, aunque todavía con la autoridad de la experiencia: «En la vida, todo constituye una lección, Kelton. Aprende de ellas. Para ser mejor. Para ser más fuerte».

La mejor forma de honrarlos es escucharlos a los dos. Creer en ellos. Pero es difícil, muy muy difícil.

—Entonces, ¿cómo se va al refugio? —oigo preguntar a Henry.

Y me doy cuenta de que tengo una misión: resistir al impacto; ser lo bastante fuerte como para bloquear la metralla y evitar que la reciban los otros. Sí, parte de mí desea que todos sientan el dolor, pero soy mejor que eso. Más fuerte que un disparo de escopeta. Mi hermano está muerto, pero yo no. Y hoy haré lo que tengo que hacer.

—Hay que encontrar el cauce del arroyo Santiago —respondo—. No debe de estar lejos.

—¿Un arroyo? —pregunta Jacqui, de repente interesada por la idea de agua.

—Está seco —le informo—. Además, es un arroyo urbano. Así que no te extrañe encontrar mucho hormigón y grafiti.

—Creía que necesitabas un mapa.

—Resultaría útil, aunque estoy bastante seguro de que tengo memorizadas las vías de agua. En nuestro garaje tenemos un mapa con los acueductos y los canales de desagüe marcados.

Henry me mira como si fuera de otra galaxia, y eso me pone a la defensiva.

—Nos estábamos preparando —explico.

—Por si no te habías dado ya cuenta —le dice Jacqui—, para Kelton esto de la restricción es como la Navidad.

Lo que me cabrea porque, en cierto momento, quizá tuviera razón; pero ahora no es más que una pesadilla. Y ella lo sabe. Le lanzo una mirada asesina que, si hubiera justicia en el mundo, haría que le estallara la cabeza. Y, por primera vez, creo que lo capta y cierra la boca.

Mientras continuamos hacia el norte, cada vez les queda más claro lo que yo ya sabía: que no se puede escapar del poder militar. Pasamos junto a una camioneta abierta repleta de soldados. Hay *humvees* aparcados por las esquinas. Los helicópteros recorren el cielo. Entonces llegamos al callejón sin salida de un atasco. Hay otro control más adelante, y los soldados dirigen a la gente hacia otro embudo en las afueras que, o bien conduce de vuelta al instituto, o bien a unas «instalaciones de apoyo», que serán el último lugar al que llegue el agua. No quedan carreteras en todo el sur de California que nos lleven a un lugar al que queramos ir.

Alyssa se vuelve hacia Henry, alarmada.

—No podemos dejarnos atrapar así otra vez.

—Creía que tu sabueso del fin del mundo nos guiaba.

No sé si sentirme irritado o halagado por el hecho de que Henry No-Roycroft dedique energía mental a inventarse apodos para mí.

—¿No decías que habías memorizado el mapa? —me pregunta Jacqui.

—Tengo memorizado el mapa de los acueductos, no de estas carreteras. Y sobre el papel se supone que, técnicamente, eres más lista que yo, ¿no? Pues venga, dinos cómo salir de aquí.

—No es mi especialidad —responde ella, encogiéndose de hombros—. Aunque me alegro de que hayamos dejado claro que soy más lista que tú.

—¿Queréis encontrar los acueductos o sólo atacaros hasta que nos metan en un autobús de la muerte a ninguna parte? —intercede Alyssa.

—Espera —dice Garrett—. ¿Es como un dique de hormigón en el que la gente hace *skate*?

Todos lo miramos.

—¡Sí!

—¡Sé dónde está! Gira ahí a la derecha y luego, a la izquierda donde la vaca fea. Después busca un restaurante Jack in the Box. Está en la parte trasera, detrás del aparcamiento.

Seguimos las instrucciones de Garrett y llegamos a una esquina en la que hay una heladería familiar. En el tejado tienen la vaca de plástico más triste que he visto en mi vida.

—¿Debería torcer ya a la izquierda o después hay una vaca todavía más fea? —pregunta Henry.

Gira sin esperar la respuesta y vemos un Jack in the Box a pocos metros.

Nos metemos en el aparcamiento vacío y vamos hacia la valla de atrás, donde un acueducto de hormigón se extiende hasta donde alcanza la vista en ambas direcciones. Es asombroso que existan sitios como este, que atraviesan tu barrio, pero que la mayoría de la gente desconoce por completo. A no ser que seas un supervivencialista. O un *skater*. El hormigón está moteado, blanco y negro, manchado por el sedimento de antiguas riadas de tormenta, pero el arroyo Santiago hace años que no lleva agua.

Nos detenemos y veo que no hay una entrada visible: está bloqueada por una alambrada con espino arriba. Mi padre sabría por dónde se entra, pero ahora eso no nos sirve.

—Yo me metía por ese agujero de ahí —explica Garret.

—No es lo bastante grande para la ranchera —objeta Alyssa, por señalar lo evidente.

Por la naturaleza fortificada de la valla, incluso contando con el tiempo suficiente, dudo que pudiéramos encontrar una abertura lo bastante grande y dudo aún más que el tío de Alyssa y Garret tenga un cortacadenas en la parte de atrás.

—He visto a chicos con bicis ahí abajo... —dice Garrett—. De algún modo tendrán que entrar.

Otro helicóptero nos sobrevuela, y el implacable batir de sus rotores me pone nervioso. Buscar un punto de acceso del tamaño adecuado nos llevará horas.

—Vamos a tener que reventarla —dice Jacqui, que ni siquiera se molesta en ocultar que la idea le entusiasma. Me cuestiono sus intenciones, como siempre, aunque ahora mismo no es que tengamos mejores opciones.

Todas las miradas confluyen en Henry, que está al volante. Él nos las devuelve y nota la presión.

—Aunque podamos hacerlo, es bastante escarpado.

Por decirlo suavemente. Miro hacia la cuesta descendente y, al instante, noto esa sensación de vértigo, como el aterrador segundo justo antes de decidir no saltar de un medio tubo. Por desgracia, mi relación con ese segundo es muy íntima.

El acueducto tiene forma de trapezoide invertido, con una pendiente empinada que acaba de forma abrupta a los veinte metros y después vuelve a subir de nuevo. La parte plana del centro siempre me recuerda a la escena de la carrera de *Grease*. Seguro que John Travolta es mucho mejor conductor que Henry. Joder, al final su coche vuela.

Henry echa marcha atrás y empieza a retroceder como un toro antes de cargar contra el torero.

—¿Seguro que queremos que lo haga? —pregunta Alyssa—. ¿Y su brazo?

—Ya está bien —dice Henry.

Lo que es mentira... Seguro que todavía le duele, aunque es probable que eso no afecte a la conducción. Aun así, estoy tan preocupado como Alyssa.

—Creo que Jacqui tiene más experiencia como conductora —sugiero.

—No —insiste él.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Jacqui—. ¿Diecisiete? No puedes tener mucha experiencia.

—Empecé a conducir a los trece. No preguntéis.

Así que no preguntamos. Al fin y al cabo, consiguió salir del instituto. Vale, se cargó unos cuantos coches y mató un árbol indefenso durante el proceso. En circunstancias normales no sería lo que se dice un conductor hábil. Pero estas no son circunstancias normales.

Calculo la métrica del asunto.

—Tienes que golpear la alambrada con la velocidad suficiente para atravesarla, pero no tanto como para que perdamos el control y caigamos del

revés al canal.

—¿Y cuánta velocidad es esa? —inquire, y tose para ocultar el temblorcillo de miedo en la voz.

Sopeso las variables y hago una estimación que suena bastante más fundada de lo que en realidad es.

—A cincuenta kilómetros por hora. Y como no tenemos mucha pista, tendrás que acelerar deprisa. Cuando lleguemos abajo, tuerces a la izquierda.

Henry respira hondo y localiza lo más parecido a su lugar feliz.

—Vale, ¿listos?

—¡Sí, hazlo de una vez! —chilla Jacqui desde atrás.

—Vale. Vale.

Y, sin más, empezamos.

Henry pisa más el acelerador. Oigo los neumáticos pelarse bajo nosotros. Salimos volando como un cohete. El cuerpo se me queda pegado al respaldo por la aceleración. Estamos reduciendo la distancia entre la alambrada y nosotros muy deprisa..., pero, justo antes de estrellarnos, Henry pisa el freno, se acobarda, igual que yo con los medios tubos.

Es demasiado tarde. Vamos demasiado deprisa.

Nos chocamos con la alambrada metálica y, en vez de atravesarla, aguanta... Hasta que me doy cuenta de que se está doblando poco a poco hacia delante. Los soportes metálicos que la unen a los postes de apoyo están rompiéndose. La valla tintinea y vibra como un extraño instrumento musical, y el morro de la ranchera se inclina hacia delante y nos permite ver una cañada que es como la caída de una montaña rusa.

La pendiente es mucho más pronunciada de lo que parecía. «Vamos a morir», es lo único que pienso. Suspendido sobre el borde, el coche cuelga de la alambrada como si estuviera en una hamaca... hasta que por fin cede. Bajamos volando pendiente abajo y los nervios del estómago me revolotean hasta la garganta, como si fuera a vomitar.

Me preparo, y nos estrellamos contra el hormigón plano, aunque los amortiguadores absorben lo peor del impacto. Aun así, nos golpeamos contra los respaldos y todo rebota.

Henry gira el volante a la izquierda, como le indiqué, y derrapamos hasta que recupera el control, endereza la camioneta y pisa el acelerador.

Y nos deslizamos por el lecho de hormigón.

Miro por la ventanilla: nos abrimos paso por el acueducto como si surfeáramos. ¡Después del tremendo porrazo, esto va como la seda! Me río de

pura incredulidad y Jacqui grita de emoción. Los demás están aliviados, sin más.

—¡Ha sido genial! —exclama Garrett, mirando a Henry con ojos de enamorado.

Sin embargo, por muy guay que le parezca a Garrett, no cambia el hecho de que esto ha sido muy peligroso. De haber caído a una velocidad un poco mayor o a un ángulo un poco más pronunciado, el coche estaría destrozado o volcado.

Henry sonríe, muy pagado de sí mismo.

—Sabía que cincuenta por hora era demasiado —dice, como si frenar en el último momento fuera el resultado de mi fallo de cálculo y no del miedo.

De todos modos, me siento tan agradecido por seguir vivo que me da igual, como si se atribuye el mérito de los falsos aterrizajes en la Luna.

Hasta que me doy cuenta:

—¡El AguaViva! —grito, y me vuelvo en el asiento para mirar la plataforma abierta de la ranchera por la luna trasera.

—Sigue ahí —nos asegura Jacqui.

—Puede que algunas botellas se hayan estropeado... —comenta Garrett con falsa timidez—. ¿Y si abrimos la caja para ver...?

Pero sé bien por dónde va. Creo que todos lo sabemos. Así que Henry lo para.

—Las botellas de AguaViva están fabricadas en polietileno de baja densidad, muy duradero y libre de Bisfenol-A —nos informa—. Te prometo que en esa caja no hay ninguna fuga.

Y aunque estar de acuerdo con él en cualquier cosa me da sarpullido, añado:

—Además, es mejor no abrir la caja hasta que no nos quede más remedio.

La tentación no es nuestra amiga. Habrá agua más que de sobra en el refugio. Tenemos que reservar esta para emergencias. Todavía me sorprende que la hayamos logrado recuperar, la verdad. Sacudo la cabeza y sonrío a Jacqui.

—Fue una locura total ir a por esa caja; lo sabes, ¿verdad?

Y ella sonríe porque sabe que es un cumplido..., algo que no creo que esté acostumbrada a recibir.

—Como las tuyas —responde, y decido tomármelo también como un cumplido.

Me pregunto qué habría pasado si me hubiera cruzado con ella en otras circunstancias. Por otro lado, dudo mucho que eso fuera a pasar. Esta chica

vive en una dimensión completamente distinta a la del resto de nosotros. Si la restricción no hubiera sucedido, no sería más que un nombre en una puntuación del SAT que yo nunca podría superar.

Al darme cuenta de que, por fin, mi cerebro ha dejado de obcecarse en la ansiedad, me tomo un momento para respirar. Todos lo hacemos.

Jacqui se inclina hacia delante y enciende la radio. Nada, salvo emisiones de emergencia que le dicen a la gente adónde ir, adónde no ir y que mantenga la calma. Un servicio de ayuda talla única que en el fondo no le sirve a nadie.

—Nuestro tío tiene radio por satélite —comenta Alyssa, y cambia a esas emisoras.

De repente, *Smooth Criminal* nos revienta los tímpanos, y en este lugar, en este momento, es la mejor canción del mundo. Impulsiva, como siempre, Jacqui alarga la mano y abre el techo solar para permitirse otro subidón de adrenalina.

Al cabo de un rato, Alyssa le tira de la blusa.

—Ya vale.

En cuanto Jacqui baja, Alyssa, sonriente, se levanta de un salto y asoma la cabeza. Jacqui la empuja como haría a una hermana fastidiosa. Entonces, Garrett, por supuesto, exige su turno. Compartir. Menudo concepto. Si somos una extraña familia disfuncional, supongo que este podría considerarse nuestro único momento funcional.

Bajo la ventanilla y saco la mano. Cierro los ojos y abro los dedos para dejar que corten el viento. Miro por la ventanilla y me asombra el mundo exterior. La brumosa luz del sol de la tarde se derrama del cielo. Los rayos brillan contra el camino de hormigón como cintas doradas... y me fijo en que es la primera vez que nos hemos sentido relativamente libres en mucho tiempo. Como si no estuviéramos escapando de lo que antes era nuestro hogar. Como si no se tratara de un apocalipsis urbano. No se me olvidan los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, pero aquí, conduciendo a toda velocidad por una pista de cemento, puedo dejarlos atrás, aunque sea unos segundos. Es un breve recordatorio de que, pasara lo que pasara o pase lo que pase, puede que la vida siga su curso.

Es Henry el que nos devuelve a la realidad:

—Hay una bifurcación —chilla para hacerse oír con el viento.

—A la izquierda —le digo.

Alyssa es la que comenta que vamos en dirección sudoeste..., hacia la costa y no hacia las montañas.



—No pasa nada —le aseguro—, vamos por un sistema fluvial. Tenemos que seguir por este afluente hasta que lleguemos al río principal.

Henry tuerce a la izquierda en la bifurcación.

—Cuando lleguemos al lecho del río principal, torceremos a la derecha y lo seguiremos hacia arriba, hasta las montañas —les explico a todos.

Antes presumía de tener memoria fotográfica, pero esta es la verdadera prueba. El canal en el que estamos pierde su borde brutal y se vuelve natural durante un tramo. Salvaje, como un cauce en condiciones. Después volvemos al hormigón, en una zona más industrial que la anterior.

Otra bifurcación. Henry tuerce a la derecha, y la brújula del salpicadero nos dice que ahora vamos hacia el norte. Este lecho es mucho más ancho: el río Santa Ana, aunque ya no es más que el recuerdo de un río. Todas las vías fluviales del sur de California se han convertido en miembros fantasma: puede que sigamos sintiendo su presencia, pero no es más que una ilusión envuelta en cemento.

Ahora tengo una idea más clara de nuestra posición en el mapa. Incluso hay algunos hitos por el camino que nos ayudan a orientarnos: el Angel Stadium, el Honda Center. Lo que me recuerda a Disneyland. Ni siquiera soy capaz de imaginar la locura que tendrá lugar ahí en estos momentos. El año pasado, como muestra de apoyo comunitario y agudeza empresarial, drenaron sus canales artificiales. El recorrido por la jungla pasó a ser en realidad virtual. Pirates y Small World pasaron a funcionar mediante levitación magnética, y abrieron una Grand Canyon Land en el foso seco que rodeaba la isla de Tom Sawyer. Así que, si alguien cree que puede saltar el muro y beberse el agua teñida de azul y salpicada de guano, se llevará una sorpresa muy desagradable.

Mientras viajamos por este enorme canal de cemento, me da la impresión de que el mundo se ha dividido en dos y de que viajamos por la costura que une ambas partes. El abismo entre lo que era y lo que será. Ya no formamos parte de ningún mundo. O, al menos, yo no. Todo lo que significaba algo para mí está en la parte de fuera, lejos de mi alcance. Pienso en mi hermano. Pienso en mis padres. Me siento entumecido. Como cuando sufres una quemadura grave y, una vez que el dolor remite, pierdes la sensibilidad en la zona. Es porque las terminaciones nerviosas están muertas. No obstante, creo que ahora mismo lo mejor es seguir en el abismo entre los destrozados restos de la vida que conocíamos.

El abismo adopta muchas formas mientras viajamos. En algunos lugares tenemos que frenar porque hay rocas, ramas y otros obstáculos que, supongo,

acabarían aquí empujados por una corriente cuando este lugar transportaba agua. En otros lugares tenemos que ir tan despacio que nos desesperamos porque se han apilado rocas en terraplenes de metro y medio para formar adrede un laberinto con el que dirigir el flujo del agua. Es como si el mismo abismo fuera un circuito de obstáculos diseñado para derrotarnos. Pero no lo conseguirá.

Al cabo de otra hora, nos topamos con un dique.

—¿Estaba esto en tu mapa mental? —pregunta Jacqui.

No respondo a eso, sino que digo:

—Los diques siempre cuentan con una ruta de acceso para que la maquinaria pesada pueda llegar a ambos lados.

Conducimos a lo largo de la pared del dique, después retrocedemos unos cien metros y encontramos el camino de acceso. Hay una cancela, pero está bastante oxidada.

Pasamos por encima, a ochenta, lo que probablemente sea excesivo porque la puerta sale volando.

Jacqui grita de alegría, vigorizada. Alyssa lo soporta, Garrett es todo sonrisas y Henry sigue concentrado, con las manos sobre el volante, marcando las diez y las dos. Por mi parte, sigo entumecido. Derribar la cancela apenas me ha subido el pulso.

La puerta del otro lado está abierta, de manera que Henry no tiene que repetir el espectáculo al descender por la vía de acceso. Nos encontramos en un amplio embalse, lo que significa que hemos pasado del condado de Orange al de Riverside.

Ahora me empiezan a pesar los párpados. Es la deuda de sueño que tengo con mi cuerpo, las horas acumuladas de descanso perdido durante los últimos cuatro días. Entonces me imagino la deuda de agua que hemos acumulado todos hasta ahora. Ayer estábamos hidratados, aunque también hemos sudado mucho con este calor. Lo último que bebimos fue la pizca de agua que nos dio el tío de Alyssa esta mañana. Ahora es ya entrada la tarde, casi de noche. La falta de agua dobla o triplica la velocidad del reloj de la deshidratación cuando se está a una temperatura exterior de treinta y ocho grados. Me alegraré cuando se ponga el sol. Espero que, para entonces, hayamos llegado ya al refugio.

Huele a humo en este embalse. Es un olor leve pero constante. Probablemente por los incendios forestales de los que hemos oído hablar en las noticias. El aire malo suele depositarse en las cuencas.

—¿Es aquí? —pregunta Henry—. ¿Está el refugio por aquí, en alguna parte?

—Ni siquiera estamos cerca. Este es el embalse de control de Prado. Tres ríos llegan hasta aquí... o llegaban. Ve por el que está más a la izquierda.

—Genial —dice Jacqui—. Vamos a ver qué esconde la puerta número uno.

Rebotamos y traqueteamos sobre el terreno polvoriento comido de malas hierbas hasta que vemos otro canal de hormigón más adelante, no tan ancho como el del Santa Ana. Este tiene laterales rectos, sin pendiente. Nos encontramos con lo que suele encontrarse en una zanja de drenaje: neumáticos viejos, carros de la compra oxidados, sofás rotos que parecen haber caído del espacio... Otra pista de obstáculos. No hay basura suficiente en el mundo para detenernos, sólo la justa para mantenernos con los nervios de punta mientras la rodeamos.

—Es como la mierda que se queda metida detrás de los cojines —comenta Jacqui—, salvo que a escala cósmica.

Aquí también hay más grafitis en las paredes. Firmas coloridas como «Rong», «OrGie» y «Stoops», y otras tan estilizadas que parecen escritas en un idioma alienígena, lo que se suma a la sensación de estar en otro mundo.

Tras una hora por este canal, nos encontramos con un grupo de personas que han acampado a cada lado del acueducto, y no parece algo nuevo. Hay decenas de tiendas fabricadas con lona, mantas y soportes improvisados, como una especie de barrio de chabolas. Pienso en lo que ha dicho Jacqui y me digo que no sólo las cosas se pierden detrás de los cojines del mundo. La gente también.

Con el sol bajo y las sombras cada vez más largas, el lugar resulta incluso más espeluznante que a la luz de este día tan caluroso. Cuanto más nos acercamos, más claro queda que se trata de un campamento permanente de personas sin hogar. Si lo es, está claro que no han leído *El arte de la guerra*, que afirma que establecer un campamento en una zanja es invitar a la muerte. El terreno elevado ofrece visibilidad, mientras que el bajo te deja expuesto a una emboscada. De todos modos, me da la sensación de que las emboscadas no están entre los primeros puestos de su lista de preocupaciones.

Alyssa mantiene la vista al frente.

—No frenes —dice.

—No pretendía hacerlo —contesta Henry.

Mantiene la vista al frente y se niega a mirar a las personas del campamento. Me parece algo muy poco propio de ella y me recuerda que

estuvo de acuerdo con mi padre ayer: o lo das todo o no das nada. Entonces entiendo por qué se niega a mirar. Para una chica como ella, cuyo primer instinto siempre es ayudar a arreglar una situación, el «nada» no es fácil. Es doloroso. Pero, después de todo lo sucedido, se da cuenta de que, para que Garrett y ella sobrevivan, tiene que recurrir a una faceta dura y agresiva que suele reservar para el campo de fútbol. Hoy no puede pararse a ayudar a una compañera caída.

Mientras conducimos despacio a través del campamento, algunas de esas almas perdidas salen de sus tiendas y nos miran pasar. No nos detienen, no nos molestan, se limitan a observar. Creo que nos vigilan para asegurarse de que no nos detengamos a hostigarlos. Miro sus rostros curtidos y su ropa vieja, y me pregunto cuáles son sus historias y cómo han acabado aquí. Entonces me doy cuenta de que, por el modo en que nos miran, ellos están preguntándose lo mismo de nosotros.

No tardamos en dejarlos atrás, y oigo que Alyssa deja escapar un suspiro de alivio.

—¿Cuánto queda? —pregunta Henry unos cuarenta y cinco minutos después de las chabolas.

Aunque todavía no se ha puesto el sol, ahora todo el canal está en sombra. Entorno los ojos. No hay ninguna señal en estos acueductos, por no hablar de que apenas veo nada ahora que el sol casi ha desaparecido.

—Tú sigue adelante —le digo—. En algún momento llegaremos a la autovía de Foothill. El Bosque Nacional Angeles está justo después.

Ahora la brújula indica noroeste y todo parece en orden... hasta que nos metemos en un túnel que, al principio, parece otro paso subterráneo..., pero que no tiene salida por el otro lado. De pronto nos encontramos totalmente a oscuras. Henry frena en seco y nos paramos.

—¡Enciende los faros! —le dice Alyssa.

—¡No los encuentro!

Oigo a Henry toquetear como loco las palancas hasta que, por fin, localiza los faros delanteros. Los enciende y, por un breve y demencial instante, espero ver un T. rex o algo así a través del parabrisas. No sé por qué mi cerebro ha decidido sacar esa imagen, pero, cuando las luces se encienden, doy un bote. Claro que no hay nada. Nada, salvo una alcantarilla. En realidad lo único que vemos son los muros acanalados de los que se desprende musgo seco y el túnel que continúa iluminado por nuestros faros. Corrijo: faro. Sólo funciona uno. Genial. A la porra la visibilidad nocturna.

—Bueno —me dice Jacqui—, ¿forma esto parte de la experiencia fluvial urbana o nos hemos perdido?

—Calla, estoy pensando.

Como he dicho, sólo he ido al refugio dos veces, aunque por carreteras normales. Mi padre nos trajo una vez por aquí virtualmente, con un PowerPoint tan detallado que nos tenía hartos, pero creo que habría recordado un interminable túnel negro de haber formado parte de la presentación.

—Tenemos que habernos saltado un desvío —me veo obligado a reconocer.

La cosa es que no tengo ni idea de dónde. Sé que seguimos el camino correcto para salir del embalse. Eso fue hace horas. Si había una bifurcación oculta, podría estar en cualquier parte entre el embalse y esto.

Me pregunto si los muros más metidos en el túnel estarán húmedos. ¿Y si queda agua aquí abajo? Lo que me recuerda las muchas especies animales que deben de haber plagado esta zona, por muy contaminada que estuviera el agua. Entonces pienso en los muchos humanos que podrían haber entrado con las mismas intenciones y me doy cuenta de que mi cerebro se ha cortocircuitado y me ha enseñado la imagen equivocada: los que nos deberían preocupar no son los dinosaurios, sino los humanos.

—Da media vuelta —le digo a Henry—. Sácanos de aquí.

Pero es imposible dar un giro en redondo. Henry da marcha atrás y retrocedemos hasta salir del túnel. Ya ha llegado el crepúsculo. Cuesta mucho más ver algo y el canal sigue siendo demasiado estrecho para girar, así que seguimos retrocediendo por donde hemos venido. Despacio. Con cuidado, porque no hay nada para guiarnos, salvo las tenues luces rojas traseras. Media hora después, todavía no hemos encontrado otra bifurcación.

—¿Seguro que no se suponía que debíamos seguir recto? —pregunta Alyssa—. ¿Por el túnel?

—Sí. No. No lo sé —reconozco al final.

—Quizá podamos retroceder hasta el campamento de indigentes —dice Jacqui, que rezuma sarcasmo—. Seguro que estarán encantados de ayudarnos.

Seguimos marcha atrás unos minutos más, hasta que Alyssa grita:

—¡Ahí! ¿Lo veis?

Y ahí está: un ramal que sale hacia la derecha en dirección norte. La entrada está cubierta de malas hierbas y se ve reluciente grafiti a la izquierda, que fue lo que nos llamó la atención al pasar antes. Siento un alivio increíble. De no haberlo encontrado, no sé qué habríamos hecho.

Henry da marcha adelante otra vez y nos conduce hacia el lugar correcto, pero poco después de iniciar la nueva ruta el canal se bifurca de nuevo. Y ahora me pregunto si estamos en el acueducto correcto. Como dicen: «A perro flaco, todo son pulgas». Ahora empiezo a entender que, cuando ya no quedan ni pulgas, los de arriba saben cómo hacer lo que sea con tal de joderte.

Porque, justo ahora, se enciende la luz de la reserva.

Por supuesto. No hemos pensado en el combustible en ningún momento del camino. Quizá yo tenga la culpa de perdernos, pero de esto culpo a Henry.

—¿Cómo es posible que no hayas comprobado el depósito? —le pregunto.

—¡Perdona, pero he estado un poquito ocupado!

—¿Qué más da? —exclama Jacqui—. ¿No hemos pasado por un camino de acceso que lleva a la calle un poco más atrás?

—¿De qué nos sirve eso? —replica Alyssa—. Las gasolineras no funcionan, y nos encontraríamos otra vez con los desvíos militares.

—Hablas como una verdadera prisionera del comportamiento legal —dice Jacqui.

Alyssa no lo capta, pero yo sí.

—Así que le sacamos la gasolina a un coche abandonado.

Jacqui asiente.

—Y estoy bastante segura de que hay de sobra en la autovía que antes teníamos encima.

## 27) Alyssa

Está claro que nuestra dinámica ha cambiado desde que se nos unió Henry. No sé si eso es bueno o malo. No es el mejor conductor del mundo, pero sí competente, y mantiene la vista pegada a la carretera. Ha conseguido recuperar nuestras llaves para huir del centro de evacuación... y parece que quiere ayudarnos de verdad. Por otro lado, se estaba aprovechando de la gente de su barrio (mi tío incluido) y más o menos ha fingido ser quien no era. No entiendo bien de qué va, y me fastidia que no sea desagradable a la vista porque eso podría nublar mi buen juicio.

Tenemos que retroceder un poco más de lo que nos habría gustado para encontrar el acceso a la calle, y me alegro de que la ranchera todavía no se haya quedado sin gasolina. Apenas logramos subir por el camino de hormigón, que es tan estrecho que, al mirar por la ventanilla, ya no veo el suelo bajo nosotros, y la pendiente hasta el fondo sigue creciendo. Si los neumáticos de la derecha se salen del borde, vamos a dar un montón de vueltas antes de aterrizar abajo.

Por fin llegamos a la altura de la calle. No tengo ni idea de dónde estamos, y el hecho de que gran parte del sur de California tenga el mismo aspecto resulta desconcertante. Sé que no es mi barrio, aunque me resulta familiar en su falta de familiaridad. Esta zona es más vieja que la nuestra, tiene antiguas casas estilo rancho, pero el centro comercial de la esquina no se diferencia demasiado del de mi barrio. El aire sabe a acre y quemado, y cuesta respirar. Es el humo de los incendios. A esta zona de California la llaman Inland Empire, y siempre hay neblina porque el viento trae hasta aquí la porquería del aire, que queda atrapada contra las montañas. Me da la sensación de que jugué un torneo de fútbol en este sitio. O quizá fuera otro sitio a más de cien kilómetros de aquí que es exactamente igual.

Subimos por una rampa de acceso a la autovía y Jacqui sugiere que entremos marcha atrás para acercar todo lo posible nuestro depósito al coche que elijamos. Qué curioso que Kelton lo sepa todo sobre este mundo anárquico, pero que sea Jacqui la que parece haberlo vivido ya.

Resulta que entrar marcha atrás no es necesario porque, para nuestra sorpresa, la rampa no está taponada de coches abandonados. Aunque, bueno, supongo que tampoco es tan sorprendente. Cualquiera que se diera cuenta de que el tráfico estaba parado para siempre podría haber podido salir marcha atrás. Para pensar que abandonar el coche era la única opción había que estar metido en medio del atasco descomunal. Así que la autovía está bastante vacía durante unos cincuenta metros, hasta que damos con los primeros coches abandonados y, por fin, con el atasco completo a través del que no se puede pasar y del que no hay salida.

Algunos coches están colocados en ángulos extraños. Otros apuntan en la dirección equivocada. Hay ventanillas rotas, puertas abiertas y un asiento de coche vacío encima de un techo. Más adelante veo un autobús amarillo abandonado. La escena no es del todo como la de la playa, donde las pruebas del pánico y la violencia dibujaban una historia estremecedora... Pero la naturaleza abyecta de este abandono es igual de inquietante. Gente que se marcha a pie, sin nada más que la ropa que lleva puesta y los niños en brazos.

Los actos de vandalismo deben de ser posteriores a esa marcha, lo que indica que quizás haya saqueadores rompiendo ventanas y zombis del agua dando vueltas por el laberinto.

—Primero vamos a necesitar una manguera —dice Jacqui cuando nos detenemos.

Nos desplegamos en busca de una camioneta de jardinería o algo que pueda tener manguera, pero no hay suerte. Entonces, siguiendo una corazonada, miro en la parte de atrás de la ranchera del tío Laurel. Hay mucha basura. Las cosas que nuestro tío no tuvo fuerzas para tirar después de cerrar el trato con Henry, así que se quedaron en la camioneta. Entre las cosas que habíamos tirado por allí en nuestro accidentado camino encuentro su cachimba. Mi madre lo obligaba a guardarla en el patio porque no quería verla dentro de la casa, y recuerdo que una vez mencionó que Daphne se negaba a verla. De modo que se quedó en la ranchera, con su tubo de metro y pico a plena vista. Con suerte, bastaría para el trabajo.

Henry vuelve a uno de los coches al borde del atasco, y después de bajar para buscar la tapa del depósito comprendemos que no va a encontrarla: es un Tesla. Jacqui es la primera en fijarse. Me da un toquecito y lo señala, pero no se lo dice a Henry, que sigue buscando dónde meter el tubo. El resto lo entendemos, pero esperamos a ver cuánto tarda Henry en caer en la cuenta.

La ironía me hace sonreír. No sólo por el Tesla, sino por Henry, en general. El mundo se queda seco, y nosotros encontramos a este chico que no se ha enterado de nada, en su propio oasis. Está claro que es listo, pero le falta el sentido común básico de una forma muy extraña. No parece muy de confianza, aunque, cuando lo miras a los ojos, te entran ganas de confiar en él. Es como si quisiera ser de confianza... Como si el mismo hecho de confiar en él de repente lo hiciera merecedor de ello. Quiero que sea merecedor de nuestra confianza. ¿Significa eso que primero tengo que confiar en él? No puedo evitar sentirme un poco intrigada por su coeficiente desconocido.

—¿Es que no me va a ayudar nadie? —pregunta por fin, desesperado.

—No —repite Jacqui—. Sigue buscando.

Quizá sea su sonrisa burlona lo que impulsa a Henry a evaluar de nuevo el problema y mirar hacia el logo de Tesla del coche.

—Vale. Claro.

Garrett se ríe y yo no consigo reprimir una sonrisa.

—Me alegro de haber sido vuestro entretenimiento de esta noche — comenta Henry—. Es uno de los muchos servicios que ofrezco.



Me percató de que, aunque Henry ha dejado las llaves en el contacto, confiando en nosotros, ahora están en las manos de Kelton. Se las devuelve a Henry para que arranque y nos lleve hasta un vehículo que sí que funciona con gasolina, pero hay un mensaje implícito en todo esto. No sé bien si es sobre la desconfianza de Kelton, sobre el poder o sobre ambas cosas.

Conducimos por la maraña de coches hasta que damos con un monovolumen que traga gasolina como una esponja. Jacqui se baja para guiarnos. Esta vez, cuando Henry para el motor, intenta llevarse las llaves, pero Kelton baja de un salto de la ranchera y le bloquea la puerta lo justo para no permitirle salir.

—Las llaves, por favor —le dice.

Henry abre la puerta de todos modos, pero Kelton no se aparta de su camino. Me enfado con Kelton por forzar ahora una confrontación, cuando sólo hemos venido a por combustible.

—¿Qué crees que voy a hacer? —pregunta Henry—. ¿Salir pitando con el coche en dirección a las colinas? a) No tenemos gasolina; y b) eres el único que sabe a qué colinas vamos.

Pero Kelton no está abierto a negociaciones.

Henry me echa un vistazo y dice:

—Vale.

Y me lanza las llaves a mí, en vez de a Kelton.

Kelton se eriza ante el evidente desprecio. Me mira como si fuera a darle las llaves, pero no pienso hacerlo. Porque él es el único que se está comportando como un capullo ahora mismo. Así que me las meto en el bolsillo. Si Henry me ve como la voz de la razón entre nosotros, que así sea. Si confía en mí, tal vez eso me convierta en alguien digno de confianza.

Por suerte, la puertita sobre el tapón del depósito es de las que se abren a mano, y no desde el interior del monovolumen.

—Vale, ¿y ahora qué? —le pregunto a Jacqui.

Pero lo deja en manos de Kelton.

—No lo sé, ¿no puedes ponerte en plan MacGyver?

Él se encoge de hombros.

—Tú eres la mente criminal —le responde.

—¿Quién es MacGyver? —quiere saber Garrett.

Jacqui suspira.

—Un tío con greñas que salía en la tele de los ochenta y que era capaz de hacer cosas alucinantes sin apenas nada.

Pero ninguno de nosotros tenemos el pelo greñado ni sabemos cómo hacer esto. Lo único que tenemos es el tubo de una cachimba. Me doy cuenta de que estamos fuera de nuestro elemento, incluso Jacqui. A pesar de todo su conocimiento callejero, está claro que nunca ha sacado gasolina de un coche, y, a pesar de todo lo que sabe Kelton sobre supervivencia, no sirve para nada en este caso en concreto.

—Lo único que sé es que hay que meter la manguera en un depósito y después chupar.

Si esto no es el tuerto en el país de los ciegos...

Después de cuatro intentos infructuosos y una boca llena de gasolina, Jacqui tira el tubo al suelo y se desprende de su corona de reina de los ladrones. Me pregunto si ha sentido el impulso de tragarse el combustible al tenerlo en la boca y recuerdo mi propia sed, aunque me obligo a mantenerla en segundo plano.

Mientras tanto, todos tienen una opinión sobre por qué no funciona el sistema. Sin embargo, nuestros conocimientos sobre este arte perdido se limitan a los laboratorios de quinto y las películas. Todos aportan su grano de arena, salvo Garrett, que no ha dicho ni mu. De hecho, no lo he visto desde que empezamos a intentar sacar la gasolina.

—¿Garrett? —chillo.

Grillos. Viento. Silencio.

Miro en la ranchera. Alrededor. Vuelvo corriendo al Tesla. Nada.

—¡Garrett!

Kelton me manda callar, y sé por qué: la voz asustada de una chica es una herida abierta en un mar de tiburones. Pero no tengo tiempo para formular un curso de acción mejor. Debo encontrar a mi hermano.

Antes de pararme a pensarlo, mis pies están corriendo y me llevan al laberinto de coches. Serpenteo entre ellos gritando su nombre, pero en un susurro, lo que es tan inútil como suena. Me da vueltas la cabeza. Las autovías son una trampa mortal, lo sé, Kelton nos lo ha grabado en el cerebro. Y aunque no esté sola, si alguien ha retenido a Garrett, su bienestar es prioritario, así que no puedo tener miedo.

Entonces veo el humo que se eleva por el aire, más adelante. Fuego. Más adelante, en la autopista. Sé que ha habido incendios forestales por todas partes, pero ¿en la carretera? Sigo adelante, subiéndome a los coches, metiéndome por debajo de ellos; tropiezo y caigo, pero no permitiré que eso me frene. Y ahora lo veo mejor.

Es un fuego de campamento en un cubo de basura. Y alrededor de él hay como mínimo docena de personas.

Y tienen a Garrett.

Cuando Garrett tenía cinco años, se escapó del paseo en *jeep* por la zona de animales salvajes del zoo. Tuve que rescatarlo para que una jirafa no le diera una patada en la cabeza. Cuando tenía seis, estuvo a punto de irse a la casa de otra familia en el centro comercial porque sus hijos tenían unos juguetes más chulos. Cuando tenía nueve, se perdió por la exposición del Ikea y decidió echarse una siesta en una cama con forma de coche de carreras en un intento por convertirse en un residente permanente de la tienda..., y tuve que localizarlo antes de que mis padres se enteraran y llamaran a la guardia nacional. Desaparecer es la especialidad de Garrett, siempre lo hace en el peor momento posible y, por algún motivo, siempre me siento responsable. No obstante, esta vez estoy más asustada que furiosa porque he visto los monstruos que hay ahí fuera... y sospecho que voy a ver monstruos peores antes de que acabe esto.

Está entre unos desconocidos que podrían ser tan hostiles como los saqueadores de la casa de Kelton. Examino sus rostros para intentar interpretar la situación. Hay personas de todas las edades. Entonces, Garrett me ve y sonrío.

—Ahí está... Esa es mi hermana.

Mi corazón todavía tañe para alertarme del peligro. La cabeza me palpita, y me siento mareada por el esfuerzo. Es la falta de líquidos. Me acerco con precaución..., y una mujer da un paso adelante. Pelo ondulado gris, piel clara. Los ojos parecen brillarle, aunque no es más que el reflejo del fuego.

—Bienvenida —me saluda.

—Garrett, vámonos.

—No pasa nada —me responde al acercarse—. He ido a buscar un cubo, ya sabes, para echar el combustible, pero me he perdido. Ellos me han encontrado.

Bajo un poco la guardia.

—Debes de ser Alyssa —me dice la mujer mayor con cariño.

—¿Quién es usted? —le pregunto yo, todavía nerviosa.

Una niña que lleva sábanas dobladas se detiene al pasar.

—La llamamos el Ángel del Agua.

La mujer sonrío con amabilidad.

—Venga, déjalo ya. Me llamo Charity. Que es un nombre mucho más caritativo de lo que me merezco, pero es lo que hay.

Ahora que me he calmado un poco, la observo mejor. Es tan mayor como mi abuela, unos setenta, aunque tiene un punto juvenil. Quizá sea por su forma de comportarse. Por su mirada aguda y radiante.

Jacqui, Kelton y Henry la alcanzan, pero mantienen la distancia, todavía evaluando la situación.

—Podría decirse que nos hemos instalado aquí —dice Charity, dirigiéndose a todos nosotros—. Al menos, por ahora.

Miro a mi alrededor y me fijo en que no se trata de una sola hoguera, sino de varias repartidas como una constelación por toda la autopista atascada, en distintos claros. No se parece en nada al campamento de indigentes que hemos visto antes; parece que estas personas, que pertenecen a muchos estratos distintos de la vida, han decidido quedarse aquí en medio de la crisis en vez de irse a otra parte.

Kelton sacude la cabeza.

—Pero aquí están completamente expuestos. ¿No es peligroso?

—A veces —responde Charity—. Pero hemos averiguado el modo de mantener a todo el mundo a salvo e hidratado.

La última palabra capta nuestra atención.

Jacqui da un paso adelante.

—¿Tienen agua?

—Hay agua por todas partes —dice Charity con una leve sonrisa—. Sólo hay que saber buscar en el sitio adecuado. —Examina nuestra ropa sucia y probablemente entiende lo cansados que estamos, tanto emocional como físicamente—. ¿Por qué no os quedáis con nosotros? —pregunta, y, como vacilamos, añade—: A tu hermano parece gustarle.

—Este lugar me da buen rollo —asiente Garrett—. Parece más o menos seguro.

Y aunque es probable que eso sea lo mejor que vamos a encontrar, Kelton se muestra escéptico.

—Bueno, al menos quedaos esta noche. Se está haciendo tarde. Podéis marcharos por la mañana.

Después vuelve a la hoguera y nos deja solos para que hablemos.

Henry abre la discusión:

—Yo digo que nos quedemos. Que descansemos. Que nos hidratemos.

—Tenemos una caja entera de Agua Viva en la camioneta —señalo, y me percato, horrorizada, de que la hemos dejado sin vigilar—. Deberíamos guardar bajo llave el agua, aceptar su hospitalidad y quizá pedirles que nos ayuden a sacar gasolina. Después, nos vamos.

—¿Para ir adónde? —pregunta Henry—. ¿De vuelta a esos asquerosos acueductos para perdernos otra vez?

—Ya no estábamos perdidos —le dice Kelton—. Y no queda mucho para llegar.

Entonces es cuando Jacqui inclina la balanza:

—Los acueductos serán más fáciles de recorrer durante el día, ¿no? Así que vamos a aceptar la invitación del Ángel del Agua a pasar la noche. Tampoco es que tengamos que unirnos a su pequeña secta.

Todos están de acuerdo en que es la mejor solución. Incluso Kelton, que es muy reacio a confiar en nada ni nadie.

Los dejo para ir a buscar a Charity. Está pendiente de una olla: hierve agua para depurarla.

—Vale, nos vamos a quedar esta noche —le digo—. Pero ¿sabe si alguien de por aquí puede ayudarnos a sacar gasolina de un depósito?

—Por supuesto —responde ella, y me guiña un ojo—. ¿Cómo crees que hemos encendido las fogatas?

—¿Y podría darnos un poco de agua cuando se enfríe? —pregunta Jacqui, que aparece detrás de mí.

Pero, en vez de responder, Charity da un paso adelante y examina de cerca el rostro de Jacqui. Después le coge la mano y le da un pellizco con el pulgar y el índice.

—¡Ay! ¿Por qué ha hecho eso?

—Lo siento, pero ahora mismo no puedo darte agua —responde Charity—. Tu piel todavía es elástica, lo que significa que la deshidratación no es crítica.

—Tiene razón —dice Kelton, y Jacqui le resopla y susurra «traidor» entre dientes.

Charity mira a Garrett, que sigue sentado con otro crío que ha encontrado, y después nos mira a nosotros.

—Sé lo difícil que es tener sed, pero mi conciencia no me permite daros agua cuando hay otros que la necesitan más. Lo que sí podemos hacer es alimentarnos.

¡Comida! Se me había olvidado la comida. Y ahora noto que el estómago me ruge, que se come a sí mismo. Tengo hambre, pero, aunque me den algo

de comer, será difícil masticarlo con la boca seca y en carne viva. Incluso tragar agua ahora mismo me dolería como si me pincharan con agujas. Y también está la presión de la cabeza, cada vez más fuerte. Si no me merezco agua en este estado, apenas soy capaz de imaginarme cómo será estar peor.

—Os ayudaremos con el problema del coche, os daremos cobijo y algo de comer —dice el Ángel del Agua—. Con eso tendrá que bastar, por ahora.

Después se vuelve hacia unos cuantos hombres fortachones que juegan a las cartas alrededor de la fogata.

—¿Max? ¿Crees que podrías ayudarlos? Necesitan gasolina.

—Claro.

Uno de ellos se levanta. Es grande e imponente, vestido de cuero como el jefe de una banda de moteros. Al principio me pone nerviosa, aunque, como he aprendido, las apariencias engañan; porque, al fin y al cabo, sea como sea el exterior de una persona, sólo hay una cosa que define su comportamiento, y eso es el agua. En mi otra vida, quizá no hubiera confiado en este tío. Pero, aquí y ahora, lo hago. Porque sé que no es un zombi del agua. Todavía.

De repente me siento culpable por dudar de las intenciones de esta gente.

—Sin embargo, a cambio, os pediré que contribuyáis a nuestro campamento —continúa Charity—. Dentro de nada iremos a recoger suministros de los carriles en sentido norte. Mientras Max os arregla lo del coche, quizás algunos podáis uniros a nosotros.

—Yo iré —ofrece Henry, que da un paso adelante.

Garrett lo mira y sigue su ejemplo.

—Yo también —dice a toda prisa.

Mi primera reacción es presentarme voluntaria para poder cuidar de Garrett. Para asegurarme de que no se aleje otra vez o se meta en líos. Pero me contengo. Últimamente mi hermano no nos ha metido en ningún lío. Quizá le deba un poco de espacio. Un poco de confianza. Y si intenta contribuir a algo por el bien común, ¿no debería permitirle esa dignidad? Así que bajo la guardia de hermana mayor, le digo a Garrett que haga caso a Charity y me uno a Jacqui, Kelton y el alegre motero gigante para llenar el depósito de la ranchera.

Seguimos a Max hasta una pequeña camioneta de jardinería blanca, saca de ella una lata de gasolina roja vacía y una manguera, justo como la que no encontrábamos cuando estábamos buscando.

—Es bastante difícil extraer directamente de un depósito al otro. Necesitas una lata como esta para que este extremo de la manguera esté más bajo. Ya sabéis, por la gravedad.

—La gravedad... —masculla Kelton, claramente irritado de no haberlo averiguado por sí mismo.

Garrett lo había sabido por instinto, porque había ido a por un cubo. Hoy todos hemos tenido una oportunidad para sentirnos estúpidos.

Regresamos en zigzag a la ranchera. Mi cuerpo se ha vuelto pesado, lo que hace que cada paso me cueste más que el anterior. Y parece que nuestro cansancio es un poco más evidente de lo que me gustaría pensar, porque Max se da cuenta.

—Tomad —me dice después de meterse la mano en un bolsillo y sacar un pastelito envuelto en plástico—. Es MoonPie. Ahora mismo, nuestro alimento básico.

—Gracias —dice Jacqui, que abre el envoltorio y le da un mordisco al esponjoso dulce de chocolate. Lo mastica en seco, se da cuenta de que sólo hay uno y, a regañadientes, parte el resto en dos mitades para Kelton y para mí.

—*Bon appétit*. Encontramos un camión lleno hace dos días —dice, y añade—: Hace unos años, recuerdo que oí una historia sobre un crucero varado. Les lanzaron carne en lata y PopTarts desde los aviones. No sé vosotros, pero yo prefiero los MoonPies.

—¿Eso lleváis aquí? —pregunto—. ¿Dos días?

—Tres. Yo llegué a la autovía dos días después de la restricción. Lo llevaba peor que otra gente porque las medicinas para la tensión me hacían sudar como un caballo de carreras. Me deshidraté muy deprisa y después no lograba encontrar ni una gota de agua por mucho que buscaba. Acabé vagando por la autovía, decidido a encontrarla o caer. Caí. Pero el Ángel del Agua me encontró. Charity me dio agua y, cuando estuve lo bastante fuerte, me puso a trabajar. En poco tiempo nos juntamos varias docenas de personas, todas trabajando y cuidando de los demás.

—Casi como una comuna —dice Kelton.

—Sí, supongo que está evolucionando hacia eso. Cada uno cuenta con sus puntos fuertes. Resulta que yo soy bastante mañoso —agrega con orgullo.

—Bueno, eres nuestro salvador —le aseguro.

—Gracias, pero para eso tenemos a un médico —responde entre risas—. Otros recogen suministros. Justo ayer encontraron un semirremolque lleno de sábanas y almohadas nuevas.

La mera idea hace que eche de menos mi cómoda cama.

—Tenemos gente que vigila el perímetro las veinticuatro horas —sigue explicando Max—. Esos son los que encontraron a tu hermano.

Llegamos a la ranchera y, por suerte, la caja de AguaViva sigue ahí. Max se coloca junto a un Hyundai cercano para sacar la gasolina y, mientras lo mantengo ocupado, Kelton y Jacqui pasan la caja al asiento trasero de la ranchera y la guardan bajo llave. Como el agua no es mía, evito la crisis de conciencia que me supondría no dársela al Ángel del Agua. Aun así, me siento culpable, pero viviré con ello. Si eso me convierte en una mala persona, ya me preocuparé otro día.

Es probable que Jacqui y Kelton sientan el impulso de abrir la caja (yo lo siento); pero, como ha dicho Charity, aunque tenemos sed, todavía no estamos desesperados. Y Kelton nos ha grabado en el cerebro que un suministro de emergencia es para emergencias. De todos modos, no puedo evitar pensar que la desesperación está a la vuelta de la esquina.

## 28) Henry

Con el tiempo he descubierto que los ancianos son dementes o sagaces. Es una ecuación compleja que se compone de sus experiencias vitales, la naturaleza avanzada de sus años, la genética pura y dura, y lo cabreados que los haya dejado la vida. El Ángel del Agua es de los sagaces; más sabia de lo que dicta su edad, que ya es mucho decir, teniendo en cuenta lo vieja que es. Ha dado con un método sencillo y genial para recolectar agua: la que teníamos todos bajo las narices, pero que estaba tan lejos de nuestro radar que podríamos morir de sed a pocos centímetros de la fuente y ni siquiera enterarnos.

El líquido del limpiaparabrisas.

No el líquido en sí, sino los contenedores en los que se concentra, que están en todos los coches. La mayoría los llena de esa cosa azul que seguro que es tóxica, pero, de vez en cuando, te encuentras con gente que no se preocupa por conseguir el líquido bueno y usa agua. ¿Quién habría pensado que el estrato más perezoso de la sociedad podría salvarnos? Aunque el Ángel del Agua no quiera compartirla con nosotros, con ese conocimiento basta.



Enseña a un hombre a pescar y blablablá. Por supuesto, nuestra ranchera no tiene ni agua ni líquido azul. Está completamente vacía, como descubrí cuando intenté limpiar los bichos del limpiaparabrisas hace un rato.

Nos dividen por parejas para registrar los vehículos de los carriles de sentido norte, a unos quinientos metros, porque los más cercanos ya los habían inspeccionado. Nos acompañan un par de gemelos idénticos barrigudos de veintipocos años. Dos tontos muy tontos. También hay una madre agobiante y su hijo, que parece mudo, y una pareja mayor que lleva tanto tiempo casada que se ha metamorfoseado en versiones andróginas casi idénticas de sí mismos. Cada equipo recibe una mochila, una linterna, una percha y una palanca. Muchos de los coches están cerrados, lo que significa que no se pueden abrir los capós, así que usamos las perchas para intentar forzar las cerraduras y, si todo lo demás falla, usamos la palanca para romper una ventana.

—En realidad, la propiedad que destruimos ya no le importa a nadie —nos dijo Charity antes de irnos—. Lo más probable es que aparten de la carretera los vehículos con topadoras cuando todo acabe.

Aunque nos han pedido que nos centremos en artículos que puedan beneficiar a la comunidad, a mí me interesa una amplia variedad de cosas.

Veréis, en el calor del momento, cuando la gente escapaba de estas autopistas, pasó algo muy interesante: se produjo un cambio de valores cataclísmico. Como cuando caen los mercados. Los acontecimientos externos unidos a la psicología de la turba generaron un bucle de retroalimentación positiva. Bueno, no positiva para ellos. Su único objetivo era sobrevivir, lo que significa que olvidaron objetos de gran valor que no mejoraban sus oportunidades inmediatas de lograr dicha supervivencia. Relojes, joyas, dinero... Es sorprendente la de cosas que aparecen en los sujetavaso y las guanteras. No es que las abandonaran adrede, sino que se las olvidaron porque ya no eran posesiones esenciales. Claro, la mayoría de los coches no tienen más que basura, pero conseguí adquirir unos cuantos activos que, de otro modo, se habrían desperdiciado.

—Mira lo que he encontrado —anuncia Garrett, que está mirando por la luna trasera de un coche con portón. Señala una bolsa de pañales en el asiento de atrás—. Recuerdo que había una mujer con un bebé sentada junto al fuego.

—Bien pensado —le elogio, porque el valor se presenta de muchas formas—. Seguro que lo agradecerá.

Y, me doy cuenta, también el resto de nosotros.

La puerta está cerrada, por supuesto, y los múltiples intentos de abrirla con la percha resultan menos eficaces que en otros vehículos.

—Supongo que tendremos que romper la ventana —digo.

Al oírlo, Garret esboza una sonrisa traviesa casi sin querer. Esa sonrisa dice mucho. Dice que quiere romper cosas, pero que nunca ha tenido permiso. Quiere ser salvaje, pero nunca le han quitado la correa. Conozco esa sensación, y sé que puedo ahorrarle años de futura terapia mediante una sencilla acción.

Le doy la palanca.

—Hazlo tú.

—¿Estás seguro? —pregunta, un poco asustado.

Me encojo de hombros.

—Charity dijo que podíamos hacerlo si era la única forma de entrar, ¿no? Venga, inténtalo.

Garret levanta en alto la palanca, esboza la misma sonrisa involuntaria y golpea la ventana. Se destroza con el primer golpe; no es un ruido explosivo, sino más bien el estallido de una bombilla seguido del tintineo de los fragmentos del cristal de seguridad. En realidad me sorprende lo fuerte que le ha dado. Creía que su primer intento sería tentativo.

—¡Bien hecho! Prueba con otro.

Sin dudar, se vuelve hacia el coche que tenemos detrás, golpea de nuevo y rompe la ventanilla más cercana.

—Me toca —le digo.

Veo un Mercedes con un adorno en el capó. Es como el coche del gilipollas de mi vecino, que nos demandó por meternos cinco centímetros en su propiedad al construir un muro de contención. Golpeo el adorno, preparado para verlo volar como una pelota de golf, pero se dobla y vuelve a su sitio. Maldita sea. Se me había olvidado que los adornos de los Mercedes hacen eso para que no se rompan en los autolavados. Le doy un segundo golpe y vuelve a subir. Garrett se ríe.

—¡Te está tomando el pelo!

—¿Ah, sí? Pues toma esto —contesto, y destrozo un retrovisor.

De repente, uno de los tontos se nos acerca a paso lento.

—¡Eh! ¡Se supone que tenéis que buscar agua!

—No podíamos entrar —le informo—. Hemos tenido que romper la ventana.

Él mira el espejo retrovisor del lateral, que está colgando.

—Eso no es una ventana.

—Se me ha ido la palanca.

Garrett suelta una risita y el tonto me mira con rabia.

—¡No os desviéis de la tarea!

Después camina con parsimonia hacia su hermano, que lleva cinco minutos intentando entrar en un Buick con mucho cuidado.

Me vuelvo, veo que Garret me sonrío... y me doy cuenta de que no me mira como a su hermana. Está claro que nunca ha tenido la figura de un hermano mayor en su vida. Eso me deja en una posición única.

Me apoyo en el coche y hablo como si nada:

—Tu hermana me mataría ahora mismo si viera lo que estamos haciendo.

—¿Qué mas da?

Va a coger la palanca, pero, como hermano mayor postizo, la aparto de su alcance, lo que da a entender que ya basta.

—Qué curioso que te trate como a un crío —le digo—, porque tú eres el que tiene casi todas las buenas ideas.

Me mira con los ojos un poquito más abiertos de lo normal.

—¿Tú crees?

—¿Estás de coña? Si no fuera por ti, no habríamos localizado el acueducto. Y ¿no has sido tú el que ha encontrado a esta buena gente? Gracias a ti tenemos un lugar seguro en el que pasar la noche.

—Sí, supongo que sí.

—Cada uno tiene sus puntos fuertes. El tuyo es ver lo que el resto no somos capaces de ver.

Es cierto, y noto que agradece que me haya dado cuenta de lo que los demás no..., al igual que él. Es un bonito momento compartido. Uno que sirve a un propósito.

—Bueno, dime, ¿qué más ves que los demás no vemos?

—Bueno —responde tras pensárselo—, no creo que Jacqui sea tan horrible como Alyssa la pinta.

—Vaya, ¿por qué lo dices?

—Bueno, es como con las chicas de su equipo de fútbol. Alyssa siempre habla mal de las que ve como una amenaza. Seguro que Jacqui y mi hermana serían amigas si no estuvieran las dos tan empeñadas en odiarse.

Una observación muy aguda. Y útil. Si consigo que sigan enfrentadas, no se volverán contra mí. O, al menos, Alyssa no lo hará. Después de estar a punto de abandonar a Jacqui en el centro de evacuación, dudo que consiga ganármela, aunque quizá no me haga falta.

—¿Y Kelton? —pregunto.

—Él tiene de sobra con ir en el mismo coche que mi hermana —se ríe—. Kelton lleva muy pillado por ella toda la vida.

—¡No me digas! —exclamo, fingiendo sorpresa.

—No, en serio. Cuando estaban en primaria, lanzaba pelotas a nuestro jardín a propósito y, cuando estaban en octavo, lo descubrí espiándola con la cámara de uno de sus helicópteros drones. ¡Me pagó diez pavos para que no se lo contara!

No era la información que buscaba, pero cuando pescas una bota nunca sabes qué te vas a encontrar dentro.

—¿Cómo que espiando?

Y se sienta en el gran paquete de pañales para contarme una bonita historieta.

Regresamos al campamento con los demás una hora después y, aunque Garrett y yo no hemos encontrado ningún depósito de líquido con agua, otros sí. Nosotros hemos aportado otras cosas: algunos analgésicos, un altavoz con Bluetooth con la carga completa, unos prismáticos y, por supuesto, los pañales.

Charity va de un lado a otro seleccionando a quien más necesita el agua que tiene, mientras que a nuestro grupito lo llevan a cinco coches que protegen el perímetro, en cuyos asientos han colocado sábanas. Alguien ha dejado un MoonPie en cada almohada. Un estupendo servicio de conserjería.

—Mira, Garrett, ¿no has querido siempre tener una cama en forma de coche? —le dice Alyssa.

A Garrett no le hace gracia.

Jacqui mira su MoonPie. De sabor a plátano.

—¿Cómo vamos a digerir esto sin agua? Y ¿como sé que no moriré de sed mientras duermo?

—No te morirás —replica Kelton—. Tendrías que estar mucho peor. Te sentirás cada vez más cansada..., pero, justo antes del final, notarás una repentina descarga de energía. Es la última batalla del cuerpo. Después de eso, se acabó.

—Demasiada información, Kelton —responde Jacqui, que no quiere pensar en ello—. Demasiada información.

Deberíamos acostarnos todos, pero estamos demasiado agotados para dormir y a ninguno le apetece hacerlo con este calor, pocos grados por debajo

de la temperatura diurna. Me quito mi chaqueta recientemente adquirida y me la pongo en el regazo mientras lamento que los fabricantes no hayan tenido el sentido común suficiente para usar una tela transpirable.

Los cinco estamos en un pequeño claro entre los coches, intentando relajarnos. Han apagado las fogatas, y la luna pinta sombras azules sobre nosotros.

—La verdad es que no lo entiendo —admite Jacqui—. ¿Cómo es posible que esta gente no esté destrozándose, como en todos los demás sitios que hemos visto?

—Han creado un sistema —responde Alyssa—. No todos son capaces de hacerlo.

—El comunismo sólo funciona en teoría y va en contra de la naturaleza humana —digo, ya que siento la necesidad de iluminarlas—. Este lugar no durará.

—No tiene que durar —contesta Alyssa—, sólo que aguantar hasta que acabe la crisis.

—Se volverán los unos contra los otros —asegura Jacqui—. Al final, todos lo hacen.

—Todos los que son como tú, a lo mejor —dice Alyssa, que le lanza una mirada asesina.

—Ah, ¿me vas a decir que tus vecinos no eran como esta gente? ¿Que no eran personas de bien hasta que empezaron a comerse a sus crías?

Miro a Garrett, que se limita a sacudir la cabeza con aire cómplice. Jacqui y Alyssa nunca se pondrán de acuerdo en nada.

—La gente es una mierda —declara Kelton, por añadir su granito de arena—. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Yo no lo veo así —le responde Alyssa—. Puede que la gente haga todo lo posible por sobrevivir, pero cuando no tienen que preocuparse por eso, es distinto.

—A veces —le dice él—. Y a veces no. Algunas personas son siempre así, por mucho que finjan ser civilizadas.

Lo dice mirándome. No sé bien si es intencionado, aunque me cabrea de todos modos.

Jacqui se da una palmada en las rodillas.

—Vaya, parece que nos encontramos con un dilema filosófico clásico de Hobbes contra Rousseau.

No me esperaba una referencia así de Jacqui, sobre todo porque no sé bien quiénes son Hobbes y Rousseau. Pero no saberlo y reconocer que no lo sabes

son dos cosas muy distintas.

—Sí, es una forma de verlo —les digo—, pero creo que os equivocáis los dos. Las personas son nombres, las acciones son verbos. Peras y olmos.

—¡Din, din, din! ¡Hemos encontrado a nuestro Maquiavelo! —anuncia Jacqui, como una presentadora de concurso.

De repente, del mismo modo absurdo e inesperado en que se ha sacado a los filósofos de la manga, se saca una pistola de Dios sabe dónde. Una pistola. Una. Puñetera. Pistola. De. Verdad.

Todos nos sobresaltamos, aunque puede que yo más que el resto. ¿La tenía desde el principio? Ahora estoy pensando en las docenas de veces que podría haberme disparado hoy... Como cuando le apunté con una pistola de aire comprimido. No fue mi mejor momento.

—¡Jacqui, guarda mi pistola! —exclama Kelton, lo que añade otro misterio más a este acertijo. ¿Ha dicho que es su pistola?

Ella no le hace caso, maravillada con el arma, excitada. Revigorizada.

—Dime, Henry, si te metiera una de estas balas en la cabeza y esparciera tus sesos sobre Kelton y su MoonPie, ¿sería yo un nombre o un verbo?

—Jacqui, ¡guarda eso antes de que alguien la vea! —le gruñe Alyssa.

Lo que sólo sirve para animarla más. No se dejará controlar, y ahora entiendo por qué Alyssa la ve como una amenaza: porque lo es.

—Venga, Henry —me pincha la chica—. Creía que eras el capitán del equipo de debate... o, al menos, que fingías serlo. —Después me apunta con la pistola—. Convénceme de que no soy mis acciones. Que hacer algo malo no me convierte en mala.

Hablo deprisa, fingiendo no estar a un movimiento de dedo de perderme en el olvido. No sé si tiene el seguro puesto. Joder, ni siquiera sé bien qué es un seguro.

—No serías ni buena ni mala, porque los conceptos son fluidos y subjetivos, y cambiaría dependiendo de si matarme fuera lo correcto o no, pero no lo es... ¡Está claro que no lo es!

Jacqui se queda como está. Todos los demás están paralizados. Nadie quiere saltar sobre ella y disparar la pistola por accidente. Al final baja el brazo y guarda la pistola, como si hubiera perdido el interés.

—Eres un soso —dice. Se pone a comerse su pastelito y habla con la boca llena—. La verdad es que sois un puñado de miedicas... No había bala en la recámara. ¿O sí...?

Nota mental: ahora hay dos psicópatas confirmados en nuestro grupo de cinco. Si quiero ocupar el lugar que me corresponde al mando, debo acabar

con Kelton y Jacqui, y proteger a Alyssa y a su hermano.

## 29) Alyssa

Me tumbo en mi cama improvisada con los ojos bien abiertos. Al menos, creo que lo están. No tengo la energía suficiente ni para dormir ni para estar despierta. Así que doy vueltas, y gano y pierdo la consciencia en un delirio de ansiedades que me persigue en ambos estados. Pienso en Jacqui. En el arma. En mis padres. Y se mezclan con pesadillas de saqueadores que asaltan la autopista como hicieron con la casa de Kelton..., conducidos por Hali, la de mi equipo de fútbol, y su madre, que ahora mide cuatro metros y medio, y roba el agua de todo el mundo. Entonces empieza a llover sangre, y ahí está *Kingston*, lamiéndola. La lluvia se convierte en un golpeteo... Abro los ojos de golpe. Es Henry, que está de pie junto a mi coche, dando golpecitos en la ventanilla entreabierta. Todavía está oscuro. No sé bien si cerca de medianoche o más bien del alba.

—Estabas hablando en sueños —aclara—. Te oía desde mi coche.

—Ah, lo siento.

En realidad, me alegro de que me haya despertado. A pesar del cansancio, lo prefiero a él antes que a mis alucinaciones, de modo que abro la puerta y salgo para estirarme.

—¿Te has dado cuenta de que está nevando?

—¿Qué?

Efectivamente, los copos de nieve caen a nuestro alrededor. Pero tenemos que estar a unos treinta y dos grados. Ahora sí que estoy segura de que el mundo se ha vuelto loco.

—Pero no los cojas con la lengua —dice Henry—. No creo que sepan muy bien.

Extiendo la mano y uno se posa encima; lo restriego entre los dedos. Ceniza.

—Los incendios forestales han crecido —me dice—. Ahora hay bosques enteros ardiendo. Bastante lejos de nosotros, al este, pero los vientos de Santa Ana nos traen las cenizas.

Cuando miro a mi alrededor, veo que una fina capa gris empieza a cubrir los coches.

Nos apoyamos en mi Cadillac y vemos la «nieve» caer.

—Ahora está todo tan tranquilo que se te olvida lo que pasa ahí fuera —comento.

—Ahí fuera no hay más que gente —señala Henry.

—Las personas pueden ser monstruos. Ya sean sólo sus actos o quienes son realmente, da igual. El resultado es el mismo.

En vez de comentar algo, deja que otro «copo de nieve» le aterrice en la palma de la mano y lo examina unos segundos.

—Quería disculparme —dice por fin— por no contarte la verdad sobre no ser el tío que mi chaqueta dice que soy... Pero, con todo lo que estaba sucediendo, nunca parecía el momento oportuno.

Ninguna disculpa está completa sin su «pero». Bueno, al menos lo intenta. Así que decido darle una oportunidad. Aunque sé que es estúpido por mi parte confiar en él, lo hago de todos modos.

—Lo entiendo. La cortesía común se ha ido por el desagüe, con el agua. Nadie actúa como lo haría normalmente.

—Eres una persona muy comprensiva —observa, sonriendo. Parece una sonrisa genuina, y aparto la mirada. Me pregunto si será capaz de ver mi rubor con esta luz de luna cenicienta.

—La verdad es que no —respondo—. Lo que pasa es que no soy rencorosa. —Lo que no es del todo cierto. Guardo mucho rencor. Sin embargo, ahora mismo sería una pérdida de energía muy valiosa.

—Pero sí que lo eres —insiste—. Has dejado que venga con vosotros, incluso después de adquirir el coche de tu tío. Y parece que empiezas a perdonar a Jacqui por..., bueno, por ser Jacqui. Incluso le has perdonado a Kelton lo del dron.

—¿Qué? —pregunto, desconcertada por la última parte.

—Ya sabes. Cuando te espío por la ventana con su dron.

Pero no lo sé. No tengo ni idea de qué me habla. Empiezo a notar una sensación muy desagradable en el estómago.

—¿Quién te ha contado eso?

—Puede que Garrett lo mencionara de pasada. Pero no quiero meterlo en líos. Sólo lo he dicho para añadir más pruebas a mi afirmación de que eres una persona que sabe perdonar. —Después, sonrío—. Es verdad que fingí ser el capitán del equipo de debate, ¿sabes?



Pero ahora mismo no me siento nada compasiva. Me siento estúpida. Y avergonzada. Y violada. Puede que el tono de rojo de mi cara sea mucho más visible en estos momentos, porque Henry dice:

—Espera..., ¿es que no lo sabías?

¿Por qué tengo que sentirme avergonzada yo? ¡Aquí el perverso es Kelton! Y, antes de darme cuenta, dejo solo a Henry y voy hecha una furia a buscar a Kelton, que duerme en su estúpido cochecito con portón trasero. Me pongo a dar porrazos en la puerta y después le doy patadas hasta que asoma su desagradable cabecita naranja y me abre.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué es?

—¿Te lo pasaste bien, Kelton? —le gruño—. ¿Sí? ¿Fue divertido? ¿Estuvo a la altura de tus expectativas?

Sé que, con todo lo que está pasando, esto no debería ser mi prioridad ahora mismo, pero así es como lo siento. Para mí es algo enorme.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —tartamudea mientras se revuelve para poder mirarme.

—¿Es verdad que me espíaste con tu dron?

Vacila. Es la única respuesta que necesito. Lo empujo contra el coche.

—¡Cerdo asqueroso! ¡Perverso!

—¡Alyssa, eso fue en octavo!

—¡El delito de ser un capullo no prescribe!

—¡Y sólo lo hice una vez!

—¡Da igual cuántas veces lo hicieras! ¡El caso es que lo hiciste!

—Alyssa...

—¡No pronuncies mi nombre! —le chillo—. Ni siquiera lo pienses. ¡Nunca!

Me alejo de allí muerta de rabia porque sé que, si me quedo, no voy a dejar de gritarle, y eso despertaría a la mitad de la gente del campamento y los impulsaría a venir corriendo, y no quiero armar más escándalo del que ya he armado. Ahora mismo se desarrolla una batalla en mi cabeza. Parte de mí quiere dar carpetazo y dejar todo esto para cuando acabe la crisis. Su hermano está muerto. Nos quedan más retos a vida o muerte por delante. No obstante, hay otra parte de mí que no quiere que la silencien ni la soslayan. La parte normal, que no permitirá que un comportamiento tan inaceptable quede sin castigo sólo porque haya cosas más importantes de las que preocuparse. Da igual lo que esté pasando, ¡tengo todo el derecho del mundo a sentir lo que siento!

Regreso a mi coche. Tengo sed y estoy enfadada, y creo que, después de todo, quizá prefiera enfrentarme a las pesadillas antes que a esto.

Henry aparece junto a mi ventana.

—Alyssa, lo siento. No pretendía molestarte...

—¡Pues lo has hecho! —le suelto, aunque después me siento culpable. Así que hablo con un poco más de amabilidad—: Sé que no debería culpar al mensajero, pero me cuesta no hacerlo.

—Lo entiendo —responde, y pone la mano en el tirador de la puerta—. ¿Puedo entrar?

Me lo pienso de verdad. Pero ahora lo único que quiero es mantener al resto de la humanidad a una distancia prudencial.

—Nos vemos por la mañana.

—Vale —dice—. Que duermas bien.

Aunque los dos sabemos que hay cero posibilidades de que eso ocurra.



CUARTA PARTE  
EL REFUGIO

## **DÍA SEIS. JUEVES, 9 DE JUNIO**

### **30) Kelton**

Alyssa no me habla, Garrett no me mira y a Jacqui parece hacerle gracia el asunto.

Henry no dice nada; se limita a sentarse detrás del volante, muy satisfecho.

Garrett me confesó lo que le había contado a Henry, y a Henry le faltó tiempo para convertirlo en un arma contra mí. Me entretengo pensando en todos los dolorosos movimientos que puedo practicar con él cuando lleguemos al refugio. Dislocarle el hombro, partirle el brazo, hundirle la rótula. Conozco la teoría y estoy bastante seguro de ser capaz de ejecutarlos. Lo único que tiene que hacer él es darme una razón. Lo de revelar a Alyssa mi perversión infantil debería bastar, pero no ha sido más que la venganza de mi karma. Por mucho que quiera, no puedo atacar a Henry hasta que demuestre ser el peligro real que sospecho que es. Aun así, no puedo actuar llevado por los sentimientos. Sobre todo porque Alyssa confía en él mucho más que en mí.

Hace media hora que abandonamos la pequeña comuna de Charity en la autopista. Limpiamos nuestro campamento al alba, doblamos las sábanas y las devolvimos. Me gustó la sensación de doblar las sábanas. Era algo digno. Qué curioso que antes fuera la tarea que menos me gustaba. Nos despedimos de algunos de los amigos que habíamos hecho durante nuestra breve estancia, como Max, el motero. Después, el Ángel del Agua nos dio algunos pastelitos más y nos abrazó. Allí, envuelto en su abrazo, sentí el deseo extraño e infantil de no soltarla.

Sé que Alyssa no quería irse. En realidad me sorprendió que no decidiera quedarse, con tal de librarse de mí. Quiero decir, que allí habría tenido agua. O, al menos, la habría tenido al llegar al nivel de deshidratación necesario. Quizá no soportara la idea de que yo llegara al refugio y consiguiera agua

antes que ella. O quizá no quisiera separarse de Henry. ¿Por qué molestarme en romperle una extremidad? Podría estrellarle el pulpejo de la mano en la nariz para incrustarle el hueso nasal en el cerebro.

Tuvimos que volver a poner la caja de ÁguaViva en la plataforma de la ranchera para caber todos en la cabina, lo que costó bastante sin levantar sospechas. Mantuvimos una silenciosa discusión sobre si debíamos sacar un par de botellas para beberlas... Y, esta vez, incluso yo estaba dispuesto, pero no había forma de abrir la caja sin dejar que Charity y su gente de la autovía supieran que teníamos agua.

—Si se enteran, ya sabes lo que pasará —dijo Jacqui—. Dirá que es propiedad de la comunidad, la dividirá entre los suyos y se acabó nuestro suministro de emergencia.

Esperaba que Alyssa se lo discutiera, porque es la única de nosotros lo bastante altruista para que le pareciera bien. Pero no lo hizo. Quizá su rabia contra mí se haya extendido al resto del mundo.

Acordamos que aparcaríamos y abriríamos la caja cuando estuviéramos a la distancia suficiente, aunque, ahora que nos movemos, Henry se niega a parar.

—Ya casi hemos llegado... ¿Por qué vamos a pararnos ahora? Podemos aguantar otra hora, ¿no?

—Sí, podemos esperar —dice Garrett, que de repente se ha convertido en el perrito faldero de Henry sin que nadie se diera cuenta.

Y como nadie quiere demostrar menos autocontrol que un niño de diez años, lo aceptamos.

—Pero, como sea más de una hora, te doy una patada en la cabeza hasta que pares el coche y nos dejes beber —anuncia Jacqui. Me encantaría que empezara a pegarle patadas en la cabeza ahora mismo, aunque me guardo ese pensamiento para mí.

Miro por la ventanilla del coche. En el aire flota una niebla densa y cáustica. Todo el sur de California está cubierto del humo de los incendios. El alba es de un violento color carmesí, y el sol, que ya ha subido lo bastante como para asomarse por las montañas, es casi granate, así que más bien parece un eclipse lunar.

Esta mañana no hemos puesto música en la radio, sino que hemos pasado de la satélite a las cadenas normales. La mayoría están desconectadas o han activado la red de retransmisiones de emergencia, así que se escucha lo mismo en todas. Ya sabemos lo que hay. Los centros de evacuación están al

máximo de su capacidad, la gente debe ir directamente a las instalaciones de apoyo, blablablá.

Seguimos escuchando la retransmisión porque necesito saber más sobre los incendios. Tres arden muy al este... y uno bloquea por completo la carretera a Big Bear Lake. Hay dos en Castaic, a más de ochenta kilómetros al oeste de nosotros, que amenazan el acceso al lago Castaic..., al que millones de personas de Los Ángeles intentan llegar.

Una noticia afirma que hoy de nuevo llegará ayuda a las playas, pero no hay forma de saber si esta segunda misión tendrá éxito. Me imagino la Segunda Guerra Mundial y las fuerzas aliadas que atacaron las playas de Normandía, pero con agua en vez de armas. Se necesitan meses para organizar una operación semejante. Sea lo que sea que estén planificando hoy, está condenado a quedarse corto.

—Si hay agua potable en la playa, puede que debamos ir allí —dice Henry, que no tiene ni idea de por lo que hemos pasado los demás.

—Tú conduce —responde Alyssa, que no quiere explicárselo.

Tras sólo media hora por el acueducto, salimos de él y seguimos por una carretera de montaña lo bastante lejos de la civilización como para librarse de la mayoría de los controles. Por fin encontramos un cartel que dice: «ESTÁ ENTRANDO EN EL BOSQUE NACIONAL DE ÁNGELES». También hay una placa roja que indica alto riesgo de incendios. Ja, qué sorpresa.

Parece que aquí habían montado un control (veo conos y barreras de plástico), pero lo han desmontado todo y no hay nadie vigilando. Al parecer, necesitaban al personal en otra parte. Seguimos conduciendo y la carretera empieza a serpentear.

—No queda mucho —les digo—. Unos quince kilómetros más adelante busca un camino de tierra a nuestra izquierda. Conduce despacio, que es fácil saltárselo.

—Me duele la cabeza —anuncia Garrett. Como si no nos doliera a todos.

—Es del humo —le aclara Alyssa, aunque lo más probable es que se trate de la deshidratación—. Seguro que hay algún analgésico en el refugio.

—Lo hay —afirmo, pero ella no me hace ni caso.

Le da asco estar en el mismo coche que yo. Supongo que a mí me pasaría lo mismo. Por supuesto, de haber sido al revés, si ella hubiera mirado por mi ventana con un dron, yo me habría sentido halagado. A no ser que se riera de mí. No, supongo que me sentiría igual de disgustado. Debería dejar que me diera una paliza para que se lo saque de dentro. Pero supongo que, en nuestra situación actual, las palizas no son prioritarias. Como si mi humillación

importara algo en el panorama al que nos enfrentamos. Aun así, en mi cabeza de alcorcho, importa. Qué estúpido.

—¿Es ese el camino que buscamos? —pregunta Jacqui unos quince minutos después.

—Sí —contesto, aunque, para ser sinceros, no estoy seguro al cien por cien. Lo sabremos dentro de un momento—. Gira ahí.

Henry se sale de la carretera pavimentada y entra en el estrecho camino de tierra. La ranchera apenas cabe entre los árboles y el recorrido es movidito. La suspensión del vehículo absorbe lo peor de los baches, pero tampoco puede hacer milagros. El cerebro me rebota contra las paredes del cráneo. Garrett gime y le pide a Henry que no vaya tan deprisa, aunque no va deprisa en absoluto.

—¿Qué estamos buscando? —inquire Henry.

—Pasaremos por encima de una cresta y después bajaremos hasta un valle —le explico—. Al final llegaremos a un riachuelo seco y rocoso. Cuando estemos allí, gira a la derecha y sigue el cauce unos tres clicks.

—¿Qué es un click, exactamente?

—Un kilómetro.

—¿Y cuándo lo veremos?

—No lo veremos. Por eso es nuestro refugio.

Diez minutos después llegamos al riachuelo y respiro aliviado en secreto, porque eso significa que sí que era el camino de tierra correcto. Henry tuerce a la derecha y seguimos por el camino rocoso, evitando los cantos rodados y las zanjas. Al final vemos un tocón tirado con un lazo rojo enganchado en sus raíces muertas y retorcidas. Pero no es que se haya enganchado sin más, sino que lo atamos. Es nuestro marcador.

—Para —le digo a Henry—. Ya estamos aquí.

Salimos del coche y conduzco a todos por la orilla del riachuelo hasta entrar en el bosque. A unos cien metros, me detengo.

—Ya estamos aquí —anuncio.

—¿Que estamos dónde? —pregunta Jacqui—. No veo nada más que un montón de árboles.

—¿Está bajo tierra? —murmura Garrett.

—No.

Me quedo donde estoy, a la espera, a ver quién se dará cuenta primero.

La primera es Alyssa. Sabía que sería ella. Deja escapar un grito ahogado y señala.

—¡Ahí! ¡Son espejos!

Corre una docena de metros, y el resto la seguimos. Al acercarnos, la ilusión no es tan intensa, aunque sólo porque el cristal está sucio.

Nuestro refugio es una pequeña estructura con forma de a; los muros laterales de espejo se inclinan para reflejar las copas más altas de los árboles, en vez de a la gente que se acerca. Es un camuflaje con un éxito excepcional.

—De repente adoro a tu disfuncional familia —dice Jacqui.

Igual que en casa, hay una llave oculta. Está en el nudo de un árbol, aunque tardo cinco minutos en detectar el árbol correcto y después otros dos en rebuscar dentro, con lo que despierto a una araña y a otros bichos desagradables que han establecido allí su residencia. Por fin la encuentro y la saco.

Me dirijo a la puerta (que también es de espejo) con aire triunfal y meto la llave en la cerradura de seguridad.

—¡Bienvenidos al Castillo McCracken!

## 31) Jacqui

¿Cuántas vidas he vivido desde la revuelta en la playa? Estoy acostumbrada a que la vida cambie en una fracción de segundo, pero la restricción ha convertido cada segundo en una amenaza. Mi forma de vivir hoy no tiene nada que ver con la de ayer, y ese vacío que siempre me tienta es un blanco en movimiento, lo que me hace perder todo sentido de la orientación.

Pero, ahora mismo, eso me da igual. Lo único que me preocupa es beberme un buen trago de agua. Ni siquiera tiene que estar fría. Sólo que ser líquida.

Nuestro grupo de supervivientes accidentales está junto al refugio de la familia de Kelton, que procura darle un aire teatral a la apertura de la puerta.

—¡Bienvenidos al Castillo McCracken!

—Deja que entremos de una vez —responde Garrett.

Al final, Kelton gira la llave y abre la puerta de par en par.

Castillo McCracken... ¡Y una mierda! Alguien más ha encontrado el refugio perdido. El sitio está hecho una pena. Hay latas por el suelo, ropa tirada por todas partes. Cajas vacías de cereales volcadas. El lugar es pequeño, pero parece más pequeño todavía con tanta porquería. Es como si un oso se hubiera colado por el ojo de la cerradura.



—Esto no está bien... —musita Kelton—. No lo dejamos así...

—¿Cuándo fue la última vez que vinisteis? —pregunta Henry, que examina una cuchara con mantequilla de cacahuete pegada en ella.

—¿Hace un año? —farfulla Kelton, como si fuera una pregunta en vez de una respuesta.

Parece que soy la única con el valor suficiente para señalar lo evidente:

—Alguien se ha colado.

Pero Kelton niega con la cabeza.

—No hay indicios de eso. La cerradura está intacta y no lo han saqueado.

—A mí me lo parece —dice Garrett.

—Sí, pero no como habría hecho un ladrón.

Kelton sigue explorando y abre la puerta de un dormitorio. Dos camas. Una está hecha, la otra no. Hay tebeos por el suelo.

Kelton se pone fuera de sí.

—¡No! —exclama—. ¡No, no, no, no!

Retrocede, nos empuja y va a la cocina, donde abre las puertas de los armarios. Están casi vacíos.

—¡No, no, no, no, NOOOOO!

Se arrodilla, abre una trampilla y se mete dentro. Observamos su pánico sin querer hacerlo nuestro. Da vueltas por el sótano. Oigo el ruido de los contenedores... y lanza un par hacia nosotros. Cuando miro abajo, veo que hay un montón. Vacíos. Todos vacíos.

—Si no han entrado a robar, ¿qué narices ha pasado aquí?

—¡Mi hermano, eso es lo que ha pasado aquí! —dice con tanta angustia en los ojos que tengo que apartar la vista—. ¡Aquí es donde debía de estar viviendo Brady! Sabíamos que había perdido su trabajo y que había dejado a sus compañeros de piso. Creíamos que estaba viviendo con su novia. No se nos ocurrió que pudiera venir aquí. Donde sabía que había comida y agua para dos meses...

Y me doy cuenta de que ese «había» es la palabra clave. «Había» es la diferencia entre la salvación y la condena.

## 32) Alyssa

«No es el fin del mundo —me digo—. No es más que un bache». Y ahora me

alegro de que Henry se empeñara en no abrir la caja de Agua Viva. A pesar de todas las fuerzas que han movilizado para ayudarnos, la cadena de suministro tardará un tiempo en satisfacer la demanda... Y el Agua Viva nos mantendrá vivos hasta entonces. Habrá gente (mucha gente) que no consiga aguantar tanto, pero no estaremos entre ellos. Gracias a Henry. Estaba muy empeñado en ser un héroe. Ahora lo es.

Kelton no deja de escarbar por el almacén de abajo, de sacar todos los contenedores de plástico, intentando extraerles aunque sea una gota, pero están todos abiertos y la humedad que pudiera quedar dentro se ha secado hace tiempo.

—¡No puedo creerme que Brady haya hecho esto! —gime—. ¿Cómo ha podido? ¿Cómo puede ser tan tonto?

—Podía —le corrige Jacqui, y le doy tan fuerte como para que me lance una mirada de advertencia, a la que respondo con igual ferocidad. ¿Es que se le ha olvidado lo horrible que fue la muerte de Brady o es tan insensible que no le importa?

Jacqui se vuelve hacia la despensa y empieza a sacar envases de poliestireno con fideos precocinados.

—Bueno, al menos tenemos mucho ramen con sabor a pollo —dice—. Sólo hay que añadir agua caliente.

Kelton gruñe.

Me vuelvo hacia Henry, que está más callado de lo normal en él. Me ofrece una sonrisita triste e intento ofrecerle una menos forzada.

—Ahora mismo no nos vendría nada mal un poco de agua mineral de baya de goji tratada con álcalis —le digo.

—Pero que nada mal, ¿eh? —responde con una risita.

—Kelton, déjalo ya —dice Jacqui—. El refugio es un fracaso. De vuelta a la ranchera.

Kelton vacila. No deja de mirar en los mismos contenedores vacíos, como si fuera a encontrar otra cosa. Al final se rinde. Sale del almacén y le da patadas a las botellas de plástico, frustrado. Hacen un ruido triste, como campanas de iglesia apagadas. Cuando salimos, ni siquiera cierra la puerta porque ¿para qué?

Volvemos a la ranchera, que nos sigue esperando junto al tocón volcado, y Jacqui salta a la parte de atrás y aparta todo hasta que llega a la caja. La levanta, la saca y la deja en el suelo. Las esquinas están un poco abolladas,

pero, por lo demás, sigue intacta. Ataca la cinta con las uñas, pero es cinta de embalaje gruesa y hay muchas capas.

—¿Alguien tiene una navaja suiza? —Se vuelve hacia Kelton—. ¿Qué me dices, chico supervivencialista?

—Sí, hay cuchillos de sobra en el refugio —responde, pero nadie, y menos Jacqui, quiere esperar tanto.

—Iré a por uno —se ofrece Henry, aunque nadie lo secunda.

—Olvidalo —dice Jacqui, y alarga la mano—. Las llaves, por favor.

Henry retrocede un paso como si tuviera un arma en la mano vacía, pero Jacqui agita los dedos, impaciente. Estoy bastante segura de por qué no quiere darle las llaves. Cuando Jacqui las tenga, no se las devolverá jamás. Al final, cede y se las pasa. Me pregunto por qué no se ha limitado a encargarse él de abrir la caja (total, es suya), pero la idea se me va de la cabeza antes de tener tiempo para meditarla a fondo.

Jacqui selecciona la llave más afilada y empieza a cortar la cinta, después a aserrarla y apuñalarla.

—¡Venga, deprisa! —dice Garrett.

Jacqui gruñe, frustrada.

—¿Qué clase de idiota cierra una caja así?

Por fin consigue abrir un agujero de buen tamaño en la cinta y empieza a agrandarlo hasta que consigue meter la mano y arrancar una tira entera de lo alto de la caja. Entonces, cuando se abre, se queda mirándola. En vez de meter la mano para sacar el agua, observa la caja.

—¡Tiene que ser una broma! —exclama—. ¡No puede ser!

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué es?

En vez de responder, vuelca la caja y deja caer cientos de folletos satinados.

«¡ÁguaViva! ¡Hidrátese con elegancia!».

Imágenes de personas delgadas y felices corriendo, y un resplandeciente manantial de montaña que me hace desear con toda mi alma estar dentro de esa foto.

Ver los panfletos me golpea como radiación. Es decir, que siento el repentino estallido de esta terrible verdad, aunque sé que todavía no soy consciente de todas las ramificaciones. Pero lo seré. Pienso en los contenedores vacíos del refugio. Después, en la gente detrás de la alambrada del campo de fútbol americano, tan desesperada por conseguir agua que vendería su alma por unas gotas. Y después en la prisa que tenía Henry cuando cambió la caja por las llaves de la ranchera. Antes de que el soldado

abriera la caja. Y me percató de que esto no es tan sólo un trágico error. Henry lo sabía. Lo sabía desde el principio. Por eso no me sorprende nada que Garrett grite:

—¡Henry se ha ido!

### 33) Henry

En la vida siempre se debe tener una estrategia de emergencia para cualquier situación. Siempre lo he sabido (siempre he seguido esa norma, incluso), aunque en este caso concreto, por desgracia, me ha pillado completamente desprevenido. No se me había pasado por la cabeza la idea de que el refugio fuera un callejón sin salida. Porque, aunque el psicópata pelirrojo no me guste nada, creía que nos cubría las espaldas. Me está bien empleado, por bajar la guardia.

En un mundo perfecto, nadie habría abierto nunca esa caja. Habría sido como el pobre gato de Schrödinger: mientras permanecía cerrada, bien podría haber habido agua dentro. Al menos, desde la perspectiva de los otros. Y ¿quién soy yo para decir que su realidad es menos real que la mía?

Sin embargo, al abrirse la caja, todo eso se volvió irrelevante. De haber estado en plenas facultades, me habría esfumado y largado con la ranchera en cuanto vi que no había agua en el refugio. Debería haber abandonado toda esperanza de ser el glorioso salvador de este desafortunado grupo, aprovechar mi única ventaja y huir. Pero vacilé. Y esa vacilación me ha salido cara.

Así que ahora sólo me queda vagar por los bosques, sin vehículo, con una sed indescriptible. Recuerdo por dónde vinimos. Sé lo lejos que está la civilización, si es que eso puede seguir llamándose civilización. Mi plan es sencillo: regresaré con Charity y su comuna de la autopista. Me convertiré en una pieza indispensable de su pequeño colectivo y recibiré el agua suficiente para sobrevivir. Será un viaje largo y difícil, y aunque no sé si podré lograrlo, tengo que probar. Es todo cuestión de tolerancia a los riesgos y, en este mundo tan volátil, ¿qué otra elección me queda?

Pero, antes incluso de llegar a la carretera, me tiran al suelo. Lo primero que pienso es que ha sido un oso... Hasta que me doy cuenta de que es algo mucho peor.

## 34) Kelton

La gente que intenta escapar no actúa con demasiada inteligencia. Por ejemplo: Henry No-Roycroft. Siguió un camino directo para alejarse de la ranchera, justo por la orilla del riachuelo. Pero, para volver a la carretera, habría tenido que torcer a la derecha al llegar a la cima de la cresta, así que, como cuando se caza a un cuadrúpedo de cerebro pequeño, triangulo su ruta y calculo la hipotenusa.

Me raspo bastante los nudillos en una roca al derribarlo, pero este dolor es del bueno. Me ayuda a concentrar mi ira en quien se la merece.

Ahora lo tengo sujeto con la rodilla en el xifoideas, lo que le dificulta la respiración y le impide moverse. Deprisa, le rodeo la tráquea con el pulgar y el índice de la mano derecha. He visto esta demostración en vídeo, así que conozco la teoría, pero en la práctica es distinto de lo que me imaginaba. La tráquea no se queda quieta. Se mueve y se resbala de un lado a otro. Tardo un momento en estar seguro de que la tengo. Lo sé porque ya no lo oigo respirar. Como mi rodilla lo ha dejado sin aire, tardará unos diez segundos en quedarse inconsciente. Veinte en sufrir daño cerebral. Treinta en morir. Mi instinto de lucha está activado. Eso, junto con mi rabia y mi sed, me hace dudar sobre cuál de los tres resultados prefiero.

—¡Kelton, ya basta!

Salgo de mi ensimismamiento al oír la voz de Alyssa y suelto el cuello de Henry, agradecido de que ella esté aquí para tomar por mí la decisión correcta, porque sé que quizá yo no lo hubiera hecho. Henry jadea, tose y jadea de nuevo. No le queda ningún instinto de lucha, ni siquiera de huida. Ahora no es más que un muñeco de trapo tirado en el suelo, igual que cuando le disloqué el hombro.

—¡Llama a tu puñetero pitbull! —dice con voz ronca.

—No pasa nada, Kelton —me asegura Alyssa—. No se va a ninguna parte.

Así que lo suelto. No porque quiera, sino porque las órdenes que me está dando Alyssa son lo primero que me dice en todo el día.

Garrett y Jacqui ya nos han alcanzado. Y parece que no soy el único con intenciones homicidas, porque Jacqui saca la pistola y apunta a la frente de Henry.

—Si aprieto este gatillo, voy a solucionar un montón de problemas —gruñe.

—¡Para! —grita Alyssa—. ¡Matarlo no va a resolver nada!

—Vale, quizá no, pero me sentaría muy bien.

—¡Guarda eso! —chilla Alyssa, pero Jacqui no sigue órdenes de nadie, y menos de ella.

Entonces, Henry empieza a suplicar por su vida:

—Por favor... —gime—. Lo siento. Siento mucho todo lo que ha pasado...

—Lo único que sientes es que te hayamos descubierto —espetea Jacqui, y es muy posible que esté en lo cierto.

Entonces, Garrett, que se siente más traicionado que nadie, grita:

—¡Hazlo! ¡Hazlo, Jacqui!

—¡Garrett! —exclama Alyssa, horrorizada.

—¡Hazlo! ¡Se lo merece! ¡Nos ha mentido! ¡Nos ha engañado! ¡Fingía ser nuestro amigo!

Si no recuerdo mal, también quería que yo disparara al zombi rubio de la playa.

Una mancha se extiende por la entrepierna de Henry. Se ha orinado encima. No es una gran mancha; no le queda mucha agua dentro. No siento lástima por él. Quizá la sienta si Jacqui le dispara. Ahora mismo, no siento ninguna.

Jacqui mira a Garrett, casi tan sorprendida como Alyssa por su reacción. Entonces saca el cargador y dispara al cielo la bala que queda dentro de la recámara. El eco rebota en las montañas que nos rodean.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —chilla Alyssa.

—Si no hubiera disparado la bala al cielo, ahora mismo estaría dentro del cráneo de ese tío.

—Es más probable que estuviera en el suelo, detrás de su cráneo —comento, por estar tan a quemarropa.

Jacqui se aleja hecha una furia y Alyssa le lanza una mirada asesina a Garrett.

—Vete con ella. Asegúrate de que no haga ninguna estupidez.

—Como si pudiera detenerla.

Alyssa sostiene la mirada de su hermano, y sé lo que está pensando: «¿Te has roto, Garrett? ¿Lo que está pasando te ha afectado más que al resto de nosotros? De haber tenido tú la pistola, ¿estaría Henry muerto?».

—Tú vete.

Nos quedamos solos Alyssa, Henry y yo. Está lo bastante recuperado como para salir corriendo, pero ni siquiera lo intenta porque sabe que lo derribaré de nuevo, y me tiene un miedo mortal. Es gracioso, porque nadie me ha considerado nunca una amenaza legítima. Nadie me había llamado pitbull. En general, los chicos como Henry pasaban de mí o me veían como una broma. Pero ahora soy Kelton, el Intimidador. Si sobrevivo a esto, me voy a hacer una camiseta con el nombre.

—Sólo quiero saber por qué —murmura Alyssa.

Henry no es capaz de mirarla. No se merece volver a mirarla.

—¡Si no hubiera tenido nada que ofrecer, me habríais dejado en Dove Canyon, para que muriera con todos los demás!

—De manera que mentiste.

—Nunca dije que hubiera agua en esa caja. Lo supusisteis.

Alyssa tiene cara de querer darle una patada. Para mí, esa cara es una dulce venganza. Casi tan buena como si le hubiera dado una patada de verdad. Pero, como no lo hace, decido atormentarlo un poco:

—Si cambiamos de idea, hay una pala en el refugio —digo—. Y el suelo de la cresta es lo bastante blando para excavar una tumba...

—¡Os lo compensaré! —suplica Henry—. A todos. Lo prometo.

—Cierra la boca, Henry —masculla Alyssa—. O te juro que voy yo a por la pala.

## 35) Alyssa

Es posible que Henry nos haya matado a todos.

No quiero pensar eso. Quiero concentrarme en la solución, no en el problema. Pero la idea no deja de regresar, de socavar todos mis intentos de expulsarla. Pienso en todo lo que podríamos haber hecho de otro modo de haber sabido lo que había en esa caja, incluido el dejar a Henry en su elegante casa con aire acondicionado. Pero ¿a quién pretendo engañar? Si hubiera sabido que no le quedaba agua y él hubiera querido venir con nosotros, habría discutido con los demás para traerlo.

Aunque, de haberlo sabido, quizás hubiéramos preparado un plan de emergencia. Ahora no tenemos nada. Nada más que desesperación y un único pensamiento insidioso: es posible que Henry nos haya matado a todos.

Lo llevamos de vuelta al refugio con nosotros, porque, si lo dejamos marchar, es probable que muera antes de salir del bosque, y no quiero eso sobre mi conciencia. Jacqui insiste en atarle las manos para que no pueda hacer nada... y para que no olvide que está bajo arresto domiciliario. No discuto con ella porque puede que sea la decisión acertada. Confiaba en Henry, y mira dónde nos ha llevado eso. Incluso Kelton coincide en que es mejor tenerlo vigilado donde podamos ver lo que trama. A partir de ahora, nuestra mejor política es la sospecha total.

En el refugio meditamos nuestro siguiente movimiento. Garrett está abatido, tirado en una esquina.

—Estoy conservando mi energía —dice—. ¿No es eso lo que se supone que hay que hacer? ¿Conservar la energía?

—Tenemos combustible suficiente para volver a la autopista —les informo—. Buscaremos a Charity y le contaremos lo sucedido. Ella nos ayudará.

—Si es que no la han abatido los saqueadores —comenta Jacqui, nuestro rayito de sol, como siempre.

—Tengo una idea mejor —dice Kelton.

Busca por los cajones hasta encontrar un mapa. Lo despliega sobre la mesita de la cocina.

—Estamos aquí —explica, señalando—. Y Charity está aquí..., a unos cincuenta kilómetros. Pero mirad esto. —Acerca el dedo a un extenso lago con forma de i griega al oeste de nosotros—. El embalse de San Gabriel.

—¿Es que no lo has oído? —resopla Jacqui—. Los embalses están todos secos. Es lo que pasa por mirar un viejo mapa en papel.

—Sí, los embalses de Cogswell y Morris ya no están, pero el lago detrás de la presa de San Gabriel se mantiene para los aviones de lucha contra incendios. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar seguro de nada? —se burla Jacqui.

—Porque por eso escogió mi padre este sitio para el refugio: aunque estará a un nivel mucho más bajo del habitual, todavía quedará agua.

Tras comprobar las distancias en el mapa, veo que está a unos quince kilómetros de nosotros; mucho más cerca que Charity.

—Tendremos que circular por terreno sin asfaltar a partir de ahora. Podemos cruzar esta cresta de aquí —sugiere Kelton, que arrastra el dedo por el papel— y retomar la carretera de East Fork aquí. Esa nos llevará hasta el lago.

—Parece que tenemos un plan —dice Henry desde su esquina.



Jacqui le da una patada; no lo bastante fuerte para hacerle daño, sino lo justo para dejarle claro que sus comentarios ya no son bienvenidos.

—¿Estamos todos preparados para esto? —pregunta Kelton.

La respuesta es que no, pero nadie lo reconoce. Porque, si queremos vivir, es nuestra mejor opción.

Hay unas cuantas mochilas y bolsas de cordones en el refugio. Las recojo y las reparto.

—Vamos a ver si encontramos algo que podamos necesitar. Pero no os carguéis.

Estoy a punto de darle una a Henry, que alza las manos atadas y niega con la cabeza. Si quiero que participe, tengo que soltarlo. Así que no le doy ninguna bolsa.

Entonces, Jacqui hace algo que no me esperaba de ella: le da a Kelton su pistola.

—Toma, llévala tú —dice—. No quiero seguir cargando con ella en la cintura; me está saliendo un sarpullido. —Después mira hacia Henry—. Además, no me fío de mí, teniendo en cuenta nuestra actual compañía.

—Entonces, ¿ahora confías en mí? —le pregunta Kelton, que acepta el arma, sorprendido por la oferta.

—Ni de coña. Pero, al menos, si tú cometes una estupidez será problema tuyo, no mío.

Jacqui es un arma cargada en sí misma, de gatillo fácil... El hecho de que en este momento sea capaz de reconocerlo hace que parezca algo menos loca. Quizás incluso digna de confianza.

Abro la despensa para ver si hay algo que no sea ramen seco. Nada, aunque eso no significa que no encontremos algo por ahí.

—Deberíamos comer cualquier cosa que encontremos y sea comestible —le digo a los demás—. Vamos a necesitar la energía. —Recojo la cuchara con mantequilla de cacahuete seca, se la ofrezco a Garrett y él me mira con cara de asco profundo—. A buen hambre no hay pan duro.

—Está claro que no conoces a los mendigos de Laguna Beach —dice Jacqui—. Resulta que yo sí conozco a unos cuantos. —Y se pone a imitarlos con distintos tonos de voz—. «¡Oiga, señora, que este sándwich está mordido!», «Perdone, ¿este pan tiene gluten?», «¿Un dólar, tío? ¿Por qué no me envías algo más por Paypal?».

Me hace reír, y eso les arranca carcajadas a los demás. Y se me ocurre que, incluso en estos momentos en los que hay que actuar o morir, sigue

habiendo espacio para la risa. Supongo que eso significa que todavía nos queda fuerza para luchar.

## 36) Kelton

No tiene sentido que me lleve los cómics. Van a ocupar espacio, y tengo claro que no los voy a leer. Sin embargo, ahí están, en el suelo del segundo dormitorio. La habitación que, se suponía, íbamos a compartir Brady y yo si nuestra familia usaba alguna vez el refugio. Cuando me agacho para recogerlos, me llega el olor de sus sábanas. A rancio. No hay aire acondicionado en el refugio, nada más que un ventilador alimentado por la misma red solar en miniatura que enciende las luces. Es probable que el ventilador se chupe la mitad de la batería por la noche.

Huele como olía su habitación cuando vivía en casa, una débil peste a vinagre que obligaba a mi madre a sacar el eliminador de olores periódicamente. Después de hoy no volveré a olerlo.

Me llevo sus cómics. No los necesito, pero me da igual. Me los llevo de todos modos.

Entonces, cuando levanto la vista, Alyssa está en la puerta. No sé cuánto tiempo lleva observándome.

Recojo los cómics y los pongo en la cama. No permitiré que me vea guardarlos. Esto es entre Brady y yo.

—Mi hermano la cagó a base de bien —le digo—. Gasta todos los suministros del refugio, no responde a nuestras llamadas y después aparece en casa justo a tiempo de que lo maten. Si eso no es la definición misma de cagarla, no sé lo que es.

—Lo siento, Kelton.

Y entonces empiezan a salirme por la boca las cosas que no quiero decir en voz alta; no puedo contenerme:

—Ya no tengo hermano. Puede que no tenga padres. Ni siquiera sé si sobreviviremos a esto. Es decir, si mis padres también se han ido, ¿qué pasa? ¿Me voy a Boise a vivir con mi puñetera tía Eunice y sus gatos? ¿Es eso mejor que morir de sed?

—El mañana tendrá que apañárselas solo por ahora. Y el ayer también.

Sé a qué ayer se refiere. Me obligo a mirarla a los ojos, por muy vulnerable, estúpido y desnudo que me sienta delante de ella; y, que no quepa duda, este es el verdadero significado de la desnudez. Ir sin la ropa puesta no es nada comparado con estar expuesto de este modo delante de ella.

—Decir que lo siento por algo que hice en octavo me parece un poco estúpido, porque sentirlo no basta. Es casi un insulto.

—Tienes razón, no basta —responde ella—. La gente va a la cárcel por cosas como esa.

—Cierto. Pero soy un menor —matizo—. Me habrían metido en un reformatorio y me habrían puesto un terapeuta... Pero sí, entiendo lo que dices.

Bajo la mirada al cómic que tengo en la mano, que he conseguido enrollar sin darme cuenta. Lo abro e intento volver a dejarlo plano.

—Ni siquiera diré que me pareció buena idea en aquel momento porque, incluso entonces, sabía que era una muy mala idea.

—Y lo hiciste de todos modos.

—¿Alguna vez has hecho algo muy estúpido a pesar de saber lo estúpido que era?

Ella se eriza ante la idea. Quizá porque nunca ha hecho nada tan increíblemente estúpido y equivocado en toda su vida. Me percató de que no me ha preguntado por qué lo hice. Quizá porque lo sabe. Lo cierto es que la combinación de soledad, hormonas y unos padres que te protegen como a un pez en una pecera puede afectarte de un modo muy raro. La vida a través del cristal de un acuario no se diferencia mucho de la vida detrás de la lente de la cámara de un dron.

—Es lo más asqueroso que he hecho en mi vida, y estaba tan disgustado conmigo que no volví a hacerlo.

Espero que me crea, porque es cierto.

Entonces, Alyssa me pregunta lo que menos me esperaba:

—Y bien, ¿qué viste?

—¿Qué? —digo, no porque no la haya oído, sino porque no estoy preparado para hablar de eso.

—Miraste, viste. Quiero saber qué me robaste esa noche.

Me pregunto qué espera que le responda. Me pregunto qué quiere que le responda. Da igual, porque le digo la verdad y ya está:

—Era la semana del concurso de bandas imaginarias, ¿te acuerdas?

—Intento no hacerlo —gruñe ella.

—En fin, que tus amigos y tú habíais estado practicando una rutina, haciendo *playback* de una canción pop ridícula, aunque supongo que no te salían los movimientos, porque esa noche estabas sola en tu dormitorio, escuchando la canción y practicando delante del espejo.

—¿En serio? ¿En eso desperdiciaste tu dron?

—Usabas el cepillo de *Kingston* de micrófono, pero el pelo del perro te daba en la cara y te despistaba. Recuerdo haber pensado: «Ahí está, mirándose en el espejo, viéndose hacer algo de lo más tonto, pero ella no se siente tonta. ¿Y yo? Ni siquiera soy capaz de mirarme en el espejo sin sentirme idiota».

—Ahí es donde te equivocas, Kelton. Me sentía idiota. Pero lo hice de todos modos.

Entonces me pide que me levante un momento, y lo hago. Me enfrento a ella sin saber bien de qué va... hasta que de repente, sin previo aviso, me pega una bofetada.

No es una bofetada normal. Es como si bateara para la liga de primera división, con preparación previa y marcando el movimiento completo. La cabeza casi me da la vuelta entera por la fuerza del golpe. Me deja conmocionado. Ni siquiera soy capaz de hablar, y sé que voy a llevar una huella de mano roja e hinchada en la mejilla izquierda durante mucho tiempo.

Por fin encuentro las palabras en una esquina remota de mi revuelto cerebro:

—Supongo que me lo merecía.

—Sí.

—¿Estamos en paz?

—No.

—Eso imaginaba —respondo, suspirando.

—Parte de tu castigo consiste en que nunca lo estaremos.

Y lo entiendo. Lo peor de hacer algo inexcusable es que ni siquiera puedes retirarlo. Es como romper un cristal: siempre seguirá roto. Lo único que te queda es barrerlo y esperar no cortarte con los fragmentos más pequeños que hayas dejado atrás.

Pero se inclina y me da un suave beso en la mejilla ardiente, como una madre que besa a su niño cuando se hace pupa. Se marcha sin darme explicaciones..., y llego a la enorme conclusión de que, a partir de ahora y hasta el fin del universo, así viva mil vidas, jamás entenderé a las chicas. Y, por el motivo que sea, creo que eso no tiene nada de malo.



QUINTA PARTE  
CONTRA VIENTO  
Y MAREA

## 37) Jacqui

Tengo la boca seca, y me sabe a la suela de unas Nike viejas. Me sabe como si hubiera chupado barro. Barro reluciente y húmedo. En realidad, la idea resulta atractiva. Que le den a una lata helada de Dr Pepper chorreante de perlas de condensación: ahora mismo me conformaría con barro. Es curioso el modo en que las necesidades de tu cuerpo redefinen los parámetros de tu satisfacción.

Me coloco de nuevo tras el volante. Le guste o no a Alyssa, yo soy la que tiene que conducir porque Henry no lo va a hacer ni de coña. Y ni Kelton ni Alyssa tienen carné, así que no les queda alternativa. Es eso o ir andando.

—Mi padre creía que tenía que ganarme el privilegio de conducir —dice Kelton—. Aunque yo creo que temía darme demasiada libertad.

La razón de Alyssa es propia:

—He ido dejando lo de sacarme el carné por el entrenamiento de fútbol, por los deberes y porque sé que mis padres no se podrían permitir comprarme un coche ahora mismo, así que ¿para qué?

—Para ser gente que quiere sobrevivir, vuestras decisiones en la vida han resultado bastante inútiles —les suelto.

—Ah, y las tuyas han sido estupendas, ¿verdad?

—¡Callaos! —chilla Garrett—. ¡Callaos todos!

Y lo hacemos. Porque meternos los unos con los otros no ayuda a nada. Y, además, empezamos a estar roncos. Empujar el aire a través de mis cuerdas vocales cada vez duele más, y sé que no soy la única a la que le pasa.

—Cuando esto termine, espero que todos podamos hacer borrón y cuenta nueva —dice Henry cuando arranco.

—Cuando esto termine, será un tremendo placer no volver a veros a ninguno —respondo—. Pero, sobre todo, a ti.

Meto la marcha y enciendo el inservible ventilador. No sé bien qué hora es, pero hace mucho más calor que cuando llegamos. ¿Las diez de la mañana, puede? ¿Las once? Kelton comenta que el aire acondicionado roto quema más deprisa el combustible, y yo le digo dónde puede meterse esa información tan

útil. El combustible ya no es un problema... Tenemos de sobra para ir adonde queremos ir. El problema al que nos enfrentamos es un clásico ejemplo de «no puedes llegar ahí desde aquí». El mapa nos mostró que la carretera que seguimos para llegar al bosque se aleja de nuestro destino, así que la única forma de localizar la carretera de East Fork es retroceder treinta kilómetros o atravesar el bosque, lo que, según Kelton, no es más que un recorrido de siete kilómetros.

Uno de los mapas que ha traído indica la elevación y la pendiente del terreno, así que sabemos cómo llegar allí sin caernos por un barranco. Por desgracia, no indica la posición de los árboles y los cantos rodados. Tenemos que ir serpenteando como un Mars rover para abrirnos paso a través del bosque, despacio, por un sendero impredecible.

—Ni siquiera sé si vamos por el camino correcto —digo, aunque hasta después de hacerlo no soy consciente de haberlo anunciado en voz alta.

—Vamos —responde Kelton, que tampoco es que parezca muy convencido.

Entonces, a medio camino de bajada por la siguiente pendiente, un reluciente avión amarillo nos sobrevuela. Mi primer instinto es saltar del coche y ponerme a gritar y agitar los brazos como un náufrago trastornado, pero, antes de ceder al impulso, el avión desaparece.

—Es un avión de lucha contra incendios —exclama Kelton, emocionado—. ¿Veis? Os lo dije: va al mismo lugar que nosotros... ¡Lo que significa que vamos en la dirección correcta!

Es la primera noticia positiva que recibimos en mucho tiempo.

Seguimos avanzando en zigzag colina arriba y colina abajo. Cada bache duele. No sólo en la cabeza, sino también en los huesos. Sea lo que sea lo que lubrica las articulaciones, debe de estar escaseando, porque me duele todo lo que se mueve. Se me ha pasado la fiebre, así que ahora no es eso. Es la sed. Tiene que serlo.

—¡Cuidado! —grita Alyssa.

Piso el freno y giro a la izquierda para esquivar un árbol que parece haber saltado como un suicida delante del coche. Sí, sé que tengo que haberlo tenido delante, pero ya no veo bien. No es que se me nuble la vista, sino que mi cerebro ya no es capaz de ofrecerme la imagen completa. A pesar de ir despacio, voy a tener que frenar más todavía. De pronto, me parece que volver con Charity habría sido mejor idea. Pero ya es demasiado tarde. A este ritmo, no llegaríamos a la carretera hasta que oscurezca..., y esa idea me produce tal tristeza que tengo que luchar contra ella con furia. ¿Cómo se

atreve este bosque a ponérmelo tan difícil? Pienso en las zonas que arden y, aunque la piromanía no forma parte de mis muchos problemas, no me dan lástima. Ahora mismo, los árboles y la naturaleza son el enemigo.

### **38) Henry**

Me duelen las muñecas por culpa del plástico que me las ata y se me clava en la piel. ¿Qué creen que voy a hacer si me sueltan? ¿Estrangular a alguien? Bueno, quizá sí. Ahora.

Estoy sentado contra la puerta del lado derecho. Podría intentar levantar el cierre cuando no mire nadie, abrir la puerta y lanzarme afuera, pero ¿de qué me iba a servir? No, mi destino está unido al de los demás ocupantes de esta ranchera. Hasta que deje de estarlo. No puedo perder la cabeza, porque siempre hay oportunidades. Incluso cuando no parecen quedar opciones, la suerte puede cambiar en cualquier momento. Debo estar preparado para aprovechar la ocasión cuando se presente.

### **39) Kelton**

Dolor de cabeza, pulso acelerado, cansancio, ojos ardiendo, mareo. Conozco los síntomas de la deshidratación. Nos quedarán unas seis o siete horas de aguante sin agua. Después, entraremos en coma. Después, moriremos. Así de sencillo. ¿Cuánta agua hará falta para salvarnos? Más de unas gotitas, menos de una taza. En realidad no nos hidratará, pero sí evitará que muramos. Nos concederá más tiempo. Aunque no creo que haya ni una taza de agua entre donde estamos y nuestro destino. Tenemos que llegar allí. Punto.

Ahora mismo, nuestras vidas dependen de mi habilidad para orientarme y de la habilidad de Jacqui para conducir. Pero ¿y si me equivoco y el embalse



de San Gabriel está tan seco como los demás? ¿Nos tumbamos en el lecho de lodo seco del lago y nos rendimos?

Empiezo a pensar en los galones y trofeos de segundo y tercer puesto que tengo en mi dormitorio. De todo tipo de competiciones, desde robótica hasta tiro al blanco, pasando por ajedrez boxeo. Mi padre decía que estaba bien exponer algunos, pero no quería que los pusiera todos a la vista. Creía que esos premios no ganadores serían un «altar a la mediocridad», y que eso no estaba a mi altura. Pero mi madre prevaleció, así que la pared se convirtió en altar. Los días buenos, los miraba y veía mis logros. Los malos, me recordaban mis muchas deficiencias. Así que supongo que ambos estaban en lo cierto.

Sin embargo, en lo que respecta a la supervivencia, lo único que sé es que no hay trofeos ni para el segundo ni para el tercer puesto. Sólo hay oro o muerte. Y no creo que los demás se den cuenta de lo cerca que estamos de la meta.

## 40) Garrett

¿Dónde estáis, mamá, papá? ¿Tenéis tanta sed como nosotros? Creo que voy a morir. Pero, si ya estáis muertos, no tengo tanto miedo. Salvo que sí que tengo miedo, aunque no tanto si ya estáis allí, esperándome. Y si hay agua.

¿O te sigue la sed hasta allí? ¿Y si este estúpido deseo de algo frío y húmedo no se va cuando mueres? Ahora mismo podría tragarme un río entero. Podría beberme las cataratas del Niágara.

Tengo los ojos abiertos, y me duelen cuando los cierro, y me duelen cuando los vuelvo a abrir. Las esquinas por las que salen las lágrimas están tan secas que parece que alguien les hubiera clavado un alfiler. Así que entorno los ojos para intentar no abrirlos mucho. Veo el parabrisas y pienso, por un momento, que es una pantalla de televisión y que estoy viendo la tele. Todo esto es la vida inventada de otra persona. Es como si me durmiera delante de la tele con los ojos abiertos. Y la sensación es agradable. Así que dejo que la sensación dure hasta que parece casi de verdad y me siento un poco mejor.

Ahora hay gente hablando, pero en realidad no creo que esté hablando nadie, y por eso sé que he empezado a soñar... Aunque, al mismo tiempo, sigo despierto. No sé qué significa, pero creo que puede que sea así como empiezas a convertirte en un zombi del agua.

## 41) Alyssa

«No pienses en ello. Oblígate a no pensar en ello». Recuerdo haber oído en alguna parte que la mente humana sólo puede mantener tres cosas a la vez en su pensamiento consciente. Y si ocupo esos tres espacios, no pensaré en la sed que tengo.

Pienso en el embalse. No, porque eso me hará pensar en el agua que no tengo. Pienso en el instituto y en los últimos deberes que no llegué a hacer. Y en la biología. La mitosis. La meiosis. La biosíntesis proteica. Todo necesita agua. No ayuda.

Tema uno: fútbol. Voy camino del gol. Hago pases adelante y atrás. Y, maravilla de las maravillas, Hali me pasa la pelota a mí en vez de acapararla. Bien. Bien.

Tema dos: geografía. Pienso en estados. Países. Mi padre me compró un libro de colorear de geografía cuando descubrió que el necio sistema escolar de California ya no la enseñaba. ¿Un libro de colorear? ¿En serio? Pero era genial. Pensaba que estaba procrastinando cuando, en realidad, estaba memorizando la geografía del mundo. Francia es verde y parece un hombre con una perilla y la nariz alzada. Egipto es un trapecioide amarillo con un ángulo recto y parece la piedra angular de una pirámide. Groenlandia es azul, por pura ironía. Así que fútbol y geografía. Bien.

Tema tres: ¿cuál es el tercer tema? Francés. *Oui, français. Pierre a le sac à Marie. Où sont les toilettes? Je veux de l'eau! S'il vous plaît, de l'eau, de l'eau, de l'eau!* Esto no funciona.

Me vuelvo y veo que Henry me observa. Me pregunto en qué estará pensando, y entonces me doy cuenta de que no me importa. Fútbol. Geografía. Francés. Es lo único que puede importarme ahora mismo.

—No soy tan horrible como crees —me dice Henry—. Si me hubieras conocido en el mundo real, sé que te habría gustado.

—Pero no nos habríamos conocido nunca, así que ¿qué más da? —respondo—. Vives en una mansión, dentro de una comunidad cerrada, y vas a un colegio privado muy caro. ¿Qué posibilidades hay de que nos hubiéramos conocido?

—No es una mansión. Es una casa. Y nos podríamos haber conocido si hubieras ido a visitar a tu tío. —Mira al espacio, como si se imaginara esa realidad alternativa—. Si nos hubiéramos conocido, te habría invitado a una cena elegante, y habría sido dulce y considerado, y habría escuchado todo lo que dijeras. Y, cuando no estuviera escuchando, estaría conquistándote con mi burbujeante personalidad.

—Burbujeante... —repite Garrett con melancolía, y sé que está pensando en algo frío con gas.

—Te habría gustado —repite Henry.

—Me gustabas —le recuerdo.

—En pasado —suspira—. Quizá consiga que sea en presente de nuevo.

No respondo. Ahora mismo no me interesa conectar con nadie. Lo único que quiero es conectar mis labios con algún líquido. Podría enamorarme de un vaso de agua mucho más que de un ser humano, en estos momentos.

De repente, Jacqui para el coche.

—¿Hemos llegado ya? —pregunta Garrett con voz débil—. Dime que hemos llegado ya, por favor.

—¡Calla! —le chista Jacqui—. ¿Oís eso?

Baja la ventanilla del todo. El hedor a humo es más fuerte que antes. Me pregunto si el viento ha cambiado de dirección y lo empuja hacia nosotros. Ahora, con las ventanillas bajadas, todos oímos lo que ha oído ella. ¡Alguien está tocando música!

## 42) Kelton

Esto podría ser muy bueno, pero una voz dentro de mí (seguramente la de mi paranoico padre) me dice que tenga cuidado. Que las cosas que parecen demasiado buenas para ser ciertas siempre son, sin excepciones, demasiado buenas para ser ciertas.

—Deberíamos echar un vistazo —dice Alyssa.

—Voy yo —les propongo a todos, antes de que otro se presente voluntario.

—Nuestro *boy scout* —se burla Jacqui, y, aunque espero que me lo discuta, añade—: Vale. Los demás nos quedamos aquí y disfrutamos del inexistente aire acondicionado.

Que me permita hacerme cargo de una situación me indica lo mucho que le está afectando la sed. Pero presentarme voluntario para esto no tiene nada que ver con ser *boy scout*, sino con que prevalezca la precaución sobre la curiosidad..., y ahora mismo eso se me da mucho mejor que a los demás. Soy lo bastante paranoico como para controlar mi esperanza, y eso podría ser lo que nos salve.

El camino hasta la cima de la cresta es tortuoso, incluso aunque no sea demasiado pronunciado y esté a pocos metros de nosotros. Tengo las piernas débiles y estoy mareado, pero puedo superarlo. Por ahora. En cuanto llego arriba, me escondo detrás de un árbol y me asomo. La música está más alta, y ahora reconozco la canción: es «Cashmere», de Led Zeppelin. Los *riffs* implacables y exóticos, a la vez que algo amenazantes, flotan por el aire. La voz de Robert Plant gime por encima de la música como si fuera una especie de cántico religioso.

Aquí hay un pequeña autocaravana, una vieja. Oxidada. Debe de llevar aquí mucho tiempo. Esto es un refugio de supervivencialistas, lo reconozco a la primera. No tan elaborado como el nuestro, pero un refugio al fin y al cabo. Dos hombres sentados en sillas plegables. Tienen armas (de las buenas), lo que no me sorprende. Están asando conejos en una fogata. Es una estupidez tener una fogata abierta cuando está todo tan seco..., aunque intuyo que, para estos hombres, las consecuencias no son una prioridad.

Entonces, uno de ellos se lleva una botella de agua a los labios.

La intensidad de mi anhelo es como una descarga eléctrica. Casi imposible de resistir. Quiero lanzarme sobre él y agarrar esa botella, aunque sé que me pegarían un tiro si lo intentara. Pero a mi cerebro de zombi del agua eso no le parece tan importante como conseguir la botella. Necesito emplear toda mi fuerza de voluntad para detenerme y frenar mi imperativo biológico.

«Algo va mal», me dice esa voz de mi cabeza. Busco algo incongruente en la escena para confirmar mi análisis, y lo encuentro. Porque hay un bolso en el suelo, con su contenido tirado por allí. Ni rastro de su propietaria. Se me eriza el vello de la nuca. Porque esto no es un refugio, es un cubil, y tenemos que alejarnos todo lo posible. Veréis, he ido a muchas convenciones de

supervivencialistas, y, básicamente, hay dos clases. Primero, los que son como mi familia y yo. Nos armamos y preparamos, aunque sólo para protegernos del caos. Después están los que crean el caos. Esperan que todo se desmorone. Están deseando que empiece la anarquía. Se alimentan de ella. Porque para ellos no hay nada más emocionante que el momento en que el mundo se convierte en su propio videojuego.

Son de los que ponen la música bien alta en el bosque para que se oiga a varios kilómetros a la redonda, sólo por ver a quién atrae. Son los lobos que esperan a ver qué clase de presa aparece. Sin embargo, como con su hoguera, no han tenido en cuenta las consecuencias. Porque si el que aparece es otro depredador en vez de una presa, a estos dos pueden derribarlos con un par de disparos bien hechos.

Se rompe una ramita y, al volverme, veo que Alyssa se me acerca por detrás.

—¡Tienen agua! —susurra... Ella también la ha visto.

—¡Chiss!

La canción está acabando. Guardamos silencio y contenemos el aliento hasta que empieza la siguiente. No nos han oído. Dios mío, espero que no nos hayan oído. Cuando empieza a atronar la siguiente melodía de Zep, me llevo a Alyssa más lejos.

—Es mejor que ni nos acerquemos a esa agua —le digo.

—Pero...

No tengo tiempo para explicárselo ahora. La agarro por los hombros. La miro a los ojos inyectados en sangre.

—Tienes que confiar en mí.

Y lo hace. A regañadientes, pero lo hace. Y regresamos juntos a la ranchera.

Jacqui ha mantenido el motor en punto muerto para que no se apagara el ventilador, a pesar de que sólo sopla aire caliente.

—Tenemos que salir de aquí —le apremio al subir—. No pises el acelerador. Procura hacer el menor ruido posible.

—¿Por qué?

—Te lo contaré después, pero tenemos que irnos a la de ya.

Por un momento creo que cederá y aceptará mi análisis de la situación, pero Alyssa se siente en la obligación de explicarlo. No es lo que necesitamos ahora mismo. Lo que necesitamos es velocidad y silencio.

—Hay un par de tíos ahí abajo. Kelton cree que podrían ser peligrosos.

—¿Tienen agua? —pregunta Jacqui.

Alyssa vacila, y eso les dice a los demás todo lo que necesitan saber. Jacqui abre la puerta y sale del coche. Mientras que yo puedo resistirme al impulso zombi, ella es un impulso con patas, y la veo transformarse. Me pongo delante de ella antes de que cometa un error que nos mate a todos.

—Estamos a una hora del embalse —le recuerdo—. Entonces tendremos toda el agua que queramos.

—Suenan a que esos tíos son un pájaro en mano —responde ella—. Vamos a obligarlos a compartir.

—¿Es que no lo entiendes? —le espeto entre dientes—. ¡No son de los que comparten y tienen armas más grandes y mejores que mi Ruger!

De repente, una voz nueva entra en la conversación. Una que ha estado muy callada hasta ahora:

—Alyssa... No me siento muy bien.

Garrett está de pie junto a la ranchera. Se balancea un momento, como si estuviera en la cubierta de un barco en plena tormenta. Entonces se le ponen los ojos en blanco, le ceden las rodillas y se derrumba.

Alyssa corre hacia él. La ayudo a levantarlo y subirlo a la parte de atrás de la camioneta. Henry se aparta para que podamos tumbar a Garrett en el asiento.

—Creo que está bien —le digo a Alyssa, que se ha olvidado de todo lo que no sea su hermano—. Es probable que tenga la tensión baja y se ha levantado demasiado deprisa, nada más. Se recuperará si se tumba un rato.

Espero tener razón.

Entonces es cuando me doy cuenta de que algo ha cambiado. Tardo un momento en darme cuenta de lo que es. La ranchera ya no está en punto muerto. El motor está apagado. No sólo eso, sino que las llaves han desaparecido. Igual que Henry.

## 43) Henry

No hay vuelta atrás ni margen de error. La oportunidad se ha presentado y la he aprovechado, así de simple. Ahora debo seguir hasta el final. La teoría del juego postula que el éxito favorece a los decididos. Actuar del modo que sea siempre es mejor que no actuar en absoluto. En consecuencia, los demás

discutían y se encargaban de Garrett, hice lo que tenía que hacer. Alyssa no me lo perdonará, lo sé, pero eso me molesta menos de lo que pensaba.

Sigo la música, paso por encima de la cresta y veo a los dos hombres en su campamento. Me lanzo hacia donde están, caigo al suelo y me raspo las palmas de las manos. Estoy a cuatro patas y sin aliento. Se levantan y me miran; les hace gracia que me haya caído delante de ellos.

—Parece que tenemos un invitado a comer —anuncia uno, aunque no me interesa su comida y lo saben. Porque mis ojos están clavados en la botella de agua que uno de ellos sostiene en una de sus enormes manos peludas.

En cuestión de supervivencia, hay unas reglas muy duras que van en contra de las exquisiteces de la vida refinada. Como en un avión cuando caen las máscaras de oxígeno y todo se colapsa, y siempre te dicen que te pongas tú la máscara antes de ayudar a los demás. Pero ¿y si sólo hay una máscara y tú eres el que la consigue primero? Bueno, supongo que te sentirás mal por los demás, pero, hagas lo que hagas, no la cedes. Respiras, y respiras hondo.

—¿Qué podemos hacer por ti? —pregunta el que sostiene el agua.

—Hoy... —digo, pero me falta el aliento y tengo que intentarlo de nuevo —. Hoy es vuestro día de suerte.

Entonces me levanto, obligo a mis piernas a resistir y empiezo con las negociaciones.

## 44) Alyssa

Me quedo con Garrett, no estoy dispuesta a dejarlo solo ni un segundo. Kelton corre a rastrear a Henry mientras Jacqui intenta desesperadamente hacerle un puente a la camioneta... No funciona.

—Los coches viejos son fáciles —dice—. ¡Pero los nuevos tienen un puñetero chip de verificación digital con el que no creo que pueda!

Sé que es horrible decirlo, incluso pensarlo, pero creo que ahora mismo desearía que Jacqui hubiera disparado a Henry cuando tuvo la oportunidad. ¿Por qué se ha llevado las llaves? ¿En qué estaba pensando?

Entonces, los dos hombres del refugio oxidado salen del bosque frente a nosotras..., y ya sé adónde había ido Henry y en qué estaba pensando cuando

lo hizo.

—¡Buenas! —dice el más alto—. ¿Problemas con el coche?

A pesar del amistoso saludo, no hay nada amistoso en ellos. De cerca resultan amenazadores, y adrede. Son musculosos. Parecen tener unos treinta años, aunque están curtidos de tal modo que cuesta saberlo. El más bajo tiene los brazos tatuados. No con tatuajes artísticos, sino feos; palabras y símbolos garabateados en la misma tinta negro azulado. El más alto lleva la cabeza afeitada y una cicatriz que le recorre en diagonal parte del cuero cabelludo. Siempre nos han dicho que no juzguemos un libro por la cubierta, pero estos dos no tienen nada ambiguo. Alguna gente abraza un estereotipo y deja que la defina porque no tiene la imaginación suficiente para hacer otra cosa. Estos hombres llevan vidas violentas y no les importa que el mundo lo sepa.

—Es fácil perderse cuando te sales de las carreteras —apostilla el de la cabeza afeitada—. ¿Eso os ha pasado? ¿Os habéis perdido?

Miro rápidamente a mi alrededor. Kelton no ha regresado de su búsqueda de Henry. Estamos sólo Jacqui, Garrett (que sigue inconsciente en el asiento de atrás) y yo.

—No queremos problemas... —digo, aunque, por el rabillo del ojo, veo que Jacqui ya se está preparando para todo tipo de problemas.

—Bien, bien —asiente el tatuado—. Nosotros tampoco. Pero me temo que vais a tener que salir de nuestra propiedad.

—¿Perdona? —contesta Jacqui.

Entonces, el de los tatuajes sostiene en alto el llavero de mi tío.

—Acabamos de comprarla —asegura—. Vuestro amigo nos la ha vendido por un buen trago de agua.

El calvo se ríe cuando nos ve las caras.

—Sí, se la hemos echado directamente en las manos y la ha sorbido toda. Alguna se le ha derramado en el zapato, así que se lo ha quitado y ha lamido la goma. Ha sido increíble. Después ha salido corriendo montaña abajo con un zapato quitado y el otro puesto. Qué crío más gracioso.

Y pienso en lo injusto que es que, de nosotros cinco, sea Henry el único que ha bebido. Probablemente lo bastante para salir con vida del bosque.

—Os lo voy a pedir otra vez —insiste el de los tatuajes—. Apartaos de nuestra propiedad.

Y saca una pistola.

«No va a usarla —me digo—. Es por enfatizar». Como todo lo demás que hacen estos dos, pretende intimidarnos. Aun así, no pienso ceder.



—Vamos al embalse de San Gabriel —les digo sin apartarme de la puerta—. Si dejáis que vayamos, después os devolvemos la ranchera.

El de los tatuajes niega con la cabeza.

—Ya hemos cerrado el trato, no hay nada más que hablar.

—Espera —dice el cabeza rapada—. No nos apresuremos. —Y entonces me recorre con la mirada, de arriba abajo, como si yo fuera un artículo de una subasta.

Ahí es cuando Jacqui entra en acción. Se lanza contra el de los tatuajes para intentar quitarle la pistola, pero el tío es rápido. Usa contra ella movimientos del tipo de los que usó Kelton contra Henry, sólo que el desconocido es más fuerte y más rápido. Esto forma parte de su naturaleza. Jacqui no tiene ninguna oportunidad. Usa el impulso de la chica contra ella, la retuerce como si la dirigiera en un baile de swing y la obliga a caer al suelo, con el brazo retorcido en un ángulo antinatural, dejándola de rodillas, gruñendo y con cara de dolor.

—Ahora, portaos bien —murmura, y no le suelta el brazo, lo que la mantiene incapacitada.

Mientras tanto, el cabeza rapada no me ha quitado los ojos de encima. Se acerca más.

—Es una pena que tu novio te vendiera para salvarse.

—No es mi novio —respondo por reflejo..., aunque ojalá no lo hubiera dicho.

Porque el cabeza rapada responde:

—Mejor todavía.

Y sigue acercándose.

Intento darle una patada en la entrepierna, y él reacciona lanzándose sobre mí y empujándome con su cuerpo contra el lateral del coche, lo que me deja sin espacio para mover la rodilla.

—Podríamos compartir el agua con vosotras si os comportáis con más educación...

Pero, por el modo en que se pega a mí, sé que su idea de la educación no es la misma que la mía. Ahora le huelo el aliento. Cigarrillos y Doritos. Creo que no volveré a comer Doritos en toda mi vida. Intento zafarme, pero estoy tan débil por la deshidratación que no sirve de nada. Porque me doy cuenta de que puede hacer lo que quiera sin que sea capaz de pararlo.

—No te preocupes, cara bonita —me dice en voz baja—. Volveremos a nuestro campamento y todo irá bien.

Súbitamente, Garrett salta del coche y lo agarra.

—¡Suelta a mi hermana!

Le muerde el brazo que me sujeta... y este estallido de energía de Garrett debe de haberle proporcionado una fuerza sobrehumana, porque es como el mordisco de un tiburón y deja una herida abierta y sangrante.

El cabeza rapada grita de dolor y empuja a Garret, que cae al suelo. Intento aprovechar el momento para liberarme, pero me tiene tan bien sujeta que sigo sin poder moverme.

—¿Qué has hecho, mierdecilla?

El de los tatuajes mira la sangre que mana del brazo de su colega, se vuelve y apunta con el arma a Garrett.

—¡Nooo! —chillo.

Y el mundo acaba con un disparo.

## 45) Jacqui

Veo lo que está sucediendo. Lo veo todo y no puedo evitarlo. Ni siquiera puedo levantarme porque el maldito cabrón de los tatuajes me retuerce el brazo cada vez que intento moverme. Lo único que me queda es insultarlo y amenazar con hacerle de todo cuando me suelte.

Veo al otro avanzar hacia Alyssa. La veo intentar detenerlo. No oigo lo que el tío le susurra al oído, pero no puede ser bueno. Entonces, Garrett se levanta dentro del coche, por fin consciente, sin tener ni idea de lo que pasa... y, al ver a su hermana acorralada por el cabeza rapada, se mete en una situación que sólo va a ir a peor.

El cabeza rapada grita por el pedazo de bocado, y el de los tatuajes, casi como un reflejo, apunta con el arma a Garrett como si fuera a disparar a una rata que ha entrado en su campamento. Y, a pesar del dolor, le doy la vuelta a mi cuerpo, gritando, porque si consigo que pierda el equilibrio, su disparo acabará en otra parte.

Suena un tiro y, de pronto, las rodillas le ceden y cae con la cara llena de sangre... y también hay sangre en la cara de Garrett, pero Garrett no está muerto. Y me doy cuenta de que la sangre de la cara de Garrett, la que le gotea de la boca, es del mordisco al cabeza rapada. Mientras que la sangre del gilipollas tatuado es del gilipollas tatuado. Está en el suelo con un agujero de

bala en la frente, justo por encima del ojo izquierdo. Se estremece una vez y después se queda inmóvil.

Y Kelton está a diez metros, con el brazo estirado y la pistola en la mano.

El otro hombre se queda paralizado, conmocionado.

—Dios ben...

Pero no termina nunca la invocación a su señor y salvador porque Kelton mueve el brazo, dispara de nuevo y la bala acierta al cabeza rapada justo debajo de la nariz. La herida de salida le salpica toda la cara de sangre a Alyssa. Ya estaba gritando, así que sigue. No creo que tenga ni idea de lo que sucede. Lo único que debe de ver en su cabeza es a Garrett muerto en el suelo, porque esa realidad parecía inminente hace un segundo, de modo que persiste incluso después de cambiar. Si sobrevive a esto, es probable que sufra pesadillas con ese momento que nunca pasó durante el resto de su vida.

El cabeza rapada se derrumba. Me levanto, y Alyssa por fin encuentra el modo de regresar al mundo real. Pasa por encima del tipo muerto y va directa a Garrett.

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

Le limpia la sangre de la boca para confirmar de nuevo que no es suya.

Él asiente. Y ella lo abraza como las hermanas nunca abrazan a sus hermanos, salvo que hayan estado a punto de meterles un tiro en la cabeza.

Me acerco a Kelton, que sigue con la pistola en la mano y la vista clavada en los dos hombres como si todavía pudieran seguir vivos, quizá porque tuvieran el cerebro en el culo. Por fin baja la pistola. Temo que vaya a empezar a temblar o a derrumbarse de algún modo, pero no lo hace. En absoluto. Odio que nos haya tenido que salvar él, aunque la situación podría haber sido al revés y haberlos salvado yo. Y, por mucho que odie reconocerlo, es probable que Kelton (que sí ha entrenado con armas) tenga mucha mejor puntería que yo.

Kelton respira hondo una vez, dos.

—Coge las llaves de la ranchera y sus armas —dice con calma—. Después vamos a su campamento y aprovechamos su agua.

—Bien pensado —contesto, y soy consciente de lo distinto que es este chico al Kelton que conocí en la playa. No sé bien cuál me gusta más: si el perdedor bobalicón que no es capaz de disparar un arma o el chico que puede matar a dos hombres a sangre fría sin tan siquiera romper a sudar.

Bueno, en realidad ninguno sudamos ya. Ni tampoco nos cuestionamos entre nosotros. Por fin hemos llegado a ese momento monotemático en el que hacemos lo que tenemos que hacer, sea lo que sea.

Resulta que el único armado era el de los tatuajes. Kelton coge la pistola y la examina.

—Desert Eagle con un freno de boca —comenta—. Mucho mejor que la mía.

La reclama y me ofrece su pistola. Vacilo, porque ya no la quiero.

—Yo me la quedo —musita Alyssa. Sigue teniendo la cara salpicada de sangre. Decido no mencionarlo.

—¿Estás segura? —pregunta Kelton.

—Nadie va a volver a ponerme en una situación como esa —responde ella.

—¿Y Henry? —inquiero.

Kelton mira su reluciente pistolón nuevo y se encoge de hombros.

—Le reservaré una bala.

Y, por más que lo intento, no sé decir si va en serio.

## 46) Alyssa

Si lo pienso demasiado, perderé la cabeza. Hay dos cadáveres delante de mí. No puedo pensar en eso. Han estado a punto de asesinar a mi hermano. No puedo pensar en eso. Puede que mis padres estén flotando bocabajo en el océano Pacífico. No puedo pensar en eso.

En lo que sí puedo pensar es en el agua que sé que está subiendo esa cresta y bajando a una vieja caravana oxidada.

—Alyssa... —balbucea Garrett, justo como dijo antes de perder la consciencia—. No me siento demasiado bien.

—Vamos a por agua —le digo—. Todo irá bien.

—Pero... Pero no puedo levantarme. No me puedo mover.

Su voz es más débil que antes, y pienso en lo que nos dijo Kelton anoche: que, antes de morir, el cuerpo se resiste, y se nota un repunte de energía que es su último intento por sobrevivir.

Y caigo en que Garrett acaba de tener ese estallido de energía. Lo que significa que podría estar a pocos minutos de cerrar los ojos para siempre.

—¡Tenemos que darnos prisa! —les grito a los otros, sin perder más tiempo en pensar en los hombres muertos.

Cojo a Garrett en brazos y, aunque apenas tengo fuerzas para sostener mi propio cuerpo, cargo también con el suyo de camino al campamento.

## 47) Kelton

Ha sido distinto de lo que pensaba. Esperaba sentirlo como algo enorme. Como abrir un agujero en el universo. Pero no.

¡Pum, pum!

Tan sencillo como eso. Ahora hay dos hombres muertos y nosotros estamos vivos. No estaba enfadado, como en nuestra casa, cuando estuve a punto de disparar con la escopeta a nuestros vecinos saqueadores. Ni asustado, como cuando aquel chico zombi del agua de la playa intentaba lamer el agua de la boca de Alyssa. ¡Pum, pum! Listo. A otra cosa.

Como he dicho, estos tíos se alimentaban del caos, vivían siguiendo las reglas de los videojuegos. Y en un juego, cuando derrotas al enemigo, ¿qué haces? Te quedas sus armas. Y eso es justo lo que he hecho. ¿Por eso no siento nada? ¿Porque ahora yo también sigo esas mismas reglas?

Llegamos a lo alto de la cresta y miro hacia el campamento; la fogata, sin nadie que la vigile, se ha descontrolado. Los arbustos arden. Las dos sillas plegables arden.

Y el incendio ha llegado a la nevera que había a su lado.

Está ardiendo, dejando escapar un olor químico. La tapa está abierta, y veo el agua salir volando cuando las botellas de dentro empiezan a estallar.

—¡Oh, no! —Alyssa deja a Garrett en el suelo—. ¡No te muevas! ¡Ahora mismo vuelvo!

—¡Mierda! —grita Jacqui, que intenta meter la mano entre las llamas, pero chilla y la saca. Se ha quemado. Aun así, lo intenta de nuevo. La segunda vez se hace tanto daño que retrocede gimiendo—. ¡No! ¡No es justo! ¡No es justo!

—¡Buscad algo con lo que podamos sacar la nevera de las llamas!

Pero Alyssa mira hacia la caravana.

—Puede que tengan más agua —dice—. Miraré dentro.

Rodea corriendo la fogata en dirección al vehículo. El viento sopla en esa dirección, así que es cuestión de tiempo que también se incendie.

—¡Vale, pero date prisa! —le chillo, y empiezo a buscar una rama lo bastante grande como para meterla entre las llamas y sacar la nevera ardiendo.

## 48) Alyssa

Abro de golpe la puerta de la caravana. Aquí no huele bien. No me sorprende. No se diferencia mucho del aspecto que tenía el refugio de Kelton por dentro. Contenedores de comida y ropa sucia. Y algo que no me esperaba en absoluto.

—Benji, ¿eres tú?

Sigo la voz hasta el dormitorio. Hay una mujer. Vieja. Enferma. Con una bata de flores. Zapatillas de casa rosa con pelo. Me mira con suspicacia y se quita de encima las sábanas.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Benji? ¿Dónde está Kyle?

—Me..., me han enviado —le digo—. Me han enviado a por agua.

Su suspicacia crece.

—¡Ya tenían todo el agua en la nevera! ¿Quién eres? —pregunta de nuevo.

Miro a mi alrededor, negándome a creer que no quede agua aquí dentro. Ve lo que hago y se da cuenta de que sus sospechas estaban justificadas. Empieza a parecer algo asustada.

—¡No te han enviado! ¡Sal de aquí! ¡Esto es allanamiento! ¡Sal de aquí de una vez!

Sé que no tiene un arma porque, de tenerla, ya la habría cogido. Yo sí tengo, pero no pienso amenazar a una anciana con una pistola. No soy así.

Busco con la mirada por todas partes y veo cosas que no quiero ver. Porque en una encimera, junto a la cama, veo una versión en miniatura de lo que debía de tener en la repisa de la chimenea de su casa, esté donde esté. Hay fotografías. Dos chicos. Distintas edades. Una capta mi atención. Una foto desvaída de los mismos chicos con gorras de Mickey Mouse haciendo muecas a la cámara. Y entonces lo entiendo: Benji y Kyle. Eran hermanos. No quiero saber esto. No quiero saber que en algún momento se pusieron gorras de Mickey Mouse. No quiero saber que alguien tiene fotos tuyas junto

a la cama. Uno de esos niños iba a disparar a Garrett. El otro iba a violarme. ¿No? ¿No?

—¿Es eso humo? —pregunta la anciana—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

—No puede quedarse aquí. Puede venir con nosotros.

Y, en cuanto lo digo, me doy cuenta de que, si lo hace, va a ver a sus dos hijos muertos tirados frente a la ranchera.

—¡No me voy a ninguna parte! —exclama sin entender el problema de fondo—. ¿Te parece que puedo irme de excursión? —Frunce los labios y niega con la cabeza—. Será mejor que os vayáis antes de que vuelvan. No hay nada que odien más que a los intrusos.

¡Entonces la veo! Una taza de plástico con agua en la repisa de una ventana, fuera del alcance de la mujer. Ve que yo la veo. Me analiza, estamos en tablas... y se abalanza a por ella.

Yo también, pero ella llega primero. La aferra contra su pecho, y yo intento quitársela.

—¡Es mía! ¡Es mi agua, no es tuya!

El agua se mueve en la taza cuando intento cogerla y se cae por el borde. No puedo forcejar por ella porque, si lo hago, se va a derramar toda.

—¡Benji! ¡Kyle! ¡Ayuda!

Le agarro la mano para intentar que no se derrame el agua. Ella intenta empujarme con la otra. Entonces, mueve la taza hacia sus labios. Sé que no tiene más agua que esta. Que no queda más. Si la cojo, esta mujer morirá. Si no, mi hermano morirá.

Así que hago algo horrible.

La abofeteo. Le doy una buena bofetada. Eso le desconcentra, y consigo quitarle la taza de la mano. Más agua se derrama. Ya no queda mucha (puede que cincuenta mililitros), no la bastante para calmar la sed de nadie, aunque quizá si la suficiente para mantener con vida a mi hermano.

Retrocedo.

—El fuego casi está en la puerta —le digo—. Necesita salir de aquí.

Sin embargo, aunque lo haga, ¿de qué servirá? Está en medio de ninguna parte, sola. Si el incendio no acaba con ella, morirá de sed. Aun así, le doy la espalda y me marcho. Porque he tomado una decisión. Si tiene que morir para que mi hermano viva, me llevaré su agua y la dejaré morir. Henry tenía razón: a veces son los monstruos los que sobreviven. Y, ahora, yo soy el monstruo.

## 49) Jacqui

«¡Mis manos! ¡Mis manos! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Mis manos». A pesar de todo, sigo queriendo meter los brazos entre las llamas para conseguir esa nevera que arde en medio del infierno. Los dedos y las palmas empiezan a llenárseme de ampollas, y el dolor se convierte en un latido sordo.

Kelton regresa con una rama y la empuja hacia la nevera. Engancha el extremo en el borde. «¡Mis manos! ¡Mis manos!». Saca el palo, y la nevera se mueve un par de centímetros. Tira de nuevo. Se desliza otro centímetro. Tira más fuerte..., y todo el lateral medio derretido se abre y echa el agua al fuego.

—¡No!

El agua se convierte en vapor, y el vapor desaparece. Veo que las pocas botellas que quedan en el fondo de la nevera rota se derriten y derraman sus contenidos en vano. Inútilmente. Ni siquiera apagan el fuego, porque las llamas siguen lamiendo la nevera y las demás paredes del cacharro se derrumban. Se ha ido. Ido. Y, cuando levanto la vista, veo lo mucho que se ha propagado el incendio. Los vientos lo avivan. Un incendio más que añadir a los que ya arden por las montañas que nos rodean.

Alyssa sale de la caravana y salta por encima de las llamas que están a punto de tragársela. Lleva algo en la mano. ¿Qué es? ¿Es una taza? La sostiene como si fuera algo preciado. Y lo es.

Podría quitársela. Podría alcanzarla y quitársela. Y bebérmela. Calmar esta sed que quema más que mis manos.

Pero no lo haré.

Porque sé que el agua no es para ella.

No lo haré. Porque aunque hoy haya visto a todo el mundo perder su humanidad, reparo en que, en este momento, por fin he encontrado la mía.

## 50) Alyssa

Garrett está justo donde lo dejé, en la cresta sobre el campamento en llamas,



apoyado en un árbol. La cabeza le cuelga a un lado. Sus ojos son meras rendijas. Quizá ya esté muerto. No lo veo respirar. ¡Quizá ya esté muerto!

—¡Garrett! Garrett, estoy aquí.

Me arrodillo a su lado. Le acerco la taza a los labios. Le echo un poco de agua. ¿Y si no se la traga? ¿Y si no es capaz de tragar porque ya está muerto?

El agua le cae por la comisura de los labios. ¡He sido demasiado lenta! Debería haber sacado la pistola y haber disparado a esa mujer en cuanto vi la taza de agua. ¡Eso es lo que debería haber hecho! Me habría ahorrado diez segundos. Diez segundos que le habrían salvado la vida a mi hermano. ¡Traga, Garrett! ¡Mierda, traga!

Entonces, tose. ¡Tose! Abre los ojos un poquito más.

—¡Es agua, Garrett! ¡Trágate!

—Lo intento. Cuesta.

Cierra los ojos. Se obliga a tragar. Le echo un poco más en la boca. Traga otra vez. Le echo el resto. Le resulta más fácil tragar la tercera vez. No tiene mejor aspecto. No está más fuerte. Pero sé que el agua está ahí dentro. El cuerpo absorbe el agua más deprisa que cualquier otra cosa. Desaparecerá de su estómago en cuestión de minutos..., o menos, estando tan deshidratado. Su cuerpo la absorberá como una esponja.

—¿No tienes más? —pregunta, y me río.

—Habrás más.

Sólo que ahora que miro atrás, al campamento, y veo que Jacqui y Kelton lo abandonan para acercarse. El incendio ha llegado a los árboles a una velocidad alarmante.

—¿Ha salido la anciana de la caravana? —les pregunto, ahora que mi limitada esfera de preocupación se extiende más allá de mi hermano.

Kelton mira a Jacqui y después me mira a mí.

—¿Había una anciana en la caravana?

Miro de nuevo hacia el campamento. La caravana y la maleza de alrededor están envueltas en llamas. La puerta sigue abierta, como la dejé. No oigo gritos. Aunque ¿qué haría si los oyera? El camino al vehículo está completamente bloqueado por el fuego.

—Tenemos que irnos —dice Kelton.

Así que me agacho, recojo a Garrett y regreso a la ranchera mientras intento borrar este lugar de mi memoria. No va a ser fácil.

## 51) Kelton

Jacqui no puede conducir. Tiene las manos hinchadas como globos. Intenta tocar el volante y gime de dolor. Entre Alyssa y yo, yo soy el mal menor al mando del coche. Ella todavía no tiene su carné de aprendizaje, pero yo sí. A pesar de la insistencia de mi padre en que necesito ganarme el derecho a conducir, me ha llevado a aparcamientos vacíos. Según él, he estrellado veinte coches imaginarios mientras intentaba circular por esos aparcamientos. Lo bueno es que ahora sólo tengo que preocuparme de los árboles.

Meto la marcha con Alyssa a mi lado; ella puede encargarse de la palanca de tracción a las cuatro ruedas, mientras que yo centro toda mi atención en la parte de conducir.

Damos saltos y hacemos rechinar las marchas. Rozamos árboles. Botamos con fuerza sobre las rocas. Jacqui suelta una palabrota cada vez que, por acto reflejo, intenta sujetarse con las manos. Veo a Garrett por el retrovisor. No tiene un aspecto tan horrible como antes. Sólo malo. Como los demás.

Ahora estoy cansado. Me arden los pulmones por culpa del humo que he inhalado en el campamento. Monóxido de carbono. Se adhiere a los glóbulos rojos como el oxígeno, aunque, a diferencia del oxígeno, no los suelta. Los inutiliza. Por eso la gente se muere al inhalar humo: no les quedan glóbulos rojos suficientes para llevar el oxígeno al cerebro. Sigo consciente, así que sé que, por mucho que lo haya respirado, no basta para matarme. Sin embargo, hay muchas otras cosas esperando en fila para hacerlo. Incluidas mis dotes para la conducción.

Me cuesta mucho mantener los ojos abiertos. Pero tengo que hacerlo.

Llegamos a otra cresta y bajamos por una pendiente. Esta es más pronunciada que las demás. ¡Debería haber mirado el mapa topográfico! Debería haberlo sabido.

—¡Cuidado, Kelton! —advierde Alyssa.

Piso el freno y empezamos a deslizarnos. Bajamos por una pendiente de unos treinta grados. Las ruedas apenas encuentran tracción. Los frenos resultan inútiles. Nada va a ralentizar nuestro descenso. Lo único que puedo hacer es evitar estrellarnos contra los árboles y los cantos rodados.

—¡Kelton! ¡Estás perdiendo el control! —grita Jacqui.

Como si no lo supiera. Giro el volante a la derecha. Golpeamos de refilón un árbol. Un giro brusco a la izquierda. Rebotamos sobre un canto rodado tan grande que lo oigo arañar la parte baja del coche. Y por muy mala que me pareciera ya la inclinación, no deja de aumentar. No está en mi mano. La gravedad ha tomado el control. Me agarro al volante, me preparo.

Un estrépito. Un relámpago blanco.

Un dolor en la barriga y el pecho, como si me hubieran dado una patada en el estómago.

Jadeo, no consigo respirar el aire suficiente. Quizá sí que he respirado demasiado monóxido de carbono.

No, es que me he quedado sin aire dentro, ya está. Y han saltado los *airbags*. Y ya no nos movemos.

—¿Estáis todos bien? —oigo preguntar a Alyssa.

—No —responde Jacqui, que es su forma de decir que sí. Garrett gruñe y me dice que soy un conductor de pena.

Abro la puerta de una patada. De inmediato, huelo a gasolina.

—Cuidado, creo que hemos roto el depósito.

Ahora estamos en una carretera. Estrecha, mal mantenida, pero ¡carretera!

—¡Tiene que ser la East Fork!

Al menos, algo es algo. Rodeo la ranchera, aunque apenas puedo caminar. Más bien, arrastro los pies. Me duele todo. Me da la sensación de que se me va a romper la cabeza por la mitad, como un huevo. Estoy deseando tumbarme. Mucho. Sólo un minuto. Pero no lo hago. Porque conozco esta sensación, sé lo que significa.

La ranchera está perdida. Parece haber salido de una carrera de destrucción. Una rueda está pinchada y otra, completamente torcida.

—El embalse está a kilómetro y medio en esa dirección —digo, señalando al oeste—. Tenemos que ir andando el resto del camino.

—Creo que lo conseguiré —contesta Garrett, el único que ha bebido algo en los últimos dos días, pero Alyssa y Jacqui me miran como si acabara de pronunciar una sentencia de muerte.

Jacqui niega con la cabeza.

—No sé si podré aguantar tanto, Kelton.

—No lo pienses —dice Alyssa—. Andamos y seguimos andando. Incluso cuando creamos que no podemos más, seguimos andando.

Así que dejamos de hablar y empezamos a andar. Al oeste. Y me veo en cabeza.

Porque, de repente, noto un subidón de energía.

## 52) Alyssa

Caminar. Caminar. Caminar. Un pie. El siguiente. El siguiente.

No estoy viva. No estoy muerta. Estoy en un punto intermedio. Arrastro los pies. Los arrastro. Paso. Paso. ¿Cuánto es un kilómetro? ¿Cuántos pasos? Da igual. No puedo contar. Las funciones superiores de mi cerebro están casi todas apagadas. No pienso en otra cosa más que el agua que nos espera. Permito que eso impulse a mis pies a seguir. Paso. Paso. Arrastro. Arrastro.

Y los demás están igual. Kelton va unos pasos por delante y, por el movimiento de sus pies, sé que no es un ritmo normal. Los arrastra, como nosotros. Durante unos minutos parece haber recuperado el impulso, pero vuelve a frenar.

Creo que ahora somos zombis del agua.

Brota humo de los árboles y crea una niebla frente a nosotros. Toso.

—¿Cuánto queda? —pregunto. Apenas me sale la voz. No suena como mi voz.

Nadie me responde. Supongo que quizá medio kilómetro...

Pero el humo se vuelve más denso. Menos de un minuto después, veo llamas más adelante.

¿Es por el incendio del campamento o es otro incendio? No sé qué más da, pero, por lo que sea, me importa. Como si las llamas las condujeran los espíritus enfadados de Benji, Kyle y su madre inválida.

El incendio ha saltado al otro lado de la carretera. Ahora, esta estrecha calzada parece la lengua negra de una gran bestia de fuego que quiere tragarnos. «¿Qué es peor? —me pregunto—. ¿Morir abrasado o de sed?». ¿Cómo escoger la posibilidad menos mala cuando ambas son tan horribles que es imposible medirlas?

—No podemos atravesarlo —dice Kelton—. Iremos al norte, de vuelta al bosque, a nuestra derecha.

—Eso nos aleja del agua —objeta Jacqui.

—Y del fuego. Lo rodearemos y llegaremos al embalse desde el norte.

Pero rodear el fuego significa añadir al menos medio kilómetro más al viaje.

—¡Ya casi hemos llegado! —dice Jacqui—. ¡Veo el agua!

Creo que debe de alucinar, porque, cuando miro al horno que tenemos delante, sólo veo humo y llamas.

—Creo que puedo conseguirlo —insiste Jacqui.

—No puedes —le respondo. Sé que no es lo que quiere escuchar, pero no se puede luchar contra un incendio forestal con nada más que tu fuerza de voluntad. Las llamas no se dejan intimidar.

Detrás de nosotros, oigo una explosión. Una nube con forma de hongo de humo negro sube por el cielo.

—La ranchera... —murmura Kelton.

La gasolina se le salía cuando nos fuimos. Si el incendio se ha propagado por detrás de nosotros y ha prendido el combustible, tenemos la salida cortada. No nos queda más remedio que seguir por la pendiente a nuestra derecha. Al norte, rodeando las llamas.

—Hay agua más adelante —insiste Jacqui—. Sé que la hay. La he visto. —Mira hacia las llamas que saltan de árbol en árbol—. Es imposible adelantar al fuego. La única forma de llegar al agua es seguir adelante. —Después se mira las manos rojas e hinchadas—. Un poquito de fuego no es nada, ¿verdad?

Me mira a los ojos un momento..., y sé que va a intentarlo, que va a salir corriendo. O llega al agua o muere abrasada. En cualquier caso, quizá sea la última vez que nos veamos. Quiero decir algo, pero no sé el qué. «Buena suerte» suena trillado y absurdo en esta situación. Supongo que a ella le pasa lo mismo, porque asiente con la cabeza (aceptando todo lo que no nos hemos dicho), se vuelve y arrastra los pies por la carretera. Unos cuantos pasos más y levanta los pies en lugar de arrastrarlos. Después, echa a correr. ¡Está corriendo de verdad! Y lo último que vemos de ella es su espalda al desaparecer entre el humo.

—Alyssa, vamos —dice Garrett.

—Deberíamos haberla parado...

—No podíamos —responde Kelton.

Y sé que tiene razón. Ya sólo nos quedan malas decisiones. Jacqui ha tomado la suya. Ahora tenemos que tomar la nuestra. Miro al norte. La colina es escarpada. No me quedan fuerzas para trepar..., pero lo haré. De algún modo, lo haré.

## 53) Jacqui

El calor me acaricia las mejillas, burlón. Tiene el poder de abrasar, chamuscar, incinerar, pero se contiene. Por ahora, sólo se burla. Cosquillea. Juega conmigo.

La pendiente cambia. Ahora, la carretera baja, y sigo moviendo las piernas porque sé que el agua está en la base de la colina. Los demás han sido demasiado cortos de vista para darse cuenta; estaban mirando el fuego, pero no a través de él. Los ha cegado. Y ahora seré la que dé el primer trago. Joder, tendrán suerte si no me trago el embalse entero antes de que lleguen. Si es que llegan. Quizá sea la única que lo logre porque he sido la única dispuesta a retar al fuego.

No miraré atrás: lo único que queda es bosque muerto y humo. Ahora, el calor late a mi alrededor. O es mi corazón, pero parece el implacable batir de un horno vivo. Un dios del fuego al que hay que alimentar.

Tropezco con una rama y me doy un buen golpe. La rama está ardiendo. Se ha caído de un árbol que arde por encima de mí. Las copas de los árboles que me rodean arden todas y, a través del humo a izquierda y derecha, veo paredes de llamas que se abalanzan sobre el bosque y prenden la corteza de todos los troncos. El aire es más fresco abajo, aunque sólo un poco. El humo me quema los pulmones algo menos. Me levanto y corro, pero procuro permanecer lo más agachada posible para estar medio metida en el aire bueno.

Ahora me palpita todo el cuerpo. El calor ha terminado de jugar y, aunque todavía no tengo las llamas encima, da igual: puedo hervirme tan deprisa como quemarme. Así que acelero para vencer al dolor.

El viento sopla en todas direcciones y las chispas se arremolinan sobre mí, y entonces lo oigo...

Jacqui... Jacqui...

Es la ráfaga a mi espalda la que susurra mi nombre, la brisa ardiente en mis mejillas. El mismo viento que he sentido toda la vida, la llamada del vacío. Salvo que ahora no sólo se alza ante mí, sino a mi alrededor, con una omnipresencia arrogante.

Y, por primera vez, me asusta de verdad.

He dejado que ese vacío me tienta y se burle de mí toda la vida. No permitiré que se me lleve. ¡Por fin, con la energía que me quede, pienso luchar contra él!

Las llamas ahora cruzan la carretera y me bloquean por completo el paso. No quedan árboles intactos..., pero, justo detrás de la pared de fuego, veo algo brillar, titilar, a la luz del fuego.

¡El embalse!

La salvación tras el velo del infierno.

Lo llaman purgatorio. Acepto el purgatorio si el cielo está detrás.

Jacqui...

El dolor es ya inimaginable, pero sigo corriendo. No puedo mantener los ojos abiertos, así que los cierro con fuerza y, al hacerlo, me veo mirando directamente al vacío. Corro a través de las llamas blancas y de la oscuridad absoluta, el nexo entre la vida y la muerte. El vacío empieza a llevarse mi cuerpo, y sé muy bien lo que viene después: quiere mi alma.

Pero no la conseguirá sin luchar por ella.

No freno. No acepto el dolor. Atravieso el vacío ardiente hacia las aguas del cielo.

## 54) Alyssa

El incendio nos persigue colina arriba. Cada vez que miro atrás, por mucho que hayamos recorrido, no nos alejamos de él. Pero tampoco está más cerca. Va a nuestro mismo ritmo, lo que significa que no podemos frenar ni por un instante porque, si lo hacemos, nos alcanzará.

Ahora hace viento, aunque no sopla a nuestras espaldas, sino contra nosotros, desde lo alto de la colina.

«El fuego está tirando del aire. Lo absorbe para alimentarse», pienso.

De inmediato se me aparece una imagen de la playa. La forma en que las olas que llegan crean una resaca que tira del agua de la orilla. Estamos atrapados en esa resaca, con una ola enorme detrás que nos persigue, y la imagen es tan potente y mi mente está tan débil que lo mezclo todo. Los chasquidos de la savia hirviendo y el aliento ronco de las llamas se unen para formar un intenso rugido que suena tan amenazante como un mar azotado por la tormenta, y por un momento creo que estoy allí, en la orilla, huyendo de un tsunami que lo consume todo. Sólo cuando veo a mi hermano trepar dos pasos por delante de mí recuerdo lo que estamos haciendo y dónde. Aunque desearía que fuera agua lo que nos persiguiera. Incluso agua de mar. De estar en la orilla ahora mismo, me la bebería hasta morir. Como cualquier otro zombi del agua.

Cuando empezamos a subir la colina, los tres estábamos hombro con hombro, pero Garrett, el único que ha bebido, nos ha adelantado unos metros, y Kelton se está quedando atrás.

—Cuando..., cuando lleguemos... arriba —dice Kelton entre resuellos, con la respiración entrecortada y tosiendo—, torcemos..., torcemos a la izquierda... y cruzamos al..., al... —No le sale la palabra—. Al...

—Embalse —termino por él.

—¡Vamos! —chilla Garrett. Nos lleva cada vez más ventaja y se siente frustrado por nuestra lentitud—. Ya casi hemos llegado.

Pero es como si la cima estuviera a kilómetros de distancia. Me vuelvo y veo que Kelton está más atrás todavía. Se inclina sobre un tocón para intentar recuperar el aliento mientras las brasas caen a su alrededor como confeti en llamas.

—¡Kelton!

—Sólo un..., un...

Regreso hasta él, lo que reduce a la mitad la distancia que me separa del fuego.

—Sólo... un... segundo.

Aquí hace tanto calor que temo que me prenda la ropa. Es como si mi piel seca fuese a sufrir una combustión espontánea.

—Un descanso... —balbucea Kelton—. Sólo un..., sólo un...

—¡No! —chillo. La mención de un descanso hace que las rodillas quieran cederme. Suena muy, muy bien. El rugido de las olas. Descanso. Los dedos en la arena, tan fresca...—. ¡No!

Agarro a Kelton y prácticamente lo lanzo por encima del tocón.

—Tengo que... Tengo que... —masculla.

—¡¡Tienes que moverte!!

Lo ayudo a levantarse y le doy un pequeño impulso. No ha llegado tan lejos ni ha visto lo que le ha sucedido a su familia para flaquear en estos últimos instantes y morir.

Y, de algún modo, colocar a Kelton en el centro de mis esfuerzos me ayuda a superar mi propio deseo de dejarme caer.

Seguimos subiendo, y me doy cuenta de que este es mi estallido de energía. El último antes de que no me quede nada dentro. Espero que Kelton sepa apreciar que lo use con él.

Ya no veo a Garrett. Está muy por delante de nosotros, pero lo oigo llamarme y me concentro en eso..., hasta que las piernas de Kelton ceden otra



vez. No es que esté apoyado para recuperar el aliento, es que está en el suelo, inmóvil. Ni siquiera puede levantarse.

—Habitación... segura —dice—. Id..., id a la habitación segura.

Está delirando y no puedo hacer nada al respecto. La sed ha empezado a desconectarle el cerebro. Sólo se me ocurre una cosa. Una cosa que quizá lo vuelva a poner en movimiento.

—¡No voy a dejar que te quedes aquí! —le grito—. Lo que significa que, si no subes esta colina, yo también me muero. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que muera por tu culpa?

Sus ojos legañosos buscan los míos. Una brasa cae a su lado y prende la hierba seca. Se pone a cuatro patas. Se arrastra. ¡Ha funcionado! Tenerme a mí como prioridad lo ha ayudado a sacar la poca energía que le queda, igual que a mí me ayudó concentrarme en él... Y me doy cuenta de que esta es la verdadera esencia de la naturaleza humana: cuando hemos perdido la fuerza para salvarnos, de algún modo encontramos la necesaria para salvarnos los unos a los otros.

Por fin, por fin, llegamos a la cima. Me cuesta creer que siga viva. No me siento viva. Siento que morí cien metros más abajo y ahora mi espíritu está atrapado aquí, condenado a vagar por este lugar y a revivir la subida, la sed y las llamas durante toda la eternidad.

Garrett está de pie sobre un canto rodado plano, todavía sin aliento, mirando al oeste. Me uno a él. ¡Desde esta atalaya vemos el embalse! ¡Está a medio kilómetro! ¡Kelton tenía razón! ¡Tenía razón!

No obstante, el fuego se ha colado, insidioso, decidido. Ahora arde con fuerza entre nosotros y el embalse. ¿Cómo es posible que el agua esté tan cerca y que seamos incapaces de alcanzarla?

—¡Al norte! —digo—. ¡Rodeándolo!

Apenas me salen las palabras. Mi lengua es un trozo de cuero en la boca y mis cuerdas vocales, papel quebradizo. Todavía podemos ir al norte y rodear el fuego. Subir la colina ha sido lo más difícil, pero cuesta abajo será más sencillo, ¿verdad? Todavía podemos pasar de largo el fuego y después volver hacia el embalse.

Entonces miro a Kelton. Está tumbado bocabajo en el polvo.

—¡No!

Me acerco, lo pongo bocarriba. No lo oigo respirar con el rugido de las llamas que se aproximan. Así que le abro los ojos, como si vérselos significara que él ve los míos.

—¡Kelton! ¡Despierta!

Al final empieza a mascullar, pero no son palabras, sino sonidos guturales, débiles chasquidos y siseos. Los ojos se le ponen en blanco, y sé que le quedan minutos para morir. Y sé que no puedo evitarlo. Y sé que Garrett y yo no podemos cargar con él, por mucho que lo intentemos.

—¿Alyssa...?

Me vuelvo hacia Garrett, que ha dado unos cuantos pasos hacia el otro lado de la colina. Hacia el norte. La dirección que tenemos que tomar si queremos vivir. Pero, cuando me uno a él allí, veo lo que él ve, y eso me lo deja todo claro como el agua que no podemos beber.

No hay una pendiente por ese lado de la colina.

Hay un barranco.

Una caída de al menos quince metros. No hay más forma de bajar que regresar sobre nuestros pasos. Lo que significa que estamos arrinconados.

Garrett me mira con tanta desesperación que casi me supera. Lo veo empezar a balancearse. Se le caen un poco los hombros. La energía que le quedaba la ha perdido con esta revelación. Lo agarro rápidamente, lo aparto del borde antes de que se caiga por el barranco, y lo abrazo con fuerza.

—Todo va a salir bien —le digo.

—No, sabes que no es verdad.

Lo sé, pero no lo confesaré. A él, no. Así que lo conduzco de vuelta al canto rodado plano. Parece un altar. El lugar en el que sacrificamos nuestra esperanza. Garrett me da la espalda, se lleva las rodillas al pecho y se hace una bolita. Mira hacia el embalse y el agua que hemos estado a punto de alcanzar. Es la imagen que quiere guardar en su cabeza ahora mismo. No su vida, no nuestra familia. El recuerdo del agua.

El sonido del fuego que se acerca es ensordecedor. El cielo sobre nosotros se oscurece de humo, como una noche temprana.

De pronto, sé lo que tengo que hacer.

He oído que la peor forma de morir es quemarse. No me iré así si tengo alternativa. Y no permitiré que mi hermano muera abrasado.

De manera que saco la pistola que lleva molestándome en la cintura desde que me la dio Kelton. Sentí el impulso de dejarla en la ranchera. Casi la suelto cuando empezamos a subir la colina, porque era muy incómoda. Pero algo me decía que no lo hiciera. Jamás en mi vida me he sentido tan horrorizada y, a la vez, tan contenta de llevar una pistola cargada. La escondo para que Garrett no la vea y él deja que le eche el otro brazo sobre los hombros. Se apoya en mí. Solloza, aunque no brotan las lágrimas.

—Quiero irme a casa —dice—. Quiero que sea la semana pasada.

—Yo también —respondo. ¿De verdad ha pasado tan sólo una semana?

Abajo, un árbol ardiendo cae con un estallido de brasas que navegan hacia el cielo, por encima de nuestras cabezas. Son semillas que propagarán el fuego por otra zona. Acercó el arma a la cabeza de Garrett, pero no lo bastante cerca para tocarla porque no quiero que lo sepa.

—Te quiero, Garrett —le digo, y él me contesta lo mismo.

Es algo que jamás se dice entre hermanos hasta que se encuentran en un momento en el que no se puede decir otra cosa. Entonces sujeto el gatillo y siento el peso de la pistola. Pero vacilo... y vacilo más... y entonces Garrett me dice con el más débil de los susurros:

—Hazlo, Alyssa.

No me mira. No quiere ver la pistola y no quiere verme a mí. Así que apoyo el cañón en el espacio entre su oreja y su ojo, donde el pelo es corto y suave.

—Hazlo. Por favor...

Seré fuerte, si no por mí, al menos por él. Lo salvaré de las llamas. Después, salvaré a Kelton. Y después, me salvaré yo.

---

## **INSTANTÁNEA: BOMBARDIER 415 DEL CUERPO DE BOMBEROS DE LOS ÁNGELES**

**El avión planea unos metros por encima del lago. Como un pelícano, desciende en picado con delicadeza y corta las puntas de las diminutas estelas hasta que su pico abierto queda sumergido del todo y recoge más de tres mil quinientos litros... en cuestión de segundos. El piloto y su ave marina han realizado este viaje incontables veces en los últimos dos días. Ha recibido órdenes directas de su supervisor táctico de llenar el depósito de agua en el embalse de San Gabriel para dejarla caer sobre los incendios que se extienden entre ese punto y Lake Arrowhead, unos treinta kilómetros al este. Las llamas que bloquean el paso a Big Bear Lake ya han acabado con muchas vidas. No puede hacer nada al respecto, pero, al menos, se encargará de los incendios que amenazan Arrowhead.**

**El piloto sube el morro de su ave marina y juntos se elevan por encima de la cuenca del embalse. Contempla boquiabierto las llamas que rodean el embalse, sorprendido de que hayan llegado tan lejos. A veces, cuando un incendio forestal está fuera de control, las autoridades de la lucha contra incendios crean un cortafuego, una quema controlada que limita la destrucción que puede provocar un incendio descontrolado. Sin embargo, al acercarse, se da cuenta de que este incendio no parece un cortafuegos. Es de verdad. Pero él sólo ha ido a por agua. Enviarán a otro escuadrón para solucionarlo. Ahora mismo no tiene tanta prioridad. Su punto de descarga está mucho más al este.**

**Extinguir estos incendios empieza a parecer un interminable juego del gato y el ratón. O al menos así es como intenta verlo; es más sencillo.**

Cada vez que vuela hasta el embalse para recargar, tiene que pasar por encima de un centro de evacuación saturado. Cuando ve a la gente encerrada e indefensa, tiene que contenerse para no dejarles caer todo su depósito de agua encima. Pero sería un uso poco eficiente de los recursos. Salvará más vidas apagando fuegos. Así que ha decidido volar un poco más alto al pasar por encima de ese centro de evacuación. Lo bastante para que las personas parezcan hormigas. Es una forma de intentar ponerle un cortafuego a su empatía; lo que haga falta con tal de evitar que su conciencia lo queme vivo.

Pero ahora, al abandonar el embalse, ve algo extraño. ¡Parece que alguien corre a través del fuego!

El avión acaba de subir casi en línea recta de la cuenca, de manera que quizá se trate de su imaginación o de un mareo por culpa de la subida. Aun así, para asegurarse, el piloto tuerce a la izquierda y regresa para echar otro vistazo.

Y, efectivamente, alguien corre a través de las llamas.

Una chica.

¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué la ha impulsado a desafiar a un incendio forestal?

Entonces, algo le llama la atención en lo alto de un peñasco: hay más gente. Sus órdenes son muy específicas. No obstante, aunque ya ha iniciado el ascenso, no puede irse sin más. Ya ha volado demasiado bajo; no piensa tirar por la borda su humanidad a estas alturas.

---

## 55) Alyssa

Tengo el dedo bien colocado sobre el gatillo cuando el ensordecedor gemido de las llamas da paso a un grito. No, no es un grito. Es otra cosa.

Conozco ese sonido.

Aumenta hasta convertirse en una resonancia mecánica que me rompe los tímpanos y que después cambia de tono cuando una sombra pasa sobre ellos.

De repente, algo frío y mojado hace jirones las nubes de humo.

Cae sobre nosotros como un único diluvio que dura un par de segundos, pero que basta para empaparnos, para mojar la tierra y herir el fuego.

Tiro la pistola al suelo. Al instante, se ha convertido en el enemigo. Me lamo las manos, me lamo los brazos, me recojo el pelo, me lo acerco a los labios y lo chupo.

¡Agua!

Sabe a ceniza, pero me da igual. Trago. Aunque la garganta me grita de dolor, trago una y otra vez.

Garrett está de rodillas lamiendo el canto rodado, atrapando diminutos riachuelos que bajan por su lateral..., y veo que hay huecos y muescas en la superficie de la piedra plana. ¡Lugares en los que se acumula el agua!

Aprieto tanto la cara contra uno de esos pequeños embalses que casi me rompo la nariz. Absorbo el agua. Entonces caigo en que se me ha olvidado algo. Alguien. Me aparto como puedo de la piedra y miro a Kelton. No se ha movido. Sus deportivas todavía echan humo (así de cerca tenía las llamas), pero el fuego se ha retirado unos tres metros. Ahora brota humo blanco que se mezcla con el negro a medida que el fuego se lame sus heridas.

Metó las manos en uno de los huecos de la roca para recoger el agua, pero apenas consigo unas gotas; no es lo bastante profundo. Aun así, intento llevárselas a Kelton, pero se me resbalan entre los dedos y desaparecen antes de llegar hasta él. No puedo llevársela así. Tengo que averiguar otro modo.

Cuando encuentro la respuesta, casi me río de lo simple que es; y, sin embargo, hace una semana jamás se me habría ocurrido algo semejante. Mi vida era demasiado típica para pensar en algo tan disparatado.

Regreso al canto rodado y, de nuevo, aprieto la cara contra el agujero más grande para llenarme la boca. Por mucho que mi cuerpo me pide que me la trague, no lo hago. La reservo. Y corro hacia Kelton.

Me arrodillo y me inclino sobre él. Le abro la boca con las dos manos y aprieto mis labios contra los suyos. Después me obligo a dejar salir el agua para dejársela en la boca, como una especie de boca a boca extraño. Me aparto, le cierro la mandíbula y espero.

Nada.

Y nada.

Hasta que... ¡una gárgara y una tos! El agua le sale disparada de la boca como una fuente, pero se la tapo con la mano y le obligo a cerrarla. ¡Que haga gárgaras! ¡Que se ahogue! ¡Pero que trague!

Se retuerce sin fuerzas, ahogándose con el agua; la echa de los pulmones y, como no tiene otro sitio al que ir, se le vuelve a acumular en la garganta... y veo que la nuez le sube y le baja. Ha tragado.

Corro al canto rodado, saco el resto del agua acumulada y vuelvo con Kelton. Tiene los ojos un poco abiertos, apenas está consciente. De nuevo aprieto mi boca contra la suya y me obligo a echar el agua. Esta vez levanta la mano y me sujeta un poco el hombro. Noto que chupa el agua y lo dejo hasta que lo noto tragar, y entonces lo suelto y me aparto para recuperar el aliento.

Me mira, todavía medio consciente. Es el momento adecuado para algún comentario malicioso, pero ambos hemos dejado esas cosas muy atrás.

—¿Lluvia?

—Avión.

—Hmmm. Todavía mejor.

Después se pone de lado y tose, pero no pasa nada. ¡Ahora puede toser todo lo que quiera!

Miro hacia el fuego, que sigue ardiendo, aunque por el momento está controlado. Garrett está tumbado bocarriba sobre la roca, contemplando el brumoso cielo azul. Ahora mismo podríamos morir felices, después de haber saciado por fin nuestra sed. Aunque quizá no muramos hoy.

Kelton se sienta. Está chupándose la manga para sacarle todo el agua posible, y yo decido hacer lo mismo con la mía.

Mientras tanto, veo que el avión regresa al lago y recoge agua de su superficie para preparar una segunda pasada.



SEXTA PARTE

**UNA NUEVA  
NORMALIDAD**



---

## **INSTANTÁNEA: DISNEYLAND, 8:57, SÁBADO, 25 DE JUNIO**

Han limpiado de la calle principal las cenizas de los incendios descontrolados, han desalojado a los vagabundos de la atracción de la mansión encantada y han fregado el mural con los queridos personajes del estudio para limpiar los falos verdes pintados con aerosol.

Ya han pasado casi dos semanas del fin oficial de la restricción, y eso es lo que se ha tardado en volver a poner todo en funcionamiento; no sólo allí, sino por todo el sur de California. Pero el Reino Mágico es una de las prioridades para restaurar la vida tal y como la conocíamos.

Como muchos «miembros del reparto» no volverán, hay muchos contratados nuevos, incluido un chico de dieciocho años encargado de recoger las entradas en la puerta principal al que su madre ha obligado a buscarse un trabajo de verano. La reciente catástrofe le ha costado a su familia una fortuna en la franquicia del seguro. Todos tienen que contribuir.

—Será divertido —le dijo ella.

Pero no lo ha sido. En realidad, ha sido como descubrir que el ratoncito Pérez no existe o pillar a Santa fumando cigarrillos en el aparcamiento de unos grandes almacenes. Quizá porque todo el parque parecía posapocalíptico. Sin disfraces de personajes, sin desfile, sin banda de jazz en la plaza de Nueva Orleans. Y sin visitantes. Ha sido el cierre más largo desde su inauguración. Había que reparar demasiados daños y construir demasiadas infraestructuras. No sólo aquí, sino en todas partes. Hubo saqueos, aunque no tantos como cabría pensar. A la gente no le importaba ni la ropa ni la tecnología. Buscaban una única cosa. Destrozaron los restaurantes en busca de esa cosa. La única decoración con agua del parque, una fuente en Tomorrowland, se convirtió en una Meca para almas perdidas que bebieron del agua clorada hasta que se

acabó. Los agentes de prensa de la compañía piensan rebautizarla como la Fuente de la Vida.

Lo que intenta publicitarse es que nadie murió en el parque. Que ya es decir mucho. Probablemente no exista otra zona geográfica tan grande que pueda presumir de lo mismo.

Toneladas de personas por todo el sur de California se han convertido en héroes populares. Como el director de la central eléctrica que calmó una revuelta en Huntington Beach o el misterioso buen samaritano de Tustin que salvó a un montón de personas de una residencia de ancianos y después desapareció. Al encargado de las entradas le gustaría decir que él también fue un héroe, pero no hizo gran cosa, aparte de sobrevivir. Y ya le costó bastante.

8:58.

Se coloca en su puesto junto a los tornos de seguridad y cuenta los minutos hasta que Disneyland reabra sus puertas, lo que será el símbolo del primer día oficial de vuelta a la normalidad. Al otro lado de las Puertas Esmeralda, las colas se pierden en el horizonte, y se percata de por qué han venido esas personas, de por qué necesitan estar aquí.

Más de doscientas mil almas fallecidas durante la interrupción de la humanidad. El recuento de víctimas más alto de un suceso no bélico en toda la historia del país. Sin embargo, incluso ese número parece increíblemente bajo, y el hecho de que no lo sea es un milagro... o, como mínimo, eso es lo que desea la gente. Ver el lado bueno. ¿Por qué si no tantos quieren estar en el único lugar en el que la magia todavía existe? ¿En el que la esperanza es eterna? ¿En el que los sueños nunca mueren?

El reloj da las nueve.

La música empieza, justo a tiempo, y embruja a la multitud; después, las relucientes Puertas Esmeralda se abren y dan la bienvenida a la humanidad al lugar más feliz de la tierra.

---

## 56) Alyssa

Esponja enjabonada, trapo húmedo, toalla seca, repetir.

Alguien llama a la puerta del baño.

—¡Alyssa, sal de una vez! —le grita Garrett—. ¡Tengo que cagar!

Esponja enjabonada, trapo húmedo, toalla seca, repetir.

—¡Usa el de abajo!

—¡No puedo! ¡Papá está dentro!

La esponja, el trapo, la toalla. Un brazo, una pierna cada vez. Lo limpiaré todo. Es que cuesta un poco.

Garrett aporrea la puerta de nuevo.

—Pero ¿qué estás haciendo ahí, si puede saberse?

—Me estoy dando una ducha.

—No oigo el agua.

—Entonces es que estás sordo.

No está sordo. El grifo de la ducha no está abierto. Pero hay una esponja para enjabonarse, un trapo mojado para aclararse y una toalla para secarse. Estoy de pie en la ducha y alargo una mano hacia el lavabo, que está medio lleno de agua tibia, como una palangana de la época en la que no había agua corriente en las casas. Como por fin hemos reemplazado el calentador, ya no necesitamos calentar el agua al fuego. Y como el barrio tiene agua dos veces a la semana, podemos ducharnos. Lo sé. Aun así, no soy capaz de hacerlo. No consigo obligarme a ver el agua derramándose por el cuerpo y verla colarse por el sumidero. Puede que más adelante. Pero hoy no. Hoy uso una esponja, un trapo y una toalla. Me basta. No sólo me basta, sino que me sobra.

—Nos vamos dentro de nada —le digo a Garrett—. ¿Estás preparado?

—¡Estoy preparado para usar el váter!

La crisis acabó oficialmente hace dos semanas, un día después de que a Kelton, Garrett y a mí nos sacaran en avión del bosque y nos soltaran en Lake Arrowhead, donde toda la comunidad se había convertido en un enorme centro de evacuación. Sin embargo, sólo para la gente que logró llegar hasta allí, lo que no fue fácil. Nos trataron por inhalación de humo. Me pasé una semana con dolor de pulmones. Ahora están mejor.

Me seco el pelo, me pongo un albornoz y dejo que Garrett entre en el baño, donde empieza a encargarse de lo suyo incluso antes de que pueda salir. Típico. Aunque ya nada parece típico. Hay una nueva «normalidad», porque nuestras vidas están salpicadas de extrañas burbujas de surrealismo.

Como cuando regresamos al Costco. Las estanterías volvían a estar llenas, como si no hubiera pasado nada, con un estúpido cartel en la puerta que decía: «¡SÍ, TENEMOS AGUA!».

Pero, aunque la tienda sea la misma, la gente no. Desde que regresó la vida tal y como la conocíamos, he descubierto que ahora hay cuatro clases de personas, todas fáciles de identificar; sobre todo en los pasillos del Costco.

Están los inconscientes, que siguen con sus vidas como si la restricción hubiera sido un sueño que ha desaparecido por completo al despertarse. Quizá consiguieran salir antes de lo peor o tal vez existan en un constante estado de negación. Me cuesta identificarme con ellos. Es como hablar con alienígenas que fingen ser humanos.

Después están los que son como nosotros, que han sobrevivido y siguen enfrentándose al estrés postraumático. Se quedan parados en los pasillos, maravillados por la ingente cantidad de productos y por la organización necesaria para ponerlos allí; ya no dan nada por sentado y protegen sus carritos como si la vida les fuese en ello.

Después están los satisfechos. Los que descubrieron algo de sí mismos que no sabían poseer. Los héroes en bruto. Ahora hablan con los desconocidos y buscan oportunidades para ayudar a los demás. Han descubierto que pueden ser realmente útiles y no quieren dejar de serlo sólo porque haya acabado la crisis. Los admiro. Con la restricción han encontrado una vocación que antes no sentían.

Y, finalmente, están las sombras. Son los que avanzan en silencio por los pasillos, evitando mirar a los ojos, temiendo a cada paso que alguien los reconozca y los acuse de algo horrible y atroz que hicieron para sobrevivir. Los que no son capaces de mirar a nadie porque tampoco son capaces de mirarse en el espejo.

Es igual en el instituto, al que regresamos hace un par de días. Aunque ya deberían haber terminado las clases, tienen que concluir el curso. «Para darle carpetazo a este asunto de un modo más sano», dijeron. Porque un apocalipsis de zombis del agua no se acaba del todo hasta que los críos vuelven a la escuela.

Tres profesores habían perdido la vida: dos de ellos muy queridos, el tercero; no tanto, aunque lo lloramos igual. Treinta y ocho alumnos fallecidos,

incluido el corredor estrella del instituto y la chica a la que votaron como la que más probabilidades tenía de alcanzar el éxito. No obstante, esos no eran los únicos asientos vacíos. Muchos no habían regresado y quizá no regresaran nunca. Mi amiga Sofía, por ejemplo. Quién sabe si volveré a verla algún día.

Y en el instituto también hay sombras. Chicos que se han convertido en fantasmas de lo que eran. Hali Hartling, por ejemplo, que antes vivía sin medida y siempre estaba en lo alto de la pirámide social. Ahora recorre los pasillos en silencio, y sospecho que ha perdido por completo su toque en el campo de fútbol. Supongo que yo también podría haberme convertido en una sombra porque hice muchas cosas de las que no me siento orgullosa, pero decidí no llevarlo como una vergüenza, sino como una medalla de honor. Si tengo cicatrices, son de guerra, y no las ocultaré.

En resumen, no hay nada normal en nuestro nuevo entorno, y me pregunto si la vida volverá a ser lo mismo algún día. ¿Seremos capaces de dejar atrás el pasado? ¿Encontrarán redención las sombras? ¿Los héroes satisfechos volverán a su versión menos altruista? ¿Dejaré yo de tener pesadillas sobre mis padres?

No ayuda que la verdad fuera casi tan horrible como un terror nocturno.

A mi madre la derribaron durante la revuelta de la playa. Perdió el conocimiento sobre la arena caliente. La multitud fue salvaje. La pisotearon, le rompieron tres costillas. Le perforaron el pulmón izquierdo y sufrió una contusión en tercer grado. Tuvo suerte de que todavía quedaran paramédicos por allí para llevarla al hospital; si no, habría muerto.

A mi padre lo detuvieron por luchar para llegar hasta mi madre y lo tomaron por otro ejemplo de comportamiento violento de la muchedumbre.

Al final resultaron estar ambos en los lugares perfectos. El hospital era una ubicación de alta prioridad, así que recibió los primeros repartos de agua, y la cárcel del condado, al ser una instalación gubernamental, no sufrió el corte de agua como los demás. Curioso que las cárceles fueran uno de los lugares más seguros. De todos modos, fue muy duro para mi padre el no saber qué nos había pasado a nosotros y a mamá, por no mencionar las locuras que tuvieran lugar allí dentro. No quiere hablar del tema. No lo culpo.

Los dos llegaron a casa antes que nosotros y sufrieron su propio infierno esperando a saber qué había sido de sus hijos. Al final conseguimos ponernos en contacto con ellos, y nos reunimos en el lugar en el que los autobuses dejaban a la gente de Arrowhead.

Es un momento que reviviré en mi cabeza una y otra vez, aunque el recuerdo es más visceral que visual. Es la sensación del recuerdo. Quizá

porque tenía los ojos demasiado empañados por las lágrimas como para ver mucho. La sensación del hogar en el olor de la camisa de mi madre cuando lloré sobre su hombro. La sensación de seguridad que llegó con el tacto de la mano de mi padre cuando me acarició la espalda para consolarme, igual que cuando era pequeña. La manta de alivio que me cubrió con sus voces, unas voces que temí no volver a oír nunca. Nos quedamos allí mismo, en el aparcamiento (no recuerdo ni dónde era), abrazados, hasta que casi todo el mundo se marchó. Ni siquiera me dio vergüenza. Podría haberme quedado allí, abrazada a ellos, hasta el fin de los tiempos.

El tío Laurel también ha vuelto con nosotros, vivito y coleando, como nos dijo que ocurriría. Estamos decididos a llamarlo más tío Herb, aunque él tiene sus propias ideas al respecto.

—Llamadme tío Tallo —nos dijo—, porque me da la impresión de que he crecido mucho como persona.

Siento decir que Daphne no lo logró. Mi tío todavía llora cuando habla de ello. Creo que se querían de verdad. Pero nuestro tío, que se pasó tanto tiempo regodeándose en su mala fortuna cuando perdió su granja en el norte, ya no se regodea. Ha encontrado una segunda oportunidad en la vida, precisamente vendiendo, mira por dónde, AguaViva. Incluso va a hacer un anuncio para ellos: «ÁguaViva me salvó la vida». Eso sí que es poner al mal tiempo buena cara.

Me reúno con mi madre en la sala de estar para ver las noticias. Es una conferencia de prensa. Parece que hay una cada cinco minutos.

—El gobernador de Arizona acaba de dimitir —me explica mi madre.

No es ninguna sorpresa. Todos los que han tenido algo que ver con el corte del flujo del río Colorado a California se enfrentan a cargos criminales. Los acusan de todo, desde negligencia a conspiración para cometer asesinato.

—Y por fin han encontrado al buen samaritano que salvó a toda esa gente en la residencia —añade mi madre.

—Hubo muchos buenos samaritanos —respondo, pensando en el Ángel del Agua y en el piloto que soltó su carga sobre nuestro incendio, y en el rabino y el sacerdote que condujeron a miles de personas en peregrinación a la tierra prometida de Big Bear Lake justo antes de que el fuego se cerrara detrás de ellos y bloqueara el paso a los demás.

—Sí, bueno, nunca son suficientes.

La miro y veo que se ha quitado la venda de la frente. Siete puntos. No tienen tan mal aspecto como me temía.

Al oír el grifo abierto, miro hacia la cocina. Garrett ha bajado y está llenando el cuenco de *Kingston*. *Ahora lo hace todos los días, algo que jamás hacía cuando Kingston* estaba en casa. Lo deja en la puerta, con comida. Algunas veces sale él solo con su bici a recorrer las colinas, en busca de nuestro perro.

—Volverá —afirma—. Cuando vea que es seguro, volverá.

Quiero creerlo. Quiero creer que, quizás, otra persona lo encontrara y le diera un nuevo hogar. Mi padre se ofreció a conseguirnos otro perro.

—Uno de un refugio —dijo—. Puede que un perro cuyo dueño muriera en la restricción y necesite una familia como la nuestra.

Pero Garrett no quería ni oírlo. Como si buscar un perro nuevo fuera reconocer que *Kingston* había desaparecido para siempre.

Después de llenar el cuenco, Garrett cierra el grifo. Pero después lo abre de nuevo y lo observa, observa el agua caer por el desagüe. Después lo cierra. Después lo abre. Y así una y otra vez. Debería molestarme que malgaste el agua; al fin y al cabo, seguimos teniendo las mismas restricciones que antes: no se puede regar el césped, nada de usos frívolos. Pero no estoy enfadada con él porque sé que no la malgasta adrede. Está hipnotizado con ella. No por el agua en sí, sino por el mero poder de ser capaz de hacerla fluir y detenerla con un solo giro de muñeca.

Me ve observarlo y aparta la vista, algo rojo, descubierto en su momento culpable privado.

—¿Listo para salir? —le pregunto.

—Lo he pensado y he decidido que no quiero ir —responde.

—¿Seguro? Puede que después te arrepientas.

—Sí, puede. Pero estoy seguro.

Se va para no tener que seguir hablando del tema. No voy a presionarlo. Así que seremos sólo Kelton y yo.

Unos minutos después llega Kelton y entra sin anunciarse, lo que se está convirtiendo en algo bastante habitual. En realidad, ha estado durmiendo varias noches en nuestro sofá. Tiene sus razones, y son todas buenas. No me importa verlo por aquí.

—¡Enciende la tele! —insiste Kelton.

—Ya está encendida —respondo.

—¡Tienes que ver esto!

Agarra el mando a distancia y cambia de canal hasta que da con otro de noticias..., y en pantalla hay un rostro que creía que no volvería a ver.

El que tenemos delante es nada más y nada menos que Henry No-Roycroft, en plena entrevista. Henry, en todo su esplendor, en mi tele. Siempre pensé que lo de que se te abra la boca era figurado, pero la mía se abre tal cual.

—Anda, mira, de esto estaba hablando: ese es el buen samaritano.

En el pie de la imagen pone: «Henry Groyne».

—¿Groyne? ¿Se apellidaba Groyne?

—Hice lo que habría hecho cualquiera —afirma Henry con orgullo.

—No todo el mundo habría entrado en un edificio en llamas con nada más que una toalla sobre la cabeza para rescatar a la gente —dice la periodista.

—¡Eso fue en Tustin! —le chillo a la tele—. ¡Él no estaba ni medio cerca de Tustin!

—¡Chiss! —dice mi madre—. Quiero oírlo.

En pantalla, Henry se encoge de hombros, como si no acabara de adjudicarse el mérito de algo que no podía haber hecho.

—En esta vida, contemplas lo que debe hacerse, sopesas tus opciones y después abrazas la oportunidad.

—Pero ¿por qué esperar hasta ahora para dar un paso adelante?

—No es por mí. Es por la gente a la que salvé.

—¡Estarás de coña! —grito.

—La cosa se pone peor —dice Kelton, que ya debe de haberlo visto en otra cadena.

Ahora la periodista devuelve la conexión al estudio, donde el presentador sonrío a la cámara y dice:

—Henry está en octavo curso en el colegio Access Alternative, ¡lo que demuestra que se puede ser héroe a cualquier edad!

—¿Qué? ¿Que está DÓNDE? ¿Que está en octavo?

—La verdad es que aparenta más edad —comenta mi madre, en su bendita ignorancia.

Ni siquiera hay una palabra que describa cómo me siento.

—Dijo que conducía desde que tenía trece años...

—Sí —responde Kelton—. Desde hacía tres meses, vamos.

Mi madre nos mira como si acabáramos de llegar de Marte.

—¿De qué estáis hablando?

Y como ninguno de los dos quiere caer por la madriguera de conejo de esta locura, nos excusamos y salimos.

Kelton y yo gruñidos y gemimos sobre ello para intentar filtrar toda nuestra experiencia con Henry a través de esta nueva lente, y decidimos que



no merece la pena. Así que acabamos por reírnos del asunto y decidimos dejarlo atrás.

Y Kelton no tardará en dejarnos atrás, de un modo u otro. Hay un enorme cartel de «SE VENDE» en su patio..., un patio que ahora puede verse porque derribaron la valla de seguridad durante el ataque vecinal.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunto. Sé que es una pregunta complicada.

—Bien. Respiro. Que ya es algo. Y es bueno.

Guardamos un silencio que se alarga, pero ahora quiere decir algo. No sé bien el qué.

Los padres de Kelton se van a divorciar. Él dice que era inevitable. Casi parece aliviado. Su madre ya se ha mudado y ha alquilado un apartamento a unos cuantos kilómetros.

—Mi madre quiere que viva con ella.

—¿Y tú quieres?

—Bueno, es eso o irme con mi padre a vivir con su hermana en Idaho.

—¿La de los gatos?

—Sí.

Mira hacia su casa. No me imagino cómo será vivir allí ahora. ¿Cómo puedes preparar la comida en esa cocina teniendo tan presente el recuerdo de lo que sucedió en ella? ¿Cómo puedes sentarte a esa mesa? Tiene sentido que la vendan, aunque no sé si tendrán mucha suerte. Hay demasiadas casas con carteles de «SE VENDE».

—Mi padre se ha librado de todas las armas —me cuenta Kelton—. No las ha vendido: las ha destruido. Todas. Es parte de su luto por Brady, supongo. No creo que vuelva a tocar una en toda su vida.

Recuerdo mi propia y breve historia balística, justo después de que los hombres nos atacaran en el bosque... Que cogí la pistola de Kelton y estuve a punto de usarla. Que casi la usé para acabar con nuestras vidas. Ni siquiera sé lo que le pasó después al arma. Espero que también acabara destruida.

—En fin, me quedaré con mi padre hasta que se vaya a Idaho. Me necesita más que mi madre, ahora mismo. Quizá no lo parezca, pero ella es la más fuerte.

—Lo entiendo.

Nos sentamos en mi patio y miramos hacia la casa de los Kibler, al otro lado de la calle, que «supervisan» a sus hijos mientras los críos juegan al mutila-a-tu-hermano o algo similar. Kelton y yo nos vamos dentro de veinte minutos, cuando regrese mi padre, porque él nos lleva en coche. Aunque,

conociéndolo, llegará tarde con el aumento de volumen de trabajo. Antes de la restricción tenía problemas, pero el negocio de los seguros está disfrutando de un resurgimiento. De repente, todos quieren un seguro contra catástrofes. Vete a saber por qué.

«No ganamos dinero con el sufrimiento de los demás —se recuerda y nos recuerda mi padre constantemente—, sino que los protegemos del sufrimiento futuro».

Mientras esperamos en mi patio (cuyo césped sigue marrón y jamás se pintará de verde), Kelton se vuelve hacia mí y me plantea una pregunta:

—Bueno, entonces, ¿qué somos?

—Supervivientes —respondo, encogiéndome de hombros.

—No, me refiero a qué somos el uno para el otro.

—Ah, eso.

Debería ser una conversación incómoda, pero no lo es en absoluto. Y eso hace que me dé cuenta de qué somos el uno para el otro, exactamente.

—Somos viejos amigos que se conocen desde hace unos cien años. El problema es que los primeros noventa y cinco años sucedieron en una semana.

—Eso me gusta —responde Kelton con una sonrisa.

Hasta que pierde la sonrisa. Sus ojos parecen estar mirando más allá de los hijos salvajes de los Kibler. Más allá de nuestro barrio. Se le humedecen.

—He matado, Alyssa...

He estado esperando a que dijera algo parecido. He estado esperando dos semanas. Me alegra que por fin lo haya dicho para poder decir lo que he querido decirle durante todo este tiempo.

—Hiciste lo que tenías que hacer, eso es todo. Todos hicimos lo que teníamos que hacer, y no hay más. Y el bosque ardió, Kelton. No queda nada, así que nadie lo sabrá nunca.

—Pero yo lo sé.

—Y yo... Y ¿sabes qué? Te perdono. —Y añadido—: Te perdono más por eso que por lo del dron.

Eso le arranca otra sonrisa.

—Sus prioridades están muy alteradas, señorita Morrow.

Me inclino de lado hacia él y le doy con el hombro. Él me devuelve el empujón. Después me mira durante un momento, pensativo. Meditabundo.

—Dentro de tres años, cuando rompas con tu primer novio de la universidad, me llamarás y me quedaré despierto toda la noche consolándote.

—Es posible —reconozco—. Dentro de siete años, cuando tu primera empresa informática se vaya a la porra, saldremos por ahí juntos. Te haré reír y evitaré que te emborraches demasiado, y después te convenceré para que inicies tu segunda empresa tecnológica.

—Es posible. Y dentro de doce años me llamarás para decirme que quieres que sea el padrino de tu primer hijo.

—Es posible. Y dentro de veinte años nos iremos de vacaciones todos juntos, y nuestras parejas o lo que sea se pondrán celosas al vernos pasar tanto tiempo hablando, y se escaparán juntas.

—Es posible. Y dentro de treinta años, cuando te presentes a la reelección y yo ya haya amasado mi tercera fortuna, te llevaré a bailar y aparecerá en toda la prensa rosa. —Y añade—: Por supuesto, para entonces será holográfica.

Tengo que reírme.

—Por supuesto.

—Y puede que entonces podamos preguntarnos de nuevo qué somos el uno para el otro —agrega, sonriendo—. ¿No?

—Es una cita —respondo, y le ofrezco una mano para que me la estreche.

Sin embargo, en vez de hacerlo, la coge y la besa, como alguien realmente encantador. Y pienso: «Sí, quizá llegue a ser encantador un día de estos».

—Vaya —me dice—. Por fin tengo una cita con Alyssa Morrow. Puedo morir en paz.

Los dos nos reímos, y es agradable. Real. Y me entristece un poco que quizá no bailemos juntos hasta dentro de treinta años.

Mi padre aparece a la hora acordada, para mi sorpresa.

—¿Estáis preparados? —pregunta.

—Más que nunca —asiento.

Veréis, ayer mismo, cuando llegué a casa del instituto, mi madre me echó una mirada rara (cosa que hace mucho estos días), aunque esta vez por una razón concreta: «Acabo de recibir una llamada muy extraña. Hay una chica en la unidad de quemados del hospital Foothill... Lo extraño es que... ha dado tu nombre como persona de contacto en caso de emergencia. Creo que se han equivocado de Alyssa Morrow».

Sé a ciencia cierta que hay cinco Alyssa Morrow en California. Sé a ciencia cierta que han encontrado a la correcta. Y no me sorprende que Jacqui le diera una patada en el trasero a ese fuego.

Kelton me abre la puerta para que suba, pero tropieza con la acera al hacerlo, lo que es perfecto. Es como tiene que ser. Entramos y abandonamos

nuestra calle, tan familiar y tan desconocida, en dirección a un mundo en el que las nuevas raíces empiezan a crecer en lo más profundo de las fértiles ruinas de lo que antes fuera.

¿No fue Jacqui la que nos dijo que el cuerpo humano está compuesto por un sesenta por ciento de agua? Bueno, ahora sé qué es el resto. El resto es polvo, el resto es ceniza, es pena y tristeza... Pero, sobre todo, a pesar de todo, nos une... la esperanza. Y la alegría. Y un manantial de todo lo que todavía podría ser.

## AGRADECIMIENTOS

Colaborar en un proyecto como *Sed* ha sido asombroso, y hay muchísima gente a la que queremos agradeceréselo.

Nuestras más sentidas gracias a nuestro corrector, David Gale; a la asistente editorial, Amanda Ramirez; y a nuestro editor, Justin Chanda, por confiar en que lograríamos escribir una novela juntos y por guiarnos durante todo el camino. Todo el personal de Simon & Schuster ha sido un gran apoyo. Un agradecimiento especial a Carolyn Reidy, Jon Anderson, Anne Zafian, Michelle Leo, Anthony Parisi, Sarah Woodruff, Lauren Hoffman, Lisa Moraleda, Chrissy Noh, Keri Horan, Katrina Groover, Deane Norton, Stephanie Voros y Chlöe Foglia.

Y, por supuesto, a Jay Shaw por crear una cubierta tan llamativa y fantástica.

Gracias a nuestra agente literaria, Andrea Brown; a nuestra agente de derechos internacionales, Taryn Fagerness; a nuestros agentes de la industria del espectáculo, Steve Fisher, Debbie Deuble-Hill y Ryan Saul, de APA; a nuestro representante, Trevor Engelson, por todos sus esfuerzos para llevar *Sed* a la gran pantalla; y a nuestros abogados, Shep Rosenman, Jennifer Justman y Caitlin DiMotta, por navegar por las procelosas aguas legales.

Gracias al equipo cinematográfico: Marty Bowen, Isaac Klausner y Pete Harris, de Temple Hill; y a Wyck Godfrey y Jon Gonda, de Paramount.

También nos gustaría expresar nuestro agradecimiento a nuestro amigo y colega Elias Gertler por creer en esta historia desde su concepción; a Barb Sobel por sus habilidades sobrehumanas para la organización; y a Matt Lurie, nuestro *sensei* de las redes sociales.

¡Gracias a vosotros, nuestra copa ciertamente rebosa!



Neal Shusterman, (Brooklyn, 1962) es un escritor estadounidense. Conocido por sus novelas dedicadas a jóvenes adultos y además, ha escrito para el cine y la televisión, tanto guiones de serie como adaptaciones de sus propias obras.

*Everlost* (2011) fue su primera novela traducida al español.

Ha ganado premios como el Boston Globe Horn Book, o la Medalla Juvenil de California, entre otros muchos.

Por su novela *Challenger Deep* recibió el *National Book Award* 2015, en la categoría de literatura juvenil.

Jarrod Shusterman es el autor del cuento «UnDevoured» en el *best seller* *UnBound*. Escribe para cine y televisión y su talento se extiende a la dirección de películas y anuncios publicitarios.

Fue el productor de la película de televisión *Zedd-Moment of Clarity* y junto a su padre Neal Shusterman está adaptando *Sed* para la gran pantalla.

Jarrod vive en Los Ángeles, pero le gusta mucho viajar por todo el mundo.